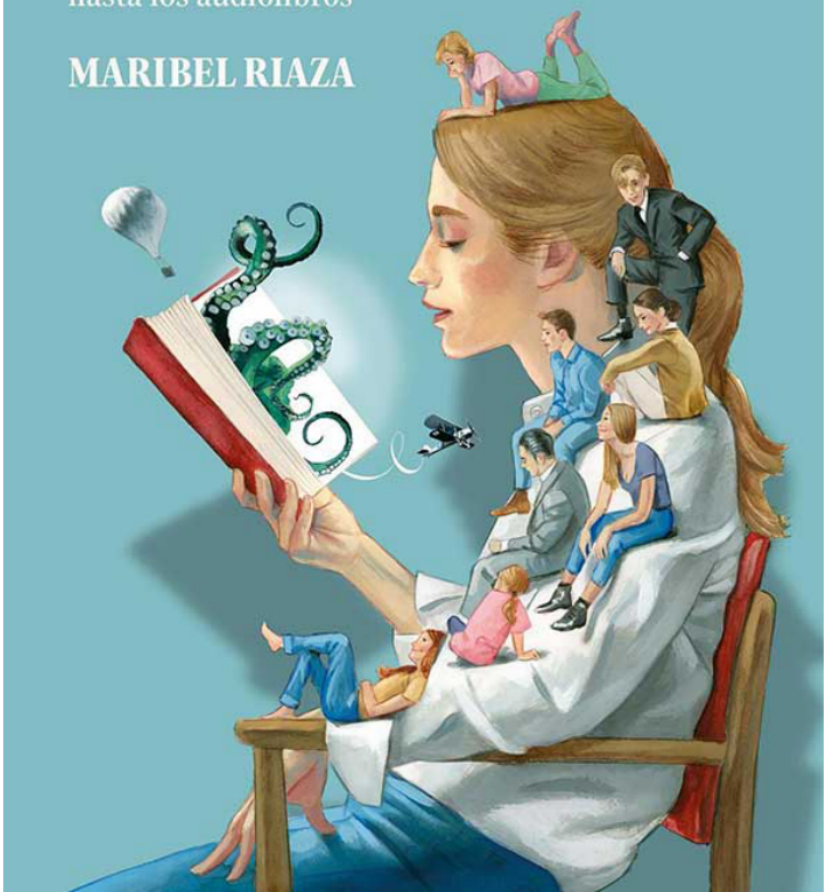
La voz de los libros

Una historia de la lectura, desde los escribas hasta los audiolibros

MARIBEL RIAZA



Si miramos con perspectiva nuestra historia, de los más de 120 000 años que tiene nuestra especie, la escritura existe desde hace solo cinco mil. Leer es algo muy nuevo. Mucho más aún lo es la lectura individual y en silencio. Antes de leer como lo estás haciendo ahora mismo, la literatura era un acto social y se leía para otros, y no solo eso, sino que en el Renacimento llegó a existir la figura de «Lector de su Majestad». Obras como El Quijote, La Celestina o El Lazarillo de Tormes llegaron al pueblo gracias a las declamaciones que se realizaban en las calles y este tipo de lectura sería clave también en el progreso de las ideas revolucionarias entre los franceses del siglo XVII. La lectura en voz alta llegó a ser un acto popular en las reuniones sociales del siglo XIX y, a pesar de haber cambiado nuestro modo de leer, ha pervivido de un modo u otro hasta nuestros días.

¿Por qué se leía en voz alta? ¿Cuándo y por qué pasamos a hacerlo en silencio? ¿Tiene sentido leer en alto en el s. XXI? ¿Cómo han aprendido a leer las máquinas y cómo leeremos en el futuro? Maribel Riaza intenta dar respuesta a todas estas preguntas en este libro ameno, divulgativo y lleno de curiosidades que nos lleva a conocer mejor cómo eran los lectores que nos han precedido y cómo se ha disfrutado de la literatura a través de este noble arte de leer.

Maribel Riaza

La voz de los libros

ePub r1.0
Titivillus 02-12-2024

Maribel Riaza, 2024
Ilustración de la cubierta: Fernando Vicente

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

INTRODUCCIÓN. DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE LEER
PRIMERA PARTE Cuando la mejor manera de disfrutar de la literatura era hacerlo en voz alta
1. CUANDO LOS LIBROS ERAN LAS PERSONAS
LA HISTORIA DE LA SERPIENTE ARCO IRIS
TABRILLAS QUE HABLAN
LA SÁTIRA DE LOS OFICIOS Y LOS ESCRIBAS
HACE MUCHO TIEMPO, EN UNA GALAXIA MUY MUY LEJANA…
2. VERBA VOLANT
LA ARTIMAÑA QUE UTILIZA ACONCIO PARA QUE CIDIPE SE CASE CON ÉL
LECTURA EN LA ACADEMIA DE PLATÓN
HERÓDOTO ES UNA ROCKSTAR
LA PARADOJA DE JONES Y ANDRÓPOLIS
SE ESCRIBE TODO JUNTO
APARECE EL PERGAMINO
ZENÓN ESCUCHA UN LIBRO QUE LE CAMBIARÁ LA VIDA
ESCLAVOS PARA LEER
LA LECTURA SILENCIOSA GENERA MALENTENDIDOS
3. LEER ERA UNA FIESTA
CENA EN LA CASA DE PLINIO EL JOVEN
LECTORES PROFESIONALES
APRENDER A LEER Y ESCRIBIR
VIRGILIO LEE LA ENEIDA
LA INVENCIÓN DEL CÓDICE
LA LECTURA SILENCIOSA NO ES DE FIAR
LEER ES UN PLACER
4. LEER A DIOS
ESDRAS LEE LA LEY DE MOISÉS ANTE CIENTOS DE PERSONAS
LA REGLA DE SAN BENITO ESTABLECE CÓMO LEER EN VOZ ALTA
SAN AGUSTÍN SE ASOMBRA CON LA LECTURA EN

SILENCIO
LOS POCOS LIBROS
LA HISTORIA DEL ESPACIO EN BLANCO
LA INVENCIÓN DEL PAPEL
5. EL LECTOR DEL REY
LA INVENCIÓN DE GUTENBERG Y ¿EL FIN DE LA LECTURA EN VOZ ALTA?
DE VÍRGENES Y PUTAS
QUIÉN PUEDE LEER EN ALTO LA BIBLIA
LAS PRIMERAS GAFAS
EL LECTOR DEL REY
LAS EMPLEADAS DE HOGAR LEEN A LAS SEÑORAS
LA INTIMIDAD DE LA LECTURA SILENCIOSA
6. LEER EN LA CALLE
EL ESTRADO DONDE LAS MUJERES SE REÚNEN PARA LEER
LA VOZ DE LOS LIBROS LLEGA AL VULGO
ARQUEÓLOGOS DE LAS PALABRAS HABLADAS
UN CRISOL DE LECTORES EN EL QUIJOTE
OÍR CON LOS OJOS
7. LA REVOLUCIÓN DE LA LECTURA
LLORAR AL LEER LAS PENAS DEL JOVEN WERTHER
LEER A LA LUZ DE UNA VELA
LECTURA EN LOS CLUBES FEMENINOS REVOLUCIONARIOS
LOS LIBROS SIGUEN SIENDO UN LUJO
LOS SALONES DE LECTURA
ROUSSEAU VA DE PALACIO EN PALACIO LEYENDO SU LIBRO
A LA REINA MARÍA ANTONIETA LE LEEN EN VOZ ALTA
DIARIOS DE SAMUEL PEPYS
LEER EN CASA
LA LECTURA EN LOS CUADROS DE GOYA
8. LA EXTENSIÓN DE LA VOZ DE LOS LIBROS GRACIAS AL VAPOR
EL IMPACTO DE LA IMPRENTA DE VAPOR
LA LECTURA DE LA EPOPEYA DE GILGAMESH NOS RESULTA FAMILIAR
OTRA VUELTA DE TUERCA
9. LA VOZ DE LAS ESCRITORAS SE ESCUCHA EN ALTO

EL AÑO SIN VERANO EN EL QUE MARY SHELLEY ESCUCHÓ EL QUIJOTE
TÉ EN LA CASA DE JANE AUSTEN
MANSFIELD PARK
MUJERCITAS
10. ESCUCHAR LEER A DICKENS
ESCUCHAMOS DAVID COPPERFIELD
LA GIRA DE CHARLES DICKENS
ESCUCHAR LAS NOTICIAS DEL PERIÓDICO
11. LEER EN LA FÁBRICA DE TABACO
EL CONDE DE MONTECRISTO EN UNA FÁBRICA DE TABACO
CÓMO Y DÓNDE EMPEZÓ TODO
CÓMO ERAN LAS LECTURAS Y QUÉ ESCUCHABAN
CIGARRERAS LIBERTARIAS
12. LEER EN LA GUERRA
ROMANCEROS EN PLENO SIGLO XX
EL CINE: UNA NUEVA FORMA DE CONTAR LAS HISTORIAS
EL PUEBLO A LA CONQUISTA DE LA CULTURA
LECTURAS EN LOS HOSPITALES DE LA GUERRA
LA VOZ COMIENZA A APAGARSE
SEGUNDA PARTE La resistencia de la voz de los libros
13. LEER A CIEGAS
LEER A BORGES
EL PADRE QUE GRABABA CASETES A SU HIJO
LECTORES A DOMICILIO
14. EL CUENTO DE ANTES DE DORMIR
LEEMOS UN CUENTO EN CLASE
CUÉNTAME UN CUENTO
LEER JUNTOS
POR QUÉ LEER A LOS NIÑOS EN VOZ ALTA
15. LEER ES SALUD
LEER EN EL HOSPITAL
LEER PARA SENTIRSE LIBRE
ABRIRSE COMO UN LIBRO
16. EL ESPECTÁCULO DE LA LECTURA
LAS LECTURAS EN VOZ ALTA SALVAN UNA LIBRERÍA
LEER JUNTOS EL QUIJOTE Y EL ULISES
ROBERTO BENIGNI LEE A DANTE

OS LEO A…
17. EMBOTELLAR LA VOZ DE LOS LIBROS
CYRANO DE BERGERAC IMAGINA LOS AUDIOLIBROS
EDISON INVENTA EL FONÓGRAFO
UNAS JÓVENES EMPRENDEDORAS ENLATAN A DYLAN THOMAS
EL ARCHIVO DE LA PALABRA
LA MUTACIÓN DE LAS HISTORIAS
LA VOZ DE BRUCE WILLIS
TODOS LOS CAMINOS LLEGAN AL LIBRO
18. LOS ROBOTS TAMBIÉN LEEN EN VOZ ALTA
UN ROBOT QUE DEVORA LIBROS
LAS DIFICULTADES LECTORAS DE LAS MÁQUINAS
QUÉ DICE LA CIENCIA SOBRE LEER Y ESCUCHAR
CÓMO SERÁ LA VOZ DE LOS LIBROS EN EL FUTURO
EPÍLOGO ¿POR QUÉ SEGUIR LEYENDO EN VOZ ALTA EN EL SIGLO XXI?
ANEXO. LA LECTURA EN VOZ ALTA EN LA LITERATURA Y EL CINE
HISTORIAS DE LA ANTIGÜEDAD
MUJERES Y LECTURA
LEER A ENFERMOS
LEER EN FAMILIA
LEER CON LOS AMIGOS
LECTORES A DOMICILIO
LEER A LA PERSONA AMADA
BIBLIOGRAFÍA
LIBROS DE REFERENCIA Y CONSULTA
PUBLICACIONES ESPECIALIZADAS Y ESTUDIOS CIENTÍFICOS
ARTÍCULOS DE PERIÓDICOS Y REVISTAS DE INFORMACIÓN GENERAL
PÁGINAS WEB Y OTROS RECURSOS DIGITALES
OBRAS LITERARIAS Y PELÍCULAS
OBRAS LITERARIAS
PELÍCULAS
OTROS RECURSOS
AGRADECIMIENTOS
Sobre la autora

Para Vicente, Alicia y Olivia,
por las lecturas que hemos tenido juntos
y las que nos quedan por disfrutar

A word is dead
A word is dead
When it is said,
Some say.

I say it just
Begin to live
That day.

EMILY DICKINSON,
Poem 1212

Una palabra muere [1]

Algunos dicen
que una palabra muere
cuando es dicha.

Yo digo
que empieza a vivir
ese día.

EMILY DICKINSON,
Poema 1212

INTRODUCCIÓN
DE
QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE LEER

En sus viajes por todo el mundo André Kertész fotografió a gente leyendo en múltiples situaciones: una mujer en el balcón de su casa, un hombre en un puesto callejero de libros de segunda mano o un niño con un tebeo sentado sobre una pila de periódicos. La fotografía tan solo tenía unas décadas de vida, y André podría haber inmortalizado plantas o animales, pero el hecho de haber crecido entre los estantes de la librería que regentaba su padre le había despertado un interés por observar desde la distancia a los lectores. Le gustaba mirar a través de su objetivo y captar a todas esas personas que, a través de los libros, se evadían de lo que estaba ocurriendo a su alrededor en la convulsa Europa de la primera parte del siglo XX. Contemplar a alguien mientras está leyendo tiene algo de *voyeur*. Sabemos que el lector, aunque está físicamente en un tiempo y espacio determinados, se ha transportado a otras circunstancias, como si mediante ese objeto que es el libro se conectase a una máquina que lo lleva a otro lugar, tal y como hacían los personajes de la película *Matrix*, quienes, al enchufarse, abandonaban su cuerpo y viajaban a otro mundo que no era el real.

Las instantáneas de Kertész nos transmiten ternura, también nostalgia, muchas son poéticas y en algunas hasta descubrimos tintes humorísticos, pero todas capturan ese momento mágico que provoca la lectura. En todas aparecen personas conectadas a través de un mismo acto, la lectura, y por un mismo objeto, el libro. Poco importa que se encuentren en distintas ciudades, ni que sus edades, ocupaciones y, por supuesto, sus historias personales, así como las que están leyendo, sean diferentes. En algunas de esas imágenes el lector constituye el tema central, mientras que en otras el foco está en el entorno que lo rodea, con lo que se da relevancia a la cotidianidad que envuelve el propio acto de leer o incluso se expone un paréntesis en medio de un acontecimiento bélico donde, aunque

parezca increíble, o precisamente por ello, también había espacio para la lectura. Kertész, que combatió en la Primera Guerra Mundial, vivió en ciudades como París y Nueva York, y recorrió el mundo coleccionando estos momentos de gente leyendo. El resultado fueron sesenta y seis fotografías en blanco y negro que se recogieron en el libro *On Reading*.

Pero André no fue el único en su afán por inmortalizar la intimidad de los lectores cuando leían. Conoció en Nueva York al también fotógrafo Steve McCurry, quien más tarde sería el autor de la icónica *La niña afgana*, la joven refugiada de grandes ojos verdes que apareció en *National Geographic* en 1985 y se convirtió en una de las portadas más célebres de la historia de la revista. McCurry quedó tan fascinado con la colección de lectores de Kertész, que se pasó gran parte de su vida viajando por más de treinta países con este mismo propósito: retratar a gente leyendo. De hecho, terminó publicando otro libro recopilatorio de fotografías con el mismo título que el de su predecesor.

En todas las instantáneas de Kertész y en la mayoría de las de McCurry se representa la intimidad y soledad del que lee en silencio y la conexión que tiene con otras personas y mundos a través del objeto del libro. Como dijo Paul Auster, «la literatura es esencialmente soledad. Se escribe en soledad, se lee en soledad y, a pesar de todo, el acto de leer permite una comunicación entre dos personas».

Sin embargo, esta relación con la lectura no ha sido siempre así; de hecho, la lectura silenciosa y en solitario fue algo minoritario hasta hace relativamente poco tiempo. Si nos detenemos a observar una de las fotografías de McCurry, nos transportamos hasta un templo de Sri Lanka donde una abuela envuelta en un hábito blanco permanece sentada mientras parece que lee para su nieto en voz alta. El muchacho está tumbado, con la cabeza en reposo en las piernas de la anciana, y disfruta de ese momento de compañía. Personalmente, esta imagen me evoca recuerdos de mi infancia y de todas las historias que mis abuelos y mis padres me contaban. Una noche cerrada llamó una bruja a su casa, sabían que lo era porque tenía una verruga en el cielo de la boca. Entonces no me preguntaba cómo lograron ver la verruga, solo daba por hecho la constatación de que era una bruja, para la historia poco importaba cómo se había

llegado a esa conclusión, y aquel era un buen comienzo. La bruja trató de pasar a la casa y con intimidaciones les pidió dinero. Mis abuelos no sabían qué hacer y ya no podían contenerla más en la puerta. Entonces mi abuela tuvo una idea, fue a por unas tijeras abiertas en forma de cruz. La bruja en cuanto vio ese signo comenzó a gritar y salió corriendo. Mis abuelos habían logrado deshacerse de ella con ingenio y a mí, que en esos momentos era muy pequeña, me dio miedo, pero a la vez me pareció algo impresionante. Este tipo de historias, que ellos decían que eran verdad, cosa que nunca sabré, es más, poco importa, y otras muchas son las que alentaron mi imaginación durante mi infancia. Cuando éramos niños, alguien nos leía un cuento antes de dormir o en una tarde lluviosa en la que no se podía salir a la calle a jugar nos contaban historias que lograban sorprendernos y nutrir nuestra fantasía. Podían ser nuestros padres, tíos, abuelos o profesores, los que nos leían con atención y cariño para que nosotros, aún demasiado pequeños para poder leer por nuestra cuenta, pudiéramos viajar a los mundos de *Las mil y unas noches*, emocionarnos con los cuentos de los hermanos Grimm o vivir las aventuras de Julio Verne. Este es un libro que muestra que los libros, incluso antes de que existieran, siempre han tenido una voz, la voz de alguien que nos los ha leído en alto.

Comencé a compartir momentos de lectura con mis hijas incluso antes de que nacieran. En uno de esos libros a los que acudimos los padres primerizos para encontrar respuestas a nuestros miedos, había leído que el oído era el primer órgano que se desarrollaba en el bebé y que la primera voz que percibirían en su vida sería la mía. Así que tanto con mi primera hija como más adelante con la segunda les hablé, canté…, y les leí cuando estaban dentro de mi tripa. Desde las primeras semanas de vida, mi marido y yo incorporamos la lectura de un cuento antes de dormir a la rutina que habíamos establecido y que, según todos esos libros sobre paternidad, había que hacer: baño relajante, cena sin tele ni móviles, lectura de un cuento y a dormir.

Evidentemente, en sus primeros meses de vida un bebé no entiende lo que le estamos leyendo, no puede seguir una trama, su

visión aún no está desarrollada por completo y no aprecia las bonitas ilustraciones que acompañan a la historia, pero sí percibe algo muy importante que le transmite seguridad y tranquilidad: el tono de nuestra voz. Un bebé es capaz de localizar a sus padres en una habitación llena de gente gracias a la voz. Además, cuando contamos un cuento adoptamos un tono de voz especial. Cuando comenzamos una historia diciendo: «Érase una vez…», suena muy diferente a cuando decimos: «venga, que esta es la última cucharada de papilla» o «¡no tires los juguetes al suelo!». Se podría afirmar que nuestras primeras aproximaciones a las historias las hacemos a través de la musicalidad que desprenden las palabras. El tono y el ritmo de una historia en voz alta, incluso antes de que se comprenda su significado, tiene algo de catártico. La respiración se ralentiza, los músculos se relajan, la presión sanguínea disminuye, y entramos en un estado de relajación y ensoñación. Cuando el bebé comienza a comprender las historias, la escucha activa zonas cerebrales específicas de su cerebro, estimula su imaginación y le hace experimentar emociones que quizá no haya aún experimentado en su breve existencia. Para comprobar esto de una manera muy sencilla, aunque más adelante veremos cómo la ciencia lo ha demostrado, nada como observar a un grupo de bebés de pocos meses sentados en la alfombra de cualquier biblioteca en la que se vaya a leer un cuento. En los momentos previos a la actividad cada uno está a lo suyo: algunos gatean para llegar hasta los libros, otros pasan sus hojas, están los que los muerden y dan golpes con ellos a la alfombra, y siempre hay alguno que llora desconsoladamente. Sin embargo, en cuanto empiezan a reconocer el tono, la cadencia y el ritmo que identifican como el comienzo de una historia, algo mágico ocurre: el bebé que estaba llorando deja de hacerlo y el que estaba dando golpes con el libro sobre la alfombra levanta la cabeza embobado en dirección a la persona que está leyendo el cuento. Se puede oír el silencio en la sala, solo queda la voz que parece salir del libro. Los niños quedan fascinados. El libro nos habla a través de las manos de la persona que lo sostiene, recorre sus brazos, sube hasta el cerebro, después baja al corazón y desde ahí se escapa la voz por la garganta hasta que las palabras rozan los labios y llegan a esos pequeños oídos. Los niños, con los ojos muy abiertos, se enfadan cuando a Cenicienta no la

dejan ir al baile, ríen cuando descubren que el emperador va desnudo y se asustan cuando el Lobo Feroz se levanta de la cama para comerse a Caperucita Roja.

Por supuesto que llevé a mis hijas a muchas de estas actividades, en bibliotecas, librerías o parques. Cada noche antes de dormir leíamos uno o varios cuentos. Cuando fueron más mayores, después de compartir este ratito juntas, ellas continuaban con los libros entre sus manos, mirando ilustraciones cuando aún no sabían leer y leyendo ellas sus propias historias una vez que aprendieron a juntar las letras. La lectura en voz alta se convirtió para ellas en una actividad de entretenimiento más, por ejemplo, les gustaba leer juntas cuando hacían «fiesta de pijamas» los fines de semana. Se alternaban para leer en voz alta mientras cada una sujetaba una parte del libro. Aún lo siguen haciendo, y cuando las veo así, no puedo evitar pensar en un cuadro del pintor danés Constantin Hansen, un retrato de sus hermanas mientras leían. Ambas están muy juntas, la luz les baña los rostros, que se muestran relajados: una de ellas apoya las manos en el hombro de la otra y ambas disfrutan a la vez del mismo libro.

Las hermanas del artista, de Carl Christian Constantin Hansen (1826). Statens Museum for Kunst, Copenhague. © Album / Heritage Art/Heritage Images

Durante estos últimos años a menudo he fotografiado a mis hijas leyendo. Los que somos padres y desde que todos tenemos a mano una cámara de fotos en el móvil sabemos que es muy tentador no tratar de inmortalizar todos los avances de nuestros pequeños, desde la primera vez que toman la cuchara para comer solos hasta cuando se sientan en un orinal. A mí siempre me ha gustado retratar a mis hijas mientras leen, una especie de imitación de la idea de Kertész. Captar ese momento, tanto cuando lo hacen a solas,

en silencio y en la intimidad, como cuando leen en voz alta entre ellas o comparten lecturas con alguien de la familia o amigas, siempre me ha parecido especial, como una forma de guardar la magia que se crea en ese momento.

Observar esos instantes inmortalizados me lleva a reflexionar sobre en qué momento de mi vida me convertí en lectora: ¿cuándo aprendí las letras del alfabeto en la cartilla del colegio y fui capaz de unir las palabras y leer por mí misma? Recuerdo que fue algo revelador. Me pasé los siguientes meses leyendo todos los carteles que veía en la calle, tengo imágenes vívidas como si fueran de ayer. Iba en el coche con mis padres y leía en alto todo lo que era capaz de descifrar: «Far-ma-ci-a, Ul-tra-ma-ri-nos,
Ci-ne».
Era mágico, ahora ya era una lectora, pero ¿no lo había sido ya antes?, ¿en el momento en el que mis padres o abuelos me leían o contaban una historia? ¿Lo has pensado alguna vez? Yo diría que es en el instante en que nos cuentan una historia por primera vez, ya sea de memoria o leída en voz alta, cuando comienza a consolidarse la formación de un lector. Es así de sencillo.

Muchos padres leen cuentos a sus hijos cuando son pequeños, pero dejan de hacerlo en cuanto aprenden a juntar algunas letras y a leerlas por sí mismos, aunque no comprendan bien lo que leen, les cueste mucho y lo hagan muy lentamente. El argumento esgrimido, mezcla de orgullo y de buena intención, es que, si ellos continúan leyéndoles cuando ya saben, los críos se acostumbrarán a la comodidad de que alguien lea por ellos y nunca lo harán por sí mismos. Quizá es porque consideran que leer solo es leer para uno mismo y en silencio. Puede que alguno de esos niños logre salvar las dificultades que implica el acto de la lectura, un proceso mental difícil y exigente, y se convierta de adulto en un buen lector, sin embargo, otros muchos se perderán por el camino. En cambio, es muy habitual que los buenos lectores recuerden que de pequeños les leían y les contaban historias. Yo misma, el hecho de que me haya convertido en una buena lectora lo relaciono con eso, con la narración oral y la lectura en voz alta de las que disfruté de pequeña. Ahora que mis hijas están entrando en la adolescencia, la rutina de la lectura con ellas ya no es diaria, sino que depende del tiempo que tengamos o lo cansados que todos estemos, pero, de vez

en cuando, antes de dormir, seguimos leyendo todos juntos como una forma de compartir las ficciones que tanto nos gustan, igual que cuando vemos en familia una película, una serie de televisión, o cuando escuchamos música. Así que ¿por qué no hacer lo mismo con la lectura? Se trata de un hábito familiar muy sencillo de implantar y que se convertirá en un regalo que les será muy útil para toda su vida. Un hábito que les permitirá crear un vínculo afectivo no solo por lo que puedan aprender y comprender, sino por los momentos que vivirán, sentirán y disfrutarán.

Ahora intenta imaginarte a alguien leyendo. ¿Cómo lo ves? Probablemente sentado en una butaca, en una hamaca en la playa o tumbado en un sofá, con un libro de papel entre las manos, en silencio y ensimismado en el acto de leer. En nuestro imaginario, leer es leer en silencio y para uno mismo, y si queremos decir que alguien lee en voz alta y para otros, tenemos que añadir esa información. Lo curioso no es solo eso, sino que pensamos que esto ha sido siempre así, que siempre se ha leído en silencio. Pero si tenemos en cuenta la historia de la humanidad, la lectura silenciosa e individual como hoy en día la conocemos es una práctica relativamente nueva, además de minoritaria. Dependiendo de las zonas del mundo, goza tan solo de unas décadas o a lo sumo un siglo de vida. Lo habitual en los últimos veinticinco siglos ha sido disfrutar en grupo de la lectura en voz alta. *Leer* ha sido siempre *leer en voz alta y con otros* y, si queríamos decir que alguien leía en silencio y en solitario, era necesario especificar esa particularidad. Ahora ocurre todo lo contrario.

El paso de la lectura colectiva en voz alta a una lectura individual y silenciosa ha sido progresivo a lo largo de la historia. Lo que hasta hace tan solo un siglo era algo habitual, ver a alguien leyendo en voz alta para otros, hoy está reservado a las presentaciones de libros, los actos institucionales y la lectura de cuentos para niños, enfermos o mayores. Mi propósito con este libro es descubrir una serie de aspectos sobre la lectura y los libros que hasta ahora quizá no te habías planteado: recorreremos juntos el modo en que nuestros antepasados leyeron desde que se inventó la escritura y hasta no hace tanto.

Empecé a pensar en cómo leemos cuando comencé a trabajar en el sector de los audiolibros, esas grabaciones de lecturas de libros llevadas a cabo por voces profesionales que nos permiten escuchar historias mientras hacemos otras tareas, como labores domésticas, ejercicio o que nos acompañan en el trayecto al trabajo. Javier Celaya, uno de los mayores expertos a nivel internacional sobre estrategia digital para las editoriales, se puso en contacto conmigo para ofrecerme participar en un nuevo proyecto relacionado con los audiolibros. Nada más terminar de hablar con él, me vinieron a la memoria los casetes de audiocuentos que, en la radio del salón o en el coche, escuchaba durante mi infancia. Eran cuentos de toda la vida, que antes ya mis padres me habían leído y contado: *Caperucita Roja, Los tres cerditos* y otros cuentos populares, pero dramatizados y con algo de música. En los años ochenta del siglo pasado no existían televisores portátiles en los coches, por supuesto, tampoco móviles, consolas o tabletas. Para los niños de aquella época, la escucha de cuentos en aquellos casetes hacía mucho más amenos los largos viajes familiares por carreteras de doble sentido hacia el pueblo o la playa. Mi experiencia con los audiolibros se había limitado a eso y poco más. Según me informé después, en otros países los audiolibros se habían mantenido y se habían seguido comercializando no solo para niños, sino también para adultos: novela negra, romántica, economía, desarrollo personal, religión… El formato físico se fue adaptando a cada una de las innovaciones tecnológicas del momento: de los casetes se pasó a los CD que se vendían (y aún se venden en la actualidad en Alemania) en librerías, después vino el formato digital a través de MP3 y por último el móvil gracias a las plataformas de *streaming*. Yo, que soy una lectora compulsiva, nunca en mi vida había utilizado audiolibros, y era porque en España se habían dejado de producir. En los años noventa se llevaron a cabo algunas iniciativas en este sentido y se publicaron en formato CD contenidos tan atractivos como Harry Potter u otros de autores tan reconocidos como Javier Marías, pero, debido al escaso interés y a las bajas ventas, el sector consideró que había sido un fracaso y dejaron de producirse.

Ahora yo iba a trabajar en una compañía que se proponía producir audiolibros en español para impulsar esta nueva forma de disfrutar de los libros, y así, me di cuenta de que, aunque parecía

algo muy nuevo, en realidad era una práctica muy antigua. Al fin y al cabo, todos sabemos que desde antes de que se inventara la escritura —e incluso mucho después— se había desarrollado la literatura oral, el contarnos historias unos a los otros. Pero, claro, aquello no era lo mismo, una cosa es contar una historia a alguien con tus palabras y otra muy diferente leer en voz alta un texto tal y como está escrito, como si fuera uno mismo el que lo está leyendo. También sabía, porque había leído *Una historia de la lectura*, de Alberto Manguel, que en la Antigüedad se leía en voz alta, aunque no recordaba la explicación de por qué preferían esta práctica a la de leer en silencio. Solo a partir de la Edad Media, y de forma muy minoritaria y paulatina, surgió la lectura silenciosa. Aun así, la lectura en voz alta siguió siendo mayoritaria hasta mediados del siglo XX. Lo primero que me llamó la atención cuando empecé a documentarme fue la escasa bibliografía existente sobre el tema. También constaté que, si bien se han publicado monografías, tesis doctorales, incluso amenos ensayos divulgativos dirigidos al gran público sobre la historia del libro y otros muchos aspectos relacionados con él como bibliotecas, librerías, editores, incluso sobre literatura oral, en muy pocos se hablaba de nosotros, los lectores. Pocos se han parado a plasmar cómo hemos disfrutado de la lectura a lo largo de la historia, por qué se leía en voz alta, en qué ocasiones se disfrutaba con ella y qué factores provocaron la transición hacia la lectura silenciosa. De pasada encontraba referencias en textos cuyo foco principal era otro, más bien información en notas a pie de página, pero no encontré libros divulgativos que me explicaran este cambio tan importante para la humanidad y que en realidad no es más que la historia de nosotros mismos, de los lectores.

¿Por qué comenzamos a leer en voz alta? ¿Por qué no se leía en silencio? ¿Cuáles fueron las causas por las que progresivamente pasamos a una lectura silenciosa? ¿Hasta cuándo leer en alto fue lo más habitual? ¿Qué cambios sociales e individuales supone este cambio? ¿Está nuestro cerebro más preparado para escuchar o para leer? ¿Memorizamos y comprendemos mejor algo leído o escuchado? ¿Y en qué situación disfrutamos más? ¿Cómo será la lectura en el futuro dentro del metaverso, la inteligencia artificial y otras innovaciones tecnológicas? Así, a base de preguntas y

respuestas, revisando estudios de filólogos, antropólogos y expertos en comunicación sobre el libro y la lectura, he alcanzado una nueva visión sobre cómo se ha transformado el modo en que los lectores gozamos de los libros, sobre cómo las diferentes maneras de leer han influido en nuestra forma de disfrutar de las historias o adquirir conocimiento, pero también sobre cómo nuestra mente, la sociedad, la forma de pensar y de estar en el mundo han evolucionado al cambiar nuestra forma de leer.

Pero ¿qué es lo que realmente sabemos de nuestros antepasados y de cómo se deleitaban con los libros y la lectura? Los vestigios arqueológicos nos han proporcionado información sobre bibliotecas, libros, imprentas o librerías, pero ¿qué hay de los lectores? Podemos saber, por ejemplo, qué libros leían los griegos y cuáles eran sus autores favoritos gracias a catálogos y listados que han llegado hasta nuestros días. Sabemos, igualmente, dónde se ubicaba una biblioteca en la antigua Roma porque una excavación ha dejado al descubierto parte de sus cimientos, pero ¿cómo podemos saber cómo leían y si lo hacían en voz alta o en silencio? El acto de leer no deja un rastro físico. Las maneras de leer en cada época se pueden encontrar desperdigadas en cartas, diarios, regulaciones de órdenes monásticas o noticias de periódicos. Acostumbrados a una determinada forma de vivir condicionada por nuestra cultura, tendemos a pensar que nuestras costumbres son eternas y universales. Nuestra cultura occidental del siglo XXI es principalmente escrita, nos es muy difícil concebir la literatura sin la letra impresa. Borges dijo en cierta ocasión que no podía imaginar un mundo sin libros, quizá estaba empleando la palabra «libro» con un significado semántico muy amplio, como se va a utilizar aquí. Acaso quiso expresar más bien que no podía vivir sin historias porque, cuando pronunció esta frase, ya estaba ciego y no podía leer, pero sí que seguía disfrutando de ellos gracias a quienes le leían en voz alta. Nuestra visión *escrito-céntrica* nos hace pensar que lo normal es disponer de una escritura y que gran parte de la población sea capaz de leer y escribir, pero esto podría no ser así, o al menos no ha sido así siempre ni en todos los lugares. De las más de tres mil lenguas diferentes que se han podido identificar en el mundo, algo menos de cien disponen de una literatura escrita. En cambio, todas las culturas han desarrollado una literatura oral. La

lectura silenciosa es algo que hoy en día tenemos tan interiorizado que no cabe en nuestra cabeza que haya otra forma de leer que no sea esa.

A mediados del siglo XX varios investigadores comenzaron a plantearse este hecho. Por un lado, al estudiar cómo eran los libros físicos en la Antigüedad, cómo se escribía, cuál era el grado de alfabetización en cada época y otras cuestiones, llegaron a la conclusión de que la lectura silenciosa no era posible o que esta sería muy minoritaria, siendo la lectura en voz alta la práctica habitual. Por otro lado, en los propios libros de la época aparecieron numerosas pruebas de esto: textos de carácter histórico, como cartas, memorias, diarios o documentos oficiales que dan cuenta de sucesos o de las ideas imperantes en el momento y donde se puede comprobar que la lectura se disfrutaba en voz alta. También la ficción escrita en cada una de las épocas nos proporciona abundante información sobre cómo era la vida en cada periodo histórico. En las obras de teatro, y más tarde en las novelas, se nos cuenta, por ejemplo, cómo eran las casas, el vestuario, la alimentación o la religión, elementos que nos sirven para conocer las características, usos y costumbres de las diferentes culturas. También nos cuentan cómo eran los lectores y cómo leían.

Este libro es una invitación a conocer otra forma de disfrutar de la lectura, más social, inclusiva, divertida y humana, frente a una sociedad cada vez más individualista y tecnológica. A lo largo de estas páginas iremos de la mano haciendo un recorrido desde las primeras historias orales que conocemos, pasando por la lectura en voz alta de los primeros escritos que se han encontrado, hasta la actualidad, y veremos por qué se leía en voz alta y cómo se llevó a cabo el paso hacia la lectura silenciosa. Descubriremos muchas curiosidades de lo que podríamos considerar el gran espectáculo de la lectura y viajaremos a diferentes épocas y lugares para mezclarnos con nuestros antepasados y disfrutar en primera persona, como ellos hacían, de la lectura y de los relatos que han formado parte de nuestra cultura. Tiraremos del hilo hasta el final, pero vayamos paso a paso, ya que para leer una historia primero hay que escribirla y mucho antes imaginarla, así que comencemos

por descubrir el momento en el que los seres humanos empezamos a contarnos historias los unos a los otros y de esta manera sabremos de qué hablamos cuando hablamos de leer.

PRIMERA PARTE

Cuando la mejor manera de disfrutar de la literatura era hacerlo en voz alta

1
CUANDO
LOS LIBROS ERAN LAS PERSONAS

LA HISTORIA DE LA SERPIENTE ARCO IRIS

El grupo ha llegado a la montaña. Son ocho adultos, hombres y mujeres, y seis niños. Entran en la cueva y lo primero que hacen es juntar hierbas secas y palos para hacer el fuego. La noche va a caer pronto y todos colaboran. Uno de los niños mayores deja a un lado el palo que lleva al hombro con varios peces pinchados durante la pesca de esa mañana en el río. Su hermana, que no se separa de él, hace lo mismo y añade los dos cangrejos que ha capturado. Piensan asarlo todo cuando el fuego esté listo. Tan escasa cena se completará con algunos frutos secos que su madre lleva envueltos en hojas. La cueva parece amplia y segura, a pocos pasos del río y rodeada de vegetación abundante en la que recolectar frutos. Quizá se establezcan en ella durante algún tiempo. Mientras el resto continúa con la labor de recoger madera para hacer una buena hoguera que aguante encendida día y noche, el padre de estos niños inspecciona la cueva. Mira las paredes, las palpa con sus manos, mira hacia el techo. Después de varias vueltas elige cuál será el espacio en el que pintará y así se lo hace saber a los otros, que están juntando los palos, y les indica dónde harán el fuego. Mientras los demás se entregan a esta tarea él comienza a pintar. Para ello, utiliza sangre de animales y pigmentos de flores, a veces se sirve de plumas para mojarlas en los colores, pero, generalmente, usa los dedos para extender el color. También emplea palos quemados para marcar bien el contorno de las figuras. Al cabo de un rato ya se distingue en el centro una gran serpiente: la cabeza grande, la boca abierta, los dientes afilados y los anillos del cuerpo de color amarillo y ocre rojo. Cuando logran prender los restos de palos secos y hacer el fuego, las pinturas ya están casi terminadas y la noche cae, así que, después de la cena, reunido todo el grupo junto

a la lumbre, el padre de los chicos cuenta una historia:

> Había una vez, hace mucho tiempo, en la época llamada Tiempo del Sueño, cuando nada estaba creado y todo era oscuro, una gran serpiente que surgió del interior de la tierra, salió por el mar y llegó hasta la superficie deslizándose por el terreno. Tal era su poder fertilizador que por donde pasaba comenzaban a brotar los ríos, los lagos, se elevaron las montañas y crearon los valles, surgió la vegetación y grandes árboles con frutos comenzaron a echar raíces. La serpiente Arco Iris creó todo lo que hoy tenemos, enseñó a los hombres a vivir en armonía con la naturaleza y, desde entonces, les protege para que nada malo les ocurra.

El padre posa la mirada en sus hijos. Esa historia se la había contado su padre a él tal y como ahora él se la está contando a sus hijos y a los demás. La poca luz que ya desprende el fuego no le permite ver bien las caras, pero por su respiración rítmica y acompasada cerca del pecho materno, intuye que están dormidos. Puede estar tranquilo, la serpiente Arco Iris vela por ellos en el tiempo del sueño en el que ahora se hallan. El día ha sido duro y los otros pequeños también duermen o están comenzando a restregarse los ojos, todo el grupo está agotado, así que interrumpe su narración en ese punto. Toca descansar, y al día siguiente, cuando la noche caiga de nuevo y se reúnan alrededor del fuego, continuará con el cuento, o quizá con otro nuevo.

Arranquemos por el principio, o retomando las palabras con las que comienza el evangelio de san Juan: «En el origen fue el verbo». El lenguaje es algo inherente al ser humano desde el origen de nuestra especie; la palabra es, en gran medida, lo que nos hace humanos y nos diferencia de los animales, una característica biológica que hemos desarrollado para completar la forma en la que nos veníamos comunicando entre nosotros. La escritura, en cambio, es posterior al lenguaje oral, y es una invención, algo artificial. Para que exista la literatura, incluso la oral, primero tienen que existir seres humanos que sean capaces de articular palabras y que cuenten historias para más tarde inventar la escritura y dejar constancia de las narraciones en piedra, arcilla, papiro, pergamino, papel y, ahora, en soporte digital. Nuestra especie, el *Homo sapiens sapiens*, surgió hace más de cien mil años y la escritura se inventó hace tan

solo unos miles de años, así que como especie llevamos mucho más tiempo escuchando que leyendo y nuestro cerebro está más preparado de una forma natural para entender y comunicar con la palabra hablada que con la leída.

La invención del fuego supuso un cambio significativo en la alimentación humana y, por ende, en el desarrollo cerebral y en la evolución del lenguaje y la aparición de la palabra hablada. El fuego mantenía unido al grupo en torno a una fuente de luz y calor, lo que facilitó la socialización y comunicación entre sus integrantes. Este contexto favoreció asimismo la aparición del hábito de contar historias. Algunas hipótesis afirman que las pinturas rupestres, como la de la serpiente Arco Iris que pintaba el protagonista de nuestra historia, se encuentran en ubicaciones específicas que comparten, muchas de ellas, una característica común: están realizadas en lugares con una buena acústica. Quizá dichas pinturas pudieran servir de escenario y apoyo visual a la narración oral llevada a cabo por alguno de los miembros del clan.

Tratemos de imaginar esos largos y fríos inviernos, cuando ya es noche cerrada a las tres de la tarde, sin nada que hacer salvo sentarse alrededor de la hoguera en busca de luz y calor. Estas primeras historias se transmitían de generación en generación como una herencia del conocimiento humano y como una herramienta para la supervivencia, pero también como una manera de llenar las largas noches cuando no existía otro entretenimiento.

La escena con la que hemos comenzado bien podría haber tenido lugar en la zona norte de Australia, en la tierra de Arnhem. Aún hoy en día entre la población aborigen existe la creencia de que una serpiente creó el mundo tal y como lo conocemos e hizo fértil la tierra. El mito de la serpiente Arco Iris comenzó a narrarse hace más de seis mil años en el interior de las cuevas y se siguió transmitiendo durante milenios hasta llegar a nuestros días, por lo que se considera la narración oral más antigua de la historia de la humanidad. Pero ¿cómo sabemos que esta historia se contaba hace ya tantos años si ninguno de nosotros estuvo allí para escucharla ni escribirla en ningún lado? Porque se han encontrado imágenes de la serpiente Arco Iris en cuevas que datan de esa época. Si ya resulta curioso que una leyenda se mantenga durante más de seis mil años, lo más sorprendente de todo es que los aborígenes australianos son

una sociedad donde no existe el lenguaje escrito, por lo que la única forma de transmisión cultural es oral. ¡Son historias que llevan contándose toda la vida!

La conclusión es que los humanos ya disfrutábamos de la literatura cuando aún no habíamos inventado los libros. Una literatura que se basaba en la recreación de experiencias reales, quizá algo modificadas o directamente inventadas, para rememorar el pasado, pero también para imaginar un futuro mejor. Desde tiempos inmemoriales los cuentos se han transmitido de generación en generación mediante la oralidad, como la *Epopeya de Gilgamesh*, la que se considera la primera narración escrita que se ha encontrado y que antes de ser escrita en unas tablillas perteneció a la literatura oral.

TABRILLAS QUE HABLAN

Las primeras civilizaciones de Mesopotamia y Babilonia utilizaron piedras lisas y tablas de arcilla para escribir. No es difícil imaginar, por tanto, que, debido a la dificultad de trabajar estos materiales, la escritura se utilizaba solo para expresar asuntos prácticos, seguramente de carácter administrativo, como, por ejemplo, el número de reses que alguien tenía o cuestiones relacionadas con las cosechas. Antes de las palabras escritas ya existían los nombres de las cosas, por ejemplo, ya llamaban «vasija» al recipiente que utilizaban para ir a por agua al río. Lo más probable es que alguien, para no olvidar algo, como una ayuda a la memoria, con la ayuda de un palo trazase en el suelo de tierra un símbolo correspondiente a esa palabra que ya existía oralmente. Los primeros humanos que transformaron conceptos orales en signos gráficos tuvieron, forzosamente, que indicar la correspondencia fonética de aquello que acababan de escribir para que los demás también lo entendieran y compartieran su significado. Así se inventó la escritura.

Uno de los primeros usos que dimos a este nuevo invento, además de apuntar cuántas cabezas de ganado teníamos o cómo pasaban los días, parece que fue para comunicarnos con personas que estaban lejos de nosotros, porque los primeros escritos de los

que se tiene constancia son cartas. Las tablillas halladas en Mesopotamia muestran la correspondencia entre dos personas, aunque con toda seguridad necesitarían a alguien que se las leyese en voz alta, ya que no todos sabían leer y escribir. Veamos algunos datos: se calcula que en la ciudad más grande de Mesopotamia, Ur, que contaba con unos doce mil habitantes en el año 2000 a. C., había unos ciento veinte *dubsars*, que era como se llamaba a las personas que sabían leer, lo que supone tan solo un 1 por ciento de la población. También sabemos que en la ciudad de Babilonia, con diez mil habitantes, vivían ciento ochenta y cinco escribas registrados, de los cuales conocemos que diez eran mujeres, por lo que el porcentaje, aunque algo mayor, sigue siendo reducido. Así, cuando alguien recibía una carta tenía que acudir a uno de estos *dubsars* o escribas para que se la leyera en voz alta, y lo mismo cuando eran ellos los que querían escribir una misiva.

Las cartas comenzaban con fórmulas establecidas que hacían mención precisamente a la persona que leería el texto en voz alta. Esto demuestra que se leía así y no en silencio. Se incluía el nombre (si se sabía) de quien iba a leer la carta, por ejemplo, el escriba del faraón en Egipto o de un *dubsar* en Mesopotamia, y, a continuación, la indicación «dile esto», esto es, el mensaje que tenía que transmitir. También figuraba el nombre de quien enviaba la carta con la acotación: «habla así». En estas cartas encontradas en tablillas tenemos otras pruebas de que la lectura era en voz alta: expresiones como «oír mensajes» en lugar de «leer mensajes» son frecuentes en estos textos. Asimismo, en textos de carácter jurídico los jueces de Babilonia decían que habían «oído» a la tablilla, esto es, alguien se la había leído para conocer el caso e impartir justicia.

Entre los fragmentos de barro escritos que han llegado hasta nuestros días está, por ejemplo, un mensaje del entonces rey de Mesopotamia a uno de sus vasallos, el rey de una ciudad de la región, que se llamaba Kuwari:

> Dile a Kuwari: Así dice tu señor. He oído las cartas que me enviaste. Todo lo que me has escrito, yo lo haré.

La primera indicación, «Dile a Kuwari», va dirigida a la persona que va a llevar a cabo la tarea de leer en voz alta este mensaje. También destaca que no pone «he leído las cartas que me enviaste» sino «he

oído», porque él a su vez también tendría otra persona que le leería las cartas que recibía.

Aquí tenemos otro ejemplo, una de las cartas enviadas por Nabu-ser-ketti-lešir al rey asirio Asurbanipal:

> Quienquiera que seas, oh escriba, que estás leyendo [esta carta], ¡no escondas nada al rey, tu señor! Habla por mí ante el rey, para que los dioses Bel [y] Nabû te bendigan.

En este caso, quien escribe no conoce el nombre de quien leerá la misiva. Además, seguramente, no la escribió de su puño y letra, sino que la dictó a otro escriba y da por hecho que no va a ser leída tampoco directamente por el receptor, que este lo hará a través de su escriba. Así que en la correspondencia entre dos personas intervenían, en muchos casos, otras dos: quien escribía en nombre del emisor y quien la leía para el receptor. Esto significa que los escribas, además de escribir, también leían en voz alta, ya que eran de los pocos que lo sabían hacer. Este servicio lo prestaba una persona de confianza del receptor, porque al leer en voz alta se puede alterar u omitir parte del mensaje, así los que leían tenían un poder considerable y contaban con el respaldo de su señor, puesto que eran los puentes de comunicación entre mandatarios de diversas regiones y podrían provocar o evitar conflictos diplomáticos o tomar parte en pequeñas disputas cotidianas o delitos.

Sin embargo, lo curioso es que en el caso de la carta dirigida a Asurbanipal se tiene la certeza de que sabía leer, de hecho, fue quien creó lo que se puede considerar una de las primeras bibliotecas de la Antigüedad. Entonces ¿por qué hacía que alguien le leyera las cartas que recibía? Pues porque leer en las tablillas era algo muy tedioso y suponía un esfuerzo y, debido a su rango, él disponía de servidores dedicados a esta labor.

La lectura en voz alta de cartas no solo estaba reservada a temas administrativos, políticos o jurídicos. Como ejemplo, veamos esta carta de amor que ha llegado hasta nuestros días:

> Te lo ruego: una vez que hayas oído mi tablilla, ven, regresa a Aššur, a tu dios y a tu tierra, y deja que pueda volver a ver tus ojos.

Una vez más quien escribe da por hecho que alguien va a leer en voz alta esta carta a su amada, como indica la expresión «una vez que hayas oído».

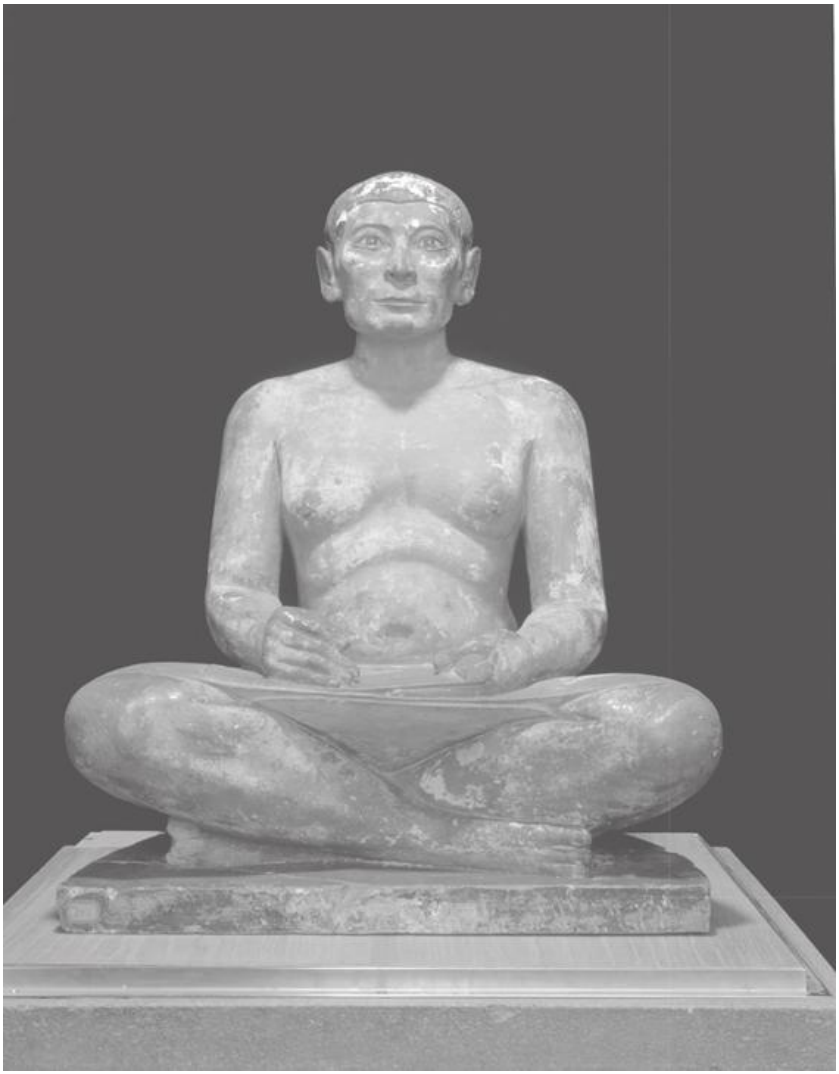
La lectura en voz alta ha acompañado a las cartas a lo largo de nuestra historia. Bien avanzado el siglo pasado aún se leían cartas de esta manera. Me cuenta un amigo que al entrar en contacto con los compañeros de la mili, es cuando fue consciente de la situación cultural y del analfabetismo aún existente en España. Ayudó a muchos de sus compañeros, de baja clase social, que no sabían leer ni escribir y que necesitaban que alguien redactara cartas para sus novias en su nombre y que, a su vez, leyera las que recibían de ellas, seguramente también escritas por otra mano amiga. Él hizo esta labor para muchos de los chicos que compartieron aquellos meses con él y que entonces solo podían comunicarse a distancia gracias a la voz de alguien que les leía y escribía por ellos. Parece mentira que, a pesar de los muchos siglos transcurridos entre aquellas primeras cartas en Mesopotamia y las cartas de los jóvenes militares en la España de mediados del siglo XX, se siguiera haciendo lo mismo, leerlas en voz alta. Nuestra vida ha cambiado tanto en los últimos cincuenta años que, a veces, se nos olvida cómo se hacían las cosas antes. Comenzamos contándonos historias oralmente y las sociedades que desarrollaron la escritura empezaron utilizándola para comunicarse con los que estaban lejos. A continuación veremos cómo era el oficio de escriba, en este caso, en el Antiguo Egipto.

La sátira de los oficios y los escribas

Hace más de cuatro mil años, un hombre llamado
Dua-Hety,
emprendió un viaje para acompañar a su hijo desde la ciudad egipcia de Silé hasta una de las residencias del faraón al sur del país. El viaje era largo y suponía la separación del joven Pepy de su familia, aunque el destino merecía ese sacrificio, ya que se dirigían a la escuela de escribas al servicio del faraón, a la que solo unos pocos privilegiados podían asistir. Pepy iba cabizbajo y no mostraba ningún interés por esta nueva etapa que se abría ante él, al

contrario, no comprendía por qué tenía que abandonar el mundo que conocía para irse a vivir solo y alejado de todo lo que amaba. No entendía qué podía tener de bueno pasar todo el día estudiando, leyendo y escribiendo mientras permanecía sentado con las piernas cruzadas hasta que se durmieran. En cambio,
Dua-Hety,
su padre, sabía que el oficio de escriba era uno de los más importantes e influyentes, un puesto muy cercano al mismo faraón y de gran confianza, que suponía convertirse en sus ojos, oídos y boca en todos los asuntos importantes del Estado. Trató de animar y alegrar al joven, de convencerlo de que mirase con optimismo su destino, reservado a unos pocos, y que amara los libros: «¡Aplícate a los libros! He visto a los que fueron llamados al trabajo. Mira, nada hay mejor que los libros; son como un barco en el agua».

Pasaban los días y como este amor hacia el aprendizaje que trataba de transmitir a su hijo no surtía efecto, el padre consideró que la mejor forma de convencerlo sería hablarle del resto de los oficios y las dificultades que estos entrañaban. Así pues, comenzó a contarle que el herrero soportaba todo el día altas temperaturas con los dedos agarrotados, que el barbero vagaba por las ciudades en busca de clientes desde la salida del sol hasta su puesta para poder sobrevivir, o que el alfarero se veía obligado a escarbar en el barro más que los cerdos para conseguir material para sus vasijas. Así fue describiendo muchos de los trabajos y los sufrimientos que cada uno de ellos conllevaba. Al mismo tiempo, le contaba que los escribas no padecían estas penalidades y que tenían muchas ventajas. Que eran la mano derecha de los faraones y que, gracias a ellos, podían gestionar mejor la administración, enviar cartas escritas y leer en voz alta las recibidas. Eran pocas las personas que sabían leer y escribir, incluso entre los faraones, quienes, aunque supieran, dejaban esta labor en manos de los escribas. Después de varios días donde el padre le relató estas particularidades sobre los oficios, Pepy llegó a la escuela de escribas convencido y feliz por saberse un privilegiado: tendría una vida más cómoda que el resto de sus iguales y cumpliría con una labor muy importante.



Escultura *El escriba sentado*. Museo del Louvre, París. © Album / Superstock

Este relato, conocido como *La sátira de los oficios*, pertenece a lo que en el Antiguo Egipto se llamó literatura sapiencial, aquella que pretende transmitir un conocimiento o una enseñanza. La historia, debido al humor e ironía que utiliza al describir los diferentes oficios, fue plasmada en numerosas ocasiones en materiales de escaso valor, por lo que se piensa que era parte de los ejercicios que

llevaban a cabo los propios aprendices de escribas para no olvidar lo privilegiados que eran y así practicar a la vez la escritura. Muchas de estas copias han llegado hasta nuestros días y están repartidas por museos de todo el mundo, lo que demuestra que se trataba de un texto muy popular y extendido.

En el Antiguo Egipto, los escribas, cuyo puesto solía ser hereditario, estaban exentos de pagar impuestos y de otras obligaciones, como el servicio militar, además de evitar los pesados trabajos manuales. Los escribas no solo llevaban a cabo la labor de escribir, aunque su denominación hace referencia a esta actividad quizá porque hablar era algo común pero escribir era algo minoritario que los identificaba, también eran lectores en voz alta, tanto de lo que ellos mismos habían escrito por indicación de otro como de los textos de otros escribas. La palabra utilizada en el Antiguo Egipto para *leer* significaba también *recitar*, y es que leer era, como lo sería durante toda la Antigüedad, leer en voz alta. Leían para sus dueños o superiores, que podían ser príncipes, reyes, generales militares, sacerdotes, pero también arquitectos o astrónomos.

Una muestra de la importancia que adquirieron los escribas es que la única vestimenta que llevaban, el *shenti*, esa especie de falda con la que estamos acostumbrados a verlos en sus diferentes representaciones, estaba precisamente reservada a la nobleza y los altos funcionarios. La escultura *El escriba sentado*, que se conserva en el Museo del Louvre y que data de hace unos cuatro mil años, fue hallada en la necrópolis de Saqqara durante las excavaciones del egiptólogo francés Auguste Mariette, en 1850. Es una pieza de apenas cincuenta y tres centímetros de alto tallada en piedra caliza, hierática y con una gran expresividad en los ojos debido a la incrustación de cristales. Sostiene entre las manos las herramientas propias de su profesión: un papiro y un cálamo con el que se escribía y del que solo se conserva el mango. Por desgracia, no se representó con la boca abierta, como si leyera en voz alta, una de sus tareas, ya que en esa época a las personas no se las mostraba en movimiento, sino en forma estática.

En el Egipto faraónico, aparte de las tablas de piedra y arcilla,

comenzó a utilizarse a principios del III milenio a. C. el papiro, que supuso un gran avance a la hora de disponer de más textos y difundir tanto el conocimiento como el disfrute de las historias.

El papiro comenzó a utilizarse en Egipto a principios del III milenio a. C. El tallo de los juncos que crecían en las tierras fértiles del Nilo se cortaba en láminas, que se disponían entretejidas en dos capas perpendiculares y longitudinales sobre «una tabla humedecida con agua del Nilo». El limo del agua que «sirve como cola», según nos cuenta Plinio el Viejo en su *Historia Natural*, era lo que hacía que las láminas se pegasen. Las tiras se prensaban y dejaban secar al sol para más tarde ser alisadas con piedra de lija hasta obtener una superficie lisa y apropiada para la escritura. Las diferentes hojas se unían entre sí para darles mayor longitud y se enrollaban para su almacenamiento.

El *Cyperus papyrus*, que es el nombre científico del junco, crecía en abundancia a las orillas del delta del río Nilo. Las civilizaciones vecinas del momento, como Babilonia y Siria, intentaron cultivarlo sin éxito para romper el monopolio que ejercía Egipto sobre este material. Durante siglos, los faraones dominaron la producción, circulación y comercialización de papiros. Al no haberse inventado aún otros materiales sobre los que escribir, disponer del control sobre este material era, por tanto, fundamental para cualquier civilización. De hecho, cuando el emperador romano Octavio Augusto venció a Egipto en la guerra contra Marco Antonio y Cleopatra, una de las principales medidas que adoptó fue asegurar la producción del papiro para permitir el abastecimiento a Roma.

Los rollos de papiro, llamados volúmenes, medían varios metros de largo, estaban escritos por una sola cara y se enrollaban en dos maderas. Este formato era pesado y difícil de utilizar, ya que si se quería acceder a un punto concreto del texto había que ir desenrollando todo el papiro hasta llegar a él. Era, además, un material muy frágil que no soportaba ni la humedad ni el calor y se desintegraba a los pocos años de su creación. El emperador Tácito enviaba los textos de su tocayo historiador a las Galias y a Germania, y cada año tenía que enviar nuevas copias, ya que los primeros se desintegraban. Esta fragilidad del papiro, especialmente si se doblaba, llevó a sustituirlo más adelante por otro material y con una técnica proveniente esta vez de Grecia, pero de eso

hablaremos más adelante.

HACE MUCHO TIEMPO, EN UNA GALAXIA MUY MUY LEJANA…

Antes de proseguir, volvamos por un momento sobre la idea de que las historias ya existían antes de que se inventaran los libros. Recurriremos a un ánfora del año 480 a. C. guardada en el Museo Británico de Londres. En ella se representa la figura de un hombre de pie sobre un pedestal, moreno, con el pelo rizado, la barba frondosa y está envuelto en una toga que deja su hombro derecho descubierto. En una de sus manos sostiene una vara que le ayuda en el camino. Hasta ahí la representación de un hombre de su tiempo, pero, si nos fijamos con detenimiento, de su boca salen unas palabras en las que podemos leer «Érase una vez en Tirins…». «Érase una vez», ¿cuántas veces habremos pronunciado nosotros mismos, al igual que el rapsoda del ánfora, estas mismas palabras?

Me impresiona esta prueba física, el hecho de que, después de más de dos mil quinientos años, generación tras generación, los humanos sigamos comenzando las historias con idéntica fórmula. Esta manera de iniciar los cuentos, con una fórmula preestablecida, está presente en todas las culturas de todas las épocas. Puede que no sea el «Érase una vez» literal, sino «Había una vez…» o «Hace mucho tiempo…», como ocurre en las lenguas romance y germánicas. La fórmula varía, pero el sentido es el mismo, estas primeras palabras nos anuncian que alguien nos va a contar algo. En todos los idiomas existe una palabra o palabras que nos indican que lo que vamos a escuchar es una historia, un cuento, para identificar claramente que no es algo que ocurrió de verdad, que se trata de una ficción. Además, el «érase una vez» suele venir seguido de algo así como «hace mucho tiempo» y «en un lugar muy lejano». El objetivo de esa fórmula tan antigua y perfecta es el distanciamiento en tiempo y lugar, esto hace que tomemos perspectiva y que nuestra imaginación comience a trabajar. Si nos informan de algo que ocurrió ayer en nuestro pueblo, será otra cosa, será un hecho de la actualidad, pero no hará volar nuestra imaginación. Lo que pretende esta fórmula al invitarnos a ir a otro lugar y tiempo es que nos evadamos de nuestra vida cotidiana, nos

distanciemos psicológicamente.

Con la creación de la escritura, además de la literatura de transmisión oral, donde alguien cuenta con sus palabras una historia que a su vez alguien le contó, y la lectura en voz alta, donde alguien lee exactamente lo que está escrito, se incorporó una nueva modalidad de transmisión de lo escrito: la memorización de los textos. Al ser muy difícil disponer de tablillas y papiros en el número necesario para que cualquier persona disfrutara de su lectura o de alguien que le leyera, la memorización de las historias se convirtió en algo muy útil.

Los escritores de la Antigüedad, conscientes de esta práctica, trataban de ponérselo fácil a aquellos que hacían el esfuerzo de memorizar las historias que luego declamarían en público. Lo que buscaban es que se apartaran lo menos posible de su texto original y, para ello, utilizaban técnicas como las rimas, el ritmo o los llamados epítetos homéricos. Estos epítetos eran palabras que añadían información a un sustantivo o nombre, por ejemplo, «Atenea, divina entre los dioses», y que permitían hacer una pausa para, sin dejar de hablar, pensar en lo siguiente que se tenía que decir.

A lo largo de la historia han aparecido diversos personajes famosos por memorizar largos textos que eran capaces de reproducir con una fidelidad total a como fueron escritos. La comodidad que supone que alguien lea por uno llega a su punto álgido cuando el filósofo Séneca nos cuenta lo que hacía Calvicius Sabinus, un liberto millonario que, como nuevo rico, demostraba unos gustos y prácticas algo exóticos. Resulta que, en lugar de adquirir rollos con los textos que le interesaban y que alguien se los leyera, prefirió directamente comprar once esclavos que se aprendieran de memoria las diferentes historias. Un esclavo debía saber recitar a Homero, otro, a Hesíodo, y los nueve restantes debían distribuirse entre ellos a los nueve poetas líricos que era el canon de autores griegos antiguos. Me imagino a Calvicius en su casa, recostado en el diván, diciendo: «Que vengan a leerme la genealogía de los dioses de la mitología griega», y tendría que acudir el que se sabía de memoria a Hesíodo. O acudiendo a unas termas públicas junto al que sabía de memoria la obra de Homero para que, mientras le daban un masaje, este le contara cómo

Aquiles ata por los pies el cadáver de Héctor a su carro y lo arrastra con la cabeza golpeando en el suelo y levantando polvo.

Tenemos más ejemplos. Se cuenta que otro rico romano analfabeto llamado Itelio tenía a su disposición toda una biblioteca viviente. Para entretener a sus huéspedes contaba con la friolera de doscientos esclavos memoristas y cada uno se sabía un libro completo. De esta manera, dependiendo del libro que quisiera escuchar, llamaba a uno u otro, y lo hacía por el nombre del libro que tenían memorizado: ellos eran el libro y el título, su nombre. Cuentan una anécdota que ocurrió un día que estaba conversando con un invitado y quiso aclarar algo de un pasaje de la *Ilíada*. «Que venga la *Ilíada*», dijo Itelio. «No es posible, señor», respondió uno de los criados. «¿Cómo puede ser eso?», preguntó Itelio a punto de entrar en cólera, a lo que el criado le contestó: «Señor, es imposible, la *Ilíada* no puede presentarse porque está con dolor de estómago».

Así pues, las diferentes formas de acercarse a la literatura en las primeras civilizaciones, como la oralidad, la memorización para reproducir un texto tal y como fue escrito y, por último, la lectura en voz alta utilizando para ello el soporte de piedra, arcilla o papiro en el que fue escrito, convivieron en esta época y pervivieron con diferente intensidad a lo largo de los siglos siguientes. Sin embargo, aún no hemos respondido a una de las principales preguntas que nos planteamos al comienzo: ¿por qué no se leía en silencio durante la Antigüedad? Esto será lo que descubriremos a continuación, cuando conozcamos cómo eran la escritura y los libros en Grecia y Roma.

2
Verba volant

La artimaña que utiliza
Aconcio
para que
Cidipe
se case con él

Cidipe es una joven ateniense que está de visita en la ciudad de Delos, una de las pequeñas islas griegas bañadas por el mar Egeo. Esta mañana acudirá al templo de la diosa Artemisa para llevar a cabo sus oraciones, así que al amanecer sus esclavas la lavan, peinan y decoran su cabeza con ornamentos de oro, visten con preciosas joyas su cuello, brazos y dedos. Por último cubren su cuerpo con el delicado vestido de lino elegido para la ocasión. Ya tiene edad para poder ir sola sin necesidad de que la acompañen sus padres, pero no sin la custodia de su vieja ama, que la ha visto crecer y quien la orientará durante los siguientes años, además de protegerla de los peligros a los que se enfrenta una joven que despierta al mundo.

Al llegar al templo, Cidipe y su ama saludan a los dioses, hacen sus ofrendas y rezan sus oraciones, ambas se muestran concentradas, ensimismadas y silenciosas como requiere el lugar sagrado en el que se encuentran. Pero alguien escondido entre los árboles como un lobo que acecha a su presa observa a la inocente Cidipe desde la lejanía. Se trata de Aconcio, un joven que se ha quedado prendado de la belleza y juventud de Cidipe. Seguramente también de su inocencia, sabe que puede caer sobre esa pequeña y tierna corderita, que será suya casi sin resistencia. El único obstáculo es el ama, esa mujer que ha custodiado la virginidad de varias generaciones no va a permitir que Aconcio se acerque a la joven. Podría encandilarla con su discurso, establecer contacto visual cercano, esgrimir la media sonrisa pillina que él sabe que engatusa a sus conquistas, incluso, por qué no, con alguna excusa,

tratar de tocar sus manos o decir las palabras exactas en un susurro muy cerca de su oído. Cualquiera de esas tretas sería suficiente para hipnotizar a la que hasta hace poco era solo una niña y no conoce nada del mundo exterior. Aconcio, en cambio, ya presume de un amplio historial de conquistas y muchas horas de navegación en esto de la seducción. Pero en esta ocasión no quiere conformarse solo con atacar a su presa y dejarla abandonada, eso ya no aporta mayor interés ni emoción a su vida. Sabe que aquella joven es un buen partido, no solo por la inocencia y belleza que desprende a simple vista, sino porque debe pertenecer a una familia rica y poderosa a la vista de las joyas que luce y de la férrea custodia que el ama profesa. La muchacha es un tesoro, los años pasan, y Aconcio necesita casarse. Esta vez no se trata de conseguir, con engaños que se descubren al amanecer, un bocado pasajero. Esta vez necesita obtener un compromiso en firme.

Su estrategia consistirá en aprovecharse de una regla que debe cumplirse en el templo: todo lo que se dice en voz alta delante de los dioses se convierte en una promesa que ha de ser cumplida. Aconcio, para poner en práctica la treta que ha pergeñado, coge una manzana de un árbol del huerto del templo y, con un punzón, graba una frase en el fruto. Cuando las mujeres terminan sus oraciones al pie de la escalinata, se agacha y lanza la roja manzana rodando hasta los pies de Cidipe, quien dirige una mirada interrogativa a su ama. La vieja, a pesar de su experiencia en las artimañas de los varones para acceder a los tesoros de las jóvenes inocentes, en esta ocasión baja la guardia y se agacha a recoger la manzana. Cuando ve las marcas que ella no es capaz de descifrar, se la entrega a la joven y le dice: «Lee esto».

Cidipe divisa a lo lejos al joven que le ha hecho llegar la pieza de fruta, que espera su reacción medio escondido a la sombra de un árbol. Nada anuncia que la manzana pueda esconder algún peligro, así que Cidipe lee el mensaje de la única manera que sabe, en voz alta: «Juro que me casaré con Aconcio». De inmediato deja caer la manzana, que se rompe en pedazos al chocar con el suelo. Su rostro arde presa de un calor repentino, su mente se nubla, parece que va a caer al suelo desmayada en cualquier momento. El ama no puede creer lo que está ocurriendo. Ha cuidado de jóvenes en situaciones muy difíciles y siempre ha salido airosa, conoce todos los trucos

utilizados desde hace varias generaciones. ¿Cómo ha podido ahora ocurrirle esto a ella? Las dos mujeres saben que todo lo dicho en alto en un templo sagrado ante los dioses tiene que ser cumplido, y aquel astuto lobo ha aprovechado este precepto para engañar a la vieja ama y conseguir que la tierna corderita se comprometa a casarse con él. Ya no hay escapatoria.

Desde ese momento, Cidipe trata de retrasar por todos los medios su enlace con Aconcio y cae enferma una y otra vez. Su padre, preocupado por su hija, acude al oráculo de Delfos, quien le revela que el motivo de aquella mala salud es el castigo de los dioses por no cumplir la palabra dada en el templo. Ante esta evidencia, el padre no tiene más remedio que entregarla en matrimonio al astuto y pérfido Aconcio.

Cidipe con la manzana de Aconcio, de Paulus Bor (1645-1655).
Rijksmuseum, Ámsterdam. © Album

Este episodio de Cidipe no es más que uno de los testimonios que nos han llevado a aceptar la idea de que en la Antigüedad lo habitual y más frecuente era leer en voz alta. Se disfrutaba de la

lectura en eventos sociales, familiares, entre amigos, pero también en bibliotecas donde se llegaba a leer libros completos. Compartir lecturas era un acto social, una forma de entretenimiento como podía ser el teatro, la caza, o asistir a un gimnasio o sauna, pero también de transmisión de conocimiento. Con este fin se empleaba la lectura en la academia de Platón o la practicaba el historiador Heródoto en sus viajes para dar a conocer la historia más cercana de su país.

En las páginas que siguen asistiremos de primera mano a diversas situaciones que nos ayudarán a comprender por qué hoy en día los expertos consideran que la lectura se practicaba mayoritariamente en voz alta.

Lectura en la Academia de Platón

Una soleada mañana del mes de julio, los discípulos de Platón acuden a la academia de su maestro. Estamos al norte de la ciudad, a algo más de un kilómetro y medio fuera de las murallas que protegen Atenas. Hace poco que ha amanecido y el frescor de las primeras horas del día invita a disfrutar de ese paseo entre olivos y plantas que hace las veces de huerto y que desde tiempo inmemorial ha sido un lugar de recogimiento y culto. Un camino flanqueado a ambos lados por tumbas de hombres ilustres, como la del que da nombre al jardín, el héroe Academo, que intervino en el episodio del rapto de Helena y salvó a la ciudad de caer bajo el poder de los hermanos de la bella espartana, conduce al jardín. En este jardín solían encontrarse grupos religiosos que rendían culto a Atenea y con el tiempo se creó un gimnasio donde se cultivaba tanto el espíritu como el cuerpo. Platón decidió adquirirlo hace algún tiempo para disponer de un sitio donde debatir y conversar con sus discípulos y amigos. Sin saberlo, creó con ello la primera escuela de filosofía, conocida, debido al sitio en que se reunían, como Academia.

Podemos unirnos al grupo de discípulos que van a escuchar la

lectura del último texto que ha escrito su maestro, Platón. El filósofo se encuentra subido en una gran piedra plana y sus seguidores lo rodean en semicírculo, de pie. Podemos pasar entre ellos y situarnos en primera fila para no perder detalle. En esta ocasión no será un esclavo quien lea el texto, sino el propio Platón, que pretende con ello mostrar su última creación a sus discípulos más allegados. Sujeta el rollo de papiro con sus brazos y utiliza un atril para apoyarlo y aligerar algo el peso. La obra que se dispone a leer lleva por título *Fedro* y reproduce uno de los muchos diálogos que había tenido la oportunidad de escuchar de quien fue a la vez su mentor y guía, Sócrates. Así pues, arropado por algo más de una docena de discípulos, Platón comienza a leer en voz alta.

Mosaico que muestra a Platón leyendo a sus discípulos. El mosaico adornaba la villa de Titus Siminius Stephanus en Pompeya (siglo I a. C.

- siglo I d. C.). © Album / Science Source

Gracias a la potente voz de Platón, que proyecta para que no se pierda en aquel lugar al aire libre y llegue hasta los que están más alejados del improvisado estrado, todos los allí presentes nos trasladamos al momento en que tiene lugar la conversación que Sócrates y su discípulo están manteniendo durante un día de verano como este en el que estamos, bajo un cielo radiante, tumbados en la fresca hierba y escuchando de fondo las cigarras. El maestro, a través del mito egipcio sobre la creación divina de la escritura, pone en juicio la utilidad de la palabra escrita, los defectos que tiene y el peligro de la sabiduría ficticia que proporciona la escritura frente a la dialéctica.

Sócrates le cuenta a Fedro cómo el dios egipcio Teut presentó al rey Tamus sus múltiples inventos para que este aprobara o no su utilidad. Cuando le llegó el turno a la escritura, Teut le dijo al rey que dicha invención haría a los egipcios más sabios y serviría a su memoria. Sin embargo, Tamus desconfiaba de las bondades de dicho invento: «Este invento dará origen en las almas de quienes lo aprendan al olvido, por descuido del cultivo de la memoria, ya que los hombres, por culpa de su confianza en la escritura, serán traídos al recuerdo desde fuera, por unos caracteres ajenos a ellos, no desde dentro, por su propio esfuerzo». Es paradójico, cuando menos, que estas ideas hayan llegado a nosotros precisamente porque su discípulo, Platón, a pesar de reconocer las limitaciones de la escritura, dejó recogidos estos pensamientos en sus *Diálogos*, ya que, de otra forma, no habrían sobrevivido, o se habrían visto alterados.

Por tanto, la escritura en Grecia, como se desprende de la filosofía de Sócrates, se concebía como un soporte a las ideas, una ayuda a la oralidad, una extensión de la memoria y la imaginación, pero la sonorización de la palabra era lo que terminaba de dar sentido al texto, ya que, por sí solo, no era capaz de transmitir toda la información y matices necesarios. La voz y su entonación proporcionan un contexto, un cariz, incluso un sentido diferente a lo escrito. La oralidad era lo más importante, y la escritura no era más que una forma práctica de guardar memoria de toda la información, no existía como algo independiente que primero se creaba y luego se leía, la palabra escrita resultaba tan necesaria

como la oral para que algo se considerase un texto con sentido completo. Las palabras van lejos, vuelan, viajan, llegan a otros lugares y personas, en cambio, la escritura permanece quieta, no llega a la gente, está muerta. Este y no otro es el sentido original de la sentencia latina *verba volant, scripta manent* («Las palabras vuelan, lo escrito permanece»). En contra del significado actual que le damos por el que las palabras se desvanecen al llevárselas el viento, Alberto Mangel y antes de él Borges, nos proporcionaron información contextualizada de esta cita. Lo escrito es lo que permanece estático, son algo muerto, sin vida. En cambio, las palabras habladas vuelan, un mensaje es capaz de llegar al otro lado del mundo viajando de boca a oído y mantenerse vivo generación tras generación, como hemos visto que sucede con la historia de la serpiente Arco Iris que a día de hoy los aborígenes de Australia siguen contando.

De hecho, había quien iba incluso más lejos y consideraba la escritura como «un mal truco», una herramienta imperfecta que, además, nos hacía a todos más torpes, más tontos, ya que iba en contra del cultivo de la memoria y del flujo de pensamiento. Entre estas personas se encontraba, como hemos visto, el mismísimo Sócrates. Este es el motivo por el que no disponemos de textos escritos por él y conocemos su pensamiento y sus enseñanzas gracias a sus discípulos, quienes, no confiando en sus dotes memorísticas, tomaron nota de su saber, y así es como han llegado hasta nuestros días. Esta oposición ante lo nuevo, en este caso, la invención de la escritura, y su efecto pernicioso en el desarrollo del pensamiento humano, como vemos, ha estado presente desde el inicio de la historia y se ha repetido cada vez que aparecía una innovación.

A partir del año 500 a. C. encontramos más de diez verbos en griego con el significado de leer. Este interesante dato pone de manifiesto la relevancia de esta práctica para los griegos, así como los diferentes matices semánticos con que se podían referir a esta actividad. Con los siglos hemos ido separando estas actividades y las hemos dotado de palabras específicas para clarificar cada una de ellas y dar más información. Pero en la antigua Grecia, el medio no importaba, sino el fin, y por tanto que algo fuera oral, leído en voz alta, escuchado o leído en silencio no era causa de debate.

La lectura de Platón a la que acabamos de asistir ha cumplido la función de dar a conocer a sus discípulos una obra escrita antes de darla por finalizada y nos muestra la importancia que se le daba a la oralidad en Grecia. Ahora viajaremos a unos trescientos kilómetros al noroeste de la península del Peloponeso, al lugar donde se está empezando a congregar una multitud procedente de las ciudades cercanas. Tendremos que llegar pronto si queremos disfrutar de un buen sitio para escuchar nuestra siguiente historia.

HERÓDOTO ES UNA ROCKSTAR

Olimpia es un hervidero de gente. Vienen multitudes de todos los rincones del Mediterráneo para asistir a unos juegos donde se rendirá culto tanto al cuerpo como a la mente y al espíritu. Se han alzado improvisados campamentos para alojar a las cincuenta mil personas que se calcula que han llegado y que disfrutarán de los juegos durante las cinco jornadas siguientes. Entre los visitantes se mezclan vendedores de comida, de vino resinado, aguadores y artesanos que esperan hacer negocio, pero también pícaros, adivinadores y todo tipo de oportunistas. Todo el mundo quiere aprovechar las aglomeraciones de esos días, así que también han acudido músicos, poetas e incluso filósofos o historiadores que durante los intermedios de las pruebas atléticas entretienen al público, exponen sus ideas y se sacan unas monedas.

Heródoto, por su parte, lleva un rato preparando la conferencia que dará a la sombra del porche de uno de los templos. Todo está dispuesto para que la charla dé comienzo en unos minutos sin sufrir las inclemencias directas del sol, lo que ya ha provocado largas esperas en ocasiones anteriores. Tras una silla dispuesta en el centro, varios cestos contienen los rollos clasificados en el orden en que serán leídos. Las sillas de las primeras filas ya están ocupadas, por lo que ha comenzado a congregarse gente de pie, nadie quiere quedarse demasiado atrás, donde el sonido a veces no llega bien. Aquel hombre es conocido por relatar lo que ha visto y oído en sus viajes, las costumbres y tradiciones, y cuál es el estado de las guerras de los pueblos que visita. Nunca defrauda: un rato escuchándole leer es una forma de ponerse al día y descubrir qué ha

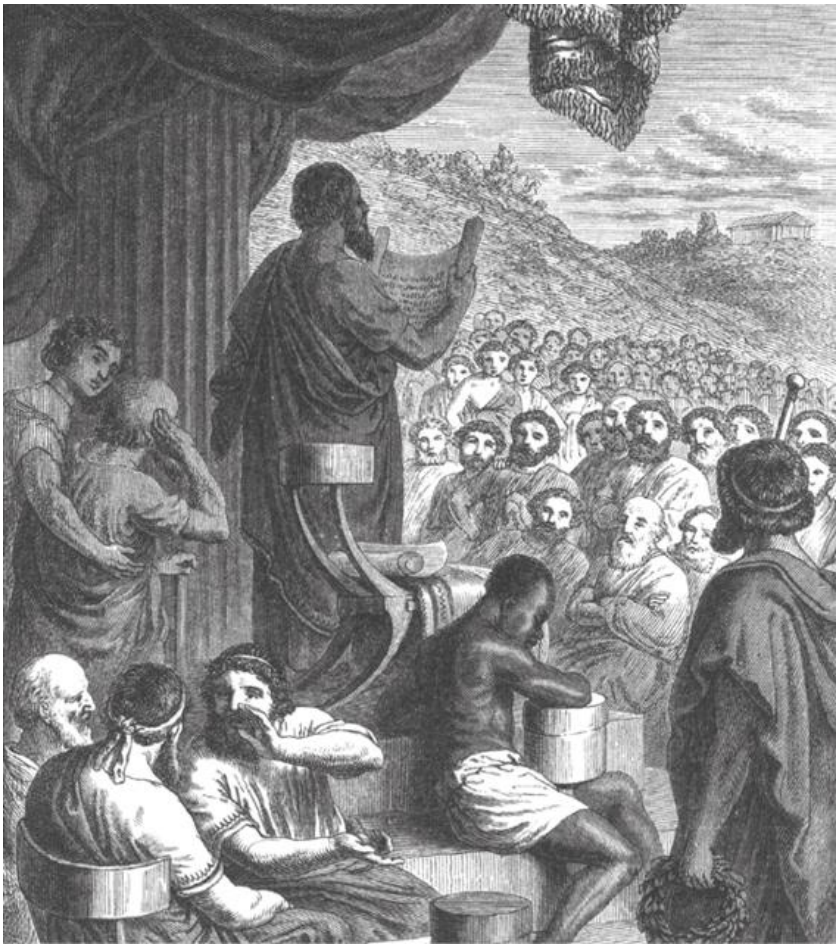
ocurrido en el mundo en los últimos años. A diferencia de hoy en día, donde estamos expuestos a una información casi en tiempo real, los asistentes quizá no volverían a tener noticias de lo que sucedía en el mundo hasta que, pasados unos años, Heródoto volviese para contarles qué nuevas guerras se habían declarado o qué nuevos pueblos habían sido conquistados. De modo que la expectación es máxima, la explanada ya está abarrotada de gente, y los de atrás tratan de acercarse y empujar a los que están delante para estar más cerca y oír mejor.

En cuanto Heródoto se sitúa en el centro y alza el rollo que sostiene en la mano, las charlas que hasta ese momento han distraído la espera comienzan a silenciarse. Cuando por fin se hace el silencio, el historiador empieza la lectura. Durante la celebración de los juegos se ha declarado la tradicional tregua a la guerra, sin embargo, Heródoto la revive leyendo la crónica de lo acontecido en el campo de batalla. En concreto, comienza a narrar la batalla de Maratón, que tuvo lugar años atrás y en la que unos pocos griegos se enfrentaron al numeroso ejército persa, llevando todas las de perder. Heródoto describe la situación de inferioridad de los griegos y crea una atmósfera de tensión.

Los persas van a acabar ganando la batalla y todo lo que los griegos han construido durante siglos, la democracia, la filosofía o el teatro, terminará siendo un viejo recuerdo para dejar su sitio al imperio de los bárbaros. Es entonces cuando, debido a la superioridad numérica de los persas, los griegos se ven obligados a pedir ayuda a sus vecinos de Esparta. Para ello, los comandantes atenienses envían a Filípides, un mensajero profesional, para que vaya corriendo desde Maratón a la ciudad de Esparta con un mensaje en el que solicita su ayuda. ¿Dará tiempo a que los espartanos acudan antes de que los persas ganen la batalla? Las caras de los que están escuchando a Heródoto lo dicen todo, muestran la tensión del relato. La muchedumbre permanece de pie, silenciosa, deseosa de saber cómo terminará aquella batalla. Heródoto es un cronista de su tiempo, sabe cómo narrar los acontecimientos históricos, sabe cómo mantener el interés de su público en la proeza de Filípides y su carrera entre Maratón y Esparta. La historia termina con la respuesta de los espartanos y con que, finalmente, los griegos ganan la guerra. Más tarde, cuando

aquellas gentes regresen a sus lugares de origen en cualquier parte del Mediterráneo, contarán a su vez a sus amigos los triunfos atléticos que habrán presenciado en Olimpia, pero también las noticias de las últimas batallas, las costumbres de pueblos lejanos o la crónica de su propia historia, lo que les ayudará a comprender mejor cómo han llegado a ser quienes son.

Heródoto había vivido en Atenas y viajado por Persia, Siria, Babilonia, Egipto, y de cada sitio, además de las costumbres de estos pueblos, tomaba notas de las guerras a las que se habían enfrentado. Iba escribiendo su crónica, diríamos hoy, como un periodista, y a la vez, allá donde iba leía en voz alta otros textos escritos de lo que había visto en otros lugares. Existen referencias por las que sabemos que en el año 456 a. C., Heródoto visitó Olimpia y leyó en público sus composiciones en prosa en unos juegos. También que en el año 446 a. C. estuvo en Atenas durante las Panateneas. En estas fiestas religiosas, artísticas y deportivas leyó algunos fragmentos de sus obras en el Odeón, un gran teatro con gradas al aire libre, y Pericles lo recompensó con la cantidad de diez talentos, una suma considerable para la época.



Heródoto leyendo en voz alta ante una multitud. Grabado en madera de finales del siglo XIX © Pictorial Press Ltd / Alamy Foto de *stock*

Las lecturas públicas de Heródoto nos muestran una de las principales causas de que la lectura se produjera en voz alta en la Antigüedad: la mayoría de la población era analfabeta y no tenía otra manera de acceder al conocimiento. Muy pocas personas sabían leer, pero es que, además, aprender fue una tarea complicada hasta que unas modificaciones en los alfabetos por parte de los griegos facilitaron su aprendizaje. A partir de entonces cualquier persona podía aprender a leer y escribir, aunque muchos

de ellos no supiesen lo que decía el texto, como el protagonista de nuestra siguiente historia.

La paradoja de Jones y Andrópolis

Jones es un joven que ha aprendido a leer el alfabeto griego, pero que no conoce el idioma, sino que habla alguno de los innumerables dialectos que conviven en esta época. Puede leer cada una de las letras y las palabras que se forman, pero no comprende su significado. Su amigo Andrópolis, comerciante que hace negocios con gente de muchos lugares, creció hablando griego, pero nunca aprendió a leerlo, es, podríamos decir, un analfabeto, cosa que le avergüenza mucho. Un día Andrópolis recibe una carta de otro comerciante, quizá informando sobre exóticos productos que puede hacerle llegar desde tierras lejanas o de algún problema que ha tenido con el transporte de algún pedido. Al no saber leer le pide a su amigo que lo haga y le cuente qué dice. Lo que ocurre es que Jones, a pesar de que quiere ayudarle, no puede porque aunque sepa leer las letras no entiende el griego. ¿Cómo harán los dos amigos para descifrar el mensaje? La solución pasa por la lectura en voz alta. Solo cuando Jones, que conoce el alfabeto griego, lee en voz alta la carta, aunque no entienda lo que dice, Andrópolis reconoce el idioma y entonces descifra su significado.

Pero entonces ¿quién de los dos está leyendo? ¿Jones, que no sabe lo que dice, o Andrópolis, que a pesar de no leer es quien puede descifrar el significado de esos sonidos? La respuesta es que leen los dos juntos, ya que se requiere de ambos conocimientos para comprender la carta. Cuando un niño está aprendiendo a leer (al menos en los idiomas fonéticos como el griego), muchas veces se encuentra con palabras que, aunque es capaz de leer, no conoce su significado, por eso la habilidad de leer necesita de las dos caras de una misma moneda: el conocimiento de lo escrito y la comprensión de su significado.

Antes de existir el alfabeto griego que Jones ha aprendido, se utilizaba el fenicio. Este fue el primer alfabeto de la historia, pero solo estaba compuesto de consonantes, esto es, no tenía vocales y el

lector las incluía cuando leía el texto, lo que hacía difícil aprender a leer. Cuando en el siglo VIII a. C., y debido a los contactos entre fenicios y griegos, estos terminan adoptando el alfabeto fenicio, lo modifican y adaptan a su idioma, incluyendo ahora sí las vocales para hacerlo más accesible a todo el mundo y facilitar su aprendizaje. La manera de denominar a este grupo de letras proviene de las dos primeras del alfabeto griego, «alfa» y «beta», y de ahí, «alfabeto». La generalización de este nuevo alfabeto supuso el fin del monopolio de la lectura por parte de los escribas, ya que aprender a leer fue un proceso más sencillo y permitió la alfabetización y el acceso a la lectura de gran parte de la población.

SE ESCRIBE TODO JUNTO

Como aprender a leer con este nuevo alfabeto era más sencillo, el sistema democrático griego promocionó su enseñanza entre los ciudadanos libres y proliferaron las escuelas públicas en cualquier isla remota del Egeo. La lectura comenzó entonces a expandirse por todos los estratos sociales, ya no estaba reservada a la aristocracia o los militares, sino que el hijo de un pastor podía conocer las letras y números básicos para llevar la cuenta del número de reses o del mes del año en que alguna de ellas enfermó. No obstante, aún persistían circunstancias en los propios textos que la convertían en una labor tediosa.

Nos referimos al hecho de que el texto estaba ordenado en una serie de columnas de alrededor de veinte centímetros de alto y no más de siete de ancho (columnas muy estrechas y separadas unas de otras por apenas dos centímetros). Leer en estas condiciones ya es difícil para nosotros, pero entonces lo era mucho más porque no había separación entre las palabras, se escribía todo seguido, lo que se conoce como *scriptio continua*. El motivo era, seguramente, el alto coste y la dificultad para conseguir el soporte sobre el que se escribía, el papiro. Escribir todo el texto junto era una forma de no desperdiciar espacio.

Así pues, en cada columna cabían de quince a veinticinco caracteres sin ninguna separación, o sea, de dos a cinco palabras juntas. Se escribían, además, en mayúsculas y sin signos de

puntuación como comas, puntos, tampoco acentos. Leer en silencio era algo muy difícil, algunos expertos afirman que resultaba imposible si no estabas entrenado para ello y tenías mucha práctica. Incluso teniéndola la tarea de leer resultaba tediosa, por ello se prefería la escucha de la lectura realizada en voz alta por parte de otros.

Esto de la organización del texto fue precisamente el principal argumento que utilizó el profesor húngaro József Balogh cuando comenzó a defender, en 1927, que no siempre se había leído en silencio, como hasta ese momento se creía, sino que en la Antigüedad más bien se había dado todo lo contrario. Sostenía que es muy difícil leer en silencio cuando el texto está todo seguido, y que esto tiene que ver con el modo en que utilizamos los ojos para leer. En la actualidad, con el texto bien organizado en párrafos, con mayúsculas, espacios en blanco, márgenes y otros elementos, una vez que hemos adquirido la destreza lectora, nuestros ojos se mueven por la página con rapidez. Pero si nos encontramos ante un texto que no dispone de estos elementos de ayuda, donde todo está junto, cuesta mucho más identificar dónde comienzan y dónde acaban las palabras, para lo que hay que ir con la vista hacia adelante y hacia atrás para rectificar y conocer el significado. Todo esto supone que la primera lectura de cualquier texto sea muy lenta, por lo que resulta difícil entender su significado, excepto si ya se ha preparado el texto con anterioridad, como hacían los lectores habituales en esta época para leer con fluidez.

Aparece el pergamino

Además de la importancia que en Grecia tenía la oralidad, el analfabetismo existente, la ausencia de vocales que hacía complicado el aprendizaje de la lectura, y la disposición de todas las letras juntas, otra razón por la que mucha gente leía en voz alta era por la escasez de copias de un mismo título. Recordemos que el papiro era un material costoso, muy difícil de conseguir y que conllevaba cuidados especiales para protegerlo del paso del tiempo, por lo que no había muchas copias de un mismo título.

En la antigua Grecia también se utilizaron tablillas de madera

encerada que podían borrarse y que se empleaban para la enseñanza o para apuntar pequeñas cosas con carácter temporal. Sin embargo, la principal aportación de los griegos fue la utilización de pieles sobre las que escribir. Se atribuye esta innovación a la biblioteca de Pérgamo, que, bajo el reinado de Eumenes II, competía con la biblioteca de Alejandría del rey Ptolomeo por ver cuál era la mayor y más completa en cuanto a títulos que guardaba. En uno de sus textos el historiador Heródoto ya recoge que pueblos antiguos como los jonios escribían sobre pieles de cabra y de oveja, por lo que quizá otros pueblos ya lo utilizaban antes de que lo hicieran en Pérgamo. Lo que sí que está claro es que fueron los bibliotecarios de este lugar, tal vez porque mejoraron la técnica, quienes pusieron el nombre de pergamino a esta superficie de piel tratada.

Los libros constituían una forma política de superioridad con lo que Egipto, único productor de papiro, prohibió su exportación para evitar que la ciudad de Pérgamo continuara ampliando su biblioteca. Ante este bloqueo, desde Pérgamo se comenzó a trabajar con un material procedente de pieles de ovejas, cabras o vacas, haciendo de la necesidad virtud, con lo que surgió un nuevo soporte para la escritura. La piel de animales ya se venía utilizando para fabricar ropa u otros instrumentos cotidianos como tambores. Se usaba la capa intermedia de la piel que está entre la carne y el pelo, que es donde se encuentra el colágeno. El proceso consistía en poner la piel en remojo con agua y cal durante varios días. Después se sacaba y limpiaba, se colocaba en un bastidor tensada con cuerdas, y con un cuchillo curvo se eliminaban el pelo y los restos de grasa o carne y, finalmente, se dejaba secar. Pasado un tiempo se volvía a raspar y pulir con piedra pómez, se aplicaba un yeso para blanquearla y así quedaba lista para la escritura. El nuevo material presentaba algunas ventajas sobre el anterior, se aprovechaba más el espacio porque se escribía por ambos lados, se podía borrar lijando la primera capa donde se encontraba la tinta. Era un material muy flexible que se podía doblar y plegar, más resistente y fácil de transportar que el papiro. La técnica del pergamino comenzó en el siglo II a. C. y se continuaría perfeccionando durante los siguientes siglos, extendiéndose su uso hasta la Edad Media.

La única forma de disponer de un ejemplar propio era encargar

una copia a esclavos, y eso costaba dinero. El proceso era el inverso al que asistimos hoy en día, cuando se imprimen libros para luego venderse, entonces, debido al coste y esfuerzo que suponía crear un libro, primero se vendía y luego se copiaba. Algo similar ha surgido en los últimos años en la industria editorial, de nuevo envuelta en un halo de innovación y modernidad: la impresión bajo demanda. Como lector puedes entrar en páginas web donde accedes a un catálogo, eliges el título y en ese momento te lo imprimen. Algo así, pero tardando más en su creación, era lo que ocurría en estas primeras librerías o *scriptoria*.

El reducido número de copias de cada libro limitaba su difusión, por lo que si varias personas querían disfrutar de la misma obra, la manera más práctica sería leerla en voz alta para todos, actividad muy común en las *librerías* de la época.

Zenón escucha un libro que le cambiará la vida

Zenón era un comerciante que transportaba telas de color púrpura a las ciudades bañadas por el Mediterráneo. Era un producto de lujo debido a la dificultad para conseguir este pigmento y un negocio próspero. En uno de esos viajes naufragó cerca del Pireo. Por suerte, logró nadar hasta llegar a la costa y se dirigió a pie a Atenas, abatido por el revés que le había dado la vida y, además, pobre. En cuanto llegó lo primero que hizo fue acudir a una librería. Fuera vio cómo colgaban fragmentos de pergaminos con listas de los últimos manuscritos que allí dentro tenían a la venta. Al lado, apoyadas en la pared, unas cajas abiertas contenían rollos con fragmentos de esas novedades, para que quien quisiera pudiera tomar uno, leer el comienzo y, si le gustaba, entrar a comprar. Iba a tomar uno de los rollos cuando oyó una voz alta y clara a la que comenzó a prestar atención. Dentro, un grupo de atenienses escuchaba en silencio al librero, quien leía un rollo en voz alta. Zenón se hizo un hueco entre los presentes. El pequeño habitáculo acumulaba tal multitud de rollos en sus estanterías como no había visto en su vida, y no cabiendo todos, se podían ver apilados en una mesa, así como colocados en cestos por el suelo. Lo que llegaba a sus oídos era la lectura del segundo libro de los *Recuerdos de Sócrates*

(Memorabilia), de Jenofonte, así que sin tener otra ocupación más apremiante, se quedó allí de pie escuchando. La voz del librero daba vida a las conversaciones que el autor tuvo con el que había sido su tutor, Sócrates. A Zenón le impresionaron tanto las ideas que salían de aquel libro, los consejos sobre qué actitud había que tener ante la vida, que preguntó al librero dónde podía encontrar a aquellos excelentes hombres que se cuestionaban cosas tan vitales para el alma humana. Justo en aquel momento pasaba por allí el filósofo Crates, y el librero señalándole le respondió: «Sigue a ese». Desde ese mismo día, y debido a la lectura en voz alta, Zenón se unió a uno de los muchos grupos de filósofos que en aquella época comenzaron a surgir en Grecia.

La voz de aquel librero de Atenas sigue resonando hoy en día. Llega a los pequeños oídos de los niños que sentados en sillitas de colores escuchan un cuento, también a la sesión del club de lectura que se organiza en la librería, cuando leen en alto un párrafo que les ha emocionado, o cuando se presenta un libro y el librero dice que la mejor manera de hacerlo es leyendo el comienzo. Es la misma voz que llega transmutada a través de las gargantas de libreros y libreras que tienen el mismo sentir que el ateniense, insuflar vida a los libros y, a través de la voz, contagiar su amor a los que los escuchan.

En la antigua Grecia las *librerías* eran principalmente ambulantes, estaban en los mercados que se montaban en las plazas durante un día, junto a la venta de cebollas o de aceitunas, y se trasladaban con el resto de los comerciantes a la siguiente ciudad, transportando los rollos en cestos que metían en carros. En nuestros días no es habitual encontrar libros en los mercadillos ambulantes, por eso mismo, cuando alguna vez los he visto, me ha llamado la atención. Son libros que los feriantes consiguen muchas veces gratis, procedentes de mudanzas o de editoriales, que, o bien porque han cerrado, o bien porque el circuito habitual de librerías no considera rentable, terminan en el mercadillo vendiéndose al peso, como las naranjas o acelgas con las que comparten espacio. Sabemos muy poco de las *librerías* de la época. No existía una industria editorial como la conocemos hoy en día, sino que una vez que un libro era escrito, era el autor el que encargaba un reducido número de copias para distribuir entre amigos y conocidos, y ahí

terminaba el alcance de su obra. Si alguien se interesaba por ese libro, tenía que conseguir uno de esos ejemplares y pagar de su bolsillo la realización de una copia. No obstante, sabemos que el incipiente comercio de libros era suficiente como para que los libreros ya existieran. En algún caso, seguramente solo reservado a núcleos urbanos importantes como Atenas, donde se disponía de espacios fijos, de lugares donde además de vender libros también los copiaban, una mezcla entre lo que hoy es una editorial y una librería.

Recreación de una librería ambulante en Grecia (izquierda) y una librería en Roma (derecha). Artista desconocido. Siglo XIX. © Lebrecht Music & Arts / Alamy Foto de *stock* y © Chronicle / Alamy Foto de *stock*

ESCLAVOS PARA LEER

En la antigua Grecia, los gimnasios eran lugares para cultivar tanto el cuerpo como la mente. Solían contar con su propia biblioteca. Está documentado que en los tres gimnasios que existían en Atenas se podía escuchar una conferencia, recibir formación y, por supuesto, escuchar una lectura en voz alta. El catálogo de libros a disposición de los que asistían al gimnasio estaba grabado en una de las paredes de la biblioteca. Así cualquier aristócrata que acudiera allí a cuidar su cuerpo podía llegar, mirar qué le apetecía leer y acudir al rollo exacto donde se encontraba. Al ir acompañados de sus esclavos, eran estos los que, entre otras labores, les leían para su mayor comodidad. Algo parecido a lo que ocurre hoy en día cuando vamos al gimnasio y escuchamos un audiolibro, pero para eso

faltará aún mucho más tiempo.

La lectura en voz alta por parte de esclavos era algo muy común y, como tal, tiene su reflejo en los diálogos de Platón. En su obra *Teetetes o de la ciencia*, dos de los personajes quieren leer uno de los diálogos de Sócrates, pero ambos reconocen estar muy cansados, así que uno de ellos le dice al otro: «Vamos, pues, y un esclavo leerá mientras nosotros descansamos». Además, uno de ellos hace mención a que la conversación está escrita «no como si Sócrates me la refiriera, sino como si hablase directamente con los que tomaron parte en ella […]: *he dicho, yo decía, conviene, lo negó* y otras semejantes, que no hacen más que interrumpir, y he creído preferible que Sócrates hable directamente con ellos». Después de esta advertencia concluye: «Vamos, toma este libro, tú, esclavo, y lee».

Otro ejemplo, ya en la época romana, lo encontramos en *El satiricón*, de Petronio. Ahí se habla de un esclavo excelente porque, entre otras cualidades «… sabe dividir por diez, lee a simple vista…». Terencio en su obra *Rerum rusticarum* considera a los esclavos como «instrumentos con voz».

Ya sabemos que el texto se presentaba todo escrito y seguido, siendo muy difícil de leer si antes no se preparaban las palabras. Esta labor la llevaban también a cabo los esclavos antes de proceder a la lectura en voz alta. Lo primero que hacía el esclavo era separar las palabras con un punto (a esto se le llamaba puntuar) y dividir las diferentes partes del texto. No se puntuaba o marcaba todo el texto, solo el trozo que fuera a leerse en ese momento, como una especie de ensayo o prelectura. De hecho, cuando se copiaba un texto, no se incluían dichos espacios o marcas, ya que sería el futuro lector quien las aplicaría según su propio criterio. Entre otros estándares de puntuación, un punto alto indicaba el final de una frase, el punto bajo era nuestra actual coma y un punto medio señalaba el lugar donde hacer una pausa de respiración.

Recordemos también que los rollos de papiro o pergamino eran muy pesados debido a su longitud, por lo que también era otro motivo para que esta labor se relegara a los esclavos. El récord lo ostenta el denominado Gran Papiro Harris, con cuarenta y dos metros y que en la actualidad se encuentra custodiado en el Museo Británico. No era un soporte práctico y la lectura no siempre se

hacía de una manera cómoda. A veces se utilizaba un atril de madera que soportaba el rollo mientras se leía y que se apoyaba en el regazo del lector, si estaba sentado, o en un pequeño soporte si se encontraba de pie. Así pues, la lectura en voz alta requería en esta época de un esfuerzo físico considerable. Al dirigirse al público, el lector tendría que estar de pie, con los brazos extendidos y soportando durante un tiempo considerable el peso del rollo. Se desenrollaba con la mano derecha y con la izquierda se iba enrollando lo ya leído. Además, la lectura se acompañaba a veces de movimientos de cabeza, tronco y brazos acordes a la interpretación e intención del texto. El mayor esfuerzo lo soportaban las cuerdas vocales, había que controlar la respiración para desempeñar la tarea con un determinado ritmo, mantenido además durante mucho tiempo. Leer suponía una actividad física intensa que conllevaba un agotamiento considerable.

Todos estos son motivos más que suficientes para que fuese corriente encargar la lectura a otra persona, que antes había estudiado y preparado el texto, o que gozaba de más experiencia en tamaña empresa. A estas personas se las llamaba *anagnosta (anagnōstēs*, en griego), palabra que hoy en día sigue teniendo el mismo significado, una persona que lee para otros.

La lectura silenciosa genera malentendidos

Que la lectura en voz alta fuera lo más habitual no quiere decir que no existiera la lectura en silencio, aunque no se conservan muchas pruebas de ello y se piensa que era algo muy excepcional y minoritario. Las primeras menciones escritas de que existiera la lectura en silencio aparecen en obras de teatro. Recordemos que la historia como disciplina no está desarrollada aún, será Heródoto quien comience a separar los hechos reales de los mitológicos. Así pues, mucho menos interés despierta dejar por escrito aspectos de la vida cotidiana y social, como sería detallar la manera en la que se lee, que aún no se consideran relevantes como para recopilarlos, más teniendo en cuenta, no se nos olvide, que estamos en una sociedad donde prima lo oral y no lo escrito.

Uno de estos ejemplos lo encontramos en un pasaje de la obra de

teatro *Hipólito* escrita por Eurípides. Teseo observa una tablilla y la mira sin abrir la boca. Entonces, el coro le pide que cuente a los demás cuál es el contenido de esa misiva, a lo que Teseo reacciona resumiendo el contenido de la misma. Aunque no se dice expresamente, parece claro que Teseo ha leído en silencio la tablilla, por lo que sabemos que la lectura silenciosa existía como tal en Grecia, pero ¿era una práctica común? En otra obra de teatro, *Los caballeros*, escrita en el año 424 a. C. por Aristófanes, también aparece uno de los personajes leyendo en silencio. Demóstenes ha recibido un documento con los designios de un oráculo y le pide a su criado una copa de vino para beber mientras lo lee. Después de llenarle la copa y que su señor esté callado un rato, el criado le pregunta: «¿Qué dice el oráculo?». Demóstenes, abstraído en la lectura, no le escucha, pero después de beber de nuevo de su copa le responde: «Lléname otra copa». El criado sorprendido pregunta: «¿Es verdad que ahí dice *lléname otra copa*?». Piensa que está leyendo en voz alta, cuando lo que en realidad está haciendo es una lectura silenciosa mientras pide que le llenen otra copa. Este malentendido demuestra que un lector que lee en silencio resulta extraño para otro que no está acostumbrado a esta práctica, y provoca la graciosa confusión. Está claro que, gran parte del público, un público culto, de las grandes polis, conocería esa práctica empleada por las personas que necesitaban leer grandes cantidades de documentos debido a su actividad profesional y que por ello utilizaban la lectura silenciosa. Pero ¿qué iba a conocer un criado llegado quizá de algún lugar apartado? Este ejemplo constituye una prueba aceptada entre los expertos de que lo habitual en la Antigüedad era la lectura en voz alta, pero también de que, aunque minoritaria y poco utilizada por el común de la población, asimismo existía la lectura en silencio.

En el libro *Las ranas* de Aristófanes se dice: «Cuando a bordo de la nave leía para mis adentros…», expresión que se repite en un fragmento de Platón, cuando comienza a leer en voz alta un libro y el acompañante comenta: «En la soledad quiero leer este libro para mis adentros». Está claro que en ambos casos no leen en alto y para los demás, sino que lo hacen en silencio y para sí mismos.

Sin embargo, en la antigua Grecia estas lecturas silenciosas son algo anecdótico, ya que la comunicación es principalmente oral,

recae sobre la palabra hablada y adquiere gran importancia el papel que representa la persona que lee, el narrador. La lectura en voz alta tiene una parte muy importante de socialización, de comunidad, con un alto valor emocional al compartir con otros la lectura. En el próximo capítulo veremos que esta característica se mantiene en la antigua Roma.

3
LEER
ERA UNA FIESTA

CENA EN LA CASA DE PLINIO EL JOVEN

Se acaba de ocultar el Sol y el canto de las chicharras anuncia las calurosas horas que se presentan por delante. Es una de esas noches en las que dormir será muy difícil en la ciudad italiana de Como y solo aquellos que están cerca del lago disfrutarán de algo de brisa fresca y podrán conciliar el sueño. En el palacio de Plinio el Joven, sin embargo, el calor no preocupa porque no se espera que nadie duerma, al menos no hasta que la Luna haya desaparecido, porque allí está prevista una cena entre amigos. La llegada de los invitados es inminente y los preparativos hace tiempo que están listos. Los cocineros han puesto a cocer el jabalí en leche y lo han hervido varias veces a lo largo del día para que se deshaga en la boca, han adobado el cerdo relleno de salchichas con plantas aromáticas para que tome bien el sabor y han repartido cestas de frutas y dátiles por varios rincones del jardín. Los bailarines y músicos están ya actuando mientras los primeros invitados comienzan a llegar.

Plinio recibe a sus amigos, los saluda y los invita a recostarse en los divanes colocados alrededor del estanque para que comience una agradable velada. Todo ha sido dispuesto para que los criados posen sobre el agua las bandejas de madera con la comida que, impulsadas por otros que estarán dentro del estanque, floten hasta el otro extremo, donde los invitados alargan la mano en busca de los mejores manjares. Se ha tenido en cuenta hasta el más mínimo detalle para que esta noche calurosa sea una velada agradable y de disfrute hasta que el fresco de la mañana invite a meterse en la cama a descansar.

Pero cocineros, criados, músicos y danzantes no son los únicos que han ocupado el día para que todo esté listo para aquella fiesta. Zózimo y Escolpio, libertos de Plinio y lectores profesionales, han estado trabajando a lo largo de toda la jornada en los textos que

cada uno de ellos leerá después de la cena. Al igual que el cocinero ha tenido que tomarse su tiempo para adobar las carnes que se degustarán esta noche, o los bailarines han tenido que ensayar algún paso que no estaba bien coordinado, los lectores han estado practicando en voz alta el texto con el que van a deleitar a los invitados. Han repetido varias veces las palabras más complicadas, han decidido ralentizar el ritmo en los pasajes más intrigantes o acelerarlo en aquellos en los que la acción pedía una mayor rapidez. Por último, han estudiado el efecto que un silencio algo más prolongado de lo habitual podía significar dentro de la historia. Todo para que, cuando lean en alto, las palabras fluyan sin obstáculos y la historia llegue a los oídos de los invitados como si se tratara de un sueño, como si los rollos fueran los que emitían la voz.

También indican con signos escritos sobre el propio papiro dónde están las separaciones entre vocablos y dónde se harán las pausas, no solo de sentido, sino también aquellas que serán utilizadas para tomar aliento. Practican la entonación que dan a una palabra o si tienen que hacer un mayor énfasis en alguna frase. Después ensayan el tono y la modulación con las que deben aderezar aquellas historias. Esta noche leerán la *Eneida* y la entonación debe ser diferente a la de, por ejemplo, una comedia, donde optarían por un tono más jocoso, o de un poema amoroso, que requiere adoptar una aterciopelada voz como si se susurrase el texto al oído de la amada. La *Eneida* precisa una dramatización heroica, la voz grave, firme, conociendo cuándo hay que dejar una pausa algo más larga de lo habitual después de una sentencia que se quiere que permanezca en el recuerdo del oyente. La interpretación de personajes la llevarán a cabo sin forzar la voz aguda en el caso de las mujeres o sin exagerar el tono vacilante de los ancianos. La naturalidad de las voces es algo apreciado por el público que asistirá a estas lecturas, que no busca la dramatización que encuentra cuando asiste al teatro, sino disfrutar con la narración de un cuento o historia que haga volar su imaginación para entrar en una especie de sueño.

Una vez que los invitados han degustado los platos que se han tardado todo el día en cocinar, bebido varias tinajas de vino y disfrutado de la música y los bailes a su alrededor, todo se desarrolla según lo previsto. La sobremesa de la cena continúa con

la llegada de los libertos, quienes, de pie en el centro del jardín y con el rollo de papiro en las manos, están listos para comenzar su trabajo. El murmullo que hasta ahora ha permanecido en mayor o menor volumen durante toda la velada se acalla por completo; de nuevo se escucha el canto de las chicharras. Los invitados se disponen a disfrutar de un libro que, en su mayoría, nunca leerán por sí mismos a lo largo de su vida.

Zózimo, al ser el primero, da unos pasos al frente y eleva ante sí, con firmeza, el papiro en vertical con ambos brazos. Todo el sentido del texto y dramatización tiene que hacerlo solo con la voz, porque, al contrario que los oradores, que utilizan las manos, brazos y diríamos que todo el cuerpo para expresar lo que quieren transmitir, el lector profesional tiene que sostener con firmeza el pesado papiro, lo que no le permite llevar a cabo ningún gesto de expresión corporal. Su voz es su única herramienta. Además no se trata de un resumen o de una interpretación o adaptación de la historia, como pueden hacer los rapsodas o aedos cuando recitan los versos de memoria, sino que la lectura no debe apartarse del original ni incluir ningún comentario o añadido de su cosecha.

Recostado en su sillón y mientras degusta una copa de vino con miel, Plinio se fija en los brazos jóvenes y torneados de sus libertos. Las largas sesiones de lectura a diario, que pueden durar varias horas con los brazos extendidos sosteniendo un peso considerable, aporta esa dureza y firmeza. El rollo de papiro de la *Eneida* mide unos quince metros de longitud, con lo que es de los más pesados. Sin lugar a duda, es necesario que el lector presente un buen estado físico como el de estos jóvenes.

Plinio disfruta escuchando cómo Ulises se esconde dentro del caballo de madera que entra en Troya o cómo se produce el ataque de los cíclopes, la noche está resultando muy agradable gracias a la lectura. Está muy orgulloso de lo bien que lo están haciendo sus lectores y cómo logran transportar a sus invitados a otros mundos. Y aunque en ocasiones él mismo también lee en voz alta, como cuando presenta sus libros a sus amigos, reconoce que sus criados lo hacen mejor que él. En efecto, se cuentan entre sus posesiones más preciadas y se sabe envidiado por sus amistades al poder disfrutar de esas lecturas en cualquier momento que le venga en gana.

Al cabo de media hora de lectura ininterrumpida, Zózimo ya ha

acumulado gran parte del contenido del rollo en la mano izquierda. En ese momento, Escolpio toma el relevo de su compañero y prosigue la lectura. El cambio de voz y de tonalidad otorgan un mayor dinamismo a la historia, e incluso ayudan a que se espabile algún invitado demasiado relajado tras la copiosa cena y el buen vino. La lectura de todo el texto les llevará unas once horas, pero no terminará aquella noche, ni será leído todo de seguido, sino que se dividirá en tres partes que serán leídas en otras noches como aquella.

Así que aquí les dejamos disfrutando de la velada leyendo, alternándose un lector y otro, hasta que la claridad del nuevo día comience a teñir el cielo por las colinas que circundan Como y se dé por finalizado el encuentro.

Cayo Plinio Cecilio Segundo, abogado y escritor romano, hizo una copia de toda la correspondencia que fue enviando a lo largo de su vida y, consciente del interés que muchas de aquellas cartas podrían tener, publicó una selección de las más relevantes en diez libros, con lo que inventó el género epistolar con sus *Epístolas de Plinio el Joven*. Gracias a esta publicación y otras similares, hoy podemos conocer cómo era la vida cotidiana de la Roma del siglo I d. C., incluido cómo se disfrutaba de la lectura. Plinio nos cuenta que cuando comía con su mujer o amigos le gustaba que le leyeran en voz alta un libro divertido, algo similar a como hoy en día hacemos cuando vemos la televisión, escuchamos la radio o incluso algunos navegan por sus redes sociales. También nos cuenta que el silencio y la soledad de la caza eran propicias para el estudio y la lectura, por lo que aconsejaba llevar siempre unas tablillas para leer. Asimismo, en las fiestas era habitual agasajar a los invitados con este tipo de lecturas, como hemos visto al principio de este capítulo en la recreación de una cena que bien pudo haber dado Plinio en su villa de la ciudad de Como.

Textos de la época nos cuentan que estas lecturas podían tener continuidad durante varios días y durar incluso hasta tres jornadas. Supongo que alguno de los asistentes a estas lecturas simultanearía varias de ellas. A veces yo también lo hago dependiendo del formato de las historias, esto es, el libro en papel, en digital o en

audiolibro. Así que si me voy a dar un paseo para hacer algo de ejercicio, pues seguiré con la historia que tenga en audiolibro y, en cambio, si dispongo de un ratito para tumbarme en mi diván, seguiré con el libro de papel o en digital que haya empezado. Me imagino a un ciudadano romano yendo por la mañana a escuchar a las termas *Las metamorfosis* de Ovidio para luego acudir por la tarde a una librería a escuchar el *Satiricón* de Petronio y acabar la noche disfrutando con un capítulo de la *Odisea*. ¿Mezclaría las historias? Seguro, a mí me ocurre. Comienzo a leer un libro y me parece que estoy en otra de las tramas, pero con los personajes de esta, y de pronto algo no cuadra, no es el lugar ni la época, y entonces me doy cuenta, ¡estoy mezclando los libros! Esto también le pasaba a mi abuela en la edad de oro que las telenovelas latinoamericanas vivieron en España alrededor de los años noventa. Mi abuela seguía varias de ellas, y en muchas, algunos actores repetían, pero interpretaban otros papeles que, encima, podían ser muy distintos, donde uno era un galán bueno y sensible en otra telenovela era un pérfido maltratador. En una ocasión la vi echarse las manos a la cabeza cuando un cura se besaba apasionadamente con una mujer; en realidad, ese actor no interpretaba a ningún sacerdote, sino que mi abuela había confundido su personaje con el de otra de las telenovelas que estaba viendo a la vez.

Lectores profesionales

Sabemos que en la época de la antigua Roma se alcanzaron cotas muy altas de alfabetización, sobre todo dentro de la aristocracia, y donde también se incluía la formación de las mujeres. A pesar de ello, el gusto por la escucha de textos leídos en voz alta hacía que fuera habitual, como hemos visto anteriormente en Grecia, que políticos, oradores, filósofos, poetas y otras personas cultas, que sabían leer y escribir sin dificultad, recurrieran a esclavos o lectores profesionales para que les leyeran en voz alta. Plinio nos cuenta de su tío «… en verano, si tenía algún tiempo libre, se tumbaba al sol y se hacía leer un libro, mientras tomaba notas y copiaba algún pasaje». Tenemos también conocimiento de que el político y escritor Cicerón tenía varios esclavos a su servicio para este menester, a

quienes valoraba y tenía en mucha consideración. De hecho, cuando uno de ellos falleció, un joven llamado Sositheus, casi un niño, lamentó mucho su muerte diciendo que «estaba más afectado de lo que convendría para la muerte de un simple esclavo». Y es que no se trataba de un esclavo más, era la voz que le había acompañado en tantos momentos agradables, por eso con su muerte sintió como si la voz de sus libros se hubiera apagado.

Tal y como hemos visto en la recreación de la cena en casa de Plinio el Joven, los libertos lectores profesionales o los esclavos, antes de la lectura en público, tenían que preparar el texto, algo tedioso de hacer incluso por la gente que sabía leer. Como podemos ver hoy en día en documentos antiguos, pero también en estatuas, lápidas funerarias y otros monumentos, la escritura se llevaba a cabo toda ella con letras mayúsculas. Hasta el siglo I d. C., en Roma se utilizaban los *interpuncta*, unos puntos que indicaban la separación entre las palabras, pero a partir de finales de ese mismo siglo se eliminaron, quizá como una nueva imitación de todo lo que hacía Grecia, lo que supuso un retroceso en la evolución en este sentido y pone en evidencia que no siempre lo que hacen los pueblos líderes tiene que ser mejor de lo ya tienen el resto. Como hemos visto cuando hablábamos de Grecia, no existían espacios en blanco ni otros signos de puntuación o acentuación, así que, si el lector no tiene la habilidad y la práctica de separar las palabras mentalmente, la lectura se produce de una manera muy lenta y confusa, yendo hacia delante y hacia atrás, pronunciando palabras sin sentido que segundos más tarde se corregirán cuando se comprende dónde termina la palabra y solo podrá leer bien una vez que se ha descifrado el sentido de cada una de ellas. Es algo similar a lo que ocurre cuando un niño está aprendiendo a leer, va letra a letra y sílaba a sílaba para comprender una palabra y después pasar a la siguiente. A medida que aprende es capaz de reconocer palabras, recorrer el texto por grupos de ellas, parándose en elementos que le ayudan a saber que ha terminado una palabra y empieza otra, como son los espacios en blanco, o que ha acabado una frase y comienza la siguiente, como son los puntos y las mayúsculas.

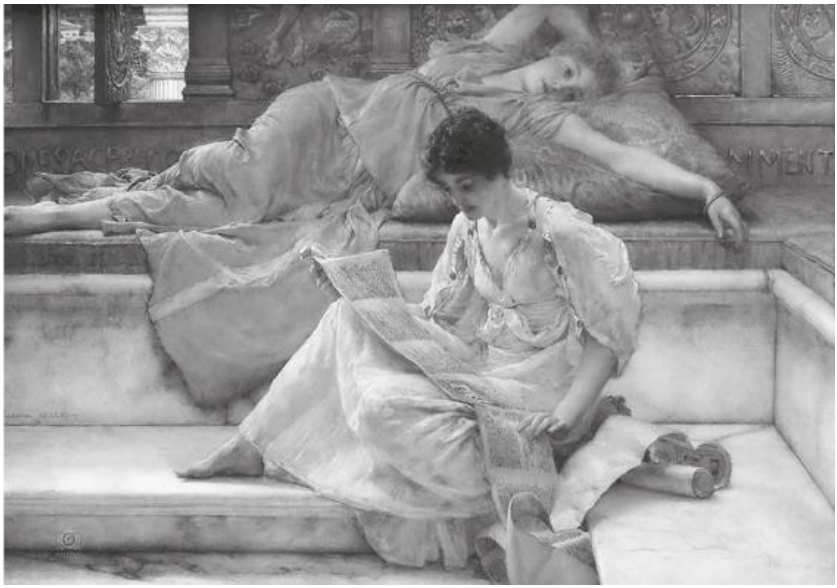
Solo con la lectura en voz alta el significado era más fácil de ser captado. Existían algunos signos ortográficos, pero no tenían la

función de ordenar el texto y dar una interpretación lógica como en la actualidad, sino que eran precisamente una ayuda para la oratoria y tenían como función indicar las pausas de respiración y marcar el ritmo para la lectura en voz alta. Esta situación siguió así durante toda la Antigüedad y hasta el siglo X, por ese motivo, la lectura en voz alta por parte de otros, incluso entre gente que supiera leer, era lo habitual.

Además, leer en voz alta requería de un estado físico determinado porque, por un lado, las interpretaciones podrían alargarse varias horas, y por otro, porque a veces para proyectar bien la voz se necesitaba permanecer de pie, con el peso de los rollos, por no hablar del desgaste de la garganta y la utilización de sus músculos acompasados por la respiración. Se requería una fortaleza determinada teniendo en cuenta el peso que podían alcanzar algunos rollos. Plinio recuerda el incidente que tuvo su amigo Virgilio Rufo en una ocasión en la que fue él mismo y no un criado quien leía en voz alta. Con sus ochenta y tres años, durante una lectura en público había perdido el equilibrio debido al peso del voluminoso rollo y cayó al suelo rompiéndose una cadera, de la cual no se recuperaría y llegaría en este estado hasta su muerte. Así que se podría concluir que leer en alto implicaba un ejercicio físico, de hecho, los médicos de la época recomendaban esta práctica, junto con caminar o correr, como algo saludable. También Plutarco aconseja, entre otras actividades saludables, ejercitar la voz por medio del hablar, leer y recitar. El poeta Virgilio leyó durante cuatro días seguidos sus *Geórgicas* a Augusto, pero, debido a que no era un lector profesional y le comenzó a fallar la voz, tuvo que aceptar que Mecenas lo reemplazara y continuara con la lectura.

Plinio, Cicerón o Augusto, como muchos de los ciudadanos romanos, eran personas letradas, que sabían leer y escribir, pero preferían que alguien les leyera en voz alta por su comodidad y porque les resultaba más placentero.

APRENDER A LEER Y ESCRIBIR



El poeta favorito, de Lawrence Alma Tadema (1888). Lady Lever Art Gallery, Liverpool. © *The favourite poet*, Lawrence Alma Tadema. 1888

Dos mujeres están disfrutando juntas de la lectura en una escalinata de mármol que bien podría pertenecer a unas termas. La actitud relajada de ambas, descalzas, con ropas livianas, nos transmite una sensación de sensualidad. Una de ellas, completamente tumbada y apoyada en un gran cojín, la otra sostiene sobre sus piernas un rollo que no ha ido enrollando cuando lo ha leído, quedando de esta forma varios metros caídos sobre el suelo, de manera desordenada. Parece que la historia está en su punto álgido, ya queda poco tramo por desenrollar y, si nos fijamos en la mirada perdida que tiene la que está tumbada, esta se encuentra muy lejos de ahí, transportada a otros lugares de los que se habla en el texto, como una forma de traspasar paredes, salvar muros: la voz que sale de aquel libro le permite disfrutar de una libertad que no podrá encontrar en ningún otro lugar ni ocasión. Esta escena está representada en el cuadro titulado *El poeta favorito* del neerlandés Lawrence Alma Tadema. Fue pintada a finales del siglo XIX, época en la que en Inglaterra hubo un resurgimiento de todo lo que tenía que ver con las antiguas civilizaciones, idealizando su forma de vida y de pensamiento. Pero

¿qué hay de realidad en esta escena?, ¿cómo se enseñaba a leer en la antigua Roma?, ¿sabían leer las mujeres romanas?

En Roma se enseñaba a leer en la escuela pública o en el seno de la familia, o bien por los padres, o bien por maestros particulares. El nivel de alfabetización podía ir desde solo reconocer las letras a tener un amplio dominio de la gramática y la retórica, así que no era uniforme, dentro de los que tenían ciertos conocimientos existía un nivel muy distinto de lo que entendemos hoy en día por alfabetización. Antes de leer se aprendía a escribir. En la actualidad ambas destrezas van juntas, nos enseñan a la vez a reconocer las letras y a escribirlas. No tiene sentido saber copiar algo sin conocer su significado, o aprender solo a leer sin poder escribir. Pero en esta época eran dos conocimientos diferenciados, podía haber gente que supiera escribir, pero no leer. Esto tiene sentido si tenemos en cuenta que aún no se había inventado la imprenta y había demanda de copistas. Los alumnos aprendían las figuras de las letras y cómo se llamaban en orden alfabético, y de esta manera ya eran capaces de copiar un texto incluso sin saber qué significaba. La enseñanza de la lectura era posterior y suponía un nivel más avanzado. Así pues, aquellos que no llegaran a este nivel y abandonasen antes los estudios serían capaces de escribir o, para ser más precisos, de *copiar* de manera automática y sin saber lo que escribían, una habilidad interesante si querías que alguien hiciera copia de documentos confidenciales o secretos. El siguiente nivel era aprender a leer, por lo que podemos decir que el grado de alfabetización de los lectores profesionales era mucho más avanzado que la media.

La lectura en voz alta era utilizada en Roma también como una forma de entrenar la oratoria, clave en la vida pública si se quería optar a un puesto de funcionario público o de relevancia. Quintiliano, reconocido profesor de retórica, en su *Institución oratoria* nos dice que el estudiante debe conocer el momento exacto cuando tiene que contener la respiración, bajar y subir la voz, hacer una inflexión, así como controlar la velocidad o el ímpetu que debe imprimir a cada parte. La recitación de un texto en voz alta era el mejor entrenamiento para alcanzar la excelencia en el manejo de la oratoria. Cicerón, en su obra *Acerca del orador*, habla también del «juicio de la oreja», esto es, del que escucha. Como político, es

consciente de la importancia de la escucha de los discursos leídos, el medio por el que su mensaje va a llegar a la mayor parte de la población, incluidos aquellos que tienen que tomar decisiones.

En general, entre las mujeres el acceso a la formación era muy limitado y, además, exclusivo de la clase aristocrática. Entre ellas conocemos que Cornelia, una famosa matrona romana, había recibido una excelente formación, escribía y leía, llegando a dominar a la perfección el griego y la retórica latina.

Así, fuera de este selecto grupo de personas alfabetizadas en mayor o menor grado, la mayoría de la población era completamente iletrada, sin otra manera de disfrutar de los libros y las historias que escuchando a alguien leer en voz alta.

VIRGILIO LEE LA *ENEIDA*

Virgilio es un joven poeta que está comenzando su carrera como escritor. Esta tarde tiene la oportunidad de hacer una lectura pública delante del mismísimo Augusto y su familia. El lugar será la biblioteca pública que ha sido creada en Roma por Gayo Asinio Polión y donde los autores presentan sus textos en sociedad recitando sus obras a los asistentes.

Los espectadores de estas primeras lecturas dramatizadas debieron sentir emociones muy intensas, un poco como les ocurrió a los primeros espectadores de las películas de los hermanos Lumière, cuando se asustaron pensando que el tren que veían en la pantalla podría arrollarlos. Así lo confirma Virgilio cuando nos cuenta lo sucedido con ocasión de esta lectura. Estaba interpretando la parte en la que Eneas baja a los infiernos y Anquises anuncia la muerte de Marcelo, hijo de Octavia quien al escuchar esa parte se desploma en el regazo de Augusto. Mientras, se sospechaba que Livia, allí presente, era una de las que habían intervenido en el asesinato para beneficiar a su propio hijo, Tiberio, por lo que tuvo que controlar y disimular su sorpresa ante lo que acababa de escuchar.

Aquella lectura en voz alta, y que tanto conmovió a los espectadores presentes en la biblioteca, animó a Augusto a financiar la publicación de la obra, y así fue como vio la luz la *Eneida*, gracias a su lectura en voz alta.

Virgilio lee la Eneida a Octavia, Livia y Augusto, de Jean-Baptiste Wicar
(1790-93).
Art Institute, Chicago. © Album / Alamy Foto de *stock*

Estas lecturas como manera de presentar o publicar un libro, conocidas como «recitationes», eran todo un acto social en la antigua Roma, una forma de disfrutar de la lectura y la cultura, pero también una ocasión de encuentro con amigos y familiares.

Se diferenciaban de la lectura que realizaban los esclavos porque en esta ocasión el autor se sentaba subido a un estrado en una silla, llamada *cathedra*. Para no tener que soportar el peso de los rollos en el aire, los depositaba sobre las piernas o en una especie de atril de madera en cuyos extremos laterales había dos láminas en forma de «S», colocadas perpendicularmente a la base, de modo que proporcionaban unos ganchos para ajustar el rollo y poder mantenerlo abierto en un momento preciso. Conocemos estos detalles gracias a la aparición de esculturas y dibujos en monumentos funerarios. También son frecuentes representaciones en las que el lector ha interrumpido de forma momentánea su tarea.

En este caso, la postura más habitual es sostener el rollo con una sola mano, que une los dos cilindros por sus extremos, dejando libre la otra mano.

Antes de esta presentación oficial, el escritor acostumbraba a hacer una lectura privada ante un grupo más reducido de personas de su confianza, quienes le daban su opinión y crítica. También Plinio nos da las razones: «Porque el que lee su obra, por respeto a sus auditores, la cuida con más atención; luego, porque, si le sobreviene duda sobre algún punto, lo resuelve a partir de un consejo. Además, porque muchos hacen advertencias, pero, si no las hicieran, lo que cada uno de los oyentes siente se percibe a través de su gesto, de sus ojos, de sus movimientos de cabeza, de sus murmullos, de su silencio, indicaciones suficientemente claras como para distinguir la verdadera opinión de la cortesía».

Nos detalla asimismo el proceso completo de lecturas y reescrituras: «No paso por alto ningún procedimiento de corrección. En principio repaso conmigo lo que escribo; luego se lo leo a otros dos amigos; después paso el manuscrito a otros para que lo anoten, si las notas me hacen dudar, de nuevo las sopeso con una o dos personas; por último leo la obra ante varios auditores y, créeme, es el momento en el que más corrijo, pues el respeto a los auditores, el amor propio y el temor a un fracaso son excelentes jueces…».

Recitatio de Horacio, de Adalbert von Rössler (1922). © Vintage Archives / Alamy Foto de *stock*

La lectura en voz alta entre amigos era considerada una muestra de auténtica amistad. El poeta Horacio nos dice: «No leo mis versos a nadie, sino a mis amigos». Pero cuando existían tiranteces, una de las consecuencias era que no se recibía la invitación a este tipo de lecturas. En la Carta 5 del Libro I, Plinio nos cuenta que su hasta entonces amigo Régulo, conocedor de que se siente dolido por cómo ha actuado últimamente, no le invita a la lectura de su libro, mostrando con este ejemplo el distanciamiento entre los otrora amigos.

Otras veces escuchar el libro de un amigo podía resultar algo tedioso o pesado si la historia duraba horas y no lograba captar el interés de los asistentes, algo así como un compromiso ineludible. Marcial emplea la ironía para invitar a cenar a un amigo: «… no leeré nada, incluso aunque tú me leas de nuevo tus *Gigantes* o tus *Bucólicas*…». En otra ocasión escribe en una tarjeta al acompañar un regalo de un pañuelo para el cuello: «Si, cuando voy a hacer una lectura pública, te doy por casualidad una invitación escrita, que este pañuelo proteja tus orejas», riéndose de sí mismo y llevando a cabo una autocrítica sobre sus propios textos.

Después de estas lecturas entre amigos y, una vez retocado el texto, las lecturas en voz alta se efectuaban ante un auditorio más amplio. Podían tener lugar en las termas, en bibliotecas públicas o en las propias casas de los escritores, y suponían el lanzamiento oficial del libro en cuestión. Hoy en día utilizamos el término «publicar» cuando un libro se pone a la venta o comercializa. Este término viene del latín *publicare*, que significa hacer algo público. Entonces, en el momento de la recitación en voz alta del texto completo, se consideraba el libro como publicado.

La elección de la persona que llevaba a cabo la lectura o recitación era de suma importancia. Por eso se procuraba siempre contar con lectores profesionales. Marcial, en uno de sus epigramas (breves sentencias poéticas y satíricas que se centran en un pensamiento o idea ingeniosa) muestra lo importante que era leer bien en alto: «El libro que lees, Fidencio, es mío, pero cuando lo lees mal empieza a ser tuyo». Por ejemplo, han llegado hasta nosotros las recomendaciones que el poeta Persio daba al lector profesional que leía sus libros, que tenía que ir: «… bien peinado, resplandeciente, con la toga nueva […] leerás al público desde

elevado sitial, después de enjuagarte la garganta ágil con gargarismo modulador, deshecho, con ojito insinuante». Debido a la importancia que tenía la lectura en voz alta en el resultado de un texto, cuando alguien escribía lo hacía pensando en la representación pública y en su oralidad. Se escribía tal y como se quería que se oyera, y la recomendación, por tanto, era que se escribiera como fuera a leerse en alto, o en palabras de Quintiliano: «Se deberá componer siempre del mismo modo en el que se deberá dar voz al escrito».

A estos encuentros sociales acudían personas que antes habían sido convocadas mediante una invitación, igual que ahora acudimos invitados a una boda o celebración. Una vez sentados en los bancos o estrados dispuestos para la ocasión, los criados de la casa distribuían entre los asistentes el programa de la función de lecturas. En realidad, estas lecturas atraían a personas con diferentes intereses, esto es, estaban los que de verdad querían conocer y oír el nuevo texto, pero también aquellos a los que les importaba más el hecho social en sí, el dejarse ver, el saludar a unos y a otros en los momentos previos a la lectura mostrando indiferencia por el texto, como se dice en otra de las cartas de Plinio: «La mayoría se sientan en unas salitas y, mientras se ofrece la lectura, charlan. De vez en cuando preguntan si ya ha llegado el lector, o si ha pronunciado el prefacio, o si la lectura está ya muy avanzada. Entonces, solo entonces, entran, sin prisa y vacilantes; ni siquiera se quedan hasta el final, unos se van con disimulo y procurando no ser vistos; otros lo hacen abiertamente y sin vergüenza».

Como la lectura en voz alta era un hecho social, se esperaba que el público reaccionara ante cada uno de los textos. Es Plinio quien de nuevo en otra de sus cartas menciona un caso donde el público parecía no reaccionar ante el texto, cosa que le produjo al escritor gran sorpresa: «Se leía un libro absolutamente perfecto, dos o tres auditores, muy expertos, según les parecía a ellos mismos y a unos pocos, lo escuchaban como sordomudos, ¡ni un movimiento de labios, ni un gesto de manos, no se levantaron ni una vez!».

Sirva para hacernos una idea del fenómeno social que supusieron en la antigua Roma las lecturas en voz alta el hecho de que se corriese la voz de que durante el mes de abril de un año

apenas pasó un día en el que no se hiciera una lectura en voz alta.

Ante este éxito, los políticos del momento se cuidaron mucho de ofrecer los espacios adecuados para la lectura del mismo modo que hacían para otros eventos sociales, como el disfrute de los juegos de gladiadores o el teatro. Augusto favoreció igualmente su desarrollo, también sus sucesores, Claudio y Adriano. El primero comenzó a escribir sobre la historia más reciente y gustaba de leer sus libros en público a medida que acababa de redactar cada capítulo. Su salón siempre estaba muy concurrido a pesar de que, a causa de su timidez y sus problemas de tartamudez, sus lecturas no se contasen entre las mejores que se podían escuchar por aquellos días en Roma. Durante una de esas reuniones, un banco se rompió debido al peso de uno de los asistentes y las risas provocaron tal alboroto entre los asistentes que al final se decidió suspender la lectura. A partir de ese momento, Claudio no volvió a leer nunca más sus textos y delegó esta tarea en un lector profesional. En todo caso, a pesar de ser el emperador, puso su palacio a disposición de otros lectores a cuyas recitaciones acudía cuando se lo permitían sus obligaciones políticas. En aquel entonces, la mayor aspiración de todo hombre culto y con bienes era disponer en su casa de un *auditorium*, un salón o espacio destinado a estos eventos sociales de lectura.

Como consecuencia de este éxito, Adriano elevó oficialmente las lecturas públicas a rango de actividad social al dotarlas de un edificio para su exclusivo uso, el *athenæum*, un pequeño teatro que hizo construir para la ciudad. Y es que la lectura en voz alta se llegó a popularizar tanto que incluso personas sin aspiraciones literarias o políticas no dudaban en leer en público cualquier texto, literario o no, como, por ejemplo, la oración fúnebre que se pronunciaba antes de despedir a un pariente.

Un reflejo de esta práctica en nuestros días nos lo ofreció en 1996 el escritor italiano Alessandro Baricco con motivo de la presentación de su novela *Seda*, un éxito de ventas mundial. Hervé Joncour, un comerciante francés del siglo XIX realiza varios viajes a Japón para comprar huevos de gusanos que luego producirán seda. En uno de esos viajes conoce a una mujer con la que se obsesionará durante el resto de su vida. Esta novela corta tiene una estructura circular y un ritmo poético interno que hace que el texto leído en

voz alta se transforme en una partitura musical. Así pues, cuando el texto se hace voz, la prosa poética se muta en música al llegar a los oyentes. Quizá por ese motivo Baricco decidió que el libro se presentara mediante una lectura íntegra del mismo en un teatro. Durante no más de dos horas, una actriz leyó el texto ante un auditorio tal y como se hacía en la antigua Roma, presentando así la novela y dándola a conocer no por su resumen, intención o por las palabras del autor, sino que fue el propio libro el que habló, el que a través de la actriz, como si esta fuera un instrumento, dio vida a esa novela a través de su voz.

La invención del códice

Como hemos contado, el rollo de papiro era pesado, poco práctico y difícil de proteger ante el paso del tiempo. Debido al monopolio que Egipto ejercía sobre este material, los griegos habían comenzado a utilizar las pieles de animales para crear lo que se llamarían pergaminos, y aunque algo más duraderos, seguían adoleciendo de muchos de los mismos problemas. La siguiente evolución en cuanto a la forma que tendrán los libros llega de la mano de los romanos. En algún momento del siglo I d. C. aparece el códex o códice, sin que haya llegado hasta nosotros más detalle de la persona que lo inventó. Seguramente fuera alguien que pensó que los textos serían más manejables presentados en tablillas de madera recubiertas de cera que permitieran la escritura, unidas por anillas en uno de sus lados. Incluso se podían juntar varias tablas, dando lugar a lo que hoy sería una especie de libreta sobre la que escribir, borrar y volver a utilizar. De ahí se pasó a las pequeñas cuartillas de papiro o pergamino, plegadas y cosidas que componían cuadernillos que después se unían por unas tapas algo más resistentes. Se ha inventado el libro tal y como lo conocemos hoy en día. Estas prácticas tablillas se emplearon al menos durante toda la Edad Media, algunas de ellas incluso permanecieron en uso hasta principios del siglo XIX.

La invención del códice cobra una gran importancia en la cultura escrita y dentro de la historia del libro como facilitador de la lectura. Permitió una mayor movilidad y circulación de los libros,

lo que incrementó el número de lectores. La practicidad que el códice aportaba en volumen, así como su tamaño y el fácil acceso, sin necesidad de utilizar los dos brazos para, como hemos visto, ir desenrollando pesados rollos de gran tamaño, eliminó uno de los motivos para recurrir a personas que leyeran en voz alta. También facilitó la escritura. La disposición del texto en rollos de papiro o pergamino entre maderas suponía que no se pudiera leer y escribir a la vez, ya que las dos manos se encontraban ocupadas desenrollando y enrollando el texto. Si se quería escribir, se tenía que cerrar el rollo para liberar una de las manos, como aparece en alguno de los frescos de Pompeya. Con el códice, los libros son mucho más fáciles de sostener para leerlos o consultarlos, también de transportar y almacenar. A esto tenemos que sumarle que comenzaron a aparecer ayudas para los lectores, como los índices o la numeración en las páginas, lo que permitía acceder a un punto determinado, algo que en el rollo resultaba complicado. Qué sería de nosotros, los lectores, sin la paginación, por ejemplo, saber dónde nos encontramos con una reflexión o qué escena nos produjo risa, resultaría difícil de encontrar.

Pero como en toda innovación siempre existen detractores del cambio. Tal y como hoy en día hay personas que dicen que no les gusta leer en formato digital o se niegan a escuchar un audiolibro porque en su opinión no es un libro, en la antigua Roma ocurrió algo similar. Para algunos solo el rollo de papiro o pergamino podía considerarse un libro, dejando a las tablillas fuera de esta categoría. Por suerte, el nuevo formato tuvo también sus defensores, como el poeta Marcial, quien animaba a sus seguidores a comprar libros en este nuevo formato. En todo caso, los rollos, ya fueran de papiro o pergamino, siguieron gozando de un mayor prestigio y su uso generalizado se mantuvo hasta al menos el siglo III d. C., por lo que los códices quedaron para la copia de textos sin vocación de perdurar o para copias baratas. Al final, después de varios siglos, la practicidad terminaría ganando al romanticismo y el libro en formato de códice terminó imponiéndose al rollo de papiro o pergamino.

La lectura silenciosa no es de fiar

El filósofo y biógrafo Plutarco dedicó su obra *Vidas paralelas* a los personajes políticos, sociales e intelectuales más importantes de su tiempo. A través de unas amenas y a la vez eruditas biografías empareja a figuras relevantes griegas y romanas para conocerlas en profundidad desde un punto de vista moral más que histórico, ya que consideraba que una anécdota o un hecho concreto proporcionan más información de esa persona que los acontecimientos históricos por los que es reconocida. En su biografía de Marcus Brutus, el político y militar romano que participó en el derrocamiento y la muerte de Julio César, nos muestra un pasaje en el que se produce la lectura de un texto en silencio y qué reacción genera en la Roma de su tiempo: «Cato y César estaban juntos y tenían puntos de vista opuestos. En ese momento César recibió una nota de fuera y la leyó en silencio; pero Cato gritó que César estaba haciendo algo extraño y recibiendo comunicaciones del enemigo. Y la multitud enloqueció…».

Eso tan *extraño* que estaba haciendo era leer en silencio. Este comportamiento de Julio César era tan poco habitual que hacía recelar de quien lo practicaba. Si alguien leía un texto en silencio para luego resumir el contenido, ¿qué garantía se tenía de que ese fuera el verdadero mensaje y no algo que había improvisado sobre la marcha para ocultar lo que ahí estaba escrito? En cambio, si leía en voz alta poco a poco, palabra a palabra, el lector descubría a la vez que los oyentes el contenido del texto, evitándose el engaño.

LEER ES UN PLACER

Leyendo en voz alta, de Albert Joseph Moore (1884).
Kelvingrove Art Gallery and Museum, Glasgow. © Painters / Alamy
Foto de *stock*

Albert Joseph Moore, reconocido pintor inglés del siglo XIX, recreó una escena en la que vemos disfrutar de estos códices a los primeros lectores que tuvieron acceso a esta nueva innovación, en este caso unas lectoras. El cuadro titulado *Reading aloud* (Leyendo en voz alta), considerada una de sus obras maestras, representa a tres mujeres en actitud sosegada, en un ambiente con tintes exóticos, quizá mostrando una época pasada algo idealizada, que disfrutan de la lectura en voz alta por parte de una de ellas. Las tres descansan alrededor de un sofá cubierto de diversas telas de seda y raso; una de ellas sostiene en sus manos un códice que lee para las otras dos, quienes, con la mirada en el infinito, escuchan hipnotizadas la lectura. El ambiente es relajado, distendido, fuera del control del exterior, sin necesidad de que uno de los esclavos tenga que ayudarles a sostener el pesado rollo. Se trata de un momento de intimidad. Me atrevo a pensar que las tres amigas están disfrutando de alguna historia que les permite sentirse las protagonistas, o quizá vivir vidas muy diferentes a las suyas o, por el contrario, encontrar paralelismos con las suyas y comprender mejor el sentido de la vida, es lo que hemos hecho los lectores a lo largo de toda nuestra existencia.

Personalmente, me gusta esta idea de que durante los primeros siglos de nuestra historia la lectura tenía el objetivo de entretener y

socializar con otros iguales, de que surgió por el hedonismo que suponía que alguien te leyese una historia de viva voz, con toda la sensualidad que implica. Me gusta también saber que se hacía entre familiares y amigos, uno de esos placeres, que, como la comida o la bebida, se disfrutan más en compañía. Ya fuese para viajar a otros lugares, reír con los malentendidos que se producen entre los protagonistas, revivir emocionantes batallas o empatizar con Penélope cuando por la noche deshace lo que ha tejido durante el día para no tener que elegir marido. Mientras la escritura surgió como un medio para llevar la contabilidad del ganado o como soporte para la memoria, la lectura nació para hacernos disfrutar, para permitirnos entendernos un poco mejor a nosotros mismos, para compartir emociones con los demás. Durante los primeros siglos de nuestra existencia fue una actividad primordialmente social. En cualquiera de las ciudades de la Antigüedad existía la oportunidad de escuchar leer en voz alta con motivo de la presentación de un libro, en mitad de una cacería, en las bibliotecas, las termas, después de una cena o para llenar cualquier tiempo de ocio.

La lectura en voz alta seguiría siendo la práctica predominante hasta bien entrada la Edad Media. Sin embargo, el fin hedonista quedaría relegado por un uso muy diferente: la difusión de las grandes religiones occidentales.

4
LEER A DIOS

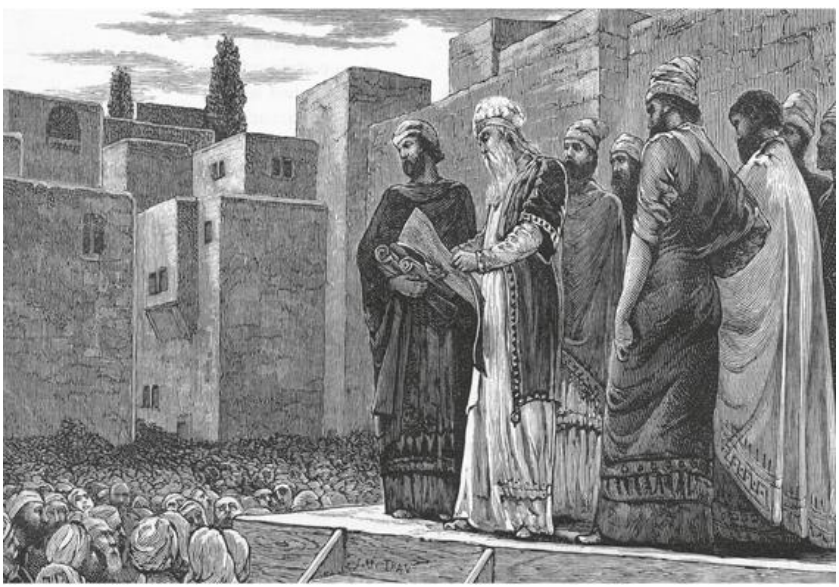
ESDRAS LEE LA LEY DE MOISÉS ANTE CIENTOS DE PERSONAS

> Todo el pueblo se reunió como un solo hombre en la explanada que hay delante de la puerta de las Aguas y le dijeron a Esdras, el escriba, que trajera el libro de la Ley de Moisés, la que el Señor había impuesto a Israel. El día uno del mes séptimo el sacerdote Esdras trajo la Ley ante toda la asamblea […]. Desde que hubo luz hasta el mediodía la leyó al frente de la explanada que hay delante de la puerta de las Aguas, ante los hombres, las mujeres y todos los que tenían uso de razón. Todo el pueblo prestaba oído al libro de la Ley.

La lectura en voz alta desempeñó un papel muy relevante en la expansión de las creencias religiosas occidentales. El nacimiento y desarrollo de las tres religiones monoteístas está marcado por la promoción de la lectura en voz alta de sus textos sagrados como una forma de difundir la palabra divina. En el caso del islam, por ejemplo, el propio nombre de su libro sagrado, Corán, procedente del árabe
al-qur'an
, tiene el significado literal de recitación. En el judaísmo, desde que, a causa de la caída de Jerusalén en manos de Nabucodonosor, la actividad religiosa judía dejó de centrarse en el templo, la celebración consistía en reuniones en casas particulares o lugares públicos para escuchar los textos religiosos. Además, como detalle adicional, la palabra hebrea
qara'
significa, como vimos en otras lenguas de la Antigüedad, tanto leer como recitar. Por último, en el libro sagrado de los católicos, la Biblia, se hacen frecuentes menciones a la lectura en voz alta como «Dichoso el que lee y dichosos los que escuchan la lectura de este mensaje profético». De igual forma, el apóstol san Pablo presupone

siempre que sus Epístolas serán leídas en voz alta ante la comunidad como se hacía con el resto de los textos, y así lo vemos cuando dice: «¿No habéis oído leer la ley?», es decir, da por hecho que en las reuniones de fieles se leían en voz alta los libros del Antiguo Testamento y que así también se leerían sus cartas para ser transmitidas al resto de los fieles.

Para estas religiones, la lectura de un texto sagrado es un acto que entraña una gran responsabilidad. La persona que la efectúa debe atenerse a la literalidad de lo escrito, no puede cambiar el mensaje o añadir un comentario, ya que estaría alterando la palabra divina. En el caso judío son palabras directamente talladas en piedra por Dios, como las tablas que Moisés baja del monte Sinaí. En el musulmán, las palabras son fruto de una revelación divina, como la del ángel Gabriel a Mahoma para crear los versos que componen el Corán. Los evangelios cristianos son la palabra de Dios registrada por los apóstoles, testigos directos de la vida de Jesús. Por otro lado, leer la palabra divina, poner voz a la palabra del mismísimo Dios, constituye un privilegio en general reservado, según la religión, a rabinos, imanes o sacerdotes.



Esdras leyendo la ley a los judíos. Grabado. © Classic Image / Alamy Foto de *stock*

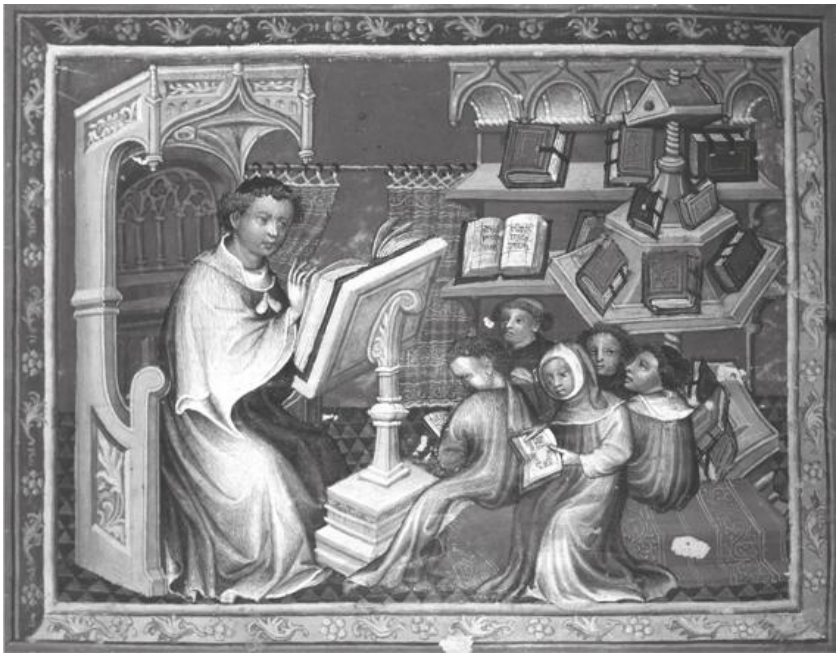
Así, en las tres religiones monoteístas, la lectura pública en voz alta tiene un objetivo muy diferente al que se le había dado en la Antigüedad, donde estaba asociada a la cultura, el aprendizaje y el entretenimiento. Ahora tiene como función única transmitir el mensaje de cada una de las religiones o, si se quiere, de la palabra divina. Para que este mensaje llegue a cuanta más gente mejor, las religiones establecen en sus propios preceptos la obligatoriedad de los fieles de acudir a escuchar la palabra de Dios como parte del culto propio de cada comunidad. De esta manera los libros religiosos tendrán una voz que resonará al menos cada viernes en las mezquitas, cada sábado en las sinagogas y cada domingo en las iglesias. Hoy en día es habitual encontrar estos libros sagrados en cualquier casa, sin embargo, en esta época, debido a la escasez de ejemplares, la única manera de acceder a ellos era a través de la lectura en voz alta.

La regla de san benito establece cómo leer en voz alta

El joven Pedro es un monaguillo que ha sentido la llamada de Dios. Se encuentra en Silos, un perdido monasterio entre las montañas de Burgos que tras sus muros silenciosos atesora una multitud de códices ilustrados. Muchos de ellos, en la actualidad se estima que unos cuatro mil, son ejemplares únicos, no existe otra copia en ningún otro lugar del mundo habitado. El conocimiento durante la Edad Media crece en los monasterios, creado, difundido, copiado, preservado a través de los libros, y vivo gracias a la voz que los religiosos les ceden cuando los leen para los demás. Para el resto del pueblo el acceso a los libros no es posible, son algo muy difícil y costoso de crear, tratar, copiar, ilustrar, encuadernar y almacenar.

Cuando Pedro acabe su formación, será el instrumento que transmitirá y difundirá la voz de aquellos libros al resto de la comunidad de fieles, al menos los que guardan la palabra de Dios. Por este motivo está siendo instruido en la lectura. Los monjes le enseñan a leer con el libro del coro que recoge los salmos que se cantan durante la liturgia. El salterio es el libro que será utilizado a modo de cartilla escolar para los que están aprendiendo a leer y durante muchos años servirá también para comprobar quién lo sabe

hacer. En los márgenes del libro que Pedro está ahora leyendo, algún monje ha incluido a modo de anotaciones las formas vulgares de esas palabras escritas en latín. Él aún no lo sabe, pero esas notas quedarán como las primeras palabras escritas en castellano, la lengua romance en la que el pueblo ha convertido el latín en la zona. La profusión de apuntes en aquel libro y la traducción de casi cuatrocientas palabras lo convierten en el primer diccionario de la lengua española y que hoy se encuentra custodiado en el Museo Británico de Londres. Después de muchas horas de estudio, Pedro comienza a reconocer todos los caracteres y aprende a vocalizar cada uno de los sonidos que hay que emitir hasta que adquiere la destreza de la lectura de manera fluida. En muchas de las ocasiones, esta lectura es cantada, porque hay libros que incluyen melodías, algo alentado por el papa Gregorio Magno, al que se le debe que este tipo de composiciones sean conocidas para siempre como cantos gregorianos. Durante los siglos IX y X en muchos monasterios los monjes copiaban y leían en voz alta las comedias del griego Terencio, que ya se habían utilizado en la Antigüedad con el mismo propósito. Más tarde, Roswitha de Gardersheim escribió con este mismo fin unas obras de teatro dirigidas a las monjas, pero bajo una perspectiva cristiana. El objetivo, como decimos, era adquirir la fluidez en la lectura en voz alta, cuya práctica se conocía como *sotto voce* para ejercitar los músculos que intervienen en la recitación.



Escuela monástica del convento de los ermitaños de San Agustín en París. Artista desconocido. © Album / Coll. JeanVigne/ KHARBINE-TAPABOR

Ha llegado el momento, Pedro puede leer en alto para el resto de los monjes con los que convive. Antes de empezar se aclara la garganta, abre y cierra los labios con fuerza para darles un mayor rango y relajarlos y, finalmente, proyecta la voz. Son libros únicos, auténticas joyas que ha costado mucho esfuerzo producir desde la fabricación del soporte físico hasta las incontables horas dedicadas al rotulado para copiarlos desde unos originales que ya no existen. Por no hablar del esfuerzo de iluminarlos con ilustraciones preciosistas, para después prensarlos, coserlos y encuadernarlos. Y todo ello para que su lectura solo pudiese ser disfrutada por una persona, hasta que, gracias a la voz que durante unas horas Pedro pone a disposición de aquellos libros, estos se transforman en sonido y llegan a los oídos de los que allí se han congregado para, ahora sí, deleite de la lectura por parte de todos. Aunque hayan pasado más de diez siglos desde entonces, cuando uno entra en el monasterio de Santo Domingo de Silos, estas voces de los libros

siguen retumbando en el silencio de su claustro, entre las piedras que pisamos, los capiteles adornados y el canto de los pájaros que revolotean entre ese ciprés al que se llega, como si fuera una metáfora, a través de un jardín en forma de laberinto.

La voz de los libros estaba muy viva en los monasterios de la cristiandad porque existía el hábito de leer en voz alta mientras se comía o cenaba, tal y como ya nos contó Plinio el Joven que también ocurría en la antigua Roma. Esta práctica la encontramos debidamente regulada en escritos que tenían como objetivo establecer las rutinas de monasterios o abadías religiosas. A principios del siglo VI Benito de Nursia, un italiano a quien se le había unido una congregación de discípulos, escribe un libro con la intención de establecer un orden en la convivencia de esta comunidad estable que se ha creado en torno a él. Esta normativa se extenderá con rapidez por todos los monasterios de la congregación y sus preceptos se habrán de adoptar por los monjes que conviviesen comunalmente bajo las órdenes de un abad. A este compendio de normas se las conoce como *La regla de san Benito*. Además de establecer cuándo rezar, trabajar o dormir, o cómo vestir y calzar, también se dedica un capítulo a cómo se debía leer mientras los hermanos estaban en la hora de la comida.

El hermano con la misión de leer adoptaba el nombre de *lector de la semana*, ya que este sería el tiempo que duraría su labor. Recibía la responsabilidad el domingo después de tomar la comunión y asistir a misa para ser relevado a la semana siguiente en el mismo evento. En esta primera misa el lector pedía a sus hermanos que orasen por él para que el Señor le librase de la vanagloria que puede suponer leer algo y que los demás, atentos, lo escuchen. Ser objeto de la atención de los demás durante toda una semana podía provocar sentimientos de engreimiento o vanidad, y por ello, el ritual comenzaba con el verso: «Señor, ábreme los labios, y mi boca proclamará tu alabanza», que toda la comunidad repetía al unísono tres veces seguidas. De esta manera, se dejaba claro que el lector era un mero instrumento que prestaba su boca para que la palabra de Dios surgiera sin mérito alguno por su parte. Y es que cuando alguien lee en voz alta está asumiendo una autoridad y un prestigio que los oyentes no poseen. La vanidad que puede aparecer en nosotros cuando leemos en voz alta es

comprensible: captamos por un momento la atención de los demás, nos sabemos el centro de atención, ponemos voz a los libros y gracias a ellos tenemos el poder de emocionar. Los monjes que leían en voz alta todos los días durante una semana lo sabían, y por eso se obligaban a recordarlo, para evitar este sentimiento poco cristiano.

La regla establece, además, que antes de la comida se disponga de todo lo necesario para no interrumpir la lectura por falta de algún utensilio o alimento. «Guárdese sumo silencio para que allí no se oiga ni la voz ni el susurro de nadie sino solo al que lee», dice la regla de san Benito. Por supuesto, si no está permitido susurrar ni que le pasen a uno un trozo de pan o la jarra del agua, mucho menos lo está comentar o conversar sobre lo que se está escuchando. Este es un privilegio reservado solo al padre superior, que será el único que pueda romper dicho silencio para comentar lo que se está leyendo.

En cuanto al hermano seleccionado como lector de la semana, la regla establece que comerá cuando el resto finalice y él concluya su lectura, junto con los sirvientes y los llamados monjes semaneros que atendían las labores de la cocina. Le está permitido tomar la comunión con agua y vino antes de la lectura para que le suponga un pequeño sustento y pueda desarrollar su labor convenientemente.

La lectura en la Edad Media se practicaba en los monasterios y se realizaba en voz alta. Además de las referencias que tenemos gracias a san Benito, conocemos que Tomás Moro, el autor de *Utopía*, también introdujo en Chelsea el hábito de leer durante las comidas en los monasterios ingleses.

En el siglo VII, san Isidoro, obispo de Sevilla, establece, al igual que san Benito, las cualidades a cumplir por quienes lleven a cabo el cargo de lector en la iglesia. Dice que tiene que ser una persona conocedora de la doctrina y que domine la expresión oral con el fin de que todos los oyentes comprendan el mensaje: «Quien vaya a ser ascendido a este rango deberá estar versado en la doctrina y los libros, y conocerá a fondo los significados y las palabras, a fin de que en el análisis de las sentencias sepa dónde se encuentran los límites gramaticales: dónde prosigue la lectura, dónde concluye la oración. De este modo dominará la técnica de la expresión oral sin

obstáculos, a fin de que todos comprendan con la mente y con el sentimiento, distinguiendo entre los tipos de expresión, y expresando los sentimientos de la sentencia: ora a la manera del que expone, ora a la manera del que sufre, ora a la manera del que increpa, ora a la manera del que exhorta, ora adaptándose a los tipos de expresión adecuada». Parece que san Isidoro ya tenía clara la importancia de que quien nos lea sepa adaptar su tono al texto que nos está leyendo. Sin lugar a duda, el placer de la escucha dependerá en gran parte de este aspecto. No será lo mismo la lectura de un poema amoroso, en la que el tono puede transmitir ternura, que la de una historia de misterio, en la que tiene que ir generando, gracias a la entonación, el ambiente adecuado de intriga y suspense.

Para terminar con esta recopilación de recomendaciones sobre cómo se debía leer en alto durante la Edad Media, encontramos las que san Leandro, obispo de Sevilla y considerado santo, hizo a las monjas de la época. La recomendación consistía en que alternasen la oración propiamente dicha con la lectura y que, cuando se ocupasen de algún trabajo manual, como coser o amasar pan, hicieran que alguien les leyera la palabra de Dios en voz alta para evitar que el corazón «se deslizara por la pendiente de los vicios».

San agustín se asombra con la lectura en silencio

La lectura silenciosa durante la Edad Media seguía siendo algo muy excepcional, tanto que san Agustín, en sus *Confesiones*, nos cuenta en el siglo IV d. C. su asombro al ver el modo en que leía su maestro, san Ambrosio, obispo de Milán: «Cuando leía, hacíalo pasando la vista por encima de las páginas, penetrando su alma en el sentido sin decir palabra ni mover la lengua». También «Muchas veces, estando yo presente —pues a nadie se le prohibía entrar, ni había costumbre de avisarle quién venía—, le vi leer calladamente, y nunca de otro modo». San Agustín se pregunta sobre los motivos de esa práctica tan poco habitual: «Y leía mentalmente, quizá por si alguno de los oyentes, suspenso y atento a la lectura, hallara algún pasaje oscuro en el autor que leía y exigiese se lo explicara o le obligase a disertar sobre cuestiones difíciles. Con lo que gastaría el

tiempo en tales cosas, y no podría leer tantos volúmenes como deseaba. Aunque más bien creo que lo hiciera así por conservar la voz, que se le tomaba con facilidad».

Puede que san Ambrosio no leyera en silencio tal y como hoy en día nosotros lo entendemos, quizá seguiría siendo una subvocalización, y el paso de esta técnica a otra más rápida tuvo lugar cuando se llevaron a cabo cambios en la escritura que facilitaron aún más la lectura silenciosa. Esta escena siempre se ha utilizado como momento de inflexión del paso de la lectura en voz alta a la silenciosa, como si desde este descubrimiento todo el mundo comenzara a leer en silencio. Hay investigadores que interpretan esta escena desde otro punto de vista. Vance Smith, medievalista de la Universidad de Princeton, sostiene que san Agustín, en realidad, no está sorprendido de que Ambrosio lea en silencio, esto es, no es que desconociera que se podía leer en silencio, ya que hemos visto que, aunque de manera minoritaria y reservada para ocasiones muy particulares, esto ya se venía haciendo desde la Antigüedad. Más bien que la lectura en silencio fuera lo habitual y no una excepción y es más, que estando él presente, continuara con la lectura silenciosa. Su comentario «Yo estaba largo rato sentado en silencio —porque ¿quién se atrevía a molestar a un hombre tan atento?—, y me largaba» muestra que sería de mala educación leer en silencio estando ambos juntos en la misma sala. Algo así como el equivalente a esas personas que consultan su móvil cuando están con alguien. Estamos viendo que la lectura en esta época era una actividad que se disfrutaba en sociedad, en compañía, se compartía, y la lectura silenciosa resultaba extraña y propia de personas introvertidas. Esta idea perviviría aún durante muchos siglos. Más adelante veremos lo que se decía de don Quijote, que estaba loco debido a lo mucho que leía, y aquí por leer se refieren a leer en silencio y en solitario. Tuvieron que pasar muchos años para que la lectura silenciosa no fuera vista con recelo.

Eran pocos los que leían en silencio, y, entre estos, muchos reconocían que lo que les pedía el cuerpo era hacerlo en voz alta. Sabemos que a comienzos del siglo XIII Ricalmo, abate del monasterio de Schönthal, en Alemania, y autor de un manual de demonología, confesaba lo siguiente: «Cuando estoy leyendo

directamente del libro y solo con el pensamiento, como suelo hacerlo, ellos [los diablos] me hacen leer en voz alta palabra por palabra, privándome de la comprensión interior de lo que leo y para que pueda penetrar tanto menos en la fuerza interior de la lectura cuanto más me vierto en el lenguaje externo».

Los pocos libros

En la Edad Media la producción de libros se caracterizaba por la escasez, había muy pocos libros disponibles. Aún no había llegado el papel a Occidente, se sigue utilizando el pergamino plegado, con la consiguiente dificultad para producir y preparar el soporte físico para la escritura. A esto había que sumarle otro motivo: los libros se copiaban y encuadernaban de manera manual, lo que requería mucho tiempo y esfuerzo.

Hasta el siglo XI la fabricación de libros se llevó a cabo casi exclusivamente en los monasterios. Para ello ya hemos visto que había que preparar durante varios meses la piel en la que se escribía. Debido al trabajo que esto suponía, a veces se aprovechaba este soporte: se borraba el texto para escribir otro diferente sobre la misma pieza. Esto se conoce como palimpsesto, y para ello había que empapar durante horas el trozo de piel en leche y, después de lijarlo con piedra pómez, blanquearlo con tiza para dejar la superficie preparada para escribir de nuevo.

El siguiente paso era rayar los márgenes y los renglones con un punzón o mina de plomo. El rayado dependía del tipo de texto, esto es, de si se iba a escribir verso o si llevaba ilustraciones, con lo que había que dejar los huecos pertinentes. Los copistas escribían entonces el texto para terminar con la rotulación y las ilustraciones. Por último, se juntaban todas las hojas de piel a través de la encuadernación. Como vemos, el proceso era muy manual, dificultoso y llevaba mucho tiempo, lo que convertía el libro en un bien muy valioso, un producto de lujo.

Así que, durante la Edad Media, aunque estuviéramos en un monasterio, donde todos los monjes sabían leer, no existía el mismo número de ejemplares para que todos o al menos un grupo pudiera estar leyendo de forma simultánea el mismo título. Si otras personas

habían empezado a leerlo antes que nosotros, esto suponía tener que esperar mucho tiempo, así que la forma más eficaz y útil de leer un libro era que alguien lo hiciera en voz alta para que también lo disfrutara el resto. Por ejemplo, veamos el caso de la abadía de Cluny en Francia, que llegó a tener unos cuatrocientos sesenta monjes en su momento de mayor esplendor, en el siglo XII. En el caso de que cada uno quisiera leer de manera individual la *Divina comedia* de Dante y tardase de media un mes, el último de ellos podría acceder al libro al cabo de cinco años y medio. Todo esto se evitaba gracias a la lectura en voz alta, pero un pequeño invento revolucionará la manera en la que comenzamos desde entonces a escribir y a leer, y será el principio de un cambio.

LA HISTORIA DEL ESPACIO EN BLANCO

En las siguientes páginas vamos a contar la historia de un elemento en apariencia insignificante, pero que supondrá un gran cambio en la manera de leer de la humanidad. Siempre está presente cuando leemos, aunque habitualmente pasa inadvertido, excepto cuando está ausente, momento en el que enseguida lo echamos de menos. Un invento que hoy en día tenemos tan interiorizado que ni siquiera se nos ocurre que fuese algo que hubo que inventar, sino que siempre ha estado ahí. Nuestro siguiente protagonista es el espacio en blanco entre las palabras. Tiene una enorme importancia en la legibilidad de los textos y será clave para el paso de la lectura en voz alta hacia la silenciosa.

Paul Saenger ha dedicado veinte años de su vida a investigar cuándo y dónde se comenzó a aplicar el espacio en blanco entre las palabras y lo que ello supuso para los lectores. Podemos imaginar a Paul Saenger como un Indiana Jones de los libros que se salían de lo común, únicos, singulares por algún motivo. Así fue como después de peregrinar de biblioteca en biblioteca, visitando archivos en recónditos monasterios medievales de toda Europa, llegó hasta el que se considera el primer documento donde aparece nuestro protagonista, el espacio en blanco. Se trata del conocido como *Irish Book of Mulling*, una copia traducida del latín al celta de los evangelios que data de alrededor del año

690 d. C.,
si bien habrá que esperar hasta el siglo XI para que esta práctica se extienda completamente por toda Europa. Sin lugar a dudas, su descubrimiento era clave para explicar el comienzo del tránsito entre la lectura en voz alta y la silenciosa. Curiosa es la explicación de que este elemento aparezca por primera vez en Irlanda y no en otro lugar de Europa. El motivo es que los monjes irlandeses, a diferencia del resto de los europeos, no utilizaban el latín como lengua corriente, sino su propio idioma celta. Por tanto, les era mucho más difícil leer un texto en latín sin separaciones, así que, cuando iban identificando palabra a palabra, las señalaban. Cuando después llevaron a cabo la traducción del latín al celta, establecieron un espacio en blanco para trasponer esta separación en la nueva versión.

Para entender bien el efecto de los espacios en blanco, vamos a apartarnos durante un rato de la evolución histórica de la lectura para intentar comprender el modo en que el ser humano capta las palabras. Cuando leemos, cada palabra posee una entidad propia que nuestro cerebro reconoce principalmente por las letras inicial y final de esta, no influyendo tanto las letras centrales. Puede ser que se haya escrito mal alguna de las letras de una palabra o que se haya obviado, y podremos reconocer esa palabra, eso no dificultará mucho nuestra lectura. A todos nos ha ocurrido alguna vez lo siguiente. Leemos varias veces nuestros propios escritos antes de entregar un informe en la oficina o un trabajo en la universidad y, solo después de que alguien nos lo indique, nos damos cuenta de que hemos escrito mal alguna palabra. ¿Cómo puede ser si lo hemos repasado varias veces? Porque nuestra mente suple esa desviación completando o corrigiendo los errores que existen, dando por buena la palabra correcta, que es la que permanece en nuestra mente. Otro ejemplo que constata esta afirmación y que seguramente hayas comprobado por ti mismo. ¿No te han enviado alguna vez al móvil o has visto en las redes sociales un párrafo donde se han sustituido todas las vocales por un equivalente numérico y te invitan a tratar de leerlo? Incluso en algún caso te hacen creer que si lo consigues eres más inteligente que la media. Lamento decirte que esto no es así, sino que la mayor parte de nosotros estamos preparados para descifrar ese enigma. Al principio pasamos nuestra vista por las

primeras palabras y no sabemos su significado, pero, como por arte de magia, alguno de estos signos comienza a cobrar sentido, y enseguida nuestra mente encuentra la equivalencia del resto, y comienza a leer a una velocidad nada despreciable y con normalidad. Nuestra mente identifica la palabra aunque no esté completa.

Pero para que existan palabras independientes tiene que escribirse incluyendo un espacio en blanco que separe cada una de ellas, y eso, hasta la ocurrencia de los monjes irlandeses, no había sucedido en la historia de la humanidad. El motivo es que nuestra sociedad era sobre todo oral, sonora, y ahí no existen los espacios en blanco entre vocablos, sino que cuando hablamos todo es un continuo, un flujo de palabras. El espacio en blanco es una convención gráfica que alguien inventó. Aún en nuestros días, cuando un niño aprende a escribir no deja separación entre las palabras porque trata de reproducir por escrito lo que dicen oralmente. Ahora está comprobado que la existencia o no de espacios en blanco determina la velocidad de lectura mucho más que, por ejemplo, la tipología de la letra o el tamaño. Te propongo un experimento. Si ahora estás leyendo en silencio este libro, te voy a pedir que lo hagas en voz alta hasta el final del siguiente párrafo:

sinoincluimosespaciosenblancotend
remosseriasdificultadesparaentend
erloquediceunafraseproduciendos
epausasyteniendoqueirhaciadelant
eyhaciaatrasloqueevitaunalectura
fluidayagradablesolopersonasqueh
ayanleidoanteseltextooestenmuya
costumbradasaleerenvozaltallevar
anacabolalecturadeunamaneraque
permitaconcentrarnosenlahistoriay
dejarvolarnuestraimaginacionenlug
ardepensarenlaspalabras.

Seguro que has notado la dificultad, que no se podrá decir que ha sido una lectura brillante, seguro que en algún caso has tenido que pararte, volver la vista atrás y reconstruir alguna palabra que dé significado al texto. Si ha sido así, no te preocupes, es lo normal, seguro que si ahora lo vuelves a leer te saldrá mejor.

Volvamos a los siglos VII y VIII, cuando los escribas irlandeses comienzan a incorporar, más allá de los espacios en blanco entre palabras, una serie de modificaciones en la forma en la que se escribe y que facilitará la lectura. Por ejemplo, una letra destacada al principio, que más tarde daría lugar a las mayúsculas, para indicar visualmente el inicio de una frase o texto, la división del texto en párrafos, o del signo de interrogación. De igual manera se inventó la *minúscula carolina*, la que usamos aún hoy en día frente a las mayúsculas, que eran las únicas utilizadas hasta entonces. Como vemos, los textos comenzaban a adoptar un formato más comprensible.

El uso del espacio en blanco pudo ser una de las causas de que la práctica de la lectura silenciosa empezase a extenderse por los monasterios irlandeses. Después llegó a Francia, Alemania, Italia y España, donde había pervivido la lectura comunitaria en voz alta casi en exclusividad hasta el siglo X. A partir del siglo XII se puede decir que el uso del espacio en blanco se encuentra completamente incorporado en la escritura, al menos en los ámbitos académicos y eclesiásticos. Este es un momento de inflexión en la lectura en voz alta dará paso a la lectura silenciosa, poco a poco. No está mal tanto cambio causado por un elemento en apariencia tan insignificante.

La invención del papel

Sin embargo, el espacio en blanco, recién inventado, tardó nada menos que unos cuatro siglos en generalizarse y expandirse. La principal razón de esta tardanza fue que los costosos libros de pergamino creados con pieles de animales seguían siendo el soporte más utilizado sobre el que escribir, con lo que el espacio en las páginas era un preciado bien que no había que malgastar con espacios en blanco. La situación iba a cambiar con la llegada de un invento procedente del lejano Oriente que sería un paso más en la revolución en el mundo de los libros y nuestra manera de leerlos.

El papel, inventado en China, fue introducido en Europa por los árabes en el siglo XII. Fabricado a partir de la celulosa, que a su vez se obtenía de trapos que, tras ser puestos a remojo, se pasaban por una prensa hidráulica. El resultado era una pasta que después se

laminaba y secaba al aire. El nuevo soporte era mucho más barato, se producía en menos tiempo y, además, resultaba más apto para escribir en él. A partir del siglo XIV se utilizó de forma generalizada para cualquier tipo de escritura.

No fueron estos los únicos cambios que contribuyeron a la expansión de la lectura silenciosa. Hasta entonces, el latín había sido la lengua en la que se habían escrito la mayor parte de los libros, idioma desconocido por el pueblo llano. Sin embargo, en esta época, el siglo XII, se comienza a escribir en las lenguas romances, que eran las utilizadas por la gente de la calle. Esto hará que aprender a leer y disponer de textos en el idioma que las gentes se comunican en su día a día sea cada vez más frecuente, por lo que la lectura se extenderá poco a poco.

En la actualidad se piensa que el paso de la lectura en voz alta a la silenciosa pudo deberse a motivos prácticos. Personas que tenían que manejar grandes cantidades de información pudieron ir adoptando la lectura silenciosa, mucho más rápida y versátil. Durante la Edad Media coexistieron, por tanto, tres tipos de lectura: la silenciosa (*in silentio*), que era muy poco frecuente, la lectura en voz baja (murmullo o *ruminatio*), cercana a la subvocalización y que se utilizaba para la meditación o el rezo, y la lectura en voz alta, restringida casi por completo al ámbito religioso, según la particular técnica de la recitación litúrgica de canto. La lectura en silencio, por tanto, no era el medio con el que el pueblo llano podía disfrutar de buenas historias, que se veía limitado a escuchar a juglares o trovadores narrar sus romances.

5
El lector del rey

La invención de Gutenberg y ¿el fin de la lectura en voz alta?

Los pocos libros que en esta época existían estaban en su mayoría custodiados como un preciado tesoro en los monasterios de la Europa feudal, pero algo importante iba a ocurrir que provocaría que la voz de los libros comenzara a viajar por los pueblos y ciudades considerándose desde entonces el inicio de la modernidad. El siglo XV se caracterizó por ser el periodo en el que se deja atrás el régimen feudal para dar paso a las configuraciones nacionales. Asimismo, fue un periodo en el que la población basculaba de las pequeñas aldeas medievales a las ciudades o burgos que se iban desarrollando. Esto dio lugar a nuevas ideas de las que nacieron grandes inventos y adelantos técnicos que solucionaban nuevos problemas de esta sociedad. En lo que a nuestro tema se refiere, la aparición de la imprenta en el año 1450 fue el gran invento que ayudó a popularizar el conocimiento y a potenciar la lectura en silencio.

En China se había empezado a utilizar, tanto para la escritura como con finalidades artísticas, la técnica de la xilografía, consistente en grabar los textos en planchas de madera para después estamparlas por presión sobre hojas de papel. Ya antes, en el siglo XI, también en China, se había inventado otro método: se trataba de grabar en madera, más tarde lo harían en porcelana, los caracteres de cada uno de los ideogramas chinos. De esta manera, una vez compuesto un texto, los caracteres se impregnaban en tinta para después, superponiendo hojas de papel, realizar la impresión. Este sistema se acabó abandonando por su baja rentabilidad debido al enorme coste de componer cada una de las planchas. Sin embargo, esta tecnología, conocida como imprenta de tipos móviles,

es la base de la que más adelante Gutenberg utilizaría en su primera imprenta.

Pues sí, eso es, ya tenemos la imprenta, con lo que ya se han eliminado todas las barreras imaginables para la difusión del conocimiento y la cultura. Desde ese momento se comienza a imprimir día y noche sin parar, y cada hora salen varios carros de libros desde las muchas imprentas que han surgido para inundar las bibliotecas, escuelas y casas particulares, incluso en los lugares más recónditos del mundo. En los caminos de entrada a los pueblos, la muchedumbre se concentra para recibir este preciado objeto y, sin poder reprimir sus ansias de lectura, se empujan entre ellos, asaltan los carros, toman el primer libro que pueden y buscan un sitio en el suelo para sentarse en el camino a leerlo vorazmente. Bueno, esto hubiera sido muy bonito, pero no fue lo que realmente ocurrió. De hecho, inmediatamente después de la invención de la imprenta no pasó gran cosa. El aumento del número de libros es bastante moderado y la gente llana seguía sin saber leer; así pues, la mayoría de las personas continuaron escuchando las historias que alguien les leía en alto.

Así, aunque tomemos el año 1450 como referencia para la invención de la imprenta, el impacto que la nueva tecnología tuvo en la sociedad y en los lectores tendría que esperar algunos años más. Si eras un lector en el siglo XV, aún tenías a tu disposición muy pocos libros. Hasta el siglo XVI el libro se seguiría concibiendo como un objeto que a pesar de sustituir letras manuscritas por impresas tenía que pasar por varias manos antes de llegar al lector. Primero por las de un iluminador, que añadía a mano las miniaturas, las iniciales ornadas, las marcas de puntuación, la rúbrica o los títulos. Después otras manos tenían que doblar cada uno de los folios que componían varias hojas, unirlas en cuadernillos que eran cosidos y reunidos bajo una misma cubierta. La utilización de los caracteres móviles que inventa Gutenberg facilitó la impresión del texto de una manera mucho más rápida, pero la mayoría del proceso de fabricación del libro continuaba realizándose en gran medida de manera artesanal. Para hacernos una idea, se estima que en la segunda mitad del siglo XV se imprimieron en todo el mundo unos veintisiete mil títulos con una tirada media de quinientos ejemplares. Esto en cincuenta años y en toda Europa. Solo en

España se publican cada año cuatro veces esa cantidad de títulos con tiradas medias de tres mil ejemplares. Como es lógico, esta escasez provocaba que, además, los pocos libros que existían tuviesen un precio muy elevado. Veamos un par de ejemplos.

En el siglo X, antes de la invención de la imprenta, la condesa de Anjou tuvo que entregar doscientas ovejas, tres toneles de trigo y varias pieles de marta en pago por un solo libro, un sermonario. Pero es que a finales del siglo XIV, cuatro siglos después, la situación no había cambiado demasiado: el príncipe de Orleans adquirió un devocionario por doscientos francos de oro, lo que seguía siendo toda una fortuna. Sin quitar importancia a la invención de la imprenta y visto con perspectiva, conviene tener en cuenta que, para muchos expertos del mundo del libro, el paso del papiro enrollado al códice que se produjo en la Antigüedad pudo ser una invención más importante y determinante, desde el punto de vista de los lectores, que la imprenta de Gutenberg.

En todo caso, en Europa, la copia manuscrita, aunque no desapareció por completo, dejó de ser el único método para reproducir libros. Donde sí tuvo un efecto más palpable fue en el aumento del uso de documentos escritos en la gestión pública como la impartición de justicia o la recolección de impuestos, que hasta ese momento se realizaba oralmente. Esto es una muestra de lo que se ha dado en llamar *mentalidad letrada*, que supuso un fuerte impulso en el paso de la lectura en voz alta a la lectura silenciosa al facilitar el acceso a los textos, además de su uso individual.

Pero no solo había un problema de oferta de libros, tampoco había muchos lectores, al menos lectores que pudieran leer por sí mismos. Las estimaciones sobre los índices históricos de alfabetización en Europa indican que hacia el año 1500 solo un 4 por ciento de la población alemana sabía leer, cifra que podría llegar al 30 por ciento en las ciudades. En Inglaterra los índices serían de un 10 por ciento de hombres frente a tan solo un 1 por ciento de mujeres. Y, por último, en la Venecia de 1587 el 14 por ciento de los jóvenes iba a la escuela. Estos datos señalan diferencias entre pueblos y ciudades, entre hombres y mujeres, y entre las distintas clases sociales. En todo caso, aunque desde el siglo XII la lectura silenciosa había llegado a escuelas y universidades, incluso cuando alrededor del siglo XVI, en pleno

Renacimiento, esta práctica llega a las clases aristocráticas lo hace de manera limitada, con lo que la protagonista, de momento, seguía siendo la lectura en voz alta.

Esta preponderancia de la lectura en voz alta tiene un reflejo en la definición de los signos de puntuación, correspondientes con cuatro duraciones distintas de las pausas en la lectura: los dos puntos, la coma, el punto y coma y el punto final. De esta forma, tipógrafos y correctores buscaban maneras de marcar los énfasis de voz en el texto. En algunas ediciones francesas de la época encontramos ciertas letras escritas en mayúscula en lugares donde, al no ser ni principio de oración, ni nombre propio, ni estar seguida de punto, no serían pertinentes salvo que tuviesen la función de indicar los puntos donde debía enfatizarse la lectura cuando se llevara a cabo en voz alta. Resulta curioso que justo en este momento de nuestra historia, cuando lo escrito comenzaba a ganar terreno a lo oral, los tipógrafos se preocuparan por que los textos contuvieran las pautas de lectura en voz alta que daban un sentido completo al texto. Las páginas, mudas de por sí, intentaban capturar y retener algo de la palabra viva, y lo hacían a través de los signos de puntuación.

De vírgenes y putas

«La pluma es virgen, pero la imprenta es una puta». Así de contundente se expresa el monje benedictino Filippo de Strata a finales del siglo XV en un opúsculo de unas veinte páginas titulado *Polémica contra la imprenta*. Ciudadano de la República de Venecia, monje en la iglesia de la isla de Murano, Strata exhorta, casi exige al Dux, la máxima autoridad política de la región, que restrinja la proliferación de imprentas y prohíba el comercio de libros impresos. Strata afirma que los impresores son perezosos, que no tienen ningún interés ni amor por su trabajo y que solo piensan en el dinero que ganarán con los libros.

Por otro lado, con la aparición de la imprenta, los miembros de las órdenes religiosas, de la monarquía o de la alta aristocracia comienzan a perder la exclusividad en el acceso a los libros. Gracias al nuevo invento, el grupo de privilegiados se amplía: cualquier

zapatero, verdulero o jornalero puede ahora disponer de libros. Y, según la visión de Strata, los impresores son los únicos responsables de que esto ocurra, por vender los libros a cualquiera, rebajando el concepto de libro y cultura, es decir, prostituyéndolo, entregándolo a cambio de unas monedas, cosa que antes no ocurría. Los monasterios abastecían su biblioteca gracias al trabajo de sus propios monjes, quienes de manera desinteresada llevaban a cabo todo el proceso de fabricación y copia de los ejemplares. Sumado a esto, el contenido de los libros comienza a diversificarse. Hasta la imprenta, debido al trabajo, esfuerzo y tiempo que suponía escribir un libro, se pensaba muy bien qué merecía la pena dejar plasmado para la posteridad. Ahora cualquier texto podrá ser reproducido y difundido con relativa facilidad, apareciendo lo que los detractores consideraban basura. Como curiosidad, comenzaron a proliferar breves compendios del saber en áreas como la historia, la ciencia o la medicina, algo así como versiones de época de *Historia para Dummies, Las 50 cosas sobre ciencia que tienes que saber* o *El médico en casa*. El conocimiento había dejado de ser privilegio de unos pocos, había salido de los eruditos y silenciosos *scriptoriums* para expandirse por las ruidosas y sucias calles llenas de orines.

La principal oposición a la imprenta vino de las instituciones religiosas, que vieron peligrar el monopolio que ostentaban sobre la producción de libros. Líderes religiosos, como el abad benedictino alemán Johannes Trithemius, insistían también en la idea de la pereza que ya había utilizado Strata. No solo en el cristianismo, en el año 1485 el sultán Bayezid II llegó a prohibir los libros impresos dentro del Imperio otomano, prohibición que duraría unos tres siglos. Entre las motivaciones están la obvia, que la imprenta era una herramienta muy útil para propagar nuevas ideas, lo que hacía más difícil controlar a la población.

Recordemos que hasta este momento los libros solo se copiaban cuando existía un interés en firme por parte de alguien, esto es, alguien pagaba porque se hiciera la copia de un libro ya existente. Con la imprenta asistimos por primera vez en la historia al proceso inverso y que es el que ha llegado hasta nuestros días: primero se imprime y luego se vende. Por este motivo las primeras imprentas fueron negocios con mucho riesgo. De las cien imprentas que existían en Venecia en 1490, una década después solo resistían

veintitrés, y el número se redujo a diez en los primeros años del siglo siguiente. Como dato curioso, Zacharias Callierges, antiguo escriba, dejó su oficio de años para montar su propia imprenta, aunque tuvo que volver a tomar la pluma cuando esta quebró.

Santa o prostituta, la imprenta permitió que en el Renacimiento se pudiese comenzar a leer individualmente porque la escritura se había transformado en algo más ordenado y claro. Además, varias personas podían disfrutar de la misma obra al mismo tiempo, ya que por primera vez se podían fabricar cientos de ejemplares con facilidad. Dicho esto, los libros manuscritos siguieron gozando de un mayor prestigio entre la élite.

La aparición de detractores, como ocurrió con la invención del códice, puede deberse a diversas razones. Una muy importante, por repetida a lo largo de la historia de las innovaciones, es psicológica: se trata de la resistencia al cambio que caracteriza al ser humano. Se puede contraargumentar que aludiendo, por ejemplo, a criterios éticos, pensando en esos profesionales que dejarán de tener trabajo, en este caso, los copistas; o a criterios artísticos, que la caligrafía es mucho más creativa y artística que la letra impresa. Finalmente, como ya ocurrió en la controversia papiro versus códice, en la disyuntiva entre caligrafía y letra impresa triunfará también la practicidad frente al romanticismo.

Quién puede leer en alto la Biblia

Hubo un libro que se vio singularmente beneficiado de una mayor circulación gracias a la imprenta: la Biblia. La heterodoxia católica trató de aprovechar la coyuntura para establecer a partir de este momento cuál era la versión oficial para difundirla. Sin embargo, paradójicamente, también fue la imprenta la que proporcionó un impulso fundamental al movimiento de la Reforma protestante.

Por supuesto que no era la primera vez que habían surgido dentro de la Iglesia ideas que pretendían matizar, modificar o directamente cambiar alguno de los dogmas fundamentales, pero siempre habían terminado cayendo en el olvido debido a la escasa capacidad de difusión. En esta ocasión, los mensajes de Martín Lutero se expandieron como la pólvora gracias a la imprenta. En

Alemania, un tercio de todos los ejemplares impresos anualmente, que se estima llegaban al millón, eran obras de Lutero.

Los nuevos modelos de lectura generados por la imprenta, que facilitaban el uso individual frente al colectivo, así como el acceso directo del lector al texto sin necesidad de intermediarios, dieron lugar a una corriente de cuestionamiento de preceptos hasta ese momento considerados inamovibles. La lectura silenciosa permitía aprender y reflexionar por uno mismo, sin la guía ni el control de autoridad alguna, y esto provocó la reacción de quienes hasta entonces habían ejercido ese control. Precisamente el debate entre lectura en voz alta, en público y guiada, frente a la lectura silenciosa e individual constituyó una de las grandes controversias que desató la Reforma.

Mientras la Iglesia católica insistía en que las lecturas públicas de los textos sagrados y su interpretación estaban reservadas al sacerdote en la misa, Lutero, a la cabeza de los protestantes, promovía una comunicación directa de los creyentes con Dios y su palabra. Sin embargo, consciente de los altos niveles de analfabetismo, Lutero recuerda en sus escritos que la lectura de la Biblia en voz alta es una obligación, en concreto, del jefe de familia: «A la noche, terminado el trabajo […] lean (a los niños y a los empleados domésticos) un pasaje o dos de la Biblia y recomiéndenles que los recuerden».

Las lecturas religiosas en voz alta se promovían como eran, una forma de rezo conjunto, y servían también para amenizar encuentros en torno a labores domésticas como la costura. Me pregunto si el hecho de que hoy en día el hábito de la lectura esté más extendido entre las mujeres que entre los hombres no tendrá que ver con estas situaciones tan repetidas a lo largo de la historia. También la influencia que este hábito, leer la Biblia en alto cada noche en familia en los países protestantes, ha tenido en la actual utilización del audiolibro en estas regiones, ya que han conservado a lo largo de su historia la costumbre de leer en alto y escuchar, frente a los católicos, quienes no han mantenido ese hábito fuera de las iglesias.

LAS PRIMERAS GAFAS

Como curiosidad, otro factor, más relacionado con los lectores que con la aparición de la imprenta, influyó en la pervivencia de la lectura en voz alta: no existían las gafas o lentes para la vista, lo que suponía que amplios porcentajes de la población, incluso entre la alfabetizada, no fueran capaces de leer un texto escrito por sí mismos y tuvieran que recurrir a la lectura en voz alta por parte de otra persona.

En la Antigüedad ya encontramos algún antecedente de las lentes. Plinio el Viejo nos cuenta que se utilizaban las esmeraldas para ver a través de ellas y aumentar las letras, aunque a nadie se le escapa que este era un material escaso y solo disponible, por ejemplo, para Nerón, quien gustaba utilizarlas para ver mejor los combates de gladiadores.

Pero tenemos que esperar al siglo XIII para encontrar las primeras referencias a la invención de un cristal que permite aumentar el texto, algo más parecido a una lupa que a unas gafas. Las gafas se consideraron, desde su nacimiento, un objeto asociado a las clases académicas, a los libros y a la cultura, una imagen que en cierta medida pervive hoy en día. De hecho, en España, a estas gafas se las conoce como quevedos porque el escritor Francisco de Quevedo fue uno de los primeros en utilizarlas y difundir su uso.

De todas formas, aunque la demanda de lentes comenzó a desarrollarse tras la invención de la imprenta, no llegarán a fabricarse de manera masiva, ya que la mayor parte de la población era analfabeta y el número de libros seguía siendo limitado.

EL LECTOR DEL REY

Hoy es la inauguración de la Feria del Libro de Madrid que cada año se celebra en el parque del Retiro. Me encanta ver todas las casetas de las librerías rodeadas de árboles centenarios. Este año presentamos la plataforma de audiolibros en la que trabajo para dar a conocer a los lectores una manera diferente de disfrutar de la lectura. Es muy bonito ver todas las casetas de las librerías rodeadas de árboles centenarios. Es habitual que diferentes personalidades que representan instituciones culturales y políticas acudan a la inauguración para visitar alguna de las casetas de editoriales o

librerías. Una de las que nunca falta es la reina. A pesar del despliegue de seguridad, la vida de un monarca hoy en día dista mucho de los protocolos y cohorte de personas que tenían a su alrededor, y la reina avanza sonriente, saludando a los editores y libreros, preguntando por las novedades y hablando de literatura. En nuestro *stand* hace algunas preguntas sobre los audiolibros, se interesa por la nueva manera de leer, pregunta en qué situaciones suele utilizarlo la gente. Mientras se aleja, pienso que las monarquías han cambiado mucho, pero, dándole vueltas a las preguntas que me ha hecho sobre los audiolibros, me viene a la cabeza la figura del lector del rey.

Siglos atrás la vida de un monarca europeo estaba rodeada de multitud de personas que le ayudaban en sus labores cotidianas. Desde las abluciones de mañana y su vestido pasando por acompañarlo en las salidas a cazar, así como servir los alimentos o el agua. Para ello había muchas personas que realizaban estos oficios: mayordomos, pajes, mozos de caballerizas, un barbero, pero también un copero, un cerero, un aguador, entre otros. Cada pequeña actividad tenía un responsable que cuidaba que todo fuera del gusto del monarca. Todo, hasta lo más íntimo. Existía, por ejemplo, la figura del mozo del bacín, responsable de retirar el orinal con los excrementos del monarca. Es sabido que Felipe II solía tener un gran número de libros en su retrete. Sabemos también que era un gran lector debido a la cantidad de velas que se tenían que comprar por ese motivo, como atestiguan los registros de gastos de palacio. Pero no todos los monarcas de la época eran tan cultos como el Prudente, de hecho, la mayoría de ellos no sabían leer, así que en la corte existía una persona cuyo cometido era exclusivamente leer: el lector del rey. Alguien que leía en voz alta al rey casi en cualquier circunstancia: le leía mientras comía, cuando lo vestían, durante la siesta, en el retrete o en su dormitorio para ayudarlo a conciliar el sueño.

De nuevo recurriremos a textos contemporáneos de la época para ilustrar el modo en que se leía. *Los tres mosqueteros* de Alexandre Dumas es una novela que narra las intrigas palaciegas entre el rey Luis XIII y el cardenal Richelieu en una época de conflictos nacionales y religiosos. En un momento de la obra, la reina, la española Ana de Austria, debido a un lance amoroso

extramatrimonial con el duque de Buckingham, a quien ha entregado las joyas que le regaló el rey, se ve envuelta en un problema cuando este le pide que luzca dichas joyas en un baile que se celebrará en los próximos días. Si no lo hace, su relación con el duque quedará al descubierto. Preocupada por cómo se las ingeniará para conseguir de vuelta las joyas con tan poco margen de tiempo, la reina organiza una de las habituales lecturas en voz alta junto con sus damas de confianza para poder centrarse en sus pensamientos.

> Luis XIII abrió la puerta de comunicación, y se internó en el pasillo que conducía de sus habitaciones a las de Ana de Austria. Esta estaba rodeada de sus damas, madame de Guitaut, madame de Sablé, madame de Montbazon y madame de Guéménée. En un rincón había la camarista española, doña Estefanía, que siguió a su soberana desde Madrid. Madame de Guéménée estaba leyendo, y todas las presentes escuchaban con atención a la lectora, excepto la reina, que justamente había provocado aquella lectura con el fin de poder seguir el hilo de sus propios pensamientos; pensamientos que, por mucho que estuviesen dorados por un último rayo de amor, no dejaban de ser tristes.

También Rabelais, considerado uno de los grandes escritores franceses, da cuenta de que el rey Francisco ha conocido su libro gracias a una persona que hace de lector: «… habiendo oído y escuchado, por la voz y pronunciación del más docto y fiel anagnosta [lector] de este reino, lectura clara de aquellos libros míos…».

Rabelais utiliza la palabra griega anagnosta para referirse al lector y, además, se refiere a él como alguien fiel. Sin lugar a dudas, este cargo, debido a la frecuencia en el trato y la intimidad que suponía compartir lecturas con el propio rey y otros miembros de su familia, llevaba a ser alguien muy cercano y en el que se depositaba un alto grado de confianza, por lo que era un puesto disputado.

En Inglaterra también existía el puesto de lector de su majestad. Muestra de ello la encontramos en la correspondencia de un tal lord Harrington cuando dice que alguien le «… designó como uno de los que pensabais que podían convenirle como lector a su Majestad», o, en otra ocasión, cuando hace referencia al modo en que el rey

Jacobo I estuvo muy complacido cuando él le leyó la obra *Orlando furioso*.

En España encontramos referencias de que al emperador Carlos V y a su mujer les leían libros de caballerías durante la siesta. La lectora era doña María Manuela, una de las damas de la emperatriz, y, entre otras cosas, sabemos que les leía *La Silva*, de Pedro Mejía, un libro muy popular de la época. Alcanzó treinta y una ediciones en español y con el paso del tiempo llegaría a ser traducido a setenta y cinco idiomas. Se trataba de una especie de enciclopedia o compendio del saber humanista contado de una manera amena. Me llama la atención que les leyese este tipo de libros precisamente durante la siesta, porque también es uno de mis momentos preferidos para leer. Si estoy en casa lo hago en el sofá, a veces incluso caigo en un ligero sueño. Me imagino a Carlos V y a la reina también así, en ese ratito de la siesta, relajados, los párpados se les caen y dan cabezadas con la lectura de fondo. ¿Dejaría doña Manuela de leer cuando viera que los ojos se cerraban, la cabeza descansaba en el sillón, quizá la boca se abría? Creo que seguiría leyendo para no alterar su descanso, como quien hoy en día se pone la televisión para dormir, porque necesita ese murmullo uniforme para conciliar el sueño. Sabemos también que a Felipe II le leía su hija la infanta Isabel Clara Eugenia cuando este estaba enfermo con el objeto de que «su majestad se aliviaría y recrearía mucho», por lo que «su hija se los leyó» y «tornase a leer otra vez».

Las empleadas de hogar leen a las señoras

No obstante, los reyes no eran los únicos que contrataban lectores, sino que era una práctica habitual entre aristócratas, ministros o cortesanos.

La condesa Matilde de Arotis siempre viajaba allí donde fuera con toda su biblioteca guardada en grandes bolsas de cuero. Durante las veladas una de sus damas le leía un libro, ya fuera una obra filosófica o un entretenido relato sobre tierras desconocidas, como *Los viajes de Marco Polo*. Así, entre las cualidades de una dama de compañía, además de conocer la moda de los vestidos o peinados, o ser discreta y fiel a su señora, el hecho de que supieran

leer era un valor muy apreciado. Incluso, algunos se aseguraban de que estos sirvientes tuviesen la capacidad para comentar las lecturas y hacer resúmenes. Así lo vemos en este texto de la época, una especie de anuncio de oferta laboral: «A partir de sus propias lecturas deberá sacar elementos útiles para otras personas y deberá presentarlos (en mi opinión) como epítomes, o resúmenes, o bajo encabezados y lugares comunes». Porque, claro, la experiencia cambia mucho si la persona, además de leer con la entonación y el ritmo adecuados, después es capaz de comentar lo que ha leído y mantener una conversación interesante.

Entre las clases más populares, Hannah Woolley ha pasado a la historia por ser una de las primeras mujeres que ejerció la profesión de escritora, esto es, que pudo vivir de la escritura. En su libro *The Companion: A Guide to the female Gentlewoman's*
(algo así como *La dama de compañía: una guía para el sexo femenino*) escrito en 1675, da consejos sobre labores domésticas a aquellas empleadas de hogar, cosa que ella había sido, que sirvieran en una casa. Entre sus funciones se encontraba la de la lectura en voz alta: «Cuando te llamen para leer, acércate con reverencia a tu Señora, o a cualquiera que ella designe; evita leer con un tono, que haga monótona tu lección, sino esfuérzate por entender lo que lees, y hazlo de forma sencilla, distinta, y de manera deliberada para que los otros lo puedan entender; si dudas de una palabra, deletréala con cuidado, y no confundas una por otra; cuando lo hayas hecho, vuelve, mostrando tu reverencia al lugar».

En otro pasaje hace referencia a todo lo que aprendió ejerciendo su trabajo y el provecho que ella misma obtuvo de la labor de leer en voz alta: «Pero lo que más incrementó mi conocimiento, fue mi lectura diaria a mi Señora, poemas de toda clase, y obras de teatro, enseñándome al estar leyendo yo, dónde poner el acento, cómo aumentar o bajar mi voz, dónde recae el énfasis de la expresión».

Incluso parece que en algún momento podría ser alguien de la familia quien leyese en voz alta. Advierte en estos casos a la sirvienta que sea cautelosa y sepa comportarse ante esta situación: «Ten cuidado al oírlos leer a ellos si alguna vez te lo permiten, y no te apresures, teniendo especial cuidado en cómo te comportas delante de ellos, no hablando o actuando de forma impropia, no sea

que el mal ejemplo llegue a ser objeto de imitación».

En resumen, hasta el siglo XIV no era habitual que reyes y nobles supieran leer. Sin embargo, como hemos visto, no dejaban de disfrutar de la literatura y de las historias. Escuchaban crónicas, canciones de gesta, poesía, romances o textos litúrgicos preparados especialmente para ello. Muchas de estas creaciones estaban en verso, sin duda para mejorar la musicalidad en el momento de leerlas en voz alta. Así, quienes podían seguían haciéndose leer los textos en voz alta por sus sirvientes, como habían hecho ya los esclavos en Grecia y Roma, como hacían los criados a la nobleza de la Edad Media o se leía en los monasterios.

La intimidad de la lectura silenciosa

La lectura silenciosa continúa poco a poco ganando terreno y cambiando nuestra forma de leer. Para empezar, proporciona una autonomía que no existe en la lectura en voz alta. Es el comienzo del individualismo, no hay que recurrir a otros, a la sociedad, para satisfacer nuestras necesidades de conocimiento o diversión. El nuevo lector silencioso, como ese niño que un día se viste solo o se ata los cordones de los zapatos, se reafirma, la imagen que tiene de sí mismo es positiva, se valora, gana en confianza y autoestima. Este será el momento en el que comience a imponerse el silencio en las bibliotecas, ya que no es indispensable leer en voz alta para comprender bien el texto. A partir del siglo XV vemos cómo las bibliotecas de Oxford y de la Sorbona introducen entre las normas de sus salas colectivas la obligación de guardar silencio, algo impensable en las bibliotecas medievales o de la Antigüedad.

Con la lectura individual y silenciosa se desarrolla, además, el espíritu crítico. Hasta este momento de la historia, dejando a un lado los centros religiosos, la gran mayoría de los lectores solo habían podido acceder a los textos gracias a rapsodas, aedos y juglares que habían transmitido con su voz las historias plasmadas en los libros o que provenían de la tradición oral. Cuando alguien nos está contando una historia, y menos si lo hace ante un auditorio numeroso, es imposible retroceder en la historia para reflexionar sobre ella. Si tenemos la oportunidad de leer a nuestro ritmo, parar

donde consideremos oportuno para reflexionar o volver atrás para reconsiderar algo, podremos reflexionar, opinar y enjuiciar. Dependiendo de cómo estés ahora accediendo a este libro, ya sea en formato papel entre tus manos, en digital a través de una tableta, eReader o móvil, o si lo estás escuchando en audiolibro, tu disposición ante el texto es diferente.

Huelga decir que no todos somos iguales y que dependiendo de nuestra experiencia y práctica en cada uno de estos formatos puede que prefiramos una forma de lectura u otra. También dependerá del contenido del libro: no es lo mismo una historia que plantee la investigación de un crimen por parte de una amable viejecita en un pueblo de la campiña inglesa, con la que pretendemos divertirnos, que un ensayo científico o social que nos presente una serie de hipótesis sobre las que podamos reflexionar. En todo caso, siempre he defendido que el formato en el que leemos depende más de nuestra condición como sujetos, qué práctica y experiencia tenemos adquiriendo conocimiento a través de ese formato, que del propio contenido en sí. Una persona ciega de nacimiento que ha tenido un contacto con la lectura oral muy intenso, a través de la lectura en voz alta de otros o a través de sistemas automáticos de voz o audiolibros, estará más preparada intelectualmente para comprender, memorizar, opinar sobre el conocimiento que le está llegando, que quienes no tengamos esta experiencia.

Autonomía, autoestima, espíritu crítico, y ahora tenemos que añadir que la lectura silenciosa también aporta intimidad. Tal y como sabemos que otras prácticas de la época eran también llevadas a cabo en público, desde relaciones sexuales a necesidades fisiológicas, y que con la evolución de la sociedad estas pasarán al ámbito privado, lo mismo ocurrirá con la lectura. Este cambio permitirá satisfacer nuestras necesidades particulares de conocimiento y entretenimiento sin que sean sabidas por el resto de la sociedad, no tenemos que dar explicaciones a nadie, por lo que el lector comenzará a tener un sentimiento de libertad y elección de los que hasta entonces no había disfrutado.

No es casualidad que la generalización de la lectura silenciosa impulsara también un nuevo género literario, el erótico. Por supuesto que era un género que ya existía desde los inicios de la literatura, tanto oral como escrita, pero a nadie se le escapa que el

hecho de realizar lecturas en voz alta supusiera un freno para el género. En la Francia del siglo XV la literatura erótica estaba prohibida, pero gracias precisamente a la extensión de la lectura en silencio las obras eróticas fueron toleradas debido a que su uso comenzó a ser individual y privado. Recuerdo leer *Trópico de Cáncer* de Henry Miller en mi adolescencia. Las detalladas descripciones autobiográficas del protagonista quedaban a salvo del control de mis padres. Antes de que llegaran los dispositivos electrónicos que aportaron intimidad a la lectura en el transporte público, mucha gente, aún hay quien lo hace, forraba sus libros con papel marrón de estraza, algunos utilizaban el papel en el que antes habían envuelto un regalo o incluso papel de revista o periódico para que los viajeros curiosos no pudieran ver qué libro tenían entre las manos. El hecho de ocultarlo no quiere decir necesariamente que se trate de un libro erótico o del que nos avergonzamos. Pienso que es más bien como una prolongación de la privacidad e intimidad que nos proporciona la lectura silenciosa, algo que no queremos compartir.

6
LEER
EN LA CALLE

EL ESTRADO DONDE LAS MUJERES SE REÚNEN PARA LEER

Al terminar el almuerzo las damas de la casa acuden, como es costumbre, a la habitación del estrado para disfrutar de la sobremesa, ese lugar donde, por estar solo reservado para las mujeres, podían relajarse y recostarse entre cojines sobre las alfombras del suelo. A doña María y su hija Manuela las acompañan la señora de Montalvo y sus tres hijas. Los hombres se quedan en el salón bebiendo orujo, hablando de política y jugando a los naipes. Las mujeres se suben a la tarima de madera que ocupa casi la estancia, toda ella cubierta de alfombras y guadamecíes de cuero brocado que la hacen más acogedora y agradable. Algunas se acomodan en cojines y almohadones, otras utilizan pequeñas banquetas y el resto se sienta al estilo morisco. Hoy, el padre Joaquín, el único varón bienvenido en estas intimidades femeninas, no asiste, con lo que sustituyen las lecturas de salmos y el rezo del rosario por una novela de caballerías que va a leer en voz alta Manuela.

Manuela, la hija pequeña de la señora de la casa, está algo decepcionada. Esperaba haberse arrellanado al lado de una de las jóvenes invitadas, Soledad, cinco años mayor que ella, quien desde hace tiempo tiene pendiente entregarle una carta de un admirador. Pero esta tarde su madre ha insistido en que sea Manuela quien lea porque es una delicia escuchar su voz y cómo interpreta cada personaje cuando hablan, con la modulación justa y necesaria, sin estridencias ni exageraciones, pero dándoles el tono adecuado para que los personajes cobren vida. En las últimas visitas de la señora de Montalvo y sus hijas leyeron las aventuras del caballero andante Amadís de Gaula, así que esa es la lectura seguida seguir con aquellas historias tan entretenidas que ya estaban casi llegando a su fin. ¡Cuántas ratos han disfrutado con las aventuras del valiente

caballero! ¿No es algo muy hermoso que siempre llevará en el pensamiento a su amada Orianna? Gracias a la ayuda de la hechicera Urganda y de su hermano el caballero Galaor, habían hecho frente al mago Arcaláus o al monstruo Endriago. Las dos mujeres se sientan fuera del estrado en taburetes, con la labor en el halda y agua con limón en una mesita redonda de madera. Combaten el calor de aquella tarde alternando la aguja con el refresco y sus abanicos. Las más jóvenes se han reclinado en los cojines encima del estrado, excepto Manuela, que se sienta en el escalón cerca de la ventana para aprovechar la luz que se refleja en la cornucopia.

Y así transcurre la tarde. Amadís ha batallado con Lisuarte, ha salido victorioso y ahora se enfrentará a Esplandián. En eso es cuando, llegada la hora de que la visita deje la casa de sus anfitriones, los hombres se acercan al estrado para llamar a las mujeres. Se las encuentran a todas llorando. Soledad y una de sus hermanas están sentadas en el estrado abrazadas, con los ojos cerrados, como desmayadas; Manuela ha acudido junto a su madre y llora en su hombro con un pañuelo en la mano; la señora de Montalvo consuela a la más pequeña, que mueve la cabeza y los brazos en un ataque de ira. «Pero ¿se puede saber qué ha ocurrido?», dice el dueño de la casa. «¿Ha llegado alguna trágica noticia?», pregunta el señor Montalvo. «¿Alguien se encuentra mal?», quieren saber los hijos. Los caballeros acuden a abrazar a sus mujeres, hijas y hermanas, llaman a gritos al servicio de la casa, les toman el pulso y las abanican sin comprender muy bien qué sucede. Ellos preguntan, pero nadie responde, solo se oyen hipos y sollozos. Al final, Manuela, la única capaz de hablar, dice: «Ha muerto, padre, ha muerto». «¿Quién ha muerto, hija? No hemos escuchado que nadie haya llamado a la puerta con tan triste noticia. ¡Habla!». «Amadís, padre, Amadís ha muerto, ¿puede usted pensar en algo más terrible?».

Esta recreación está inspirada en una anécdota real ocurrida en Portugal. La he situado dentro del espacio femenino llamado estrado y que durante muchos siglos fue el lugar destinado a la intimidad de las mujeres, donde, entre otras actividades, leían en voz alta. Se trataba de una habitación con una pequeña tarima elevada sobre el suelo y cubierta con alfombras y cojines, paredes

con cortinajes y tapices que decoraban, pero que también protegían la estancia del frío en invierno y la hacían más acogedora en cualquier momento. Allí las mujeres se reunían para coser, rezar y para escuchar las novelas, relatos o leyendas que una de ellas leía en voz alta. Lo hacían tumbadas o sentadas con las piernas cruzadas, costumbre que habían introducido hacía varios siglos los musulmanes en España y que sorprendía a los extranjeros. Las reuniones de mujeres siempre estuvieron envueltas con la voz de los libros. En aquellos corros, a la vez que el hilo entraba y salía, se contaban los rumores oídos por la mañana lavando en el río, también cuentos que no se acertaba a saber qué parte era cierta y cuál leyenda, se leían cartas, se rezaba o se escuchaba leer novelas del gusto de las asistentes. Con el pasar de los siglos, esa voz que leía en voz alta fue sustituida por un aparato, la radio, que a través de las ondas acercaría la voz desde lugares muy lejanos. Voz que se alternaba con música, cante y partes de guerra y que continuó entreteniendo a las muchas mujeres que se juntaban a tejer, coser o hacer cualquier tarea doméstica, desde la plancha a limpiar legumbres. En la historia de las mujeres siempre ha habido una habitación como aquella, podía ser un patio, un porche o una cocina al lado de una chimenea, donde, ya fuera el Amadís de Gaula o la radionovela *Lucecita*, la voz de las historias siempre nos ha acompañado.

La voz de los libros llega al vulgo

Un paseo por cualquiera de las ciudades de la España del siglo XVI sería cuanto menos inquietante para nosotros, ciudadanos de hoy en día. Nos encontraríamos con borrachos, timadores, niños con roña pidiendo limosna, rameras con piojos y, de vez en cuando, tendríamos que esquivar los orines provenientes de alguna ventana al grito de «¡Agua va!». Estamos en el Siglo de Oro español, aunque el nombre no parezca muy adecuado. La época dorada de nuestro país, aquella por la más se nos conoce en el extranjero, es la época de la llegada a América, de los cuadros que en la actualidad siguen recibiendo miles de turistas y de obras literarias como el *Quijote*, universalmente reconocida como el inicio de la novela moderna.

Así, las aguas sucias, los pillajes a plena luz del día o el peligro de morir en una emboscada conviven con la voz de la cultura que también resuena por las calles.

Si nos damos un paseo por el barrio de las Letras de Madrid, podemos transportarnos a esos días del Siglo de Oro cuando lo habitaban vecinos tan ilustres como Góngora, Lope de Vega o Quevedo. Asomándonos a la puerta de una casa entreabierta viajaremos al siglo XVI y podremos ver al fondo del pasillo el patio donde unas mujeres bordan mientras escuchan a otra que lee una novela en voz alta. Algo más adelante, junto a las rejas del monasterio de las Trinitarias Descalzas, escucharemos a alguien leyendo la vida de algún santo y, al torcer la esquina, en una de las escuelas, resonará el fragmento de una batalla que glorifica la historia reciente. En otro de esos rincones del antiguo Madrid por los que pasamos en nuestro viaje en el tiempo nos tropezamos con un grupo de gente escuchando el romance de un ciego, aderezado con coplas. Con su perro lazarillo a los pies, señala unas ilustraciones en un gran cartel de madera apoyado en varias patas para hacer la historia más real. La historia que narra es cruenta, nos parece exagerada, incluso puede que sea falsa porque tiene que dar más que hablar que la de la semana anterior: un clérigo que ha robado a sus fieles, un hijo que mata a sus padres o una mujer poseída por el diablo. También podemos ver a varias personas que con papel en mano han subido a un altillo y leen *La Celestina*. Uno hace de Calixto, otra de Melibea, no tiene por qué ser el principio ni leerse en orden, la historia ya es conocida, se lee por el simple placer de revivir alguna de sus escenas, reír con alguno de sus chistes, sonrojarse con alguno de sus atrevimientos. Solo basta encontrar a alguien que sepa leer y que quiera divertirse un rato, poco a poco se añadirá más gente que, camino del herrero o con el cesto de la ropa para lavar en el río, se para un rato a descansar y escucharlos. Su autor, Fernando de Rojas, y su editor se preocupaban mucho de «sus lectores», pero también de «sus oyentes», eran conocedores que tenían más de los segundos que de los primeros y de que estas representaciones espontáneas estaban a la orden del día. Las lecturas se podían adaptar a la situación: si había dos lectores, leían un fragmento con dos personajes; si estaban cuatro, otro, y así se acomodaban a lo que mejor les

convenía y leían lo que más les contentase. Así pues, la literatura del Siglo de Oro encarnada en sus voces compite con el reclamo de las tabernas y las mancebías que circundan las plazas aledañas, para todo hay un momento y un lugar.

Las lecturas en las calles y casas no eran solo propiedad de la corte: si viajamos a Sevilla, nos encontraremos con oficiales que, en su tiempo de asueto, suelen llevar un libro para leerlo en las gradas dispuestas por la ciudad para que otros escuchen. El hábito lo adquirieron en las campañas militares: junto a las armas acostumbraban a guardar un libro de caballerías con el que mataban el tiempo. En ocasiones algún militar llegaba a confundir lo que escuchaba con la realidad, mezclaba derrotas reales con batallas ganadas solo en las lecturas que escuchaba. Con el tiempo las contaría con el recuerdo de lo leído como si fuera real, que por algo somos un país de quijotes, donde nos gusta mezclar ficción y realidad como si fueran la misma cosa. Y es que ¿acaso no lo son?, ¿acaso ese soldado no luchó con ahínco al lado del protagonista?, ¿no tuvo su sed?, ¿no sufrió su desesperación cuando parecía que la batalla no tenía fin y no suspiró junto a él cuando alcanzó la victoria?

Esa diversión con la que muchos hombres de toda condición pasan el rato en las villas del Siglo de Oro no está del todo bien vista cuando son las mujeres quienes la practican. Por ejemplo, sabemos que a santa Teresa de Jesús, la escritora mística del siglo XVI, su madre le leía libros de caballerías a escondidas de su padre. Algunas voces de la época (hombres, claro está), como el humanista Luis Vives, dice que mejor hubiera sido que las mujeres hubieran perdido los ojos para no leer y los oídos para no oír los libros de caballerías. También el escritor Mateo Alemán, escandalizado, cuenta que hay mujeres que prefieren privarse de la compra de vestidos para gastar sus dineros alquilando libros. Estos libros de caballería serían seguramente leídos más tarde entre ellas en el estrado durante las labores de costura, así que no es de extrañar, entonces, que repitieran vestido en el siguiente evento social. ¡Cómo las comprendo! Yo hubiera sido una de ellas.

Siempre, por muy diferenciados que estuviesen los estamentos sociales, por muy estancos que fuesen ya de por sí, ha habido un interés por resaltar esa diferencia también con la forma en la que

los lectores disfrutaban de la literatura. De un lado, los que saben leer y son cultos, aunque se permitan disfrutar con la escucha de las obras leídas en voz alta por parte de otros; por otro, los que, por no tener formación, solo acceden a los textos a través de sus oídos. Y claro, estos últimos, aunque los escritores comenzaron a adaptar muchas de sus obras para que fueran entendidas por el vulgo, podían tener dificultades para comprender obras que contenían un vocabulario, una estructura gramatical o unos pensamientos que precisaban de una formación previa. Quevedo lo ilustra irónicamente en su libro *La hora de todos*: «Estaba un poeta en un corrillo leyendo una canción cultísima, tan atestada de latines y tapida de jerigonzas, tan zabucada de cláusulas y cortada de paréntesis, que el auditorio pudiera comulgar de puro en ayunas que estaba». Quevedo compara las palabras con el alimento, como ninguno de los oyentes ha entendido nada, estaban como en ayunas, pueden comulgar sin problema. Entre aquellos que escuchan sigue muy presente aún ese peso que la palabra hablada tenía en la Antigüedad. Lo dice uno de los personajes de Lope de Vega: «… entre leer y escuchar, hay notable diferencia, que, aunque son voces entrambas, una es vida y otra es muerta». Porque Lope parece ser un autor muy apegado a la lectura en voz alta, de hecho, escribía teatro y este se piensa para ser declamado. No le gustaba ver sus obras impresas, ya que no «las escribí con ese ánimo ni para que de los oídos del teatro se trasladaran a los aposentos». Lope sigue la estela de Sócrates: las palabras tienen vida, alma, corazón, recorren el mundo, en cambio la letra escrita está muerta. Pienso mucho en esto mientras escribo este libro. Llevo años recopilando ejemplos donde aparece la lectura en voz alta, situaciones que me sorprendieron, que llamaron mi atención y que ilustraban muy bien cómo hemos leído los lectores a lo largo de la historia, pero… ¿y si después de publicar este libro descubro algún ejemplo lo suficientemente significativo y relevante como para que hubiera estado aquí recogido? Me atormenta la idea de que esto suceda, por eso la búsqueda está siendo un poco obsesiva en estos últimos meses antes de la publicación, revisando libros que en su día ya leí y de los que extraje la información pertinente y volviendo a poner una y otra vez palabras en diferentes idiomas en el buscador web, en los catálogos de bibliotecas, rastreando de nuevo todo. Entonces

pienso que es algo contra lo que no puedo luchar, que ya otros encontraron este mismo problema entre las palabras escritas, que este libro solo es una manera de apuntar algunas cosas, de guardarlas en la memoria, y que después podré seguir contando estas historias y otras que vayan surgiendo a través de mi voz. Voz que hoy en día también llega a través de la radio, las redes sociales, pódcast, blogs y cualquier otro medio de los muchos con los que se pueden contar las historias.

Los escritores del Siglo de Oro sabían que la forma en la que sus historias llegarían a más gente sería así, a través de la voz de otros. Como cuentan con más oyentes que lectores, escriben para ser escuchados más que para ser leídos. Siempre que alguien me dice que le cuesta leer el *Quijote*, le aconsejo que pruebe a leerlo en voz alta. Las obras de Shakespeare y el *Ulises* de Joyce fueron también escritas pensando en ser leídas en voz alta. Estos autores, además, se dirigen a sus oyentes a través de sus textos de una manera directa. Así lo hizo Francisco de Quevedo, que necesitaba de la complicidad del oyente para que el disfrute de *El buscón* fuera mayor. Esa obra circuló clandestinamente, pasada de mano en mano en tabernas y lupanares, copiada a mano a la luz de las velas, fue uno de esos libros perseguidos por la Inquisición. La pluma de Quevedo no se quedó corta al describir situaciones por las que se ganó estar entre esos libros prohibidos: el padre del protagonista es ladrón, la madre hace brujería y el hermano está en la cárcel. Y eso es solo el comienzo. Pablos se *busca* la vida como puede, en el camino soborna a cargos públicos, suplanta identidades para tratar de casarse con una dama rica, se hace galán de monjas, va con unos dados trucados engañando a quien se le pone por medio y se encuentra con un viejo clérigo que escribe poemas a las piernas de su amada. Este mundo de curas de dudosa vocación, maleantes, tramposos, pícaros y apostadores es dibujado como una caricatura, personajes grotescos a quienes Quevedo lleva al límite con ironía y sarcasmo, todo ello para que reconozcamos en esos comportamientos a ese hijo de vecino que quiere medrar en la sociedad utilizando para ello mil y una tretas, pero que al final no puede. Al narrar todas estas situaciones, verdaderamente divertidas, la pretensión del autor es hacer reír a quien lo escucha, no aleccionar o juzgar a los personajes. Para ello utiliza chistes, juegos

de palabras y dobles intenciones, y reclama sin ambages de la participación del oyente para que todo cobre sentido: «Oyente, si tú me ayudas, con tu malicia y tu risa, verdades diré en camisa, poco menos que desnudas». De tanto pensar en ello, me parece estar presente en uno de estos grupos de oyentes, los veo abrir desmesuradamente ojos y boca con algún episodio escandaloso, oír sus gritos, sus risas, verlos doblarse y agarrarse la barriga. Incluso caerse de la risa, como nos cuenta Vélez de Guevara en el *Diablo cojuelo*: «Hubiéronse de caer de risa los oyones».

Del mismo modo que el público al que llegaba la voz de los libros no era en muchas ocasiones tan culto y refinado, tampoco lo eran los personajes que poblaban las obras de ficción. Es en esa época cuando los autores comienzan a imitar el habla y las expresiones populares en los diálogos de sus personajes, pero también la estructura en la que cuentan las historias porque el pueblo, cuando las ha contado de manera oral, lo ha hecho de una forma determinada: primero se revela por quién se conoce la historia o dónde se encontró escrita y luego por qué ahora la está contando, añadiendo repeticiones para que nadie se pierda o previendo cortes en los momentos más álgidos para mantener el interés de la escucha si esta se interrumpe. Incluyen personajes del pueblo, adaptan sus expresiones, su vocabulario…, es la primera vez que se escribe como se habla, los escritores emplean técnicas narrativas para conseguir el mismo efecto que los narradores callejeros, esto es, encandilar a su público. En el *Quijote*, Sancho le *cuenta un cuento* a su caballero y lo hace con todas las marcas de la oralidad: repeticiones, paréntesis, digresiones, alusiones a la situación en la cual se encuentra con su amo. Esta manera de narrar, tan diferente de la palabra escrita, exaspera a su señor: «Si desa manera cuentas tu cuento, Sancho, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos días; dilo seguidamente y cuéntalo como hombre de entendimiento; y si no, no digas nada».

Pero la España del Siglo de Oro no se limitaba a las calles y plazas de la península, en el Imperio donde no se ponía el Sol, sino que había muchos mares por los que surcaban naves tripuladas por hombres hambrientos de historias. En las largas travesías de los barcos de la corona la lectura tenía menos competencia, lejos de mancebías y con el vino de la bodega escaseando en viajes que

duraban meses. La línea del horizonte dejaba pronto de ser evocadora y se convertía en un espacio cerrado, monótono, aburrido; dejar volar la imaginación con historias era seguramente lo mejor del día. Y a eso se dedicaban los marineros del barco que llevó en 1605 el *best seller* de la época a las Américas, a leer la carga que llevaban. El barco, de nombre Espíritu Santo, había salido de Sevilla con ejemplares recién impresos de la primera edición del *Quijote*. Hasta aquí, es la historia de un producto más siendo transportado para venderlo en un lugar distinto del que ha sido producido, pero tenía la peculiaridad de que se trataba de contrabando, ya que la lectura de obras de ficción estaba prohibida. El caso es que el trayecto podía durar unos dos meses, los días eran todos iguales y los cajones con los libros estaban allí, así que parece lógico que un marinero que supiese leer lo hiciese en voz alta durante largas horas para entretener así al resto de sus compañeros con las historias del caballero manchego. Me imagino a esos rudos marineros, con las ropas sucias y sudadas después del trabajo hecho, sentados en la cubierta, apoyados quizá espalda con espalda, riendo cuando don Quijote lucha contra unos cueros de vino, o cuando se queda en calzones en Sierra Morena, pero también me los imagino esforzándose por evitar que asomara alguna lagrimilla cuando el protagonista acaba postrado en su cama. Al llegar al puerto de San Juan de Ulúa, lo que hoy en día sería Veracruz, ya estaría el ejemplar de nuevo guardado en su caja. No fue un caso aislado, lo más probable es que se convirtiera en un pasatiempo habitual en esos viajes, según los registros de otros desembarcos de mercancía que arribaron a diferentes puertos de la costa americana. En alguno se declaraba que los volúmenes del *Quijote* se transportaban «para leer» y otros «para entretenerse» durante la travesía. Después de afirmar que no llevaban libros prohibidos, descargaron la mercancía en el puerto. Mentiras piadosas en aras de la lectura, perdonadas con el ánimo de que esos libros se difundieran por todo América y fuesen leídos en voz alta en los parajes más recónditos, desde Puebla a Tierra de Fuego, para que llegase a la gente y disfrutaran como ellos lo habían hecho. Así fue como la voz de don Quijote se escuchó en todo el continente americano.

Sabemos quién tenía acceso a los libros en esta época y quién aprendía a leer. Hasta ahora, clérigos, hidalgos, caballeros y algún criado que había sido enseñado para leerles a los otros en alto. Ahora asistimos a una amplificación de la lectura. De ocho universidades que existían en España en 1475 se pasa a treinta y dos en 1624, todos los pueblos de más de quinientos habitantes tenían aulas de gramática y las escuelas privadas de primeras letras permiten que haya una escolarización del 30 por ciento de la población. De modo que al anterior grupo de personas que sabía leer ahora se le unen los médicos y maestros, también gentes del pueblo, que bien podría, ser un barbero, el dueño de una venta o un pastor. Pero seguía habiendo pocos libros. A pesar de que han pasado muchos años desde que Gutenberg inventó la imprenta, casi dos siglos, que supuso un incremento de la copia de volúmenes y una mayor circulación de libros en el mundo, aun así, los libros siguen siendo escasos, caros y difíciles de conseguir. Por ejemplo, se estima que durante los diez primeros años desde la publicación de la edición *princeps* del *Quijote* se imprimieron 13 500 ejemplares en todo el mundo, una media de 1350 tomos en todo un año, un número significativo para aquella época, pero que, estaréis de acuerdo, no era una cantidad lo suficientemente grande como para que cualquiera que quisiera leerlo por sí mismo y en silencio pudiera hacerlo. Si había pocos libros y no eran muchos los que sabían leer, algo extraño sucedía con las obras escritas durante el Siglo de Oro: ¿cómo es que los autores de la época se dirigen al pueblo a través de sus textos si son analfabetos? En sus obras les hablan, les recomiendan, les interpelan. Algo no cuadra.

Hemos visto que Quevedo incluye alocuciones directas como: «Oyente, si tú me ayudas». ¿Para qué, si no van a poder leer lo que ellos han escrito? Los expertos han encontrado en los libros de la época muchas de estas menciones y coinciden en la misma conclusión: no podían leerlos, pero sí escucharlos. También en *La Celestina*, otra de las obras cumbre del Siglo de Oro, encontramos muchas pistas acerca de cómo se leía en los tiempos en que se escribió. Su estructura es la de una pieza teatral, está escrita íntegramente en forma de diálogo entre los diferentes personajes

que aparecen en escena. Sin embargo, nos llama la atención su extensión, no solo de alguna de las intervenciones de los personajes, que parecen monólogos, sino de la obra completa, que para ser representada necesitaría alrededor de unas siete horas. Con sus veintiún capítulos, algo no habitual en las obras de teatro con sus tradicionales tres actos, estaríamos más cerca de una novela, pero aquí no tenemos un narrador que nos cuenta la historia, sino que todo lo sabemos de la boca de los personajes, que, por cierto, son muchísimos, otro elemento poco habitual en una obra de teatro pensada para facilitar su representación. No pudiéndose llamar ni obra de teatro ni novela, lo que sí que podemos afirmar, porque así se dice en varios añadidos posteriores al texto, es que fue un texto pensado para ser leído en voz alta. Ya en el prólogo su autor, Fernando de Rojas, nos dice que esta obra es para los oyentes: «… diez personas se juntaren a oír esta comedia…». Además, uno de los editores, Alonso de Proaza, en el anexo titulado «Dice el modo que se ha de tener leyendo esta tragicomedia», da indicaciones sobre cómo se ha de leer esta obra. Entre otras cuestiones pide que te asegures de saber «hablar entre dientes». Se refiere aquí a las muchas acotaciones que aparecen en el texto donde los personajes se dirigen al público o hablan en un aparte de los otros personajes, que no deberían oír lo que aquellos dicen.

El XVI y el XVII fueron los siglos dorados para la lectura en voz alta en España. Cuando leemos textos de esta época, conviene prestar atención a algunos verbos que hoy en día utilizamos con un sentido muy concreto, pero que tenían otro significado en esa época. Verbos como *ver, leer, escuchar, oír, recitar, decir* o *hablar* eran utilizados en un sentido más amplio y en muchos casos como sinónimos entre sí. Se podía decir que alguien había *leído* algo cuando en realidad (en lenguaje de hoy en día) lo había *escuchado*, o que alguien había *dicho* algo cuando en realidad lo había *recitado*. De hecho, esto ha sobrevivido y llegado a nuestros tiempos de una manera muy sutil. Por ejemplo, cuando decimos: «He recibido un correo de mi amiga», nos suelen preguntar: «¿Y qué dice?», y no: «¿Y qué escribe?». Es un sentido arcaico del verbo *decir*, de cuando los textos hablaban.

En el Siglo de Oro la lectura se sigue concibiendo como algo oral, un evento social, una forma de compartir una diversión.

Aunque alguien supiera leer y tuviese una biblioteca bien dotada, consideraba que hacerlo en silencio y en solitario en su casa era aburrido, y que disfrutaba más del placer de compartir historias y escucharlas. La lectura en grupo en voz alta es un espectáculo que involucra la palabra hablada, la entonación, la interpretación, la escucha activa, la reacción compartida ante lo escuchado, ya sean risas, sorpresa o un silencio que muestre la gravedad de lo narrado. Si leemos el *Quijote* bajo esta perspectiva, esto es, fijándonos en cómo Cervantes nos cuenta quién lee en la propia ficción y cómo lo hace, podemos tener una imagen muy aproximada sobre cómo se producía la lectura en el Siglo de Oro. El *Quijote* es la fuente a la que han acudido a menudo los estudiosos de todas las épocas para conocer cómo se vivía en el Siglo de Oro, qué se comía, cómo se vestía, cuáles eran las prácticas sociales y, por supuesto, cómo se leía.

UN CRISOL DE LECTORES EN EL *QUIJOTE*

La primera vez que leí el *Quijote* fue en clase de Literatura en segundo de bachillerato. Tuve la suerte de tener una excelente profesora que era muy consciente de que esta obra fue escrita para ser escuchada más que leída en silencio y de que, solo en voz alta y con una lectura compartida, podríamos apreciar y disfrutar de la historia de una manera muy similar a como lo habían hecho otros lectores como nosotros en el Siglo de Oro. Al principio de cada clase y antes de comenzar con la materia propia de la asignatura, uno de nosotros leía un capítulo para los demás. A lo largo del curso fuimos escuchando la obra poco a poco, deseando que llegase la clase siguiente para conocer cómo discurrirían las aventuras del idealista manchego.

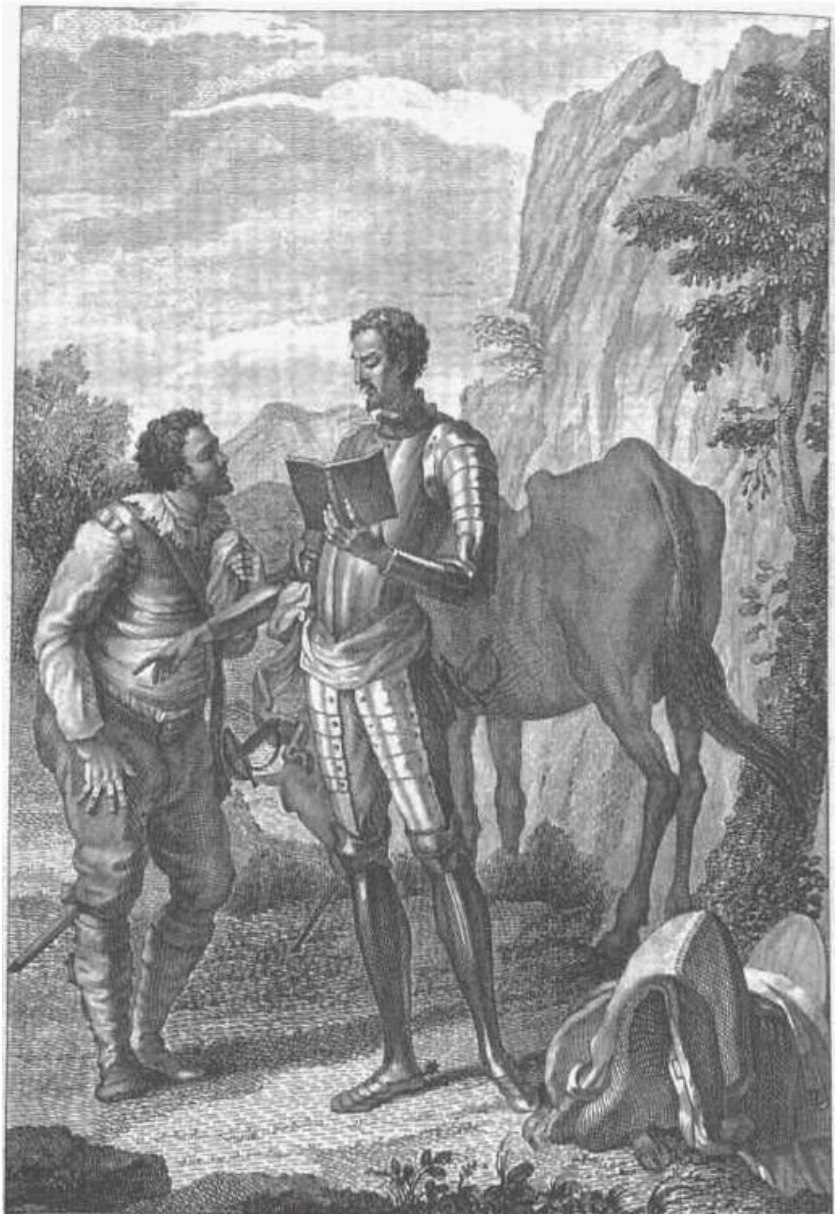
El *Quijote* es un espejo de todos los tipos de lectores que existen en el Siglo de Oro y donde podemos ver representados a personajes de diferentes clases sociales: desde los que leen en voz alta para otros, a los que cuentan narraciones orales e incluso los que leen en silencio. Si nos acercamos a él desde esta perspectiva, veremos que todas las lecturas que se narran se hacen en compañía, desde la

lectura de la *Canción desesperada* de Grisóstomo hasta la lectura en voz alta de don Jerónimo a su compañero de habitación en una venta, todas, salvo las lecturas en solitario y en silencio que realiza el propio don Quijote.

Cervantes nos presenta en su historia a un hombre «seco de carnes», ocioso, que leía libros de caballerías cuando estos ya no estaban de moda, y a tanto llegó su obsesión con ellos que incluso vendió parte de sus tierras para comprar más, como hacían esas mujeres que preferían alquilar libros antes que comprarse vestidos. Pasaba las noches sin dormir, leyendo libros él solo, juntando la noche con el día hasta llegar a perder por ello el juicio. Además, nuestro protagonista leía en silencio. Esto podría ser una prueba de que leer en silencio para uno mismo era una forma de involucrarse demasiado en la historia e incluso, como le ocurre a don Quijote, de confundir ficción con realidad y acabar majareta. Han llegado hasta nosotros textos de médicos de la época que hacen referencia a los males que provocaba la lectura silenciosa en sus pacientes. Estos profesionales desaconsejan dicha práctica, individual y que se hacía en solitario, y esta forma de apartarse del resto cuando el hombre es un ser social por naturaleza genera desórdenes como los que nos cuenta Cervantes en su obra. Esto prueba hasta qué punto lo habitual era la lectura en voz alta; quien leía en silencio era tachado de asocial e incluso podía sospecharse que sufriese algún tipo de padecimiento o enfermedad. Si las autoridades sanitarias de la época hubieran podido poner un mensaje en los libros, tal y como ahora se hace con las cajetillas de tabaco, hubiera sido algo así como: «Leer en silencio perjudica gravemente la salud» o «Leer en silencio mata». Evidentemente, si existía la creencia de que leer en silencio era algo pernicioso y malo, me imagino a esos que a pesar de la prescripción médica lo hacían, leyendo solos a espaldas de los demás, escondidos, quizá en una cuadra o desván, disfrutando de ese placer prohibido, sabiendo que eran unas personas egoístas por no compartir con otros ese disfrute y, además, poniendo en riesgo su salud mental.

Pero dejando a un lado a don Quijote, que es un nuevo lector silencioso, el resto de los personajes son reflejo de la mayor parte de los lectores de la época: leen en voz alta o escuchan lo que otros leen. Veamos cómo Cervantes se dirige a ellos desde el propio texto.

Por ejemplo, en el título de uno de los capítulos, «Que trata de lo que verá el que lo leyere o lo oirá el que lo escuchare leer», o de la boca del propio narrador «… comenzó a decir lo que oirá y verá el que le oyere o viere el capítulo siguiente». De hecho, en la propia pareja protagonista encontramos ya esa línea que diferenciaba en esta época a los que sabían leer, a los que representa don Quijote, y a los que son analfabetos y no saben, como Sancho Panza. En uno de los pasajes, hidalgo y escudero se encuentran con una maleta en Sierra Morena. Entre otras cosas, dentro de la maleta hallan lo que llaman un «cuaderno de memoria», una especie de libreta donde se anotaba algo que no debía olvidarse, que además podía borrarse para escribir otra anotación posteriormente. Es don Quijote quien lo abre: «Abriole, y lo primero que halló en él, escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fue un soneto, que, leyéndole alto, porque Sancho también lo oyese, vio que decía desta manera…». Nosotros, lectores, conocemos lo que decía esa nota, no porque nos lo diga el narrador o nos resuma su contenido, sino porque asistimos a la lectura en voz alta que don Quijote le hace a su escudero. No es la única escena en la que esto ocurre.



Don Quijote lee en voz alta a Sancho. Ilustración de *El ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha*, edición de Gabriel de Sancha, 1797. © Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense de Madrid. BH FLL 28974

En otro pasaje, don Quijote y Sancho llegan a una venta acompañados del barbero, el cura, Cardenio y Dorotea. Mientras don Quijote echa la siesta, el cura les cuenta al ventero, a su mujer, a su hija y, de paso, a la sirvienta Maritornes, que el hidalgo está trastornado debido a la lectura de las novelas de caballería hasta el punto de perder el juicio. Entonces el ventero dice no entender esta circunstancia porque: «Cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos del más de treinta y estámosle escuchando con tanto gusto que nos quita mil canas […] y que querría estar oyéndolos noches y días». La mujer del ventero añade que a ella también le gusta que su marido esté entretenido con la escucha de las lecturas porque de esa manera no se acuerda de reñir. La sirvienta Maritornes también opina: «… yo también gusto mucho de oír aquellas cosas, que son muy lindas, y más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto. Digo que todo esto es cosa de mieles».

La hija del ventero, por su parte, dice que le gusta escuchar leer, pero que, a diferencia de su padre, quien disfruta con las luchas y enfrentamientos entre caballeros, ella prefiere otro tipo de escenas: «… también yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oíllo; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar, de compasión que les tengo».

En la escena siguen hablando de libros de caballerías, de cuál era bueno y cuál no, cuando Sancho pide que le acerquen unos libros. Allí ve unos papeles de ocho pliegos escritos a mano con el título de *Novela del Curioso impertinente*. Después de leer el cura para sí tres o cuatro renglones anuncia que le apetece leerla, y lo que los presentes le ruegan que «la leyese de modo que todos la oyesen». Cervantes nos muestra en vivo una escena de lectura en voz alta, no solo sabemos que esto ocurre, sino que como lectores nos deja asistir a una de ellas y comenzamos a oír la voz del cura leyendo el texto íntegro de la novela. Cervantes nos traslada a la venta, junto al ventero, su mujer e hija, la sirvienta Maritornes, el

barbero, Sancho Panza y el cura, que es quien lee. Nos parece estar allí entre ellos, en esa estancia encalada, el poyo, la chimenea, algunos posones para sentarnos a escuchar. Al día siguiente unos decían «que habían leído» la novela, cuando en realidad nosotros hemos visto que la han escuchado. Como ya hemos comentado, utilizan el verbo *leer* como sinónimo de *escuchar*.

De esta forma se convierte en lectores a aquellas personas analfabetas, que lo son un poco menos gracias a la lectura en voz alta. No solo eso, sino que, como nos dicen, se propicia un gusto y entretenimiento que los rejuvenece, un acto social que comparten y disfrutan de manera conjunta.

Hasta aquí algunas de las pruebas sobre el modo de leer que encontramos dentro de la historia de don Quijote, así como en la de otros escritores de la época, como Quevedo o Lope de Vega, para llegar a la conclusión de que en el Siglo de Oro lo más habitual era escuchar un libro más que leerlo. Pero hay más, y para ello hay que recurrir a la edición príncipe del libro, esto es, a la primera impresión. Si nos fijamos en sus páginas, algo llamará inmediatamente nuestra atención: no hay ni un solo punto y aparte. Así es, el *Quijote* se escribió todo de seguido. La razón: el libro no estaba pensado para un lector silencioso, a quien hay que proporcionarle un texto dispuesto de una determinada manera para facilitar su lectura con espacios entre párrafos, sino que, como lo habitual es que alguien leyera para otros, esa persona ya tendría la destreza para leer así y no sería necesario desperdiciar papel.

A lo largo de las aventuras del hidalgo manchego, también vemos escenas donde se dan los dos tipos de lectura, en silencio y en voz alta: «No se le cocía el pan, como suele decirse, a la duquesa hasta leer su carta; y abriéndola y [habiéndola] leído para sí, y viendo que la podía leer en voz alta para que el duque y los circunstantes la oyesen, leyó de esa manera…».

Se utiliza asimismo la segunda persona del plural del verbo leer, «leamos», para indicar que alguien leerá en voz alta y el resto escuchará, pero el resultado es que todos *leen*. Como cuando el cura lee unas cartas a Sansón Carrasco: «Y dioles las cartas. Leyólas el cura de modo que las oyó Sansón Carrasco, y Sansón y el cura se miraron el uno al otro como admirados de lo que habían leído».

Otro ejemplo en el *Quijote*:

> —Por vida de vuestra merced, señor don Jerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la segunda parte de don Quijote de la Mancha.
> —¿Para qué quiere vuestra merced, señor don Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leído la primera parte de la historia de don Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto de leer esta segunda?
> —Con todo eso —dijo el don Juan—, será bien leerla.

Aunque los personajes nos dicen a través de los diálogos que *leen* cuando en realidad nosotros diríamos que *escuchan*, Cervantes, como narrador, utiliza el verbo *leer* con el significado moderno de leer en silencio, es decir, marca una diferencia entre él, que es una persona culta, y dentro del grupo de los que leen en silencio, y los personajes, que pertenecen en su mayor parte a grupos iletrados. Comenzamos, por tanto, a detectar una inflexión en el significado del verbo *leer*, ya que en la Antigüedad y a lo largo de la Edad Media hemos visto que *leer* aludía a la lectura en voz alta, ya que no se concebía de otra forma. A partir de este momento comienza a asumir el matiz semántico de leer en silencio, que es como lo hace el protagonista, don Quijote, y solo si se hace mención explícita a ello, se trata de una lectura en voz alta, limitándose al resto de los personajes el uso del verbo *leer* como sinónimo de *escuchar*. No obstante, el diccionario de Covarrubias, fechado en 1611, recoge aún la acepción mayoritaria de *leer* como la de «pronunciar con palabras lo que por letras está escrito», y antes, en 1582, se había publicado una obra dedicada a la ortografía y su pronunciación, texto dirigido a quien leía en alto, para enseñarle a pronunciar correctamente y que el oyente pudiera entender el texto.

Hay más muestras de que Cervantes sabía que su obra sería, en la mayor parte de las ocasiones, más escuchada que leída en silencio. Por ejemplo, los capítulos no coinciden con unidades narrativas donde algo comienza, se desarrolla y finaliza, sino que en muchos casos vemos cómo se queda la historia inconclusa a modo de un moderno *cliffhanger* o *gancho final* de serie televisiva con la intención de mantener el interés entre los oyentes. Según algunos estudiosos de la obra, la estructura de la novela imita las técnicas narrativas utilizadas por los juglares en la plaza pública.

Este contexto, una sociedad habituada todavía a la oralidad y a

la lectura en voz alta, enfatiza aún más las peculiaridades del personaje del hidalgo de la Mancha. Además de idealista, era un avanzado a su tiempo, un lector diferente, un lector que leía en silencio, lo que le hacía tener una forma distinta de pensar.

Oír con los ojos

«Retirado en la paz de estos desiertos, con pocos pero doctos libros juntos, vivo en conversación con los difuntos, y escucho con mis ojos a los muertos». En el comienzo de este conocido poema de Francisco de Quevedo nos dice que *escucha* con los ojos. Al leer en silencio, una voz interior le habla dentro de su cabeza, los clásicos le hablan directamente a él, los libros tienen voz. Seguramente Quevedo acostumbraba a leer en silencio. De igual manera habla sor Juana Inés de la Cruz cuando dice «Óyeme con los ojos, ya que están tan distantes los oídos».

Siglos más tarde, el lingüista suizo Ferdinand de Saussure acuñó el término *imagen sonora* para denominar a esa voz interior que todos tenemos. Esa voz puede provenir de la lectura de un texto o pueden ser nuestros propios pensamientos. De hecho, la reproducimos sin necesidad de articular palabra ni mover los labios, pero todos hemos visto a gente por la calle que los mueve sin darse cuenta, todos lo hemos hecho alguna vez. Es un sonido que no es físico, no tiene sus características, ya que se produce en nuestra cabeza y no en nuestra garganta. De hecho, las personas sordas de nacimiento, que nunca han escuchado, no tienen esa forma de pensamiento ni de voz interior, sino que piensan a través de imágenes, como el lenguaje de signos, o incluso a través de sentimientos. Nosotros tenemos nuestra voz interior porque la hemos escuchado y hemos aprendido un idioma. Porque el oído es el primer órgano del feto que se conecta a los sistemas neuronales del cerebro en desarrollo.

Así, como expresaba Quevedo, cuando leemos en silencio las palabras cobran vida, escuchamos con los ojos, las palabras se reproducen en nuestro cerebro con esa voz interior, los libros nos hablan. Nuestro cerebro entiende mejor los sonidos que las palabras escritas, evolutivamente estamos más preparados para escuchar que

para leer. Llevamos mucho más tiempo haciéndolo. Cuando el hombre aún no articulaba palabras ya escuchábamos y sabíamos identificar el miedo o el amor por el sonido que salía de la garganta del otro. Y cuando alguien nos lee en voz alta, lo que está haciendo es transformar esa palabra escrita en hablada, tal y como lo haríamos nosotros.

7
LA REVOLUCIÓN DE LA LECTURA

LLORAR AL LEER *PENAS DEL JOVEN*
LAS
WERTHER

A finales del siglo XVIII la única forma de leer un libro, aparte de hacerse con uno de los escasos y caros ejemplares que existían, era asistir a alguna de las lecturas en voz alta. Sabemos que antes del año 1700, en Gran Bretaña se publicaban unos mil ochocientos títulos diferentes al año y que a comienzos de 1800 esta cifra se elevó a seis mil. Aun así había pocos títulos y pocas unidades de cada uno de ellos, ya que hasta la aparición de la imprenta de vapor a principios del siglo XIX no podemos hablar de una producción masiva de libros. La falta de unidades de un mismo título era más evidente cuando alguna historia se ponía de moda. Y, claro, si a eso le unimos que el número de ejemplares de un mismo título era muy reducido, una manera de poder disfrutar de él y no estar fuera de la conversación era unirse a alguna de las lecturas en voz alta que se hacían. Y esto fue lo que ocurrió precisamente en Alemania con *Las penas del joven Werther* escrita en el año 1774 por Goethe. Esta novela epistolar de apenas cien páginas recopila las cartas que un joven escribe a un amigo suyo con el que comparte sus sentimientos más íntimos, como el amor imposible que profesa por una mujer ya comprometida en matrimonio o lo incomprendido que se siente ante las convenciones sociales de la época. El libro tuvo un éxito espectacular, todo el mundo hablaba de él, los jóvenes imitaban la vestimenta del protagonista y viajaban desde todas partes de Europa hasta la ciudad alemana de Weimar para conocer al autor. Tal fue la demanda que era difícil hacerse con un ejemplar, se puede decir que se convirtió en uno de los primeros libros convertido en *fenómeno de masas*: «En toda la ciudad hay dos ejemplares, ¡y todo el mundo lo quiere leer! Uno se lo roba a otro»,

nos cuenta un coetáneo.

Aquellos jóvenes alemanes de finales del siglo XVIII leían el texto en alto. Un cronista nos cuenta que al anochecer se reunían hombres y mujeres con vestimentas que imitaban a las que los protagonistas llevaban en la obra, principalmente pantalones amarillos y chaquetas azules, para celebrar una lectura pública de la novela. En las sesiones había suspiros, los rostros se encendían, los sollozos por el protagonista de la historia no se podían evitar. Tal es la pasión y las emociones que esta novela despertó en este momento. Sentimientos seguramente acentuados por la lectura en voz alta.

Estas lecturas entre amigos donde afloraban sentimientos de tristeza envueltos en un ambiente de romanticismo fueron muy comunes, y podemos ver cómo pintores como el alemán Wilhelm Amberg reprodujo en sus lienzos uno de estos encuentros. Eran las mujeres, las lectoras, quienes más preferían disfrutar de este libro en compañía, hacer una reunión y comentar juntas qué ocurría. En el cuadro aparecen cinco chicas muy jóvenes. Una de ellas sostiene el libro en una mano, es la que está leyendo la historia. Alrededor, las otras cuatro escuchan con atención, aunque una de ellas no puede aguantar la emoción y tiene que posar su cara en el hombro de otra para llorar desconsoladamente. Una de las que está enfrente se inclina hacia la que lee para no perderse nada de la historia, y por el pañuelo que sostiene en la mano también parece que ha llorado o está preparada para hacerlo. Otra apoya la espalda en un árbol, por su expresión parece que está medio en trance, también lleva un pañuelo en la mano. Todas se muestran conmocionadas por la lectura, extasiadas, como absorbidas por un influjo ajeno a ellas, hipnotizadas.

Lectura del Werther de Goethe, de Wilhelm Amberg (1870).
Alte Nationalgalerie, Berlin. © Album / Fine Art Images

El éxito desmesurado del libro de Goethe también tuvo efectos adversos. El éxtasis colectivo desembocó en una ola de suicidios. Dos mil jóvenes acabaron con su vida en los meses siguientes. Los jóvenes, obnubilados, quizá no distinguiendo entre ficción y realidad, como le había ocurrido a don Quijote, quisieron seguir la misma suerte que el protagonista de la novela. Más tarde se pasó a denominar *efecto Werther* al aumento del número de suicidios que siguió tras las muertes de, por ejemplo, la actriz Marilyn Monroe o del cantante Kurt Corbain. Este primer caso de una ficción convertida en fenómeno de masas inaugura la llamada *revolución de la lectura*. Los libros ya no son solo de carácter religioso, sino que proliferan otros textos, como este que nos ocupa, que generan una necesidad de vivir en la ficción para huir del mundo cotidiano y aburrido.

Se había producido un avance muy importante en la alfabetización de la sociedad, aunque esta aún era un obstáculo para que la mayoría pudiera acceder a la lectura. Ya vimos que en el año 1500 tan solo un 1 por ciento de las mujeres y un 10 por ciento de los hombres sabían leer. En 1800 estas cifras ascienden a un 40 por ciento en el caso de las mujeres y un 60 por ciento en los hombres, al menos en las partes más desarrolladas y urbanizadas del planeta, pero aun así, todavía contamos con grandes masas de población que no saben leer.

Una razón muy importante, además de las enunciadas, por la que se sigue leyendo en voz alta durante todo el siglo XVIII es la falta de iluminación. Las casas no disponían de grandes ventanales por los que entrara la luz durante el día y, cuando caía la noche, las estancias se iluminaban con velas. Además, estas tampoco eran baratas, por lo que las de cera solo las utilizaban las clases más pudientes y el resto se apañaba con velas de sebo y otras grasas, así como con lámparas de aceite que desprendían mucho humo y suponían un constante peligro de incendio. En muchos de los hogares la principal fuente de iluminación seguía siendo la que desprendía el fuego de la chimenea, incluso tenemos referencias de personas que decían leer a la luz de la luna llena. Leer, entonces, es una actividad que cansa la vista, con lo que si quieres leer durante mucho tiempo, lo mejor será que la actividad se lleve a cabo entre varias personas. Hay quien dice que para relajar la vista lo que hace es que «lee a través de los ojos de su hermana». Comienza a existir una preocupación por el daño que puede hacer la lectura a la vista, recordemos que tampoco existía un desarrollo de las lentes ópticas o gafas, por ello hay quien aconseja: «Nunca leáis más de dos horas juntos y descansad entremedias, elegid buenas impresiones para la luz de las velas; y solo hacedlo tres días a la semana». Leer con una vela tiene sus complicaciones, ya que el halo de luz no se dirige hacia el libro, que queda menos iluminado, sino hacia arriba, y si está muy cerca puede dañar la vista, pero si se aleja produce sombras que no permiten ver bien la página.

Al leer en alto para todos, bastaba con un punto de luz y no eran necesarias tantas velas. Además, los oyentes podían hacer a la vez

labores manuales, como pelar legumbres o coser, y era posible controlar el contenido, ya que la lectura individual y solitaria podía dar pie a lecturas de temas no deseados. Por último, al terminar, se solía comentar lo leído, algo que los lectores silenciosos e individualistas de nuestro tiempo a veces echamos en falta. Con la lectura individual es más difícil, ya que cada uno leemos libros en momentos diferentes e incluso, aunque leamos el mismo, lo hacemos a distinto ritmo. Es mucho más placentero leer juntos e inmediatamente comentarlo, como hacemos ahora cuando vemos en familia o con nuestra pareja el capítulo de una serie y al final compartimos qué nos ha gustado o qué nos ha defraudado.

Así que leer cada uno de manera solitaria en su habitación era caro, cansaba la vista y no permitía comentar con nadie lo que acababas de leer, ¿no te parece más práctico y entretenido que alguien lea en voz alta para todos?

Lectura en los clubes femeninos revolucionarios

Aquella mañana de la primavera de 1791 estaba especialmente soleada o así se lo parecía a Etta. Llevaba más de tres años queriendo participar en la joven revolución que había comenzado a andar en Francia, pero siempre había sido rechazada, o en el mejor de los casos, la habían aceptado, pero sin posibilidad de alzar la voz en las asociaciones revolucionarias creadas por y para los hombres. Así que después de un tiempo prudente, y amparándose en la propia revolución, a Etta se le ocurrió crear un club donde sí sería aceptada y donde otras como ella podrían alzar su voz: un club político solo para mujeres. A partir de aquel día, un grupo de mujeres comenzaron a reunirse para leer en voz alta diferentes textos surgidos de la revolución. Muchas conocieron de primera mano las nuevas teorías políticas y económicas gracias a que alguien se las leyó en voz alta. También comprendieron los pilares en los que se basaba la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, o leían la prensa, lo que las convertiría en personas más formadas y con una opinión propia. Desde 1789 y hasta su prohibición en 1793 quedan censados en Francia unos cincuenta y seis clubes femeninos.

Etta Palm fue una mujer neerlandesa que tuvo la suerte de nacer en una familia burguesa cuyos padres le dieron una educación similar a la de un hombre. Después de ser abandonada por su marido tras perder a su hija de pocos meses, se trasladó a Francia, donde frecuentó los círculos aristocráticos e intelectuales. Con el comienzo de la Revolución francesa se implicó en las sociedades patrióticas mixtas, como la de los Amigos de la Verdad, pero enseguida se dio cuenta de que su voz no se escuchaba tanto como la de un hombre. En 1790 pronunció su «Discurso sobre la injusticia de las leyes a favor de los hombres, a expensas de las mujeres ante la Asamblea Nacional», y al año siguiente creó una organización exclusivamente femenina que puede considerarse la primera en la historia de Francia, desde donde se reivindicaron derechos básicos para las mujeres, como la educación o la libertad política.

Nos encontramos en la Francia revolucionaria donde solo algunos saben leer y tienen acceso a los escasos libros disponibles. Sin la lectura en voz alta no se habrían transmitido las ideas de la Revolución francesa al resto de los estratos sociales y, desde luego, no habrían llegado a las mujeres, quienes incluso en las clases privilegiadas eran tratadas como ciudadanas de segunda categoría.

Las ideas que condujeron a la Revolución francesa se dieron a conocer gracias a la existencia de lectores profesionales que aglutinaban gente a su alrededor en las calles o iban de casa en casa para leer las noticias de los periódicos. De hecho, la prensa del momento, sabedora de esta práctica y de que la mayoría de sus receptores serían gente que, más que leerlas, escucharían las noticias, escribía con esto en mente, por lo que podemos ver un tipo de escritura muy cercana al lenguaje oral.

Reunión del club de mujeres patriotas, de los hermanos Lesueur, siglo XVIII. Museo Carnavalet, París. © Album / akg-images

LOS LIBROS SIGUEN SIENDO UN LUJO

A principios del siglo XVIII la existencia de libros en las casas continuaba siendo un verdadero lujo, incluso sacerdotes, médicos, abogados u otras profesiones no dispondrían más que de unas decenas de ejemplares. Aunque habían pasado trescientos años desde la invención de la imprenta y esta había supuesto un avance, la producción de libros seguía siendo muy cara, no solo por la mano de obra, sino también por los impuestos y trabas burocráticas por las que tenía que pasar un libro hasta su publicación. La situación se mantendría sin grandes cambios hasta la llegada de la industrialización.

La producción era lenta y escasa, unos mil títulos se publicaron en Francia en 1700, uno de los países más avanzados, aunque durante este siglo se vio un incremento: se llegó a los cuatro mil solo cinco años después, entre los que se incluyó la enciclopedia de Diderot y

D'Alembert,
el germen de las ideas ilustradas que derivarían en la Revolución francesa, el hito histórico que marcó el paso de la Edad Moderna a la Edad Contemporánea. Comenzaron a surgir bibliotecas públicas de préstamo, como la Biblioteca Real en Madrid (1712) o la Biblioteca Británica en Londres (1753). En Francia existían, antes del estallido de la revolución, dieciocho bibliotecas públicas, aunque con muchas limitaciones en cuanto a ejemplares disponibles y horarios de apertura.

Para la mayor parte de la población de la Europa moderna, durante todo el siglo XVIII la lectura siguió siendo una actividad en voz alta y social. Se llevaba a cabo en talleres, graneros y tabernas. Hasta 1750 los pocos libros que existían en las casas estaban limitados a la Biblia y otros libros religiosos, almanaques que se leían y releían una y otra vez y algún periódico de los que comienzan a surgir.

Cuadros de esta época, como la *Lectura de la Biblia* de Jean-Baptiste Greuze, nos muestran escenas de familias muy humildes alrededor de la lectura de un libro. ¿Fue este un momento en el que aunque fuera con un solo libro las gentes humildes del campo se reunían todas las noches para leer? Hay poca información sobre este aspecto. El entorno parece que no era muy propicio: imperaba el analfabetismo, había pocos libros, eran caros y no se promovía la lectura, ni siquiera la de la Biblia, ya que la Iglesia católica estimaba que la única persona que podía leerla era el sacerdote. Entonces ¿por qué esos cuadros con escenas campesinas con la lectura como centro? La respuesta que algunos expertos dan es que quizá esta representación bucólica de familias leyendo la Biblia cada noche después de cenar fuera más un deseo que una realidad. Con la llegada de las ideas de la revolución surgió la esperanza de que las desigualdades terminasen, de que el pueblo fuera instruido y pudieran romper sus cadenas, que lograsen ser libres gracias a la lectura, y la creación de este tipo de cuadros fue una manera de expresar ese anhelo.

LOS SALONES DE LECTURA

Si había algo que las mujeres sabíamos hacer muy bien a estas alturas de la historia era recibir visitas en casa. El cuidado del hogar y todo lo que tuviera que ver con las relaciones sociales de una familia era delegado en la figura femenina de la casa. Así que algunas mujeres de la segunda mitad del siglo XVIII hicieron precisamente esto: pusieron de moda recibir visitas en su casa para escuchar música, conversar y, por supuesto, leer en alto. En el siglo XVII, Catalina de Vivonne ya había comenzado en París con esta práctica en el palacio-hotel de su propiedad y del que más tarde tomaría el nombre: marquesa de Rambouillet. Hoy en día se la considera la primera mujer en organizar este tipo de encuentros, cuyo punto álgido se producirá en el siglo XVIII y que desempeñarán un papel muy importante dentro del movimiento de la Ilustración y la Revolución francesa. A las reuniones asistían las élites intelectuales y aristócratas, pero también artistas y literatos. Arte, historia, filosofía, política y pensamiento se entremezclaban con la música y la literatura. Según se cuenta, esta dama decidió celebrar este tipo de eventos en su casa debido a que su débil estado de salud le dificultaba salir fuera para relacionarse y disfrutar del arte. La organización de salones literarios por parte de mujeres se convirtió en una moda en Francia. Se encargaban de elegir muy bien a los invitados, que fueran personas relevantes e interesantes. Todos los asistentes eran muy educados con las ideas que allí se expresaban, y reinaba un ambiente intelectual constructivo y de respeto.

En el cuadro *Lectura de la tragedia de Voltaire* podemos observar el salón de otra mujer, madame Geoffrin, y algunas de las numerosas personalidades del arte, la filosofía, las letras, la política o la ciencia que lograba convocar en su casa para disfrutar de las lecturas en alto. El artista elige el momento de la lectura para reconstruir esta escena, que lo más seguro es que no se diera de esta manera, aunque lo que trata de hacer el pintor es rememorar de una forma idílica estas reuniones. Entre los invitados posibles a esta lectura, a cargo de un conocido actor francés de la época, encontramos a los que se consideran los padres de la Ilustración, Rousseau y Montesquieu. En el centro de la habitación, el busto de Voltaire, de quien se lee uno de sus libros.

Lectura de la tragedia de Voltaire «El huérfano de China» en el salón de la señora Geoffrin, de Anicet Charles Gabriel Lemonnier (1814). Musée National du Château de Malmaison, Rueil. © Album / akg-images

También comienzan a surgir los clubes, posiblemente el germen de los actuales partidos políticos, que eran reuniones donde se hablaba de política y se establecían las medidas a llevar a cabo. Fueron muy importantes en el devenir de la Revolución francesa. Uno de los más relevantes fue el Club de los Jacobinos, llamados así debido a que celebraban sus encuentros en el refectorio de los monjes jacobinos de la orden de los dominicos en la calle Saint-Honoré de París. Robespierre fue uno de sus miembros más conocidos e influyentes. Este club tenía réplicas en las principales ciudades, por lo que sus ideas y principios se extendieron por todo el país. Aquí a menudo se leía también la prensa, actividad que, en una sociedad analfabeta, se hacía en voz alta para que lo escuchara un corro, cuyos integrantes después preguntaban, opinaban o discutían. Así pues, durante este momento de efervescencia política surgieron muchos periódicos: en el París de 1789 se publicaban unos ciento treinta diferentes, que, aunque con tiradas pequeñas, difundían las noticias e ideas del proceso revolucionario. Uno de los más populares y sensacionalista fue *du Peuple*

L'Ami
, redactado casi en exclusiva por el médico
Jean-Paul
Marat, quien sería conocido con el nombre de su periódico.

Por último, asistimos a la creación de las sociedades de lectura, que no eran oficiales, pero estaban toleradas. En España tenemos referencias de su existencia en Madrid en una librería de la Puerta del Sol.

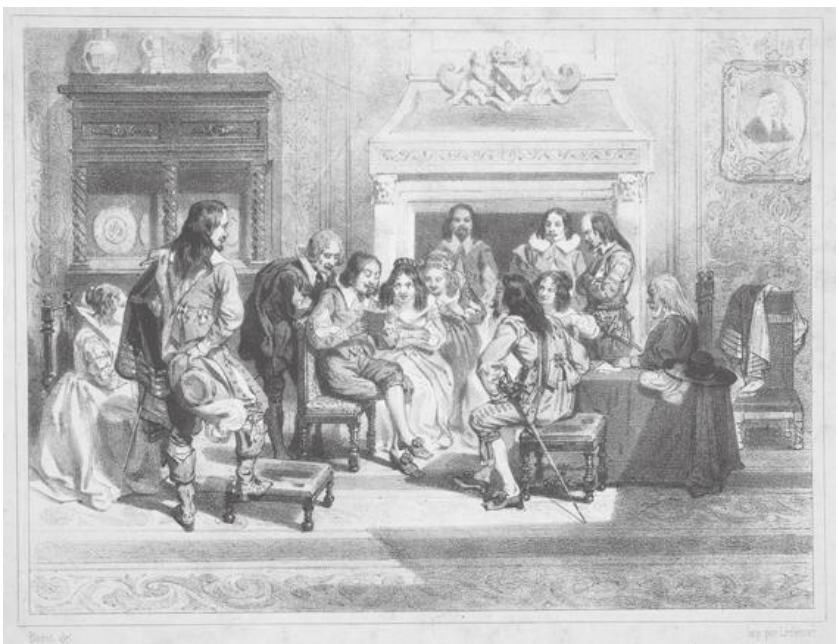
ROUSSEAU VA DE PALACIO EN PALACIO LEYENDO SU LIBRO

La lectura no se producía tan solo en estos clubes o en lugares dedicados exclusivamente a esta actividad, sino que cualquier salón era bueno para disfrutar de una historia o, por qué no, transmitir las nuevas ideas revolucionarias que se estaban fraguando durante esos años. Jean-Jacques Rousseau sería uno de ellos. Reconocido jacobino, rebatió la teoría de Hobbes de que el hombre es un lobo para el hombre y defendía que la bondad es la verdadera naturaleza humana. El hombre, si no es libre, no puede vivir en plenitud, así que proponía un acuerdo del individuo con el resto de la sociedad que estableciera unas normas que garantizaran este espacio de convivencia. Todo esto lo cuenta en el *Contrato social*. Esta obra, donde se abordan aspectos como la voluntad del pueblo, la libertad, la democracia o la república como forma de gobierno, fue fundamental para remover las conciencias en el despertar de un pueblo hacia la revolución. Otra de sus obras clave donde expone su filosofía es *Emilio, o De la educación*, donde cambia la perspectiva existente hasta entonces sobre la educación para trasladar el foco a la evolución natural del niño. Muchas de sus obras fueron prohibidas, lo que le llevó a escribir, a partir de 1765, una serie de textos para defenderse. Sus detractores le acusaban de contradictorio con sus enseñanzas, ya que, por ejemplo, él nunca se ocupó de la educación de sus hijos, a los que internaba en un hospicio al poco de nacer. Escribió entonces sus *Confesiones*, donde plasmó su vida y motivaciones. También serían prohibidas, siendo solo publicadas después de su muerte.

Incapaz de ver su obra publicada, Rousseau se dedicó a ir de

palacio en palacio de amigos y conocidos aristócratas en el París de 1768 para leer personalmente su libro. Estamos de nuevo ante una obra pensada para ser leída en voz alta, y así lo dice al principio: «Reúne en torno mío la innumerable multitud de mis semejantes para que escuchen mis confesiones». Rousseau estaba acostumbrado a leer en voz alta, práctica que ejercitó en la infancia gracias a su niñera: «A veces hablaba de mis lecturas con ella, o leía a su lado, lo que hacía con gran placer, y así me ejercitaba en leer bien, y también me fue de utilidad».

Cuentan que, durante una de estas lecturas en los salones más prestigiosos de París, los asistentes derramaron lágrimas cuando leyó los pasajes en los que trataba el abandono de sus hijos. Estas lecturas duraban muchas horas, una de ellas comenzó a las nueve de la mañana de un día y se extendió hasta las tres de la tarde del día siguiente.



Lectura en voz alta en un salón de la época ilustrada. © POL/BT / Alamy Foto de *stock*

A LA REINA MARÍA ANTONIETA LE LEEN EN VOZ ALTA

La tradición de leer en voz alta a los reyes, tal y como hemos visto con anterioridad, se mantiene a lo largo del siglo XVIII, y así lo vemos, por ejemplo, en la biografía que siglos después el escritor austrohúngaro Stefan Zweig hace de la reina consorte María Antonieta, casada con Luis XVI y ambos guillotinados durante la Revolución francesa. Zweig nos habla de un tal Vermond, un abate que era «… el antiguo maestro, y ahora confesor y lector de la delfina». Sabemos que a su abuelo, Luis XV, también le leían en alto y que seguía existiendo el puesto del lector del rey.

Entre la aristocracia continuaba la práctica de la lectura en voz alta. Encontramos recomendaciones sobre la importancia de la entonación en el *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*, publicado en 1794, de Josefa Amar, quien recomienda a las niñas que lean en alto delante de otras personas «para que se acostumbren a poner cuidado y leer con sentido; pues sin este requisito pierde su mérito el mejor libro».

La lectura de Molière, de François de Troy (1731). Colección

privada. © Album

Madame Roland, partidaria de la Revolución francesa e influyente miembro de los girondinos, nos cuenta en sus *Memorias* que «a veces leía en voz alta a petición de mi madre, lo cual no me gustaba, pues me hacía salir del recogimiento que tanto me complacía y me obligaba a no ir tan deprisa; me habría tragado la lengua antes que leer de esa manera el episodio de la isla de Calipso y muchos pasajes de Tasso. Mi respiración aumentaba, sentía un fuego súbito cubrir mi cara, y mi voz alterada habría traicionado mi agitación». Lo que nos transmite madame Roland es que la lectura silenciosa le proporcionaba una intimidad en el relato que no le otorga la lectura cuando, a instancias de su madre, era en voz alta. El episodio que ella llama la «isla de Calipso» corresponde a la *Odisea* y describe la llegada de Ulises a la isla de Ogigia, un lugar con gran vegetación donde habita la ninfa Calipso, hija de Atlas. Al regreso de la guerra de Troya, Ulises, encandilado por el influjo erótico de Calipso, quedará retenido durante siete años, todo ello narrado por Homero con escenas de contenido sexual explícito. De igual manera habla de Tasso, poeta italiano en cuya obra podemos encontrar también poemas con connotaciones eróticas, de ahí el temor de la joven a que su madre le pidiese leer en voz alta alguno de estos textos que había leído en la intimidad.

Diarios de Samuel Pepys

En Inglaterra, el siglo XVIII también fue una época de esplendor para la lectura en voz alta practicada en grupo debido al aumento en las ratios de alfabetización entre la población, el nacimiento de las primeras editoriales con visión comercial y de la figura profesional del escritor. Los libros continúan siendo caros y difíciles de conseguir, por lo que la lectura en voz alta es la mejor manera de acceder a las historias, al entretenimiento y a la formación. Encontramos referencias a la práctica de la lectura compartida en los *Diarios* de Samuel Pepys, funcionario y político, que nos cuenta: «Disfruté mucho hablando con ella y conseguí que leyera en voz alta un libro que estaba leyendo en el carruaje, *Las meditaciones*

del rey».

Lady Jane Mathew y sus hijas. Artista desconocido (1790). © Album

En este cuadro, titulado *Lady Jane Mathew y sus hijas* (de artista desconocido), presenciamos una escena doméstica habitual en el siglo XVIII inglés. Una mujer aparece sentada al lado de sus tres hijas que se preparan para llevar a cabo tareas como la costura y la pintura, mientras otra de ellas permanece en pie con un libro en la mano para leer en voz alta y, juntas, compartir lecturas.

Leer en voz alta en familia en el hogar podría significar leer textos impresos baratos, versiones de cuentos populares, o reunirse para un sermón el domingo por la tarde. Aún se valora mucho lo que podríamos llamar el espectáculo de la lectura o *performance*, es decir, la pronunciación, el tono, el estilo, la postura, los gestos, en resumen, la teatralidad de la lectura en voz alta. Se pretendía evocar en la audiencia sensaciones, que la voz de los libros les envolviera y llegaran las ideas y sentimientos que emanaban de ellos. Fue tan importante que proliferaron impresos sobre cómo leer en voz alta, casi como si de un nuevo género se tratase. De hecho, existían lectores profesionales que hacían giras en las que, acompañados de música, alternaban actuación, lectura en voz alta y discurso. Es el caso del actor irlandés Thomas Sheridan, que llamó a su espectáculo *Noches en el Ateneo*, evocando las lecturas de la antigua Grecia.

Retrato de una familia leyendo en alto en su casa. Se piensa que es la familia de Roubel. Artista desconocido, 1750. Museum of the Home, Londres. © Geffrye Museum, London, UK/Bridgeman Standard / ACI

Sin embargo, en cuanto a la mujer, la intimidad del hogar se consideraba el entorno más adecuado para que leyera sin necesidad de exponerse en público ni alardear de cualidades declamatorias. Comenzaron a proliferar las novelas cortas para adaptar los textos a los tiempos disponibles para las lecturas en voz alta: lo idóneo era que se pudiera leer una novela en una tarde. Recordemos que en el *Quijote* se recogen de manera íntegra alguna de estas novelas que leen en voz alta los personajes, como la de *El curioso impertinente*. Agasajar a las visitas con lecturas tenía, además, otra función. Los anfitriones utilizaban los libros que poseían, así que las lecturas en alto y las conversaciones que se generaban eran una manera de manifestar el posicionamiento moral de la familia.

Para hombres y mujeres de la aristocracia y clases medias se consideraba que leer en alto a la vez que se hacía cualquier actividad manual era no estar ocioso, y para los trabajadores, una forma de aprendizaje, al tiempo que las pesadas tareas laborales se volvían más llevaderas. Una situación donde se daba la lectura en voz alta para matar el tiempo era en los salones para adecuar esas complicadas y altas pelucas que lucían entonces. En estos salones, lo que hoy en día podríamos llamar peluquerías, la labor de peinar, rizar y empolvar las pelucas era un largo y tedioso proceso que duraba horas y que se amenizaba con las lecturas en voz alta.

Como conclusión, la revolución de la lectura se dio en este momento gracias a la facilidad que había de poder leer en diversas formas y ocasiones. Leer era sentarse en silencio con un libro, pero también, y con mucha mayor frecuencia, era disfrutar de la lectura en voz alta para socializar en eventos, como entretenimiento dentro de las rutinas familiares o como lectura pedagógica, de pensamiento o como arma política. La lectura estaba en todas partes, como ahora lo está la tecnología. En este estado de cosas, leer, en todas sus modalidades, contribuía a formar una masa de ciudadanos críticos, que cuestionaban el poder establecido, distanciando a los súbditos de las monarquías y a los cristianos de las iglesias.

La lectura en los cuadros de Goya

Sabemos que la lectura ejercía un efecto casi hipnótico en Goya. A

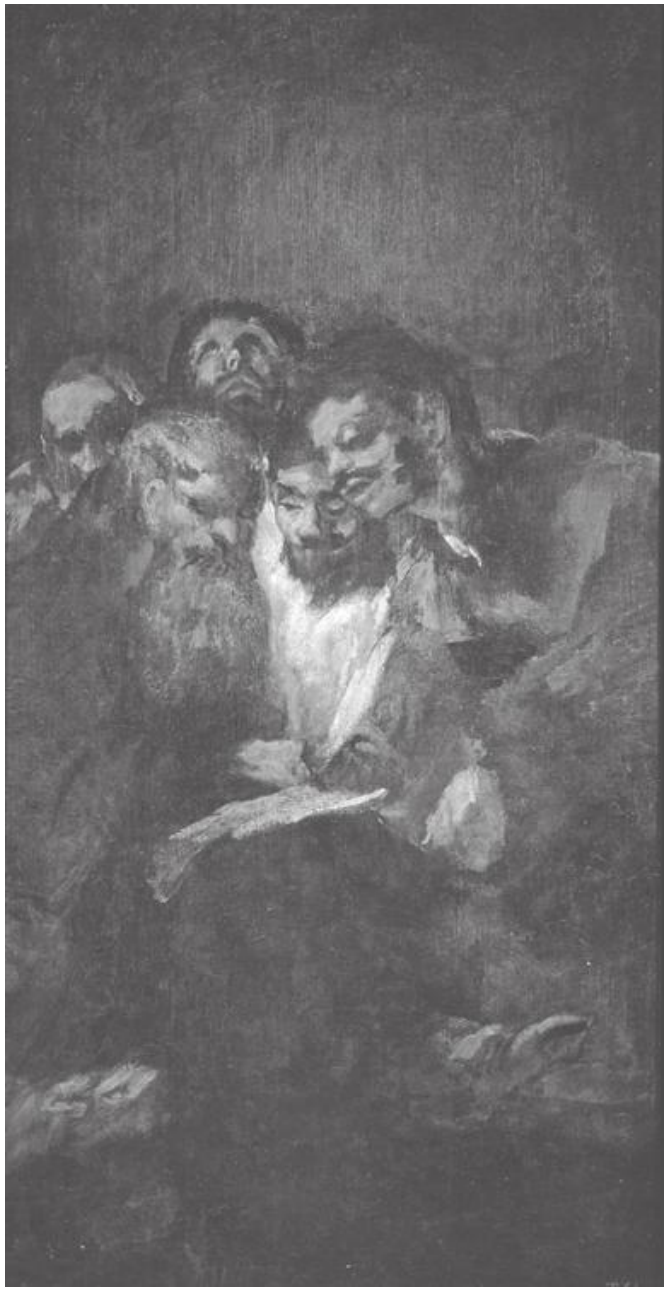
lo largo de su vida estuvo muy presente en su día a día y tuvo una relevancia crucial en los últimos años en los que quedó sordo, hasta el punto de materializar esta fascinación en su arte. Y es que si observamos su obra bajo esta perspectiva, reparamos en que en gran parte de sus cuadros aparecen muchos y muy diversos tipos de lectores: desde el aristócrata al plebeyo, pasando por el clérigo o el brujo o, incluso, los animales. Por supuesto, también encontramos lectores en voz alta.

Los libros y la lectura ya habían aparecido con anterioridad en pinturas, sin ir más lejos por sus predecesores, Rembrandt y Velázquez. Lo que diferencia la obra de Goya es que no se trata de algo accesorio, estético, escenográfico, sino que tiene una presencia significativa, el autor nos quiere decir algo, quiere transmitirnos su opinión sobre el acto de leer. Quizá no lo habías visto desde esta perspectiva, pero en muchas de sus obras, como *Más provecho saco de estar solo* (¡me encanta este título!), aparece la práctica de la lectura. En este cuadro muestra la novedad que suponía la lectura individual, en silencio y en soledad, frente al contacto social, quizá en algunos casos hipócrita y banal, de ahí el título. Pero aquí nos centraremos en aquellos en los que se muestra la lectura en voz alta.

En la estampa *Esto sí que es leer* pinta a un viejo sentado en una silla. Dos ayudantes lo peinan y le ponen los zapatos mientras él sostiene un libro y no deja de leer. Como el mismo título indica, podría parecer que plasma a ese lector que no puede dejar de hacerlo, aunque tenga que vestirse, esté comiendo o vaya andando por la calle, y en el que muchos nos podríamos reconocer. Pero, lejos de transmitirnos una sensación agradable, hay algo en la escena que nos revela que el mensaje del pintor es otro. Quizá sea la imagen grotesca del viejo, despeinado, en camisa, con uno de los pies sobre el soporte de una mesa camilla donde quizá se esté calentando. También los ayudantes tienen un aspecto burlón: vemos la gruesa nariz de uno, y el otro, que parece peinarlo, sujeta el pelo hacia arriba provocando una imagen poco favorecedora del lector, como cuando nos teñimos en la peluquería y pensamos lo ridículas que estamos. Así que quizá con esta estampa Goya se estaba burlando de alguien. Según la interpretación que el Museo del Prado hace en su web, se trata de una sátira de algún noble

madrileño del que se decía que solo leía mientras lo vestía su criado, como una parte más de los preparativos frívolos a los que se enfrentaba a diario, peinarse, vestirse, calzarse, y leer para mostrar que era una persona culta, siendo una actividad con un fin social, para que se viera de puertas hacia fuera, no algo con lo que disfrutara en su interior.

Aparece la lectura en voz alta en su cuadro *La lectura* dentro de su serie de Pinturas Negras, donde se muestran seis hombres muy juntos en torno a un solo libro. La crítica lo relaciona con los encuentros políticos clandestinos que se produjeron en el convulso periodo del Trienio Liberal que se vivió en España. De nuevo, el libro como objeto transformador, como fórmula de transmisión de ideas; de nuevo un único ejemplar para seis hombres y, seguramente por otros factores que hemos visto, como el analfabetismo, de nuevo la única forma de acceder a su contenido y extender sus ideas es a partir de la lectura en voz alta.



La lectura, de Francisco de Goya
(1820-1823).

Museo del Prado, Madrid. © Album

En el cuadro *Aquellos polvos* Goya representa la lectura pública de una acusación inquisitorial. Aunque la lectura en voz alta queda en un segundo plano, en el fondo de la escena, es algo clave en la composición, porque es parte del espectáculo que quiere ser ejemplificante para el resto de los que han acudido, quizá por un sentido morboso del espectáculo.

La lectura, de Francisco de Goya
(1819-1822).
Biblioteca Nacional de España. © Album

En *La lectura* vemos a una joven y bella mujer sentada en una silla leyendo con un libro entre las manos mientras dos jóvenes, apoyados en ella, la contemplan embelesados. Se ha identificado a los personajes con Leocadia Weiss, ama de llaves del pintor, y a los hijos de este, Guillermo y Rosario. Acaso Goya pretendiera

reproducir escenas cotidianas y familiares en su hogar.

Para terminar, llega a mí un mural cerámico de 1789 donde se nos muestra una escena cotidiana en una cocina valenciana. En el centro vemos una inscripción que nos dice lo que cada uno de ellos está haciendo: «D. Joseph está leyendo, su mujer está cosiendo…». De hecho, podemos conocer qué es lo que se estaba leyendo porque vemos en el libro el título *Meditaciones de fray Luis de Granada*. Este mural sobre una escena de su época nos enseña la importancia de la lectura en voz alta en esta época.

Museo Nacional de Cerámica y Artes Suntuarias González Martí de Valencia. © Album / Oronoz

8
LA EXTENSIÓN DE LA VOZ DE LOS LIBROS GRACIAS AL VAPOR

EL IMPACTO DE LA IMPRENTA DE VAPOR

Si el siglo XVII es la época de oro de la lectura en voz alta en España y el XVIII lo es en Francia con los salones literarios y la expansión de las ideas de la Revolución francesa, el XIX lo será en el mundo anglófono. La industrialización de la imprenta ha traído consigo un gran cambio. Entre los años 1810 y 1820 surgen en Inglaterra las primeras prensas de vapor y, hacia finales del siglo, la mecanización de la composición tipográfica permitirá, ahora sí, la impresión a escala industrial. Es el mayor salto que se produce desde la invención de la imprenta de tipos de Gutenberg que facilitó en cierta medida la elaboración de un libro, aunque recordemos que dijimos que seguía siendo muy artesanal por lo que la circulación de libros era escasa. La imprenta mecanizada hará que proliferen los libros, en especial, la literatura para niños y las novelas. De nuevo podríamos pensar que este invento acabó con la lectura en voz alta, pero, en cambio, se mantuvo durante todo el siglo y parte del siguiente como la práctica más común de disfrutar de las historias. De nuevo, además de por la aún baja alfabetización de la población o porque, a pesar de la industrialización, el precio de los libros todavía no había bajado como para que llegaran a todas las capas sociales, la lectura se sigue concibiendo como una actividad que se quiere compartir con otros. Incluso gente culta como la familia de Jane Austen o los jóvenes poetas Shelley, Percy y Byron, que también escribían y leían en silencio, no querían renunciar a la lectura social, al encuentro entre personas a partir de los libros, a la conversación que pudiera nacer tras las lecturas, a disfrutar con las historias y a que los personajes cobrasen vida gracias a la voz que se le daba a los libros.

En España encontramos varias referencias que atestiguan

también la práctica de la lectura en voz alta durante el siglo XIX, por ejemplo, en el ámbito cortesano. Conocemos que en 1841 la condesa de Espoz y Mina, aya de las infantas Isabel y Luisa Fernanda, decía que la lectura era una afición muy valiosa en la educación de las infantas: «Del mismo modo se procura que cobren afición a la lectura, bien sea haciéndolo por sí mismas o escuchando, eligiéndose las obras que el ayo de su majestad indica, procurando fijar su atención, lo que es de esperar se consiga».

Vemos que lo importante es que se contagien del virus de la lectura, que lo conozcan y generen el hábito, y da igual si lo hacen por sí mismas o escuchan a alguien que les lee. Nos cuenta también la condesa en sus memorias que les leía en voz alta a las infantas cuando paseaba con ellas por el parque del Retiro de Madrid. Me las imagino sentadas en el césped a la sombra, o por qué no, caminando y escuchando mientras detrás de ellas va la condensa, despacio, leyendo en un entorno agradable, relajado, donde solo se oye el canto de los pájaros y el agua que brota de las fuentes.

Dentro de la burguesía letrada, Mesonero Romanos, periodista, político, y a quien debemos la fundación del Ateneo de Madrid, recuerda la invasión napoleónica y cómo sus padres, para pasar el tiempo y olvidarse de las tropas francesas, llevaban a cabo lecturas familiares: «La animación y la alegría huyeron de la casa, y mis excelentes padres, que no podían abandonarla con su dilatada familia de cinco hijos menores, no tuvieron más remedio que agruparlos en su derredor, prodigándoles las muestras de su ternura, y confiando a la divina Providencia el amparo y auxilio en su desgracia, entretenían sus obligados ocios con lecturas piadosas y morales, tales como el Año Cristiano y las Dominicas, del padre Croiset; el Evangelio en triunfo, de Olavide, o las Sociedades [*sic*] de la vida y desengaños del mundo, del doctor Cristóbal Lozano; alternadas de vez en cuando con alguna historia, como la de Mariana o la de Ortiz, y la Monarquía hebrea, del marqués de San Felices».

En Zaragoza se leían en la calle periódicos el mismo día en el que llegaban por el correo postal y en el Ateneo de Gijón celebraban lo que llamaban «lecturas comentadas». Tenemos referencias de que en un pueblo cerca de Santander tenían lugar veladas en las que el profesor o sus mejores discípulos leían y

dejaban la sesión en un punto álgido de la trama para que así la gente volviese al día siguiente. También sabemos de lecturas en talleres zaragozanos donde trabajaban mujeres, o de lo contrario, de la prohibición de leer en voz alta, lo que nos indica que esta se producía, por ejemplo, en los talleres de Barcelona.

Esta práctica no solo era propia de las ciudades o de la burguesía, el doctor Federico Rubio nos cuenta que durante la vendimia la lectura en voz alta formaba parte del descanso y entretenimiento: «Concluida la faena, los pisadores y estrujadores van a la gañanía, desarrollan su lecho de anea y se acuestan, roncando apenas echados; mientras que los restantes viñadores, sentados sobre un cantero tendido o sobre un taburete de pitaco, cuentan historias, o recitan, o leen un romance a la luz indecisa del humoso candil».

Vemos, pues, cómo la literatura llegaba a las clases más humildes a través de la escucha. Prueba de ello la tenemos en la novela coetánea *Fortunata y Jacinta* donde Pérez Galdós dice por la boca de una de sus protagonistas, la humilde y analfabeta Fortunata, que conoce la historia de *La dama de las camelias* por «haberla oído leer».

Se lee la Biblia, novelas y cuentos, pero también la prensa, como única manera de conocer las noticias y acontecimientos del momento, y en voz alta para que todos los miembros de la familia conocieran qué estaba ocurriendo. Muchas veces estas lecturas vienen de la mano de los miembros más jóvenes de la casa, los que quizá sí que han tenido la posibilidad de aprender a leer o como una manera de que afiancen el gusto por la lectura. Así lo vemos en el cuadro del alemán Hans Borchardt llamado *La sesión de lectura*, donde vemos una escena familiar: el abuelo, el padre, la madre con un bebé y la hija sentada a la mesa con el libro abierto leyendo para los demás.

A finales del siglo XIX la lectura silenciosa es un acto reservado a una clase social acomodada, culta, que puede permitirse comprar libros y que dispone de tiempo para el ocio, leer y reflexionar, sin necesidad de preocuparse de qué va a llevarse a la boca para comer. Como nos cuenta Marcel Proust, cuando su narrador espera tener tiempo para leer y pensar solo en su cama.

Esta nueva práctica silente comenzó a ser tan común entre esta

clase social que llegó a tener sus efectos adversos. El periódico *The Spectator* publicó en 1831 una noticia sobre un lord que murió calcinado junto a su mujer. Los motivos del incendio se atribuyeron a la creciente moda de leer en la cama. En esta época las velas eran la única iluminación, y haberse quedado dormidos mientras leían sin apagarlas podría ser la causa del incendio que acabó con sus vidas. De hecho, llegó a considerarse como un castigo divino por haber hecho algo que no debían. Y es que ¿a quién se le ocurre meterse con un libro en la cama? Bueno, quizá a muchos de nosotros.

La lectura en silencio a finales del siglo XIX comenzó a ser tan popular que hubo quien comenzó a preocuparse de que, en particular, las mujeres que leían solas por la noche en la cama pudieran albergar pensamientos peligrosos. Las mujeres que leen son peligrosas, puede que comenzaran a decir muchos que no querían que las bellas durmientes despertaran. Y si por peligrosas entendemos que tengan juicio propio, que se cuestionen las estructuras sociales limitantes que han estado restringiendo derechos a más de la mitad de la población, y que, debido a ello, quieran actuar para cambiar el mundo, sí, la lectura y su extensión al ámbito femenino puso en peligro el estable y conservador orden social que permitía y favorecía que solo los hombres pudieran disponer de privilegios y poder. Veremos más adelante cómo en este siglo la lectura en voz alta, al estar reservada sobre todo al ámbito doméstico, cuando las mujeres estaban solas con la excusa de hacer labores domésticas como coser, contribuirá a este despertar feminista.

LA LECTURA DE LA *DE GILGAMESH* *EPOPEYA* NOS RESULTA FAMILIAR

Hoy en día las bibliotecas son lugares silenciosos donde los libros descansan a la espera de que alguien los elija y los abra para darles voz. En otros momentos de la historia, ya hemos visto cómo las bibliotecas fueron lugares donde el silencio casi no existía y la protagonista era la voz de los libros. Alguien llegaba, abría un libro

y lo leía en alto. La gente acudía a las bibliotecas para escuchar libros completos, durante horas, incluso durante días. Yo revivo parte de esa liturgia el tercer miércoles de cada mes en el club de lectura que organiza la biblioteca pública de la ciudad donde vivo, en Getafe, Madrid. Después de intercambiar opiniones, leemos en voz alta algún párrafo, a veces una página completa. De esta manera evocamos ese momento que anteriormente hemos disfrutado en soledad, en silencio, y a destiempo, cuando cada uno pudo, en el metro, después de recoger la cocina o antes de dormir. Cuando alguien lee en voz alta, surge la magia de estar todos juntos viviendo en un mismo instante y lugar, de disfrutar de ese mundo imaginario que aguarda callado en los libros y que cobra vida a través de nuestra voz.

Precisamente en una biblioteca se encontró la obra narrativa escrita más antigua que existe. Fue en la biblioteca del rey Asurbanipal, de quien hemos leído antes una de sus cartas, en la ciudad asiria de Nínive, que se corresponde con la actual Mosul, en Irak. Allí se copiaban los textos en tablillas de arcilla, se almacenaban y se leían en voz alta. Hasta que la ciudad fue arrasada y el palacio y las tablillas quedaron sepultados hasta el siglo XIX, cuando los británicos emprendieron expediciones arqueológicas y desenterraron muchas piezas para exhibirlas en sus museos.

Así fue como el 3 de diciembre de 1872, en el Museo Británico se presentó ante las principales autoridades del país un descubrimiento sin precedentes que aquellas tablillas habían custodiado en silencio durante los más de cuatro mil años que habían permanecido enterradas. Para la presentación fueron convocados, además de periodistas y personalidades del mundo académico, los miembros de la Sociedad Arqueológica Bíblica e incluso el primer ministro del país. Ante tan distinguida audiencia, cabría esperar que fuera un arqueólogo el encargado de anunciar un importante hallazgo en las muchas excavaciones que el Reino Unido tenía abiertas en Egipto y Oriente Próximo en aquellos años. Pero no sucedió así: el convocante fue un simple trabajador llamado George Smith, encargado de limpiar y ordenar, entre otros objetos, unas tablillas originarias de Mesopotamia y que se almacenaban en el sótano del museo. Él iba a leer para los allí presentes el texto

encontrado en uno de esos trozos de arcilla.

Todo había empezado unos veinte años antes, cuando un equipo de excavadores dirigido por el arqueólogo Hormuzd Rassam halló en Oriente Próximo los restos de un palacio perteneciente al rey asirio Asurbanipal. Las piezas más admiradas en ese momento fueron obras de arte talladas en piedra que tenían más de dos milenios de antigüedad. Pero, como suele ocurrir en toda excavación, además de las piezas más grandes y llamativas, se recogieron miles de fragmentos rotos de tablas de arcilla a los cuales no se les dio ningún valor. En los sótanos del Museo Británico fueron acumulando polvo sin que nadie les prestara atención hasta que, una década después, contrataron a George Smith para que los limpiara y mantuviera algo de orden. Se descubrió que estas tablillas eran, en realidad, parte de los restos de la biblioteca real y estaban escritas en cuneiforme, lengua que, junto con el acadio, los arqueólogos llevaban tiempo tratando de descifrar. Smith, que llevaba años estudiando la escritura cuneiforme en su tiempo libre, se topó con la que más tarde se denominaría la tablilla número 11. No podía creer lo que estaba leyendo. Creyó enloquecer a medida que descifraba el texto, hasta el punto de que comenzó a quitarse la ropa e ir de un lado a otro como si le faltara el sentido, según contaron los que le acompañaban en ese momento. Se trataba de la *Epopeya de Gilgamesh*, que ha pasado a la historia de la literatura por ser la primera obra de ficción escrita encontrada hasta el momento. Si ya de por sí este descubrimiento era digno de mención, lo fue más por lo que la obra narraba y por la que George Smith conseguiría fama mundial al dedicarle el *New York Times* todo un artículo en su edición del día siguiente.

George Smith sube al estrado ante tan distinguida concurrencia y comienza su lectura: «Fue en la ciudad de Shurupak, que bien conoces, la que está a la orilla del Éufrates, ciudad antigua donde los dioses, los grandes dioses, tomaron la decisión de desatar el diluvio». La tablilla narra cómo un hombre fabrica un barco con el que navegar y así salvar a su familia y a una pareja de animales de cada especie. Al escuchar esta parte, algunos presentes comienzan a removerse en sus sillas. Smith continúa con la lectura: «Seis días y siete noches continuó el viento, el diluvio, la tempestad. Llegado el

séptimo día, se aplacó la tempestad. El mar se apaciguó, el viento se silenció, el diluvio se acabó». Estamos ante una tablilla que contiene cuentos populares de la antigua Mesopotamia, y varios de los oyentes comienzan a mirarse extrañados, se preguntan qué está ocurriendo, y al poco terminan de constatar sus peores temores. Smith lee que el protagonista envía varias aves para confirmar dónde había suelo firme: «Saqué y solté una paloma. Se fue la paloma y regresó, pues no alcanzó tierra en qué posarse. Saqué y solté una golondrina. Se fue la golondrina y regresó, pues no alcanzó tierra en que posarse. Saqué y solté un cuervo. Se fue el cuervo y vio retirarse el agua, picoteó, rascó la tierra, alzó la cola y no volvió». En este momento, seguramente, algunos asistentes se levantaron y abandonaron la sala. ¿A que nos es familiar? Un diluvio, un arca, una pareja de cada especie, un ave que se envía para conocer dónde hay tierra firme… ¿Cómo puede sonarnos si quizá esta es la primera vez que leemos el poema de Gilgamesh? Sí, es la historia de Noé y el arca que muchos años más tarde se incluiría en el Antiguo Testamento.

Esta pequeña tablilla hizo tambalear el sistema de creencias religioso al revelar que el libro divino, la Biblia, no era una obra original dictada palabra por palabra por Dios, como se había creído hasta entonces, sino que replicaba mitos e historias inventadas anteriormente por otras civilizaciones. En resumen, que el Antiguo Testamento era poco más que un cuento. La historia de la *Epopeya de Gilgamesh* había sido escrita en arcilla alrededor del año 1800 a. C. y unos mil años antes de que se escribiera el Antiguo Testamento. Además, este descubrimiento venía a confirmar, tan solo quince años después de la publicación de *El origen de las especies* de Darwin, que las creencias anteriores basadas en las explicaciones bíblicas sobre cómo se había originado el mundo, en realidad, no eran más que historias inventadas por la propia humanidad.

La revelación de George Smith podría haberse divulgado de otra manera. Se podría haber mandado imprimir el texto y haberse enviado a cada uno de los interesados o repartirlo en ese momento entre los convocados, incluso se podría haber publicado en los periódicos de la época. Sin embargo, Smith eligió su lectura pública. ¿Cuál pudo ser el motivo de leerlo en alto cuando estábamos en el

Londres de 1872 y existían muchas imprentas en la ciudad? Sin lugar a dudas, el empleado del Museo Británico, consciente de lo que aquel descubrimiento suponía, quiso generar una gran expectación entre las relevantes personalidades invitadas. Yo quiero pensar que, además, George Smith quería presenciar en directo la reacción de los miembros de la Sociedad Arqueológica Bíblica cuando escucharan la prueba de que su libro divino no era tal. La audición de una lectura en voz alta da lugar a un espectáculo, un sentimiento de unidad en el tiempo y en el espacio de los asistentes, que descubren a la vez el contenido del texto, toda una revelación en este caso. Con la presentación en voz alta, la lectura puede llevarse a cabo con un ritmo y melodía determinados, acelerando, pausando o arrastrando las palabras según la intención del lector y lo que el texto demande, generando en el oyente sensaciones distintas de las que provocaría su lectura en silencio. George Smith debió regodearse al leer en directo aquella obra. Me imagino sus ojos alternando la vista del papel con la transcripción de las tablillas a las caras de los presentes, sin querer perderlas de vista ni un segundo. Podemos decir, por tanto, que aquella lectura pública de la *Epopeya de Gilgamesh* que tanto impacto supuso en la Inglaterra victoriana fue un acto deliberado de George Smith, quien intencionadamente o no, estaba actuando tal y como lo hacían los habitantes del Oriente Próximo de hace más de dos mil años: en voz alta.

VUELTA DE TUERCA
OTRA

«La historia nos había tenido en suspenso, alrededor del fuego, pero aparte de la obvia reflexión de que era siniestra, como esencialmente debe serlo toda extraña historia contada una noche de Navidad en una vieja casa, no recuerdo que sobre ella se hiciera ningún comentario, a su parecer, de un niño que hubiera soportado semejante prueba».

Así empieza *Otra vuelta de tuerca*. Henry James nos cuenta cómo un grupo de amigos se reúnen durante la Navidad en un caserón y pasan las oscuras tardes de invierno contando historias de

terror. Uno de los asistentes a estas veladas, Douglas, a raíz de la historia narrada sobre un niño que por la noche despierta y ve una aparición, les cuenta que él supo de una situación mucho más terrorífica. En su historia, las apariciones las veían no solo uno, sino dos niños, lo que no dejaba dudas sobre la veracidad de las mismas. Los asistentes le piden que les cuente ese suceso, a lo que Douglas responde que no puede porque «la historia ha sido escrita. Está en el cajón cerrado con llave, de donde no ha salido desde hace años». Así que manda traer el manuscrito desde Londres, y dos días después se reúnen delante de la misma chimenea. Antes de proceder con la lectura del manuscrito Douglas pronuncia unas breves palabras. Sin lugar a dudas, Douglas sabe cómo mantener el interés y el suspense de sus amigos ante aquello que quiere leerles.

Cuenta que la historia que van a escuchar fue escrita por una joven institutriz contratada para tutorizar y cuidar a dos pequeños que habían quedado huérfanos y vivían en un caserón apartado en mitad del campo. Allí comienzan las apariciones. Más tarde descubrirán que se trataba de las almas de antiguos sirvientes de la casa, y parece ser que los niños también los percibían y se comunicaban con ellos. Con esta introducción, y después de la espera, la expectación de los asistentes es grande y todos quieren que comience ya la lectura. Douglas se sienta en el mejor sillón junto a la chimenea, abre el delgado álbum de tapas rojas, marchitas, y cantos dorados a la moda antigua y empieza a leer. El resto de los jóvenes están alrededor, la mayoría sentados en sillas y divanes, algunos de pie, todos mirando aquel libro en el que se reflejan las llamas del fuego. Las sombras de la noche ya han invadido toda la estancia del salón. Un gran número de candelabros y velas de diferentes tamaños tratan de dar algo de luz a la estancia y, aunque cumplen su función, también generan inquietantes sombras. El entorno y la situación no pueden ser mejores para crear la ambientación adecuada que la historia requiere. La lectura se prolonga hasta altas horas de la madrugada y continúa durante las siguientes noches. A ratos, Douglas lee en el centro, de pie, quitando los ojos del libro para observar las caras asustadas de sus amigos, y de estas de nuevo al libro, luego, vuelve a sentarse. Su voz siempre tiene un tono misterioso, una articulación nítida y pura, sensible al oído, elegante y, por supuesto, misteriosa.

Y así nos lo cuenta Henry James en esta obra de ficción. Primero reproduce este ambiente para justo después comenzar a contarnos el mismo relato de fantasmas que escucharon los aterrorizados jóvenes que pudieron llegar al final. De esta manera es como si nos tomara de la mano y nos dejara estar en ese salón, donde la cara nos arde debido al fuego, pero un halo de frío queda a nuestra espalda, entre las sombras, algo desconocido nos acecha. Esta es una obra de ficción, pero refleja cómo se producían estas lecturas entre amigos. A continuación asistiremos a una escena que se produjo en la realidad de otros amigos que estuvieron encerrados durante semanas y las pasaron leyendo historias de fantasmas. Es la historia del año que no tuvo verano y la conoceremos en el siguiente capítulo.

9
LA VOZ DE LAS ESCRITORAS SE ESCUCHA EN ALTO

EL AÑO SIN VERANO EN EL QUE MARY SHELLEY ESCUCHÓ EL *QUIJOTE*

El verano de 1816 fue conocido como el año que no tuvo verano. Entonces desconocían la causa, pero el tiempo había cambiado. Como pintó el inglés Turner en sus cuadros, los cielos estaban permanentemente cubiertos de nubes y ceniza, lo que no permitía la entrada de rayos solares y dio lugar a temperaturas inusualmente bajas en áreas y fechas del año no habituales, además de tormentas eléctricas y lluvias torrenciales. Llegó a nevar por primera vez en zonas cercanas al ecuador, se echaron a perder cosechas y animales, lo que provocó una hambruna en todo el mundo. Todo ello estuvo ocasionado por la erupción de un volcán indonesio llamado Tambora. Pero las repercusiones que la capa de humo y cenizas que el volcán provocó no solo se mostraron en la climatología, también motivó dos hechos que en principio parecen desconectados entre sí: la lectura en voz alta del *Quijote* y la creación de *Frankenstein*.

Aquel extraño verano Mary Shelley y su pareja, el poeta Percy B. Shelley, decidieron pasar el verano fuera de Londres. Recorrieron el centro de Europa huyendo del ostracismo que la conservadora sociedad británica les había impuesto. Eran unos jóvenes con ideas cercanas al anarquismo, estaban en contra de la institución del matrimonio y defendían el amor libre. Él se había casado con anterioridad y tenía una hija, pero las había abandonado por una Mary Shelley de apenas dieciocho años. Incluso se rumoreaba que también compartía lecho con la hermana de esta, que viajaba con ellos. Bueno, una situación más que escandalosa como para poner tierra de por medio. En Suiza coincidieron con el libertino lord

Byron, quien andaba por ahí tratando también de que la distancia y el tiempo hiciera olvidar a la alta sociedad de la época alguno de sus muchos escándalos. Dios los cría y ellos se juntan, podríamos decir, porque terminaron pasando juntos ese verano, en el que compartieron casa y lecturas a orillas del lago Leman.

El mal tiempo que el volcán Tambora provocó ese año privó a estos jóvenes de salir y disfrutar de las montañas suizas, obligándoles a permanecer encerrados en la casa durante largos días con el cielo cubierto, a oscuras y sin luz eléctrica. Durante estos días sin poder salir mantuvieron largas conversaciones literarias y científicas que se mezclaban con el alcohol y las drogas que no faltaban en la casa. También hicieron algo que los lectores hicimos durante el confinamiento por la pandemia en 2020: leer y leer mucho, de hecho, cada día leían en voz alta.

Por la tarde, cuando caía la noche, se reunían en el salón junto al calor del fuego de la chimenea, y gracias a la luz de diversas velas y lámparas de aceite, leían a Voltaire, Plinio, Rousseau, pero también cuentos folclóricos alemanes góticos y de terror. Uno de los días lord Byron propuso que cada uno de ellos escribiera un cuento de fantasmas para después leerlos en voz alta y ver cuál era más terrorífico. Mary quería crear una historia que «hablase de los miedos de nuestra naturaleza y despertase un horror estremecedor; una historia que hiciera mirar en torno suyo al lector amedrentado, le helase la sangre y le acelerase los latidos del corazón. Si no lograba estas cosas, mi historia de fantasmas sería indigna de tal nombre». Mary consiguió su propósito: uno de estos relatos sería el germen de *Frankenstein*.

Esto lo conocemos porque era práctica habitual en esta época escribir un diario, cada uno llevaba el suyo, y gracias a esto sabemos cómo ocupaban sus días e incluso qué pensaban. La entrada del diario de Mary Shelley del 7 de octubre nos cuenta que Percy lee en voz alta el *Quijote* por la noche. Al caer la noche el salón quedaría iluminado por el fuego de la chimenea y las muchas velas que colocarían estratégicamente a lo largo de toda la estancia. Percy, en el centro, de pie y con el libro abierto, proyectaría su voz para arrancar con: «En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme», relatando la historia de los molinos de viento convertidos en gigantes, el manteo de Sancho Panza, la batalla con

el rebaño de ovejas, la liberación de los galeotes, la lucha con los pellejos de vino, lo que aconteció en la cueva de Montesinos, la derrota de Barcelona y la vuelta a tierras manchegas.

El impacto que esta lectura tuvo en Mary fue tan grande que se reflejó en la historia que estaba escribiendo y que terminaría siendo *Frankenstein*. Mary se fija en las técnicas narrativas que utiliza Cervantes para aprender de él y llevarlas a cabo en su escritura, por ejemplo, la presentación de su historia a partir de diferentes narradores o en la utilización de *Historia del cautivo*. No quedó ahí la cosa. La lectura despertó en Mary tal interés por Cervantes y otros literatos españoles que estudió en profundidad nuestra literatura, escribió un ensayo biográfico titulado *Cervantes y Lope* e, incluso, aprendió español para leer el *Quijote* en su idioma original.

Así siguieron leyendo durante todo un mes, tarde tras tarde, noche tras noche, evitando la oscuridad, la lluvia y el viento de fuera, y disfrutando con las aventuras del loco manchego. Hasta el 7 de noviembre, cuando finalizaron y así lo dejó también registrado en su diario. Invirtieron justo un mes en leer las aproximadamente cuarenta horas que se tarda en leer la obra, así que tuvieron que llevar un ritmo de lectura medio de algo más de una hora al día.

Pero la relación de la lectura en voz alta con Mary Shelley no termina aquí. En su novela *Frankenstein*, Mary narra el momento en que la criatura, el monstruo que ha sido creado, aprende a hablar. Huye de su creador y se refugia en una casa donde se esconde de los dueños, quienes, ajenos a que un ser monstruoso está compartiendo el techo con ellos, continúan con su vida cotidiana. Todas las noches la madre lee a su familia un libro, *El paraíso perdido*, un clásico de John Milton sobre la creación del mundo. La criatura escucha estas lecturas en voz alta cada noche y de esta manera es como aprende a hablar.

Té en la casa de Jane Austen

Hoy ha amanecido un día soleado en la ciudad inglesa de Bath. Un grupo de seis chicas, después de disfrutar de un excelente pícnic y

juegos en la pradera, se dirigen a la casa de Jane para tomar el té. Se han puesto sus mejores vestidos: talle alto, largos hasta los tobillos, vaporosos, colores pastel. Algunas llevan sombreros de capota sujetos con lazadas de terciopelo, otras llevan abanicos de encaje, y todas calzan zapatos de medio tacón o botines. Les estará esperando el té de la tarde: mantel blanco, jarrón con flores naturales en el centro, vajilla de porcelana decorada con escenas campestres y una bandeja de tres pisos con galletas de mantequilla, sándwiches de pepino y *scones* recién hechos. En ese momento, una de las jóvenes saca su iPhone, busca entre los contactos a otra amiga que dijo que se uniría después y le envía un wasap: «Llegando a casa de Jane Austen».

Estamos en el siglo XXI y cada mes de septiembre el pueblo entero de Bath viaja durante diez días a la época en la que tuvo como vecina a Jane Austen para vivir como ella, vestirse como lo hacían entonces y disfrutar de sus costumbres como si estuvieran dentro de una de sus novelas. Durante estos días, los miles de fans de la escritora de *Orgullo y prejuicio* asisten a talleres para aprender a confeccionar prendas tradicionales o de caligrafía con la intención de imitar las cartas que se enviaban para contar los últimos cotilleos. Realizan visitas turísticas por la ciudad, desayunos en la pradera que terminan con champán, se juega al cróquet y toman el té de las cinco. Cuando cae la tarde no pueden faltar los coordinados y vistosos bailes de salón donde sonará la música, se reirá y donde seguro que la mirada de algunos jóvenes se encontrará aunque sea un milisegundo. Por supuesto, también disfrutan de sus novelas y asisten a representaciones teatrales o de lecturas dramatizadas de las historias que han inspirado todo ese mundo.

A este grupo de fans se les conoce como *janeites* (o *austenitas*, término adoptado en español) y aparecen por primera vez en la introducción de la edición de *Orgullo y prejuicio* de George Saintsbury de 1894. Idolatran a la escritora, conocen todos los detalles de su vida y obra, son expertos en la Inglaterra decimonónica y sus tradiciones. Se puede decir que Jane Austen fue una de las primeras escritoras que gozó del fenómeno fan en torno a su obra y su persona; de hecho, ya se acuñó este término para identificar a sus seguidores solo ocho décadas después de su muerte

y se ha mantenido hasta la actualidad. Uno de los primeros *austenitas* fue el primer ganador británico del Premio Nobel de Literatura, Rudyard Kipling. El autor de *El libro de la selva* escribió un cuento corto llamado «The Janeites»: un grupo de soldados de la Primera Guerra Mundial, admiradores secretos de la escritora, se dedicaban a leer sus obras. Asimismo, Kipling tenía la costumbre de leer en voz alta a su mujer los libros de Jane Austen para amenizar las noches. Los *austenitas* de hoy en día siguen leyendo una y otra vez las seis novelas que la autora publicó e incluso escriben obras de teatro donde las recrean. De esta manera, cuando leen en voz alta, por ejemplo, *Sentido y sensibilidad*, sienten que las ondas que emiten sus voces proyectadas viajan rebotando entre las piedras romanas de la ciudad de Bath y se mezclan con las que la propia Jane Austen lanzó cuando ella también leía en alto.

Ahora volvamos de nuevo al Bath de principios del siglo XIX. Jane vivió allí algunos años, leyendo y escribiendo. En esa ciudad con vestigios romanos ambientó dos de sus obras, *La abadía de Northanger* y *Persuasión*. Creció en un hogar donde, aunque las mujeres tenían una educación formal escasa, se les dio acceso sin restricciones a la biblioteca familiar. Sus padres inculcaron el amor por los libros, la lectura y la escritura a Jane y sus hermanos. La lectura en voz alta era un hábito extendido entre las clases medias instruidas de la época, y su familia, encabezada por su padre, George, que ejercía de reverendo, sin lugar a dudas se contaba entre ellas. Jane pudo apreciar de primera mano, con ocasión de los sermones que leía su padre en la iglesia, el impacto que podía tener hacerlo en voz alta de una manera persuasiva. Sabemos que el padre solía leer por las mañanas a William Cowper, un poeta británico que después influiría en la obra de Jane. Ella contaba que escuchaba y se unía a esas lecturas familiares siempre que podía. Su hermano James leía todas las noches al escritor romántico Walter Scott. En especial, les gustaba escuchar su poesía «en las veladas cortas empieza alrededor de las diez y lo deja para cenar».

En algunas ocasiones es ella misma quien lee para los demás. Decían que tenía una bonita voz, muy agradable para la lectura en voz alta. Por ejemplo, cuando recibe el libro *Letter from England* (*Cartas desde Inglaterra)* del poeta romántico Robert Southey,

escribe en una de las misivas que envía a su hermana: «Lo leo en voz alta a la luz de las velas».

La de la familia Austen era una casa siempre bulliciosa y llena de gente. Solo ellos ya constituían una familia numerosa con ocho hijos, todos varones, excepto Jane y su hermana Cassandra. Además, por allí pasaban con frecuencia no solo primas y amigas, sino también los alumnos del padre, a quienes animaba a que ejercieran el arte de la lectura en voz alta. Me los imagino reunidos en el pequeño salón de la casa, la chimenea encendida, sentados en sillas de caoba torneadas, algunos de pie, otros apoyados en el mueble de la librería y comentando los chismes de sociedad. Hasta que uno de ellos se ponía de pie y cogía un libro. Los murmullos y las risas dejaban paso a un silencio solo roto por la lectura y todos disfrutaban de la historia. Comenzaban las miradas furtivas entre los jóvenes cuando aparecía alguna escena amorosa, o lecturas con dobles sentidos, una forma de dirigir reproches hacia alguien que estaba presente en el salón.

Los Austen leían principalmente novelas de la época, pero también los clásicos. Era muy habitual releer aquellos textos que les gustaban. Recordemos, además, que en esta época el número de novelas no es muy elevado, con lo que es más habitual que unos pocos títulos se leyeran muchas veces. Quizá esta repetición pudo ayudar a la joven Jane en su formación como escritora. Sabedora de la trama, en las siguientes lecturas, podría centrarse en la estructura, los personajes, los diálogos, conocer qué funcionaba bien y qué no, y estudiar si una historia resistía una segunda o tercera lectura, o por el contrario dejaba de interesar una vez conocida.

También leían obras de teatro y novelas. Esos ratos eran el principal entretenimiento. Una de sus sobrinas recuerda lo bien que lo pasaron con la lectura de *Evelina*, de la escritora de novelas británica Frances Burney. Me imagino a las hijas de la familia Austen escuchando la historia de una joven dama que entra en el frívolo mundo social, con sus bailes, su etiqueta, sus falsas apariencias, engaños y malentendidos. Sin lugar a dudas se verían reflejadas en muchas de las circunstancias, y otras, les servirían como una especie de manual para estar alerta ante los peligros a los que podrían enfrentarse. El caso es que esta lectura les gustó tanto a todas que la sobrina de Jane llega a decir que es casi como estar en

una obra de teatro.

Jane sabe que la autora de esta obra había leído en voz alta su novela antes de darla por concluida, y ella hará después lo mismo con *Orgullo y prejuicio*, que leyó en su casa ante un reducido grupo de mujeres de su confianza. Tal vez dando por hecho que su novela sería leída principalmente en voz alta, como en su casa hacían con los libros que caían en sus manos, quería comprobar qué efecto iba a provocar su texto en la gente que lo escuchara. Leer sus propias novelas en voz alta, con una adecuada dramatización, también le permitía convertirse en su propia crítica, ver la reacción de los demás y mejorar lo que había escrito. Su hermano Henry dice de ella y de su lectura: «Leyó en voz alta con muy buen gusto y efecto. Sus propias obras probablemente nunca se escucharon con tanta ventaja como de su propia boca, ya que participó en gran medida de todos los mejores dones de la musa cómica». Leyéndolas en voz alta primero a su hermana Cassandra y luego al resto de la familia conseguía un doble objetivo: revisar el texto y entretener a los demás. Sabemos por una de sus sobrinas, Marianne, la hija de su hermano Edward, que cuando su tía los visitaba llevaba bajo el brazo el manuscrito de la novela que estuviera escribiendo en ese momento. Se encerraba con las mujeres mayores de la familia en uno de los dormitorios para leerles lo escrito. Su sobrina, de once años, recuerda que a ellos no les dejaban: «Los más pequeños y yo oíamos las risotadas al otro lado de la puerta y nos parecía cruel que se nos excluyera de algo tan emocionante». Veo a esos niños muy juntos tratando de escuchar con la oreja pegada a la puerta lo que se estaba leyendo al otro lado. Seguramente su tía y hermanas mayores considerarían que los enredos amorosos que aparecían en aquellas páginas no eran adecuados para los oídos de los más pequeños.

También se leían en voz alta las cartas que se recibían en casa o los periódicos. Cuando las cartas se dirigían a las dos hermanas, Jane y Cassandra se alternaban para leérselas la una a la otra, era todo un acontecimiento enterarse juntas de las últimas noticias de sociedad: el compromiso de la hija de los Baltimore, el fallecimiento del duque y los problemas de la herencia, o el anuncio de que unos parientes lejanos pasarían a visitarlos.

En *Forbidden Book* (*Libros prohibidos)*, quizá el cuadro más

famoso del pintor británico Alexander Mark Rossi, se nos muestra una escena de lectura en voz alta entre mujeres, tal vez muy semejante a las protagonizadas por las hermanas Austen. En una luminosa y espaciosa habitación, que parece hacer las funciones de salón, biblioteca, sala de estar o incluso lugar para pintar, unas jóvenes pasan la tarde. Parece que están en un espacio propio, relajadas, fuera de las miradas de los más adultos. Al fondo, dos de ellas parecen conversar, y en primer plano otra ha tomado un libro entre sus manos y lo hojea o lo lee en silencio. En el centro, dos de las chicas también sostienen uno de los libros entre sus manos y están leyendo en voz alta, y una de ellas, la que se halla sentada en el centro sobre una alfombra, las escucha con interés. Tanto por el título como por esa figura que aparece en la parte derecha de la pintura, toda ella vestida de negro, entreabriendo la puerta para averiguar lo que ocurre en la sala sin que las que están dentro se percaten, podemos pensar que existe un interés en controlar las lecturas de las jóvenes. Mujeres y libros prohibidos. Siempre ha habido una preocupación a lo largo de la historia en controlar las lecturas que han llegado a manos de las mujeres. La lectura en voz alta era una forma de permitirles el acceso a la literatura, pero conociendo siempre qué lecturas y temas llegaban a sus oídos. Conforme aumentó el número de libros y de mujeres capaces de leer, este control fue cada vez más difícil de ejercer. Puede que algunos libros estuviesen escondidos tras estanterías cerradas con llave, o peor aún, sin ninguna restricción, a la vista, pero terminantemente prohibidos leer porque no eran lecturas adecuadas. Así, este grupo de jóvenes, acaso sabedoras de que sus mayores han salido de la casa para asistir a algún evento social ineludible, aprovechan el momento para rebuscar en la biblioteca y leer en alto y de manera aleatoria en busca de alguno de esos párrafos prohibidos.

Libros prohibidos, de Alexander Mark Rossi (1897). © Album / © Sotheby's / akg-images

En la actualidad podemos disfrutar de las novelas de Jane Austen y leerlas en silencio en nuestro sofá, pero en una de las casas en Hampshire en las que vivió, hoy convertida en museo, han pensado que sería una perfecta experiencia escuchar su obra mientras descansamos en uno de los bancos que se encuentran en el jardín. Allí podemos ver unos códigos QR que nos dan acceso a un extracto de *Orgullo y prejuicio, Sentido y sensibilidad, Emma* o *Persuasión* para que la voz de sus libros siga resonando en los lugares en los que habitó.

Mansfield Park

La lectura en familia era una práctica tan habitual en la vida social que Jane Austen la incluyó en varias escenas de sus novelas, tal y como hizo con otros usos y costumbres. Esos momentos leyendo con su hermana la correspondencia aparecen recreados en la ficción, por ejemplo, entre las protagonistas de *Emma*, pero sin lugar a

dudas donde plasmó con mayor sentido narrativo la lectura en voz alta fue en *Mansfield Park*.

Esta novela cuenta la vida de Fanny, una muchacha pobre que es acogida por unos tíos pudientes. Crecerá junto con sus cuatro primos, caprichosos y malcriados, quienes nunca la verán como una más de la familia. Tan solo uno de ellos, Edmund, que tiene mejores cualidades que el resto de sus hermanos, es bondadoso y cariñoso con Fanny. Cuando la protagonista y sus primos crecen, se relacionan con otros jóvenes de su clase social y asistiremos a diferentes enredos románticos a los que nos tiene acostumbrados la autora en sus novelas. Henry Crawford es uno de los jóvenes que ha llegado a la ciudad junto con su hermana. Mientras esta coquetea con el primo de Fanny, él lo hará con dos de sus primas y con ella misma. Fanny, aunque siente algo de interés hacia él, trata de no demostrarlo y en ocasiones se muestra indiferente.

En una escena en la que Fanny y su tía se encuentran cosiendo, entran en el salón Henry Crawford y Edmund, quien hace notar el silencio y la concentración en la que se encuentran ambas mujeres con su labor. «No llevamos calladas todo el tiempo, replicó su madre, Fanny me ha estado leyendo, y ha dejado el libro al oírlos entrar. […] Me lee a menudo de esos libros». Henry Crawford coge el libro y busca el lugar donde se quedó la lectura. Pero Fanny, que no quiere prestarle atención para mostrar su indiferencia, sigue con la mirada fija en su labor: «Fanny no le dirigió una sola mirada, ni se ofreció a ayudarle; ni dijo tampoco una palabra en favor ni en contra; toda su atención estaba puesta en la labor». Pero la lectura de Henry era magnífica, y «no fue capaz de mantenerse cinco minutos abstraída; no pudo por menos de prestar atención: la lectura del señor Crawford era excelente, y Fanny disfrutaba muchísimo escuchando una buena lectura. Aunque estaba acostumbrada a las buenas lecturas: su tío leía bien, y todos sus primos. Edmund, sobre todo. Pero la lectura del señor Crawford tenía una calidad que superaba cuanto había oído. […] Edmund observó la creciente atención de Fanny, y le divirtió y agradó ver cómo iba dejando poco a poco la labor que, al principio, parecía absorberla por entero; cómo se le caía de las manos y se quedaba inmóvil sobre ella…, y finalmente, cómo los ojos que le habían evitado con tanto cuidado a lo largo del día se volvieron hacía

Crawford, se quedaron fijos unos minutos en él, y se demoraron hasta que la atracción hizo que los de Crawford se volvieran hacia ella, cerró el libro, y se rompió el encanto. Entonces Fanny se replegó otra vez hacia adentro de sí misma, se ruborizó y se puso a trabajar más afanosamente que nunca».

A través de este fragmento Jane nos muestra que la lectura en voz alta era la práctica habitual dentro de la clase social representada en la novela («A menudo me lee pasajes de esos libros»), que se podía llevar a cabo mientras se realizaba otra actividad, en este caso una labor de costura («Concentraba toda su atención en la labor»), y que era una actividad placentera («a ella le gustaba en extremo escuchar a un buen lector»). Pero Jane todo esto nos lo cuenta dentro del dramatismo romántico del triángulo amoroso que conforman Fanny, Henry y Edmund. Ella no quiere prestar atención a la lectura de Henry para que vea que no se interesa por él, pero la historia es tan interesante y él lee tan bien que poco a poco se le va cayendo la labor y se queda ensimismada en lo que Henry está leyendo.

Me enternece reproducir esta escena de ficción que bien pudo ser vivida por la propia Jane Austen o alguna de sus amigas en las lecturas en voz alta que tenían lugar en su casa. Revivir esos momentos de la juventud, donde el encuentro con los amigos es lo más esperado e importante del día. Averiguar quién asistirá, pensar en cómo vestirse, peinarse, actuar, qué decir o comentar. Seguramente estos encuentros eran una excusa más que propiciaban los jóvenes para verse en unas edades en que las pasiones se despiertan, una mirada o un gesto de la persona que nos atrae tiene un sentido transcendental, pero donde la cercanía entre chicos y chicas está siempre limitada. Un salón, alguien leyendo un libro, sillas alrededor ocupadas por jóvenes, cerca unos de otros para que quien lee no fuerce la voz; algún mayor, sin duda la madre o una tía soltera, apartada del círculo mientras cose en su sillón, es quien garantiza la decencia de la velada. Se escucha una historia romántica que quizá ya se ha leído en más de una ocasión, el argumento es conocido, se sabe cuáles son las escenas más comprometidas, y nos consideramos protagonistas de la misma, y una mirada furtiva en ese capítulo que estamos esperando puede tener todo el significado del mundo si esta es correspondida.

Ilustración de la escena en la que leen en alto en la novela *Mansfield Park*. © ACI

MUJERCITAS

Hemos visto que la producción literaria del siglo XIX muestra las costumbres de la época, desde cómo vestían o se divertían hasta cuáles eran las relaciones familiares, entre otras muchas cosas, y no podemos dejar de mencionar otro ejemplo donde se muestra la forma en la que se disfruta de la lectura. Hablo de una novela que hoy sigue contando con muchos lectores, ***Mujercitas***, de Louisa May Alcott. La novela, publicada en 1868, se desarrolla durante la guerra de Secesión estadounidense. El padre de las cuatro jóvenes protagonistas está en el frente luchando mientras ellas permanecen en casa con la madre. A lo largo de la novela hay muchas escenas donde la lectura en voz alta es la protagonista y llena de entretenimiento muchos momentos del día. En uno de los encuentros de Jo, una de las hijas, con su vecino Laurie, se interesa por un constipado que arrastra. Este le responde que está mejor pero que lleva una semana encerrado en casa aburrido.

> —¿No lee? —le pregunta Jo.
> —Poco; no me dejan
> —¿No puede leerle alguien?
> —No tengo a nadie apropiado. Los chicos arman mucho barullo y como aún tengo la cabeza algo débil…
> —Pues alguna chica podría leerle y distraerle. Las chicas son tranquilas y aficionadas a hacer de enfermeras.
> —No conozco a ninguna.
> —Nos conoce a nosotras… —comenzó Jo, interrumpiéndose y echándose a reír.
> —¡Tiene razón! ¿Quiere usted venir? —repuso Laurie.
> —Yo no soy nada tranquila, pero iré, si mamá me deja. Voy a preguntárselo. Cierre la ventana como un buen chico y espéreme.

También vemos que se lee a alguien cuando está enfermo o para animar a otra persona, como hace Kate, quien, en otro pasaje de la novela, dice: «Leeré un poco para animarla […] y leyó uno de los más bellos pasajes, de un modo perfectamente correcto y perfectamente inexpresivo». También leen en alto las cuatro hermanas en sus ratos libres, como otra forma de entretenimiento. Meg abre un libro y empieza a leer:

> Jo le rodeó los hombros con un brazo y, apoyando su mejilla sobre la de su hermana, leyó también con expresión de tranquilidad, rara vez reflejada en su inquieto rostro.
> —¡Qué buena es Meg! Anda, Amy, hagamos lo mismo. Yo te ayudaré en las palabras difíciles y ellas nos explicarán lo que no entendamos —susurró Beth, impresionada por los bonitos libros y por el ejemplo de sus hermanas.
> […] Por el espacio de unos momentos, se hizo el silencio en las dos habitaciones, mientras las páginas de los libros eran vueltas con suavidad y el sol invernal besaba las juveniles cabezas y las caritas serias de las cuatro hermanas, en alegre saludo de Navidad.

En otra ocasión, su vecino Laurie visita la casa de las cuatro hermanas y Jo le pide: «Acaba con este cuento mientras yo hago mi labor», y el vecino «se puso a leer procurando hacerlo lo mejor posible».

La lectura de noticias o relatos que se publicaban también era una práctica que se compartía con la familia. En otra escena Jo está leyendo el periódico en silencio, comenta un cuento que han publicado sin revelar que ella es la autora. Amy le dice: «Mejor será que lo leas en alto; así nos entretienes y no haces ninguna travesura». En otra ocasión, y debido a un constipado de Jo, esta decide no ir a casa de su tía porque «a tía March no le gustaba oír leer a personas acatarradas».

Escena de la película *Mujercitas* dirigida por Mervyn LeRoy en 1949 y basada en la novela homónima de Louisa May Alcott. © M. G.M./Album

No solo en *Mujercitas* Louisa May Alcott dejó plasmado el hábito de leer en voz alta, sino que lo vemos también en mayor o menor medida en otras obras suyas como un signo de que sus

protagonistas son personas con una buena educación. En *Eight cousins (Ocho primos)*, Rose lee para el tío Alec cuando está cansado y para Mac cuando está enfermo. En *An Old Fashioned Girl* (*Una muchacha anticuada*), Polly lee para Tom cuando este enferma. En ambos casos, tanto Mac como Tom describirán a las que serán sus esposas como «*little Scheherazade*».

En esa misma época, pero en la Rusia de los zares, Anton Chéjov nos muestra también cómo la lectura estaba presente en una familia humilde en el relato Los campesinos de 1897. Aquí el autor ruso nos describe lo paupérrima que es la población rural alejada de la opulencia de los zares que viven en Moscú. Sin embargo, la lectura compartida en la intimidad del hogar no es exclusiva de las clases acomodadas, sino que es común a todos los estratos de la sociedad. En este caso, un camarero que trabaja en un hotel de lujo enferma de gravedad y, al no poder continuar trabajando, vuelve a su pueblo, donde lo único que encuentra es miseria, atraso, suciedad, violencia y hambre, todo ello mezclado con alcohol y religiosidad. Sin más libros que las Sagradas Escrituras, Olga, su mujer, lee en voz alta: «Leía todos los días el Evangelio en alta voz, y, aunque casi no las comprendía, las palabras santas conmovíanla hasta hacerla llorar».

También lee la hija del camarero enfermo, Sacha, cuando se lo piden durante una celebración:

> Y todos acariciaban a Sacha. Aunque había cumplido diez años, era tan bajita y tan delgada que apenas representaba siete. Entre las otras niñas, curtidas por la intemperie, con los cabellos mal cortados, vestidas con blusones descoloridos, ella, rubia, de ojos grandes, negros y profundos, adornada la cabeza con una cinta roja, como una bestezuela cogida en el campo, era una figura un poco extraña.
> —Sabe leer —dijo Olga, contemplándola con ternura—. Léenos algo, hijita…
> Buscó el Evangelio, se lo dio, y continuó rogándole:
> —Léenos un poco y los buenos cristianos escucharán.
> El libro era viejo, pesado; sus tapas, de piel, estaban sucias por los bordes, y olía a convento.
> Sacha arqueó las cejas y empezó a leer, arrastrando las palabras:
> —El ángel del Señor se apareció a José, que dormía.

> Levántate, le dijo, y huye a Egipto con el Niño y su Santa Madre…
> —Con el Niño y su Santa Madre —repitió Olga, emocionadísima.
> —Huye a Egipto y permanece allí…, conforme te digo.
> El «conforme te digo» hizo subir de punto la emoción de Olga, que no pudo ya contenerse y prorrumpió en llanto. María, viéndola llorar, estalló en sollozos, y la hermana de Iván Makarich no tardó en imitarla. El viejo comenzó a toser y buscó una golosina para su nieta; pero como no la encontrase, expresó su contrariedad con un ademán desesperado.
> Cuando terminó la lectura los vecinos se fueron, haciéndose lenguas de las buenas prendas de Olga y Sacha.

Vemos, así pues, que no todo el mundo sabe leer. Este cuento destaca que la niña es diferente al resto, ya que «sabe leer», de ahí que los que sabían serían los que pondrían voz a los libros para hacerlos llegar a los iletrados. Además, su entonación, que incluso emociona a la madre, pone en evidencia el poder de la voz a la hora de transmitir emociones y sentimientos, poder que el texto leído en silencio no tiene.

10
ESCUCHAR
LEER A DICKENS

ESCUCHAMOS *DAVID COPPERFIELD*

El público lleva varios minutos esperando a que empiece el espectáculo y comienza a impacientarse. Muchos de los que están allí son los mismos que años antes aguardaban en el puerto de Nueva York la llegada de barcos procedentes de Europa para conseguir, lo antes posible y de primera mano, la siguiente entrega de las novelas del escritor. En esta ocasión asisten para escuchar al autor en persona leer alguna de esas historias que tan buenos ratos les han hecho pasar. Estamos en 1868, hace ya unas décadas que las sociedades literarias impulsan este tipo de encuentros donde se lee en alto. El público está compuesto por personas que, en general, consideran inmoral la asistencia a teatros u otros espectáculos de baile o entretenimiento, y en cambio muy edificante e ilustrado escuchar la lectura de un libro.

Después de unos minutos más de espera, un alto y delgado Dickens sale al escenario dando grandes zancadas. Tiene unos cincuenta y cinco años, que se dejan ver en las entradas del pelo y en el gris de la barba y el bigote. La flor roja que lleva en el ojal del traje de noche le confiere un aspecto muy estiloso, como de *british gentleman*. Se dirige al atril, en el centro, donde deposita los libros que lleva en la mano. Allí se han dispuesto también un vaso, una elegante jarra con agua y un ramo de flores. Cerca, una lámpara de gas. El autor hace una reverencia al público, sonríe y espera a que los aplausos comiencen a disminuir. Cuando cesan y todo se queda en silencio, mira a la audiencia: «Damas y caballeros, estoy feliz de tener el honor de leer para ustedes esta noche *David Copperfield*». Y comienza la lectura.

Años antes, Dickens había empezado a organizar en el Reino Unido una serie de encuentros para leer en alto sus novelas en teatros y espacios públicos de diversas ciudades, primero de manera

desinteresada, pero pronto se dio cuenta de que, debido al interés que suscitaban, además de una forma de hacer llegar su literatura a más lectores, podían ser también otra fuente de ingresos. Tenía deudas que saldar, y el dinero que le proporcionaba la venta de sus libros no cubría todos sus gastos. En Estados Unidos, sin más, no se reconocían los derechos de autor, por lo que cualquier editor podía imprimir y vender su obra sin que él recibiera ningún beneficio económico por ellos. Así que allí estaba, en un teatro de Nueva York, tratando de conseguir algo de dinero por su creación.

Dickens comienza la narración del pequeño Copperfield. Así sabemos de los primeros años de su infancia, cómo su padre muere antes de que él nazca y, cuando su madre vuelve a casarse, de lo severo que es su padrastro con él, cómo le daba de palos y lo encerraba en una habitación. El público del teatro escucha en silencio, sus caras compungidas, pobre pequeño, al poco tiempo será enviado a un internado. Dickens había destacado por recitar bien desde niño, tenía talento para la interpretación e incluso de mayor llegó a actuar como *amateur* en varias obras de teatro durante más de una década. Participó incluso en una representación privada para la reina Victoria, quien siempre guardaría un buen recuerdo del excelente desempeño del escritor. Sin lugar a dudas esta afición al teatro no permaneció independiente de su manera de escribir, ya que sus novelas están impregnadas de escenas muy visuales que podrían calificarse de teatrales; de hecho, más adelante, cuando llegue el cine, será muy sencillo adaptar sus novelas al celuloide.

La lectura continúa. Hemos dejado a nuestro protagonista en el internado, pero su madre fallece, y se verá obligado a buscar a una tía de su padre, con la que vivirá unos meses, pero de donde saldrá también huyendo. David no encuentra un lugar donde haya amor y seguridad. Aquí ya hay quien entre el público ha comenzado a sacar los pañuelos para secarse las lágrimas, no puede haber una infancia más triste que la de este pequeño huérfano.

David Copperfield consta de más de mil páginas, por tanto, uno de los principales problemas de la lectura en público de sus obras era la extensión de las mismas. Lo primero que hará Dickens antes de comenzar su gira de lecturas será adaptarlas a un formato más pequeño que pueda leerse en una sola sesión. Así que *David*

Copperfield ha quedado reducido a unas cuarenta páginas. En las adaptaciones no solo se tuvo en cuenta la cuestión de la extensión y el tiempo que una persona puede permanecer atenta a una lectura pública sin más apoyo que la propia voz del lector. No estamos ante una dramatización con varios actores o en un teatro, sobre un escenario, con atrezo, incluso una música, los personajes hablan entre sí y se mueven por el escenario. Aquí hablamos de una sola voz, la del autor, y un libro, por tanto, es la voz del libro la que tiene que sostener todo el espectáculo. Por ello, además de adaptar la extensión de la novela al tiempo, también adaptó el contenido, evitando, por ejemplo, los pasajes donde hubiera una exposición de ideas o crítica social, que no consideraba adecuados para un evento social cuyo principal objetivo es el entretenimiento. En cambio, lo que sí que trató de incluir fue la mayor cantidad de humor posible, llevando al extremo las escenas más propicias para ello. Estas adaptaciones que Dickens realizó de sus novelas pueden ser leídas hoy en día porque se publicaron en el libro *El pequeño Dombey y otras adaptaciones de novelas para leer en público*.

Pero no perdamos de vista la historia que nos está leyendo Dickens. David Copperfield, tratando de buscar su lugar en el mundo, se traslada a Londres para juntarse con alguno de los amigos que hizo durante su estancia en el internado, ciudad en la que conoce la noche, la bebida y los excesos. Pobre muchacho, está desamparado ante la vida, sin nadie que le aconseje y que le guíe. Pero siempre hay un hilo de luz para la esperanza, volverá a encontrarse con su tía, quien le propondrá que vuelva a estudiar y entre de ayudante de un abogado, así podrá labrarse un futuro. Asistimos a los primeros romances del joven, sus desengaños amorosos y, finalmente, su compromiso con una joven. Ahora la gente del público sonríe, ha guardado los pañuelos. El protagonista ha superado todos los obstáculos y tendrá la vida feliz que se merece. Dickens para la narración, toma el vaso de agua y bebe para aclararse la garganta. Deja un tiempo más para que el público se alborote, disfrute de la felicidad del protagonista, ya que sabe que la alegría en la casa del pobre dura poco.

Estas lecturas dramatizadas se anunciaban a bombo y platillo en cada ciudad con carteles en las calles y con anuncios en los periódicos. Y es que todo estaba pensado para que la lectura fuera

un espectáculo: el lugar, la disposición de las sillas para los asistentes e incluso el atril en el que leía, que fue diseñado por el mismo Dickens acorde a su estatura y que llevaba junto con sus libros a cada una de las etapas de su gira. Un atril que nos recuerda a esos primeros lectores en voz alta de las antiguas civilizaciones que lo utilizaban para soportar los pesados rollos de papiro.

Ahora Dickens ya no se detiene hasta el final de la historia de Copperfield. Cuenta que el próspero negocio de abogacía no es tal debido a las malas prácticas del socio y que, al final, además de arruinado, se queda viudo. La mujer de David morirá debido a una enfermedad, y los pañuelos vuelven a salir. Dickens sabía que convenía dejar al público con un buen sabor de boca para que, después de haber sufrido, llorado y estado en vilo para ver qué le ocurre al protagonista, los asistentes volvieran a su casa tranquilos y contentos. Por ello, después de haberlos llevado al límite, la historia da un nuevo giro y David terminará encontrando a la mujer que, en realidad, es su verdadero amor y con quien vivirá el resto de su existencia.

La gira de Charles Dickens

A esta lectura que Dickens dio en 1868, en Nueva York, asistió un joven Mark Twain de treinta y dos años antes de convertirse en el escritor de novelas como *Las aventuras de Tom Sawyer*. La exhibición obtuvo buenas críticas en los periódicos del día siguiente, aunque Mark Twain no las compartía. Cuando contó su experiencia, tildó la lectura de monótona, sin sentimiento ni corazón. No sabemos si esta impresión fue debido a que se trataba de una de las primeras lecturas de Dickens y el autor aún no contaba ni con la experiencia ni con el conocimiento del público que adquiriría con los años. Quizá fue sencillamente una apreciación muy particular, puede que incluso motivada por algo de celos, ya que se alejaba de la del resto de los asistentes, incluidos los cronistas de la época.

Por lo general, los asistentes a estas representaciones las consideraban, más que una lectura, una auténtica actuación: alababan los cambios de voz, los gestos utilizados, la expresión

vocal, daba la impresión de que por el escenario desfilaban multitud de personajes. Algún amigo llegó a decirle: «Charley, llevas toda una compañía bajo tu propio sombrero». El autor llegó a realizar ochenta y siete lecturas en Gran Bretaña y, después, setenta y seis representaciones más en Estados Unidos, y todo ello en poco más de dos años, entre 1867 y 1868. Se estima que solo en Nueva York asistieron cuarenta mil personas, entre las que se encontraba el presidente en aquel entonces del país, Andrew Johnson. Nadie quería perderse lo que se podía considerar la sensación de la temporada, el disfrute de estas lecturas de la boca de su propio autor. Desde el primer momento los beneficios que consiguió fueron superiores a los ingresos que percibía por las novelas que escribía. También hay que recordar que esto no era extraño, puesto que en esta época no existía la protección de los derechos de autor con la que se cuenta hoy en día. En Estados Unidos no existía el concepto de *copyright* y cualquiera podía utilizar el texto de otro autor para imprimirlo y beneficiarse del mismo. Dickens siempre luchó para cambiar esta situación. Un detalle más, a pesar del éxito y el dinero, el autor de *Oliver Twist* no olvidaba sus orígenes y siempre se aseguró de que hubiera butacas a precios asequibles para la clase trabajadora.

Durante la gira, Dickens contrató a un fotógrafo profesional para que lo fotografiase posando tal y como actuaba en el escenario. También se realizaron postales ilustradas. Y ahí le podemos ver con su atril, el libro, una especie de batuta, un vaso, una jarra de agua y un pañuelo para secarse el sudor de la frente. Estas postales fueron vendidas por miles en tiendas y quioscos como parte del *merchandising* que acompañaba este espectáculo. Dickens no viajaba ligero de equipaje: además del atril, llevaba consigo alfombras, biombos o pantallas que colocaba detrás para proyectar la voz, así como lámparas de luz que cambiaban del rojo al marrón dependiendo del momento de la historia. Todo pensado para que el público pudiera ver y oír bien. Acudía mucho público a los grandes teatros donde realizaba sus lecturas y por entonces no existían micrófonos ni otros aparatos para amplificar la voz, así que, para que hasta el espectador de la última fila escuchara, era necesario todo esto, además de una buena proyección de la voz. Para toda esta organización contaba con la ayuda de un equipo: un director,

un gasista, un ayuda de cámara, un oficinista y un hombre que hacía recados y trabajos ocasionales, entre los que se encontraba, por ejemplo, la publicidad y pegado de cartelería. Antes de cada representación visitaban el lugar, revisaban los elementos técnicos y hacían un pequeño ensayo.

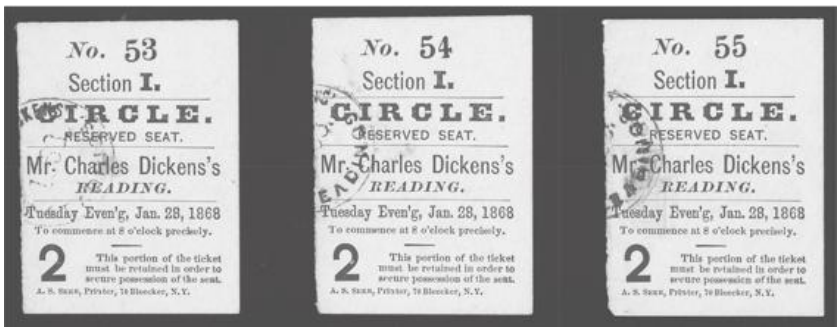
Dickens posando en una lectura pública (1859), de George Herbert Watkins. Fotografía © Charles Dickens Museum. © The Print Collector / Alamy Foto de *stock*

Podemos atribuir el éxito de estas lecturas a que Dickens ya era una persona reconocida y valorada en esta época, y que sus obras ya gozaban de una popularidad que atraían a un público que sabía que su tiempo y dinero en asistir a aquellas representaciones merecerían la pena. Pero es que, además, Dickens se preparaba y ensayaba estas lecturas con antelación. Igual que los esclavos romanos leían el texto antes de una representación y separaban las palabras o incluían marcas allí donde fuera necesaria una entonación o una pausa, hemos podido encontrar anotaciones sobre cómo leer una escena en los márgenes de los documentos utilizados por Dickens para estas lecturas. A pesar de que conocía muy bien el texto, ensayaba la entonación que emplearía para cada historia, dónde haría las pausas y qué gestos corporales acompañarían la lectura. En los márgenes de estos libros hemos podido ver anotaciones como «Acción» o «Misterio» como recordatorio del tono a utilizar. También otras indicaciones como «golpeando el atril» para acordarse de añadir este efecto. Sabía que la puesta en escena y la entonación eran aspectos muy importantes para que la lectura fuera un espectáculo agradable. El resultado: el público se quedaba embelesado. Hacía que la gente gritara, riera, llorase. Se dio el caso, durante la lectura de la muerte de Nancy en *Oliver Twist*, de que los presentes quedaron aterrorizados y asustados, incluso hubo quien se desmayó. Tras el punto y final, el público, puesto en pie, aplaudía fervorosamente durante muchos minutos.

Al correrse la voz de lo buenas que eran aquellas lecturas, lo vívidas, lo que se experimentaba en ellas, provocó que en las siguientes ciudades de la gira Dickens fuese recibido como una estrella de *rock*. Mucho antes que los Beatles o Elvis Presley, Dickens ya había creado la locura de los fans, en este caso, por la lectura. Las entradas se agotaban como ahora ocurre con los conciertos, se cuenta que las de Filadelfia se vendieron todas en cuatro horas y que se quedó mucha gente fuera. La gente *mataba* por conseguir una entrada, y en un caso eso fue literal. Estas lecturas públicas le proporcionarían sin lugar a dudas muchas alegrías al autor al poder comprobar de primera mano la reacción de la audiencia. Por ejemplo, sabemos que después de leer en público su cuento Las campanas escribió una carta a su mujer en la que le decía que uno de los asistentes lloró desconsoladamente

mientras le escuchaba, y reflexiona: «Si hubieras visto anoche a nuestro amigo llorando sin disimulo, sollozando en el sofá, mientras yo leía, habrías sentido qué cosa es el poder para conmover, el poder de la escritura, el poder de la voz». En otra carta a una señora afirma: «Tengo grandes esperanzas de hacer que usted llore amargamente». Dickens siente que la voz que presta a sus propios escritos hace que lleguen con mayor intensidad a los lectores y que estos experimenten sensaciones mucho más extremas, y esto, como autor, le satisface hasta el punto de sentirse poderoso. Podríamos decir incluso que se sentía una especie de dios. Hoy en día, gracias a la ciencia, sabemos que las emociones son más intensas si escuchamos un texto que si lo leemos, y será algo de lo que hablemos más adelante en este libro, pero en aquellas lecturas, sin que existiesen aún pruebas científicas, los asistentes pudieron comprobarlo en primera persona.

Cada lectura pública lo acercaba mucho más a sus lectores, se sentía más unido a ellos, y su público respondía de la misma manera. Cuando una escribe lo hace en soledad. Mientras estoy escribiendo este libro pienso que en el futuro alguien leerá estas palabras que estoy escribiendo ahora mismo, pero eso ocurrirá en un espacio y tiempo diferentes, en diferido. No puedo saber, lector, qué partes te están gustando más, cuáles has leído en diagonal y podría eliminar, ni saber qué echas de menos y te gustaría ampliar. En cambio, Dickens pudo comprobar en directo la reacción que los textos provocaban en su público. Podía cambiar aquellas partes que no funcionaran para la siguiente representación, generando así un texto perfecto, testado en diferentes ciudades y ante distintas personas.



Entradas utilizadas durante la gira de lecturas públicas de Dickens.
© Courtesy of the Charles Dickens Museum, London

Para terminar esta historia, hay expertos que atribuyen el fallecimiento de Dickens en 1870 precisamente al sobresfuerzo realizado en estas lecturas públicas, a las que se había convertido en un adicto. Su muerte ocurrió durante la que fue su última gira por Gran Bretaña, que ya se consideró de despedida debido a su delicado estado de salud. No pudo terminar. Durante las últimas representaciones que tuvieron lugar en el
St. James's
Hall de Londres, entraba en el escenario con la ayuda de dos muletas y leía sentado en una silla, cuando hasta entonces siempre había permanecido en pie durante sus lecturas, para conseguir una mejor proyección de la voz. En primera fila se sentaba su médico, quien había ordenado instalar unas escaleras para subir al escenario y que asistió a las últimas lecturas pensando que en cualquier momento tendría que intervenir. La voz del autor era muy débil ya por entonces. En la última lectura de *Oliver Twist*, después del cruento pasaje donde Sykes golpea a Nancy una y otra vez hasta la muerte, Dickens se quedó sin respiración, agotado, incapaz de seguir hablando. Hay quien cree que el esfuerzo y la emoción que puso en esa última lectura fueron los que, literalmente, mataron a Dickens poco después.

Vemos que la pervivencia de la lectura en voz alta continúa muchos siglos después de la invención de la imprenta y de la difusión masiva del libro, y solo a partir de muy avanzado el siglo XIX comenzará un débil y continuo declive, acentuado por la llegada de inventos como el fonógrafo primero y el gramófono después, que sustituirán a la palabra hablada en vivo.

Fue cuestión de apenas una década que la voz de Dickens no haya podido llegar hasta nuestros días. El fonógrafo no será inventado hasta siete años después de su muerte, pero no puedo evitar imaginarme cómo hubiera sido escuchar alguno de estos relatos en su propia voz, con su entonación, con esa dramatización que tantas emociones provocaba en quienes tuvieron ocasión de escucharlo.

Algo similar a la gira de lecturas que realizó Charles Dickens por Estados Unidos es lo que hizo un hombre llamado algo así como Aloysius Cornelius Kydd. Recorría el norte de Texas alrededor de 1870 con un espectáculo que consistía en leer las noticias de los periódicos a todo aquel que tuviera diez centavos, una silla y ganas de escucharle. El protagonista de nuestra historia trataba de conseguir periódicos que venían de tan lejos como los podía conseguir, de esta manera se aseguraba de que fueran historias nunca escuchadas antes. Es más, tenía una especie de exclusiva con los rotativos de algunas ciudades como Londres o Filadelfia, así que era el único que podía leer estos periódicos.

El lector seleccionaba las noticias que más podían interesar a su público y trataba de que estas fueran variadas y entretenidas, y entre las que podían estar desde la invención de la máquina de escribir a los hechos de la guerra franco-prusiana. Paraba en una población, anunciaba el lugar, el día y la hora de su espectáculo, y llegado el momento preparaba el improvisado lugar tal y como hacía Dickens, colocando un atril, pensando en qué lugar el sonido sería óptimo, dónde la iluminación sería mejor. Desde minutos antes comenzaban a llegar las gentes del pueblo, cada uno con su silla, pagaban la entrada y se sentaban a escuchar. De esta manera las personas de otras ciudades podían enterarse de lo que estaba sucediendo. Sin radio ni otros medios que conocemos en la actualidad, una de las maneras de mantenerse al tanto de las noticias era a través de personas que habían viajado a otros lugares y transmitían la información. Pero a los problemas de comunicación en un país que en esta época estaba en plena construcción, se les sumaba el analfabetismo y la falta de ejemplares, ya que muchas de las cabeceras estaban desapareciendo. Se calcula que más del 70 por ciento de los periódicos del sur dejaron de publicarse durante la guerra civil; a finales de los años sesenta tan solo unos veinte diarios quedaban en activo. No se han encontrado registros de que existieran otras personas que se dedicaran a leer las noticias en voz alta, pero es muy probable que por estos motivos que apuntamos Kydd no fuera el único.

La historia de este lector de periódicos fue escrita en forma de

novela bajo el nombre de *Noticias del gran mundo* y llevada al cine con la interpretación de Tom Hanks. Su autora, Paulette Jiles, se inspiró en el tatarabuelo del esposo de una de sus amigas para crear al personaje del capitán Kidd y, si bien el resto de la novela no está basado en hechos reales, ir de pueblo en pueblo leyendo los periódicos en voz alta sí fue una actividad que ocurrió en la realidad.

11
LEER
EN LA FÁBRICA DE TABACO

CONDE DE MONTECRISTO
EL
EN UNA FÁBRICA DE TABACO

José ha llegado a la fábrica como cada mañana y se ha sentado a su mesa. Allí ya lo están esperando las hojas de tabaco, la tabla, una chaveta para cortar y otros instrumentos que utilizará para fabricar el centenar de puros habanos que terminará torciendo a lo largo del día. Roberto hace ya unos minutos que también llegó a la fábrica, pero no ocupa una de aquellas filas de mesas que de forma ordenada se disponen en la gran sala, sino que se encuentra en un estrado de madera al que se accede subiendo una pequeña escalera. Revisa los artículos de los periódicos del día y va decidiendo el orden en el que los leerá, pero eso será después de haber leído al menos uno o dos capítulos de *El conde de Montecristo*.

Estamos en una fábrica de tabacos a finales del siglo XIX en La Habana. Todo está listo, el resto de los operarios han ido llegando a la sala y cada uno de ellos ocupa su puesto de trabajo. La jornada laboral arranca. Roberto hace sonar una campanilla y se hace el silencio. Comienza a leer para todos la historia de Edmundo Dantés, a quien, cuando parecía que la vida le sonreía porque iba a ser ascendido y la mujer que ama le correspondía, unas amistades envidiosas lo acusan de ser un agente bonapartista y acaba encerrado en una cárcel de alta seguridad en la isla del castillo de If. José, como el resto de sus compañeros, ha escuchado esa historia con mucho gusto durante las últimas dos semanas, en dos sesiones por la mañana y dos por la tarde, con lo que la monótona tarea de torcer tabaco se ha hecho algo más llevadera.

Roberto sabe que tiene que cuidar las cuerdas vocales para desempeñar su trabajo, tiene que proyectar la voz para que la lectura sea escuchada por los casi trescientos torcedores de tabaco

que cada día acuden a la fábrica, y un simple resfriado podría privarlos de ese entretenimiento. Él, tiempo atrás, también trabajó mañana y tarde en una de aquellas mesas. Salió de esa monótona labor cuando fue elegido por sus compañeros, quienes le seleccionaron por su voz clara y la forma en la que la utilizaba para leer con la agilidad y versatilidad necesarias para dar forma a las historias. Cada uno de los torcedores aporta parte de su salario para que la suma resultante sea de un sueldo completo y el lector pueda dejar de torcer tabaco y dedicarse a leer para ellos, para poder ser lo que terminaría convirtiéndose en una profesión, ser lector de tabaquería. De esa forma se amenizan las largas y tediosas horas de trabajo que se desarrollaban en silencio. La creación manual de cigarros no requiere de maquinaria que haga ruido, el silencio de la sala de trabajo permite la conversación entre los artesanos. Además, la labor de liar tabaco es manual y monótona, pero deja libre la mente. Antes de que comenzaran las lecturas, el silencio daba lugar a comentarios y debates que generaban discusiones entre los trabajadores, por lo que era mejor estar entretenidos con una historia que les supusiera una evasión y entretenimiento, y evitara las disputas. Las lecturas aseguran la paz en la sala de trabajo, aumentan la productividad al encontrarse los trabajadores más motivados y hacen más llevaderas las horas en la fábrica.

La costumbre es alternar la lectura de novelas con la de la prensa diaria, pero desde que se empezó con *El conde de Montecristo*, el interés por la obra es tal que el cambio provoca quejas entre los torcedores y es difícil interrumpir la lectura. La primera lectura duró unos cuarenta y cinco minutos y acabó justo con la treta del protagonista, Edmundo Dantés, para escapar de la cárcel castillo con éxito. Roberto cierra el libro y toca la campanilla para indicar que ha terminado. Todos lo lamentan porque la historia se ha quedado en un lugar intrigante de la trama: ¿conseguirá escapar el protagonista de aquella cárcel? Pero inmediatamente surge un gran estrépito de chavetas, las cuchillas planas de metal con las que cortan la hoja de tabaco chocan contra las mesas a modo de aplauso. Tendrán que esperar a la siguiente jornada laboral para continuar emocionándose con la ajetreada vida de Edmundo Dantés.

Ahora Roberto dejará descansar la voz hasta la próxima lectura,

disfrutando mientras tanto del reconocimiento que sus compañeros le dan por la labor realizada. Le satisface contribuir a hacer la jornada laboral más llevadera.

Cómo y dónde empezó todo

Pero ¿sabes de dónde surgió esta idea de leer en voz alta mientras otros trabajaban? Pues tenemos referencias de las primeras prácticas de lectura en 1839, en este caso, en una plantación de recolección de café. Fue idea de Jacinto de Salas y Quiroga, un intelectual español que visitó Cuba ese año y que a su vuelta publicó sus vivencias en el libro *Viaje a Cuba*. En su visita a la plantación, le llamó fuertemente la atención el silencio que reinaba en la sala donde los esclavos seleccionaban los granos de café; es entonces cuando la idea toma forma: «Cuando nosotros entramos en silencio sepulcral reinaba allí un silencio que jamás es interrumpido […]. Y entonces se me ocurrió a mí que nada más fácil habría que emplear aquellas horas en ventaja de la educación moral de aquellos infelices seres. El mismo que sin cesar los vigila podrá leer en voz alta algún libro […] y al mismo tiempo que templase el fastidio de aquellos». Y así comenzó la lectura en voz alta en los cafetales.

Pero, además, en Cuba también se leía en las cárceles. Estas son unos lugares donde lo que sobra es el tiempo. Hay tiempo para escribir, tal y como hicieron Cervantes, con la primera parte del *Quijote* durante su reclusión en Argamasilla de Alba, Óscar Wilde con sus poemas en la cárcel de Reading, o Miguel Hernández con sus *Nanas de la cebolla*, y también hay mucho tiempo para leer. Eso es lo que debió de pensar en 1861 Nicolás Azcárate, director del Liceo de Guanabacoa, donde se impartían interesantes conferencias sobre temas variados. En una ocasión Azcárate, no sabemos si también después de conocer la propuesta de Quiroga de que se leyera en los cafetales, haciendo referencia en una conferencia a la costumbre que tenían las órdenes religiosas durante la Edad Media de leer en voz alta al resto de la comunidad durante el almuerzo o la cena, insinuó que algo así se podría hacer en las cárceles.

A principios del siglo xx el negocio del tabaco en Cuba estaba en

auge y cada vez se precisaban más torcedores que convirtieran las hojas en puros. Aunque estos obreros estaban muy bien pagados, el éxito de los habanos era tal que se precisaba más mano de obra, así que se tuvo que recurrir a presidiarios. Las lecturas tenían lugar cuando los presos terminaban su jornada, ya que la fabricación de puros se realizaba en la propia prisión. Por ejemplo, sabemos que en la cárcel que existía en el Arsenal del Apostadero de La Habana se leía a los presos todos los días durante media hora. En todo caso, en las prisiones el objetivo principal no era el entretenimiento, sino que los libros, como las lecturas, ejercían una función aleccionadora, con el objeto de corregir los malos comportamientos de los presos para que de allí salieran convertidos en mejores personas.

Muchos de estos reclusos trabajaban, una vez que dejaban la cárcel, en las tabaquerías, puestos para los que no hacía falta una formación específica. Fue Saturnino Martínez, líder obrero asturiano llegado a Cuba de muy joven, quien propuso llevar la voz de los libros a las fábricas. Era un hombre hecho a sí mismo, autodidacta, durante el día trabajaba en la fábrica de tabaco y por la noche leía, estudiaba y acudía a las conferencias que se daban en el liceo. Se le atribuye a él, seguramente tras escuchar la conferencia de Azcárate y conocer por sus compañeros las lecturas de las cárceles, la implantación de leer en alto en las fábricas de tabaco. Consciente de lo que la formación había hecho por él y lo que podía hacer también por sus compañeros incultos, propuso implantar la lectura en la fábrica de Partagás, en la que él trabajaba. Así comenzó a ser común que en todas las fábricas existiera una mesa y silla reservadas a los que leían en voz alta o incluso una tarima alta desde donde poder proyectar la voz de forma adecuada. Más tarde, Saturnino Martínez, asociado a un grupo de tabaqueros, creó un periódico semanal dedicado a formar y concienciar a la clase obrera. Se llamaba *La Aurora* y era una publicación de ocho páginas de pequeñas dimensiones, pensada para ser leída en las fábricas.

El primer lugar donde se produjo la lectura en voz alta para mantener entretenidos a los torcedores de tabaco fue el taller llamado El Fígaro, en 1865. Al principio algunos empresarios se mostraron recelosos con esta práctica; otros, en cambio, como el

catalán Partagás, apoyaron la iniciativa e incluso colocaron un estrado de madera en el centro para que el lector se subiera y la voz llegara mejor a todos los trabajadores de la fábrica. Finalmente, la actividad de leer en voz alta se extendió al resto de las tabaquerías de Cuba, aunque solo durante unos años. A finales del siglo XIX, la lectura en alto fue percibida como una amenaza al orden social y fue suprimida. Lo podemos leer en un bando que señalaba esa prohibición: «Con la tolerancia de las lecturas públicas vienen a convertirse en círculos políticos las reuniones de los artesanos, y esta clase de la sociedad sencilla y laboriosa, que carece de instrucción preparatoria para poder distinguir y apreciar las falsas teorías de lo que es útil, lícito y justo, se deslumbra y alucina fácilmente con la exagerada interpretación de las doctrinas que escucha».

Como sucedáneo de estas lecturas, el bando oficial proponía textos «aprobados por las autoridades competentes» en donde los temas estaban bajo control: «La lectura de la doctrina cristiana, de los bandos de buen gobierno y disposiciones de las autoridades, las lecciones que enseñan la manera de conducirse con moderación y urbanidad, y los tratados escritos sobre las artes y oficios, son los libros que educan y enseñan a las clases menos privilegiadas, formando honrados padres de familia y ciudadanos laboriosos o útiles a la patria».

No debían entretener lo mismo los libros de religión, de leyes o sobre buenas maneras que las aventuras de *El conde de Montecristo*, con lo que las largas sesiones de torcer tabaco se hacían aún más largas y tediosas. Como no todas las lecturas podían estar controladas, en 1866 se llegó a promulgar el siguiente edicto que directamente, y para acabar con el problema, prohíbe la lectura en voz alta: «Se prohíbe distraer a los obreros de las fábricas de tabaco, talleres y tiendas de todas clases con la lectura de libros y periódicos…».

A los pocos años, en 1878, se volvió a reanudar el permiso para leer en voz alta, pero en 1896, en plena agitación de la Cuba revolucionaria a favor de su independencia de España, aparece un bando gubernativo que lo vuelve a prohibir. Lo que ocurre es que a esas alturas, la lectura ya había generado una clase trabajadora muy formada que sería el germen de un despertar intelectual que

desembocará en el nacimiento del sentimiento independentista de España. Se había consolidado la conciencia de clase obrera y de promoción de la cultura nacional cubana. De hecho, no es tampoco casual que José Martí, poeta y organizador de la guerra de la Independencia, se desempeñara como lector de tabaquería.

Debido al éxito que las lecturas tuvieron en las cárceles y fábricas de tabaco, se intentó imitar el modelo en otras industrias, como la textil y el comercio, pero no tuvo éxito. En los años cincuenta del siglo XX se probó suerte en un taller de costura, para lo que el administrador contrató a un lector que entretuviera a las trabajadoras. Aunque las obras seleccionadas fueron atractivas y eran del gusto de las oyentes, resultaba imposible seguir bien la narración a causa del ruido de las máquinas de coser, por lo que abandonó la práctica. También se intentó en una tienda: se leía a los empleados durante una hora, justo en su tiempo para el almuerzo y descanso, pero no prosperó debido a que era el único momento donde los trabajadores podían descansar y hablar entre ellos.

Cómo eran las lecturas y qué escuchaban

La fábrica de tabacos de El Fígaro contaba con unos trescientos trabajadores. Al principio, la labor de leer se llevaba a cabo por turnos entre todos ellos, pero después pasó a ser un puesto permanente. La actividad duraba cada día ciento ochenta minutos y se dividía en cuatro turnos de cuarenta y cinco minutos cada uno, dos por la mañana y dos por la tarde. Esto suponía unas tres horas al día de escucha, tiempo en el que se podría concluir un libro a la semana. Si los trabajadores quedaban satisfechos con la labor del lector, hacían sonar contra las mesas la cuchilla, llamada chaveta, que utilizan para cortar la hoja del tabaco a modo de aplauso, pero si no es así, entonces la tiraban al suelo como muestra de crítica. Como curiosidad, Ramiro de Maeztu, político y escritor de la generación del 98 de ascendencia cubana, pasó unos años ejerciendo esta profesión.

La función que tuvo la lectura en voz alta en las fábricas de tabaco fue diversa. La primera y en la que estamos pensando todos

a quienes nos gusta leer es que hacía la tarea más agradable, pero no era el único objetivo. Al ser el torcido de tabaco una actividad que no requería maquinaria ni precisaba de una actividad intelectual, ya que una vez aprendido el oficio todo era muy rutinario, era habitual que los trabajadores sacasen cualquier tema de conversación, desde las noticias políticas más recientes a cotilleos o eventos sociales. Y, claro, en muchas de las ocasiones esto podía provocar discusiones e incluso peleas que paralizaban la producción. Los empresarios pronto se dieron cuenta de que con la lectura los obreros se mantenían en silencio para escuchar, lo que generaba paz en la sala y que la producción no se viera alterada por los altercados que podrían generar las conversaciones. La lectura evitaba conflictos y los trabajadores se centraban en el trabajo.

Por otra parte, la lectura en voz alta sirvió asimismo para el adoctrinamiento de los trabajadores, ya que los textos que se leían podían ser elegidos por el patrón. Si no adoctrinamiento, al menos censura o control de qué información e ideas recibían sus obreros.

Las lecturas podían ser periódicos, libros científicos o de ensayo y novelas, y las solían comprar entre los trabajadores. Después de la lectura el ejemplar se subastada entre ellos. Sabemos que las lecturas preferidas fueron las de Cervantes, Zola, Dumas o Shakespeare, hasta el punto de que se puso el nombre de famosas obras o de sus personajes a las vitolas de los puros habanos. Así pues, podemos encontrar los Sancho Panza, Montecristo o Romeo y Julieta. También conocemos que les gustó mucho Ibsen. Cuentan que desde que comenzó la lectura de su obra de teatro *Hedda Gabler*, un retrato de la alta sociedad noruega, los trabajadores se quedaron anonadados. A las pocas páginas, algunos dejaron de torcer tabaco quedándose embobados con lo que allí se estaba contando. En un momento, ya no se oían ni el chasquido de las chavetas al recortar las puntas del tabaco y ningún trajín de hojas, ningún crujido, ni siquiera una tos. Durante las dos horas que duró la lectura, los cuatrocientos hombres que estaban en la sala estuvieron como paralizados y con el aliento reprimido. Aquel público analfabeto, donde muchos no sabían leer, y formado en su mayoría por negros, mulatos y criollos permaneció extasiado con la vida de la protagonista, una mujer enérgica que no estaba dispuesta a sobrellevar el aburrimiento, pero consciente de que tampoco

podía aventurarse a la bohemia e incertidumbre. Parece que puedo ver a esos trabajadores volviendo a su casa aún con la emoción de lo vivido, compartiendo por la noche con su familia lo escuchado: «¡Qué interesante es la última obra de teatro de Ibsen! Sin lugar a dudas el perfil psicológico que presenta de los personajes es definitorio de la sociedad actual». Algo así como lo que ocurría en la película *Amanece que no es poco*, en la que los habitantes de un pequeño pueblo admiraban a Faulkner, conocían todas las ediciones de sus libros e incluso recitaban fragmentos de memoria. Los tabaqueros, que eran en su mayor parte analfabetos, terminaron, con el tiempo y gracias a la lectura en voz alta, por ser considerados los más cultos de la clase obrera.

Como anécdota final valga esta ocurrida en una de las tabaquerías de la fábrica H. Upmann en La Habana, donde se fundó la marca en 1935. Los torcedores de esa empresa llegaron a ser tan admiradores de *El conde de Montecristo* de Alejandro Dumas que solicitaron que su fábrica llevara el título de esa obra con la que tantas buenas horas habían pasado. Hoy en día es una de las marcas más prestigiosas de habanos y uno de sus puros lleva el nombre del protagonista. Si pides fumar un Edmundo te encontrarás con un puro habano de
135 mm,
con sabor agridulce y algo picante. Otro de los guiños a la obra lo encontramos en la caja, donde se muestran unas espadas que se cruzan formando un triángulo y en cuyo interior aparece una flor de lis, símbolo que está en la obra. En algún caso, como consecuencia de los acalorados debates que se generaban debido a la lectura de libros políticos, como las obras de Maquiavelo o de filósofos políticos, se llegaron a producir altercados que incluso provocaron que se prohibieran ese tipo de lecturas.

A partir de la década de los cincuenta del siglo XX se comienza a utilizar el micrófono por parte del lector de tabaquería. No olvidemos que a esas alturas ya existía la radio, que podría haber acabado con la práctica de la lectura en voz alta. No fue así, pervivió y continúa hasta hoy en día.

El triunfo de la Revolución cubana en 1958 hizo que los lectores de tabaquería dejasen de ser pagados por los compañeros y pasaron a formar parte de la plantilla de la fábrica como un trabajador más.

En los años ochenta esta posición se reafirmó estableciendo una categoría profesional para ellos, denominada técnico de lectura. Si en sus orígenes en algún caso las lecturas eran elegidas por los propios trabajadores, después del triunfo de la revolución, se instauró una comisión de lectura, que es la encargada de seleccionar los libros, periódicos y, en general, de aprobar las lecturas que se autorizan al técnico.

Las obras de Ibsen, Shakespeare, Dumas, Cervantes y de pensadores políticos como Maquiavelo o Kropotkin dieron lugar, sin la menor duda, a la clase obrera más cualificada de la época y me atrevo a decir que de la historia, y todo ello gracias a la voz de los libros que resonaron en las fábricas de tabaco.

Cigarreras libertarias

Esta práctica nacida en Cuba también llegó hasta las fábricas españolas, como en las fábricas de tabaco y cerillas de lugares como Sevilla, La Coruña o las islas Canarias, donde está documentado que existieron lectores hasta tiempos recientes.

A finales del siglo XIX se dio en España un episodio relacionado con la lectura en voz alta en una fábrica de tabacos. En la plaza de Palloza de La Coruña se ubicaba A Fábrica, que acogía diariamente a unas cuatro mil mujeres que trabajaban de sol a sol liando tabaco. Hartas de su situación laboral, lucharon por sus derechos llegando a protagonizar unas de las primeras huelgas reconocidas a nivel mundial. Dentro de sus reivindicaciones laborales estaba la conquista del libro, ya que en aquellos momentos el acceso al conocimiento y a los bienes culturales aún era exclusivo de las élites económicas. Una de las medidas que consiguieron fue poder escuchar cómo se leía en voz alta mientras trabajaban. Y así pudieron conocer la obra de Balzac, Zola, Dickens o Galdós. Estas trabajadoras recibieron durante varios meses la visita de la escritora y defensora de los derechos de la mujer Emilia Pardo Bazán, quien plasmó en su libro *La tribuna*, que se puede considerar una de las primeras novelas sociales españolas, la vida y la situación en la que se encuentran las mujeres cigarreras coruñesas. La protagonista, Amparo, es una líder obrera con gran conciencia política que se

dedica a leer en voz alta al resto de sus compañeras mientras ellas elaboran los cigarros. Así nos lo cuenta Pardo Bazán: «Hubo en cada taller una o dos lectoras; les abonaban sus compañeras el tiempo perdido, y adelante. Amparo fue de las más apreciadas, por el sentido que daba a la lectura; tenía ya adquirido hábito de leer, habiéndolo practicado en la barbería tantas veces. Su lengua era suelta, incansable su laringe, robusto su acento. Declamaba, más bien que leía, con fuego y expresión, subrayando los pasajes que merecían subrayarse, realzando las palabras de letra bastardilla, añadiendo la mímica necesaria cuando lo requería el caso, y comenzando con lentitud y misterio, y en voz contenida, los párrafos importantes, para subir la ansiedad al grado eminente y arrancar involuntarios estremecimientos de entusiasmo al auditorio, cuando adoptaba entonación más rápida y vibrante a cada paso».

De hecho, la protagonista comienza a conocerse con el sobrenombre de la Tribuna por su afición a encaramarse a la tribuna a leer el periódico.

Hoy en día, en Cuba, continúan los lectores de tabaquería o, mejor dicho, lectoras, porque es un oficio que, como el de torcedores de tabaco, se lleva a cabo de manera mayoritaria por mujeres. Continúan leyendo novelas, noticias de la prensa del día, además de instrucciones o normativa laboral y otros textos de formación o incluso temáticas sociales, como la sexología. Para las lecturas se sirven de micrófonos y se alternan estas lecturas con descansos en los que se pone música o noticias de la radio. Desde un principio este puesto de lector fue ejercido principalmente por hombres, pero, con la incorporación progresiva de la mujer a las fábricas, comenzaron también a ocupar dicho cargo. Poco a poco las mujeres se convirtieron en mayoría, cambio que fue bien recibido por gran parte de los tabaqueros. El resto de los compañeros reconocían en las mujeres la paciencia y disciplina que requiere la labor de leer en alto. Es curioso cómo en la actualidad los asistentes de voz utilizan un timbre femenino: Google Maps, Google Assistant, Siri, Alexa nos hablan con voz de mujer. Expertos en comunicación dicen que esto se debe a que tenemos preferencia por escuchar la voz femenina por diversos motivos. Uno de ellos es, como hemos visto aquí, que la voz de nuestra madre es el primer sonido que llega a nosotros cuando aún somos un feto, por lo que las

sensaciones de calma, seguridad y tranquilidad que transmite una voz femenina podrían tener su origen en esto. Otra razón es que las mujeres suelen vocalizar mejor, por lo que el mensaje, sin darnos cuenta, es más entendible, pero no hay estudios concluyentes sobre esto. Por último, otros tan solo ven un sesgo sexista, ya que estos sistemas han sido programados de forma mayoritaria por hombres, quienes asocian la labor de *asistir* a una mujer y que esta ha sido la razón de que los más importantes asistentes tengan voz de mujer. En el caso de Cuba, indudablemente influye el bajo salario percibido por la persona que leía en voz alta, que llevó a los hombres que ejercían de lectores a buscar puestos de mayor remuneración dejando estos otros a las mujeres.

Siempre he fantaseado con la idea de poder leer en el trabajo. Recuerdo cuando iba en transporte público a la oficina, antes de hacerlo en coche o directamente teletrabajar. Al vivir en la periferia de Madrid el tiempo que invertía en el trayecto de mi casa al trabajo era una hora de ida y otra de vuelta. Siempre he llevado un libro conmigo, incluso cuando aparecieron los móviles. Como buena lectora, y seguro que aquí también puedes identificarte conmigo, he ido leyendo por los pasillos mientras hacía el trasbordo de una línea de metro a otra, me he equivocado de sentido del trayecto y me he pasado de parada. Al llegar a la oficina había que cerrar sin más remedio el libro. Ahora con los audiolibros podría seguir escuchando mis historias mientras hago alguna tarea rutinaria como otros escuchan música, pero en aquella época tocaba cerrar el libro y mirar el reloj hasta que llegara la hora de salida y pudiera volver a cogerlo de camino a casa. Hace poco una vecina me contaba que trabajaba en la línea de montaje de una fábrica de coches. Con un trabajo rutinario, casi sin moverse del sitio, realizando siempre los mismos movimientos y con el ruido horrible de las máquinas, me contaba que ella se ponía los auriculares y escuchaba audiolibros y pódcast mientras estaba trabajando. ¿Puedes pensar en algo mejor? Me pasé un verano limpiando en una residencia de ancianos mientras me sacaba la carrera. Una vez acabadas las principales tareas rutinarias que se hacían a primera hora, y la mayor parte de las veces en compañía, el resto del día se me asignaba alguna labor

para hacer por mi cuenta. Recuerdo el edificio, antiguo e histórico en el centro de Madrid, grande, con pasillos por los que perderse, varias plantas, y una configuración no homogénea. En uno de aquellos días entré a una pequeña sala donde no había nadie y que hacía las veces de salita de reunión. Había sillones, un televisor y, en un apartado, como escondida, una estantería llena de libros. Pasé con mi trapo y mopa por allí pensando que donde hay libros hay polvo, y me dispuse a echar un vistazo. Al rato estaba sentada en un taburete con un libro en la mano leyendo. A partir de ese descubrimiento, trataba de realizar mis tareas lo antes posible para acudir a aquella salita, que al menos a aquellas horas estaba siempre vacía, para escaparme y leer. Era solo un ratito, unos minutos, como el empleado que sale fuera a tomar un café, fumar un cigarro o hacer alguna compra, yo iba ahí y durante unos minutos miraba los libros y leía algún párrafo. Años más tardes, me entero de que Eva, una de mis compañeras en otro de los trabajos que tuve, amante de la literatura y de los libros, ahora es responsable de recursos humanos de una gran superficie de bricolaje, y ha creado una biblioteca para los empleados. ¿No te parece una fantástica iniciativa? Tal y como ocurre en las fábricas de tabaco de Cuba, puede que mucha gente descubra el interés por la lectura y el placer que proporciona a través del lugar en el que trabaja, porque la voz de los libros también llega a las fábricas.

12
LEER EN LA GUERRA

ROMANCEROS EN PLENO SIGLO XX

Es primera hora de la mañana y Paloma acude con sus dos hijos a la plaza de Leganés, un pequeño pueblo al sur de Madrid, para comprar lo que necesitará para comer los próximos días. Es un frío día de febrero de 1910 y se ha asegurado de que los pequeños vayan bien abrigados con bufandas y boinas. Ven un grupo de militares que se están arremolinando en torno a un hombre que apoya un estandarte sobre la pared del despacho de vino que da a la plaza. La gente que pasa por allí, la mayoría militares (hay un cuartel en las cercanías), comienza a formar un corro alrededor de él. También lo hacen otros transeúntes, que, como Paloma, han salido a hacer algún recado. No es ninguna actuación programada, ha surgido de manera fortuita, casi furtiva, anecdótica, y la gente se para a escuchar lo que el hombre tiene que decir. Saca una vara y comienza a recitar en forma de romance uno de los episodios de la guerra de África, lo que despierta el interés de los militares, que se apiñan a su alrededor en gran cantidad. El romancero comienza su canto y señala con su vara el estandarte. La vara va pasando de viñeta en viñeta, recorriendo todas y cada una de las escenas. El romancero es una especie de Heródoto que va contando la historia de lo que está ocurriendo en su época, una especie de noticias en directo que no tenían por qué estar pegadas a lo que hoy llamamos la rabiosa actualidad, sino que el rango de interés podía ampliarse a varios meses. Su exposición de hoy, sin lugar a dudas, es algo arriesgado por su parte. Algunos de los militares que allí se encuentran pueden haber participado en la contienda o conocer los hechos de primera mano. No hay lugar a la imaginación o a la improvisación, como hace cuando relata otras historias de crímenes ocurridos en parajes remotos.

La narración ha terminado, el espectáculo no ha durado más de

un cuarto de hora y algunos asistentes adquieren la postal impresa con las viñetas. El corro se deshace, cada uno sigue su camino, como si aquella historia hubiera parado literalmente el tiempo y, ahora, una vez concluida, este volviera a transcurrir.

Eran los romanceros de calle, que contaban sus historias, crónicas reales o ficticias, con la ayuda de un estandarte pintado. En muchos casos continuaban siendo personas ciegas acompañadas por sus perros lazarillos, pero en otras, estos romances eran declamados, contados y cantados por personas videntes. En estos espectáculos se tratan noticias y hechos de la actualidad, fenómenos paranormales y, sobre todo, se da cuenta de gran cantidad de crímenes que ocurrían en la España rural, una especie de *true crime* de la época. Cuando finalizaban su exposición se dedicaban a vender unas postales impresas con las imágenes que les habían servido de soporte. Seguro que muchos de los oyentes, al llegar a casa, al encontrarse en el despacho de vinos con los amigos, al ir a visitar a algunos parientes, llevarían consigo estas historias, quizá también ellos las acompañarían de dichas postales, que enseñarían a los demás, y contarían la historia que habían conocido de primera mano, convirtiéndose así en protagonistas de la narración, quizá alterando alguna parte, añadiendo de su propia cosecha más detalles.

Explicación de la guerra de Marruecos en la plaza de Leganés, 1920. © Fondo de la Biblioteca Nacional de España

EL CINE: UNA NUEVA FORMA DE CONTAR LAS HISTORIAS

La escena que hemos recreado parte de una fotografía que encuentro en la revista *Blanco y Negro* y que nos sirve de muestra para conocer que estos espectáculos de historias narradas en la calle pervivieron en España durante las primeras décadas del siglo pasado. Faltaban algunos años para que se produjera la primera emisión de radio en España, que tendría lugar en 1924, y algunos

más para que estos aparatos llegaran a cada una de las casas. Tendríamos que esperar hasta 1956 para ver las primeras televisiones, así que, para enterarse de las noticias, a principios de siglo, la gente seguía arremolinándose en las plazas de los pueblos para escuchar a alguien que, igual que hacían los ciegos y sus lazarillos en la Edad Media, les informara, contara y entretuviera con los sucesos y noticias de la época. Sí que se habían comenzado a dar las primeras proyecciones cinematográficas desde 1896, y aunque hablamos de algo aún muy minoritario porque el número de proyecciones era escaso y no llegaba a todos los lugares, la lectura en voz alta tuvo un papel importante.

Las primeras películas daban cuenta de la vida cotidiana de la época, desde un simple paseo por un jardín o la llegada de un tren a una estación. He encontrado una en la que también se muestra la actividad rutinaria de la lectura en voz alta. Se trata de *La chica de la turbera*, en la que una madre soltera consigue un trabajo de doméstica y lee libros en voz alta a la señora de la casa.

Aunque el cine nació mudo, siempre quiso tener sonido. Desde sus inicios las proyecciones eran acompañadas por pianistas que tocaban música en directo y se incluían intertítulos, imágenes con textos que aportaban información adicional o algún que otro diálogo. Como no todo el mundo sabía leer con suficiente fluidez, al mismo tiempo que lo hizo el cine nacerá la figura del explicador, que se colocaba de pie al lado de la pantalla y leía estos textos en voz alta según iba apareciendo en la pantalla. También podía intervenir en el resto de la proyección relatando qué estaba ocurriendo. Dotaba a la película de sonido, ya que imitaba los ruidos con su propia voz o con instrumentos, como bocinas o cáscaras de coco para emular el sonido de los caballos. Aunque lo habitual es que los actores dijeran exactamente el diálogo acorde a la escena que estaban interpretando, y pensando que al final esto no iba a llegar al público, se relajaran modificando un poco el texto o incluso añadiendo algo que estaba fuera de lugar. Con el tiempo, hubo amantes del cine mudo que aprendieron a leer los labios de los actores y entendían algunas palabras o frases. De hecho, protestaban cuando no coincidía lo dicho por el personaje y la frase escrita en la pantalla, o parte del guion se cambiaba y había que modificar el texto que aparecía en la pantalla. También pasaba lo

contrario, que cuando se suavizaban diálogos que se consideraban muy fuertes u ofensivos y se matizaban gracias a los textos, quien sabía leer los labios alcanzaba a conocer el matiz.

Los lectores profesionales en voz alta de estos textos que aparecían en las primeras películas mudas vivieron su máximo esplendor en la primera década del siglo XX y gozaron de una gran consideración dentro del cine, incluso se hacía referencia a ellos en la publicidad de las películas. Un buen explicador le daba valor artístico y comercial a la película, que podía pasar de divertida y entretenida a monótona y aburrida en función de la persona encargada de la explicación.

EL PUEBLO A LA CONQUISTA DE LA CULTURA

Hacía ya un tiempo que los libros se fabricaban con imprentas mecánicas, mucho más rápidas que la de Gutenberg; también los periódicos circulaban sin dificultad. La progresiva reducción de la jornada laboral de los trabajadores desde las últimas décadas del siglo XIX y principios del XX había implicado que los obreros pudiesen dedicar más tiempo al ocio y, por lo tanto, cabía la posibilidad de que disfrutaran de la lectura. No obstante, los grados de alfabetización seguían siendo muy bajos en todo el mundo. En España, por ejemplo, a principios de siglo seguía siendo del 56 por ciento, y aunque había logrado reducirse mucho durante las primeras décadas, en 1930 el 33 por ciento de la población seguía sin saber leer ni escribir. Este tercio lo componen fundamentalmente mujeres y personas que viven en el mundo rural. Y, además, una cosa es saber leer y escribir, y otra muy diferente tener la fluidez necesaria para leer textos largos, disponer de este hábito, entrenar la concentración que requiere la lectura silenciosa y, por supuesto, podía haber más libros, pero no existía la red de librerías y bibliotecas de la que disponemos en la actualidad, así que tener dinero para comprar libros en propiedad y almacenarlos en casa no estaba al alcance de todo el mundo, o al menos no de la mayoría.

Ante este panorama, desde las élites políticas llevaban tiempo ideando un proyecto para que el progreso a través de la cultura

llegase a todos los rincones del país. Con la implantación de la Segunda República este proyecto se acelera y se materializa a través de lo que se conocerán como las Misiones Pedagógicas. Delegaciones de voluntarios viajaban por ciudades de provincias, por pueblos, por cortijos, llevando la cultura donde nunca antes había llegado, en forma de obras de teatro, espectáculos, proyecciones de películas y bibliotecas circulantes. Esta iniciativa contó con el apoyo de escritores e intelectuales de la época, como Pedro Salinas, Federico García Lorca, Antonio Machado, Rafael Alberti o María Zambrano. Pero como cuenta Sergio del Molino en *La España vacía*, las Misiones Pedagógicas fueron más un mito que una realidad, ya que, por desgracia, no tuvieron ni el alcance territorial ni la duración necesaria como para surtir el efecto deseado. En torno al 25 por ciento de dichas misiones se quedaron en las cercanías de los pueblos de Madrid y Segovia, por lo que no llegaron igual a todo el territorio. Además, la estancia de dichas misiones era también muy limitada, puesto que solo permanecerían en los pueblos o ciudades unos días.

En una fotografía vemos al escritor de la generación del 27 Antonio Oliver, quien fuera marido de la poeta Carmen Conde y primera mujer en pertenecer a la Real Academia Española. Está rodeado de multitud de niños mientras él lee en alto. Se trata de una de las misiones en las que participó, en una pedanía de la provincia de Murcia. Junto a él se arremolinan sobre todo niños, también algunos adultos, muchos de pie, otros apoyados en algún saliente de la pared o escalones. Así era la forma en la que los libros se disfrutaban, aunque fuera solo por unos días.

El escritor Antonio Oliver en una Misión Pedagógica en la pedanía murciana de Valladolises en el año 1935. © Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver

En cambio, una de las iniciativas de la Segunda República, menos conocida y que sí que produjo una considerable extensión de la formación y la cultura en nuestro país, fue la creación de bibliotecas municipales, y en esto también tuvo mucha importancia la lectura en voz alta. En coordinación con las bibliotecas de las Misiones y de otros servicios de promoción de la lectura, como las bibliotecas escolares o un camión ambulante, se encargaron de proporcionar libros de manera permanente en zonas rurales. Las bibliotecas municipales las coordinaba el poeta Luis Cernuda y las implementaban a pie de calle los bibliotecarios Juan Vicens y María Moliner, esta última también conocida por crear el *Diccionario de uso del español*. Consiguieron levantar hasta junio de 1936 más de cinco mil bibliotecas, muchas de ellas en pequeños pueblos. María Moliner, miembro del cuerpo de Archivos y Bibliotecas y delegada del patronato de las Misiones Pedagógicas de Valencia, en 1935 idea un sistema de bibliotecas en red. De esta manera se comienza a coordinar el préstamo de servicios bibliotecarios comunes y conectados, y que es el germen de nuestras actuales bibliotecas. El funcionamiento de este sistema lo detalló en su publicación *Instrucciones para el servicio de pequeñas bibliotecas*. Será la

encargada, muchas veces junto con su hermana Matilde, de la inspección de las bibliotecas de la provincia de Valencia, viendo sobre el terreno cómo actúan y poniendo en práctica diferentes medidas para mejorar sus resultados. Se crearon lotes de cien libros, divididos en dos grupos, libros para adultos y para niños, y se instalaron en las escuelas bajo la supervisión del maestro, pero estaban abiertas a todo el pueblo y los libros se podían adquirir en préstamo para que se los llevaran por unos días a sus casas. De esta forma, la disponibilidad de libros en lugares fuera de las grandes ciudades fue un gran logro, otro reto diferente sería quién los iba a leer.

En muchos de los casos la única forma de que la voz de los libros llegase a esta población rural que no sabía leer ni escribir era a través de alguien que les leía en voz alta, muchas veces bibliotecarios, maestros o voluntarios de cada uno de estos pueblos. Conocedores de la realidad social y educativa a la que se enfrentaban, los creadores de estas bibliotecas organizaron asimismo lecturas públicas, esto es, en voz alta como parte importante de la actividad. Las estadísticas recogidas durante estos años muestran que los niños eran los que más leían debido a su asistencia a clase, pero hay un aspecto que no viene reflejado en las estadísticas, y es el impacto que tendría el hecho de que estos jóvenes llevaran los libros a su casa. Allí leían en voz alta para el resto de la familia, de modo que la cultura y la literatura se hacía extensible a todos gracias a la lectura en voz alta.

Lectura al aire libre del Servicio de Bibliotecas de Misiones Pedagógicas en Caspe (Zaragoza) 1932. © Residencia de Estudiantes, Madrid

Juan Vicéns fue uno de los bibliotecarios vinculado a la Institución Libre de Enseñanza, miembro del Patronato de las Misiones Pedagógicas y gestor de bibliotecas en el Comité de Cultura Popular durante la Segunda República. En su libro *España viva. El pueblo a la conquista de la cultura* nos cuenta la influencia que tuvieron las bibliotecas en la España de esta época. Como responsable a nivel nacional, viajó por todo el territorio español visitando cada uno de estos centros y anotando cómo se desarrollaba el trabajo y de qué manera la ciudadanía recibía este servicio. Nos habla de unas gentes hambrientas de conocimiento, que como decía Lorca, con quien coincidió en la Residencia de Estudiantes: «No solo de pan vive el hombre. Yo, si tuviera hambre y estuviera desvalido en la calle no pediría un pan; sino que pediría medio pan y un libro». Y esta hambre de cultura nos la describe Juan Vicéns con una escena real a la que asistió: «He podido presenciar escenas extraordinarias; en algunos pueblos muy pobres, situados a lo largo de la línea del ferrocarril en Andalucía, veía a diario a hombres de aspecto miserable acercarse al tren ¿para pedir limosna, tal vez? ¡No! Lo que pedían eran libros y revistas y cuando se les daba acudían a sentarse alrededor del que, a viva voz, las leía».

Fuera de estas iniciativas, para la mayoría de la población la lectura era una práctica escasa y parece lógico que cuando esta se producía fuera en voz alta. Así nos lo cuenta el ensayista y novelista Ramiro de Maeztu cuando recuerda una de las lecturas a las que asistió él mismo en España. Se trataba de la lectura *La conquista del pan*, libro del anarquista ruso Kropotkin y que él mismo había leído en alto durante su estancia en La Habana a un grupo de inmigrantes obreros, principalmente gallegos y asturianos que no sabían leer. Más tarde ve que ocurre lo mismo en España: «He presenciado la lectura de *La conquista del pan* en una casa obrera. En un cuarto que alumbraba quedamente una vela se reunían en las noches de invierno hasta catorce obreros. Leía uno de ellos trabajosamente; escuchaban los otros: cuando el lector hacía punto, solo el chisporroteo de la vela interrumpía el silencio».

García Lorca nos cuenta que a él le gusta leer en alto, y lo hace en el famoso discurso que pronuncia con motivo de la inauguración de la biblioteca de su pueblo natal. Comenta: «Antes que nada yo debo deciros que no hablo, sino que leo. Y no hablo, porque lo mismo que le pasaba a Galdós y en general, a todos los poetas y escritores nos pasa, estamos acostumbrados a decir las cosas pronto y de una manera exacta, y parece que la oratoria es un género en el cual las ideas se diluyen tanto que solo queda una música agradable, pero lo demás se lo lleva el viento. Siempre todas mis conferencias son leídas, lo cual indica mucho más trabajo que hablar, pero, al fin y al cabo, la expresión es mucho más duradera porque queda escrita y mucho más firme, puesto que puede servir de enseñanza a las gentes que no oyen o no están presentes aquí».

Como escribía sus conferencias para leerlas en voz alta, han llegado hasta nosotros todos sus discursos, como el que dio cuando se refirió a los poemas surrealistas que había incluido en la antología *Poeta en Nueva York*, donde nos explicaba lo que había que hacer antes de leer en voz alta: «Así pues, antes de leer en voz alta y delante de muchas criaturas unos poemas, lo primero que hay que hacer es pedir ayuda al duende, que es la única manera de que todos se enteren sin ayuda de inteligencia ni aparato crítico, salvando de modo instantáneo la difícil comprensión de la metáfora y cazando, con la misma velocidad que la voz, el diseño rítmico del poema».

Y además de las lecturas en voz alta de sus conferencias y poemas, lo que Federico García Lorca hizo hasta las semanas previas a su asesinato fueron lecturas públicas de la que sería su última obra de teatro y que no llegaría a representarse como tal, *La casa de Bernarda Alba*. Estas lecturas se celebraron en casas de amigos, la última de ellas, en el mes de junio de 1936, con la presencia de otros poetas como Jorge Guillén, Dámaso Alonso, Pedro Salinas o Miguel Hernández.

Cuando se produce el golpe de Estado que daría inicio a la Guerra Civil española, el poeta Miguel Hernández se consagra a recitar en voz alta en la calle para levantar la moral. Lo hará en municipios de Madrid como Valdemoro, Pozuelo de Alarcón, Alcalá de Henares, Majadahonda y otros muchos lugares. La lectura pública era una práctica que ya venía haciendo desde antes, ya que sabía que era la forma más práctica de que su poesía llegase a quien él quería, el pueblo. Existe una fotografía que muestra cómo leyó su poema «Elegía a». Su amigo, el pensador Ramón Sijé, paisano suyo y con quien compartía inquietudes literarias y políticas, había fallecido debido a una enfermedad. En la plaza de Orihuela que lleva el nombre de su amigo, Miguel Hernández se sube a una escalera y lee por primera vez este poema. Así que cuando estalla la guerra, se dedica a ir de pueblo en pueblo y de plaza en plaza, leyendo sus poemas en voz alta, y aprovechará también la difusión que ya entonces tiene la radio, para llegar a mucha más gente.

Lecturas en los hospitales de la guerra

Antonio es de un pueblo de la Mancha, tiene tan solo diecinueve años y ha pasado los últimos meses en la zona del Ebro metido en una trinchera. Ha cambiado el azadón con el que araba las tierras por un fusil que hacía solo unos meses nunca había tenido en sus manos. Se podría decir que está defendiendo la República de los insurgentes que quieren cambiar el modelo de Estado en contra de la voluntad de las urnas o que apoya el levantamiento para luchar contra el avance del comunismo y el fin de los valores cristianos, poco importa. Él lo único que sabe es que un día llegaron a su casa y lo alistaron a un bando, no lo eligió ni pudo negarse. Está en ese

lado, pero podría haber estado en el otro. Solo quiere que esto acabe.

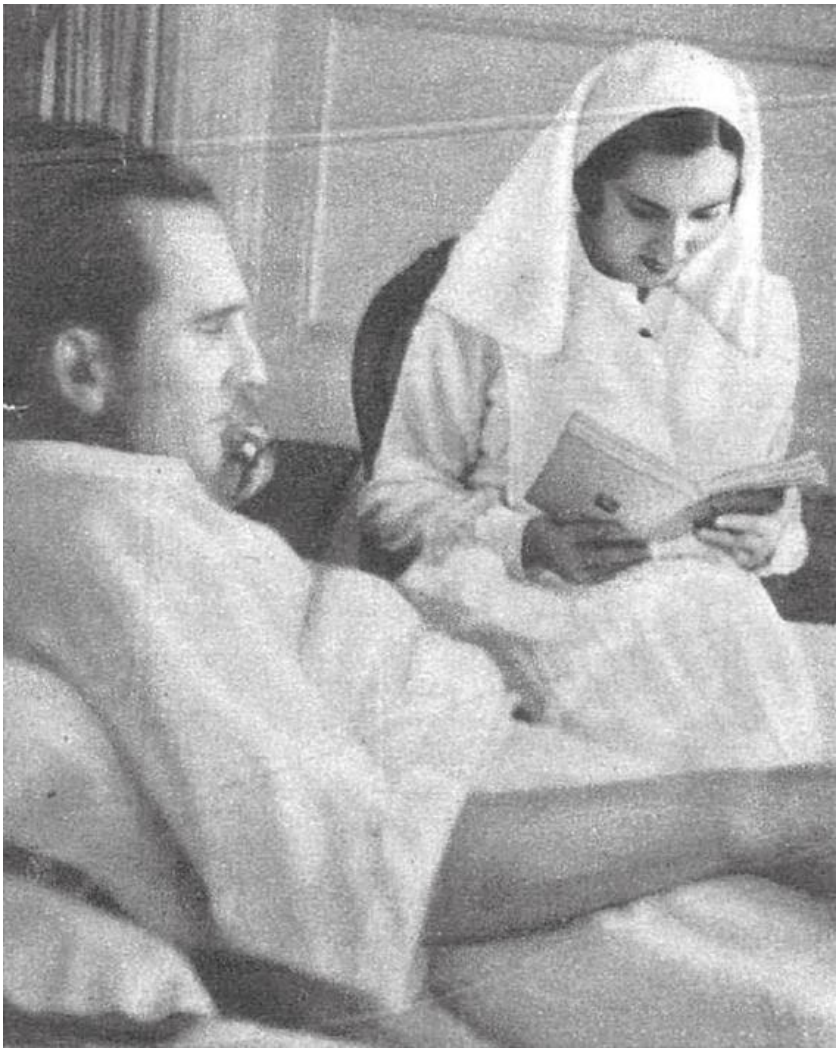
Cuando Antonio cae herido grave y es trasladado al hospital de Zaragoza, piensa que es el final. Nunca volverá a ver a sus padres, hermanos ni a su novia, que esperan en el pueblo y de los que hace casi dos años que no tiene noticias. Una granada le ha explotado en las manos y ha perdido varios dedos. Pasados los primeros días, el peligro de muerte parece alejarse, pero aún tiene fuertes dolores. No sabe cuánto tiempo le queda de estar en el hospital, pero no quiere pensar en tener que empuñar de nuevo el fusil. De momento sigue con brazos y manos vendados. A pesar de ello, piensa que ha tenido mucha suerte. Duerme a intervalos, sin diferenciar día y noche, las quemaduras no le dan tregua. También se despierta con pesadillas: aunque ahora esté en una cama de hospital, la guerra sigue en su cabeza.

Un buen día, la rutina del hospital se ve interrumpida por la llegada de un grupo de chicas jóvenes. Cada una de ellas se dirige a una de las camas separadas por cortinas que en filas llenan la gran habitación. La que se acerca a Antonio lleva un jersey rosa, falda gris por debajo de la rodilla, bolso algo desgastado y unos zapatos con un poco de tacón recién lustrados. Le llama la atención su pelo ondulado de color castaño oscuro. La chica lo sujeta con una horquilla que evita que los mechones le oculten la cara, una cara angelical y muy bonita. Antonio piensa en su novia, en qué habrá sido de ella durante todos esos años, en si paseará los domingos después de misa por la calle Mayor o si visitará a sus tías. La joven que se acerca a su cama se interesa por él: de dónde es, cómo cayó herido, cómo se encuentra ahora, y aunque él contesta de forma educada no entiende muy bien todo aquello ni qué sentido tiene. Entonces llegan dos enfermeras del hospital con un carro lleno de libros y la joven, que se llama Clara, toma una silla, se sienta al lado de su cama y comienza a leer el libro que le acaban de entregar.

Se trata de *Las aventuras de Búfalo Bill*. Ella lee en voz alta las peripecias del famoso explorador americano. Entonces el pensamiento de Antonio vuelve a su pueblo, donde intercambiaba las historietas en cómic de este aventurero entre sus amigos y por un momento regresa a su infancia y sus primeros años de juventud,

esa que le han robado. El libro que sostiene en sus manos Clara es una edición ilustrada y cuando aparece un dibujo vuelve el libro hacia Antonio sosteniéndolo un rato para que pueda disfrutar de las bonitas pinturas.

Clara acude todos los días a leer al hospital, también los domingos. Han empezado a tutearse y a tener una breve charla antes de comenzar la lectura. A veces la interrumpen para comentar lo que acaban de escuchar. Ahora Antonio sabe que el novio de Clara también está en el frente, hace más de un año que no lo ve ni recibe cartas de él. Ya está más recuperado, pero aún no puede sostener el libro por sí mismo, por esa razón Clara sigue acudiendo todos los días a leerle historias de aventuras. Cada vez que la mira y escucha su voz piensa en su novia, en las ganas que tiene de que aquello acabe, y en este rato se olvida de la guerra y de los dolores, y viaja al lejano Oeste.



Una enfermera lee un libro en alto a un herido. Revista *Estampa* (29 de agosto de 1936). © Fondo de la Biblioteca Nacional de España

El objetivo de estas bibliotecas en hospitales era distraer a los soldados heridos y enfermos, exaltar la moral del convaleciente con lecturas dirigidas. Surgió así una terapia novedosa para aquellos años, la biblioterapia, que utilizaba las lecturas como una forma de ayudar en la recuperación física y mental del enfermo. Para ello, realizaban un test a los pacientes para conocer su nivel cultural y

aficiones con el objetivo de asignarles los libros que más les pudieran interesar. Además, a ciertos convalecientes, aquellos gravemente heridos, con enfermedades graves o infecciones contagiosas, no se les repartían libros físicos. Tampoco podemos olvidar que en la España de los años cuarenta una tercera parte de la población seguía siendo analfabeta y no tenía incorporado el hábito de la lectura. Así que estas lecturas en voz alta se organizaron tanto para aquellos que no podían leer, por tener problemas visuales o encontrarse muy enfermos, como para los que no sabían.

Las lecturas eran llevadas a cabo por los bibliotecarios o las señoritas visitadoras, como se denominaba a las jóvenes que de manera voluntaria se acercaban a los hospitales para prestar esta labor. Dentro del listado de libros a disposición de los heridos los preferidos eran los de aventuras, quizá como una forma de revivir las historias escuchadas o leídas en la niñez. Entonces las aventuras de Buffalo Bill, Sandokán o el capitán Nemo eran las que gozaban de mayor popularidad. Los títulos que se podían leer eran supervisados y seleccionados por la organización, ya que parte del ejército sublevado consideraba que la falta de control en la edición de libros era una de las causas de la situación política y social existente en España y, por tanto, del conflicto. Así pues, emulando al cura y al barbero en el *Quijote*, que decidieron qué libros eran adecuados y cuáles no para el hidalgo manchego, aquí también se comenzaron a establecer listados de títulos que pudieran atentar contra los principios nacionalcatólicos y que había que eliminar. Siguiendo el mismo método que los personajes cervantinos, los libros fueron amontonados y quemados en grandes hogueras o, en el mejor de los casos, relegados a zonas de las bibliotecas a las que no se tendría acceso y que recibieron el nombre de *infiernos*. Los libros prohibidos han sido una constante en la historia de la humanidad: ya sea en la ficción, con la hoguera que prenden el cura y el barbero en el *Quijote* o en *Fahrenheit*, o en la realidad, en la Guerra Civil española y durante la Alemania nazi. Y por desgracia no es algo del pasado, sino que en los últimos años estamos viendo cómo se prohíben títulos en países tan desarrollados como Estados Unidos.

Ya durante las guerras que se produjeron en el siglo XIX la

lectura de libros, revistas y periódicos en los campos de batalla había comenzado a ser algo habitual debido al aumento de la alfabetización de las tropas y a la existencia de largos periodos de tiempo sin mucho que hacer y sin disponer de otras formas de entretenimiento. Comienzan ahí las primeras bibliotecas en los ejércitos promovidas por grupos filantrópicos y religiosos, y gracias a esos libros se llenarían las largas noches de los soldados, en solitario o amenizadas por la lectura en voz alta de alguno de ellos, ya que no había tantos ejemplares como personas para aquellos títulos más populares. La lectura en voz alta no solo sirvió para hacer más llevaderas las horas en las trincheras o aliviar la estancia en hospitales de soldados enfermos, sino como medio de transmisión de las ideas políticas y las formas de actuar. Representaba asimismo una actividad saludable que evitaba peleas u otro tipo de comportamientos propios de muchas horas sin nada que hacer. Pero será durante la Primera Guerra Mundial cuando este fenómeno llegue a su máximo esplendor. Cuando los países beligerantes piden a las poblaciones que colaboren apoyando a los ejércitos, no solo se refieren a latas de conservas y mantas, sino a libros. La población civil donará muchos como una forma de proporcionar un alimento para el alma del soldado. De hecho, en algunos casos, se encontraron mensajes o notas dirigidas al desconocido receptor que se reconfortaría con su lectura.

Siguiendo el ejemplo de la Primera Guerra Mundial, durante la Guerra Civil española se crearon servicios de lectura en ambos bandos de la contienda: en el franquista, el Servicio de Lectura para el Soldado y el Servicio de Bibliotecas Circulantes para Hospitales, y en el republicado, el Servei de Biblioteques del Front en Cataluña o el Servicio de Cultura Popular en el frente de Madrid. Estos últimos destacaron en eficacia en parte gracias a la involucración de Teresa Andrés, en un importante cargo y que ya había trabajado en la gestión bibliotecaria durante la Segunda República. Teresa extendió los servicios de las bibliotecas a lo largo de todo el territorio y llevó el fomento de la lectura en frentes y hospitales.

Un grupo de soldados escuchan las noticias de la guerra gracias a la lectura en voz alta de un periódico. Revista *Estampa* (29 de agosto de 1936). © Fondo de la Biblioteca Nacional de España

El Servicio de Lectura para el Soldado alentado por el bando franquista comenzó en Zaragoza y desde allí se crearon y organizaron el resto de los centros que progresivamente se fueron abriendo a lo largo del país. En el caso de los hospitales, se les dotaba de libros que formaban una improvisada biblioteca. Contaba con el apoyo de Carmen Polo, mujer del después dictador Francisco Franco, líder del bando insurgente, lo que indicaba la importancia y el valor que se dio a esta actividad.

Desde el bando republicado es Cultura Popular, que había sido creada a principios de 1936 como un comité del Frente Popular que se dedicaba a coordinar actividades culturales, quien desde el comienzo de la guerra dirigió todas sus actividades a la creación de bibliotecas en el frente y en hospitales. Durante solo el primer año del conflicto se crearon unas mil bibliotecas, ochocientas en los frentes y cien en hospitales, y se distribuyeron unos ciento treinta mil libros. También repartían periódicos en ciudades, pueblos e incluso en las trincheras. La necesidad de información en aquellos tiempos era inmensa.

Durante la guerra, desde ambos bandos, se crearon espacios improvisados en los regimientos y se diseñaron muebles especiales

para poder transportar los libros, como carritos de libros para hospitales, estanterías para estaciones militares permanentes o cajas para cuando había que desplazarse rápido. La llegada de un periódico era muy bien recibida, ya que suponía una de las pocas formas de enterarse de cómo se iba desarrollando la guerra en la que ellos mismos participaban. Así vemos una foto de un hombre con un gran periódico, sentado en medio del campo en lo que parece una piedra, y a su alrededor, sentados o de pie, permanecen en silencio, atentos a las noticias leídas en voz alta, el resto de los militares.

La voz comienza a apagarse

Parece domingo y hace calor. Un corro de niños está sentado en el suelo alrededor de tres hombres que seguro que no eran tan mayores como aparentan. El suelo es de arena, pedregoso, la fachada de la vivienda encalada deja ver por la parte de abajo las piedras que sustentan esos muros. Los hombres llevan boinas, chalecos encima de las camisas y zapatillas de tela atadas con cordeles sobre los tobillos. Las niñas lucen vestidos cortos con calcetines y zapatos blancos. En la cabeza, trenzas que sus madres se han afanado en apretar fuerte para que no se escape ni un mechón o grandes lazos que evitan que el pelo caiga sobre la cara. Los niños visten con camisas de manga corta, pantalones cortos, aún son pequeños. ¿Qué hacen allí? Doy la vuelta a la fotografía y leo: «Barcelona,
20-8-38».
Aún no ha terminado la guerra. Miro en qué día de la semana cayó el 20, en sábado. Casi acierto. Esa semana, la de la Virgen de agosto, eran, y todavía lo son, tradición las ferias en los pueblos. En aquella época, incluso en guerra, eran ferias de ganado, la vida tenía que seguir su curso.

Un hombre lee un libro a un grupo de niños. Barcelona, 20 de agosto de 1938. Hemeroteca de la Biblioteca Nacional. © Fondo de la Biblioteca Nacional de España

Me fijo en la cara de los niños y muchos de ellos sonríen, algunos hasta con una amplia sonrisa; una de las niñas se está tapando la boca con la mano en ese gesto automático que hacemos cuando una carcajada sale sin control. Están escuchando leer en voz alta el libro que uno de los hombres tiene entre sus manos. Allí están todos, muy cerca de él, para no perderse nada de la historia. Trato de ampliar la fotografía para ver de qué libro se trata, esa curiosidad que se nos despierta a los lectores cuando vemos a alguien leer. Nada, no se ve, pero sin lugar a dudas tendría que ser algo divertido. Si ampliamos la foto y observamos los ojos de los niños, alguno mira al lector; otros, directamente al libro como si de ahí saliera la voz. Es probable que fuera el único rato que tendrían en todo el día, y quién sabe si de la semana, de disfrutar con las historias. Un momento único que ninguno se quería perder. Sin televisión ni móviles ni videojuegos, solo un libro y una voz, y a partir de ahí eran capaces de imaginar, de reírse, de disfrutar y de olvidar por un rato las bombas que caían o el hambre que pasaban.

Terminará la guerra y estos niños de la foto crecerán, se casarán, tendrán hijos, pero seguirán viviendo entre aquellas mismas paredes

encaladas, pobres, olvidados de las grandes ciudades, sin bibliotecas ni libros. Llevarán a sus hijos durante sus primeros años a escuelas del pueblo o de los cortijos, allí aprenderán a leer y escribir, y luego emigrarán a los extrarradios de las ciudades para labrarse una vida mejor que la que han llevado sus padres. Los cinturones industriales de Madrid y Barcelona crecerán con grandes bloques de ladrillo que surgirán de un día para otro. El dictador Franco morirá en su cama y comenzará la transición a la democracia. Los hijos de esos obreros irán al colegio y escucharán la radio puesta todo el día en su casa. Ahí no se leen libros, pero se cuentan historias a través del radioteatro y las radionovelas que escuchan sus madres mientras hacen lo que llamaban «sus labores». Más tarde verán la televisión, primero en blanco y negro, después en color, les comprarán una enciclopedia a plazos, irán al cine los domingos por la mañana después de comprar el periódico, tendrán en su barrio una biblioteca pública llena de libros y, por último, estudiarán en la universidad y conocerán internet.

Estamos ante la primera generación de españoles con educación que verdaderamente tienen acceso a los libros y la lectura. La lectura en voz alta va poco a poco apagándose, solo sigue presente por la noche cuando un niño tiene que dormirse, cuando se lee a una persona que no lo puede hacer por sí misma porque está enferma o es ciega, y también cuando se hace de la lectura un espectáculo, en una librería, en la presentación de un libro o en un acto institucional. Pero a la vez, mientras la voz de los libros agoniza, la tecnología surge para recuperar esta práctica olvidada, las historias se graban primero en vinilos, casetes, CD, luego irrumpen los teléfonos móviles que nos permiten escuchar audiolibros, pero aunque limitada a algunos espacios concretos y situaciones, la voz de los libros aún sigue resonando con fuerza, casi como una especie de resistencia ante el olvido.

SEGUNDA PARTE
La resistencia de la voz de los libros

En los capítulos anteriores hemos compartido cómo a lo largo de la historia la forma más extendida de disfrutar de la lectura fue hacerlo en voz alta, hasta mediados del siglo XX, cuando la lectura silenciosa se abrió paso, si bien con diferencias, como siempre, según los países o las clases sociales a las que nos refiramos. Esto se debió, entre otros factores, a la cada vez mayor alfabetización en la sociedad, la comercialización del libro a gran escala y el uso doméstico de medios de comunicación como la radio, el cine, la televisión e internet, que han ido quitando tiempo a esos encuentros en torno a la lectura. Así pues, se evolucionó desde una sociedad oral a otra textual, más tarde visual y hoy en día virtual, lo que ha cambiado nuestra manera de vivir, de pensar, de estar en el mundo y, cómo no, de disfrutar de la lectura.

La voz de los libros se ha debilitado en favor de una lectura silenciosa y solitaria, sin embargo, se sigue disfrutando en voz alta: al contar cuentos a los niños, leer a nuestros mayores, a enfermos en hospitales, a personas que se encuentran en las cárceles y, por supuesto, cuando se celebra la literatura en actos públicos. Pero la voz de los libros no se rinde, resurge cual resistencia ante un mundo apocalíptico y paradójicamente lo hace a través de la tecnología, esa misma que ha ido arrinconando la lectura para mostrarnos otras formas de entretenimiento. Gracias a la grabación de los audiolibros y a la inteligencia artificial, que ahora también lee en alto imitando el habla humana, parece que la voz de los libros resurge aún con más fuerza. Entonces, si esto ya está ocurriendo, si nuestros hijos escuchan un audiolibro antes de dormir o una máquina lee en residencias, ¿tiene algún sentido que volvamos a leer en voz alta? Vamos a descubrirlo.

13
LEER A CIEGAS

LEER A BORGES

Alberto, un joven estudiante de dieciséis años y amante de los libros, comienza a trabajar en una librería después de sus clases diarias para sacarse un dinerillo. Se trata de Pigmalión, en la ciudad de Buenos Aires, la librería de una alemana que había huido de los horrores del nazismo y hace llegar las últimas publicaciones europeas y norteamericanas al cono sur. Son finales de los años sesenta del siglo pasado. Este joven se pasa el primer año quitando el polvo de los libros con un plumero. Esta librería no es como aquella en la que Zenón entró en Atenas después de su naufragio y escuchó leer un libro completo. Alberto siempre había tenido muy idealizada la labor de librero, pero ahora solo mueve cajas con libros de un lado a otro. Al menos, la dueña le dice que lea, que conozca todas las novedades para que pueda hablar con los clientes. Poco a poco le encarga otras funciones y atiende a clientes entre los que se encuentra el director de la Biblioteca Nacional de Argentina. El joven se gana la confianza del director gracias a las conversaciones que comparten sobre libros día tras día. Un día el director le hace una petición, que si puede ir a su casa a leerle en voz alta, que él ya está casi ciego, y su madre, que es quien hasta entonces le ha leído, ya ha cumplido los noventa y se cansa con facilidad. El joven acepta tan interesante propuesta, al menos, mucho mejor que quitar el polvo de las estanterías.

Así que ahora Alberto llega a un pequeño y oscuro apartamento donde hace calor y huele a un perfume peculiar que no sabe reconocer. Pronto se da cuenta de que el olor sale de las puntas del pañuelo que el director guarda en el bolsillo de su chaleco y que la empleada doméstica se ocupa de tener siempre perfumado. Se sienta y comienza a leer uno de los cuentos de Kipling. Aquella tarde no sería la última y se repetirá tres veces a la semana durante

los siguientes cuatro años.

El joven librero era Alberto Manguel y el director ciego, el escritor Jorge Luis Borges. Sufría una ceguera que se había ido manifestando poco a poco a lo largo de su vida hasta que ya le era imposible leer por sí mismo. Sin otras formas masivas de reproducción como los audiolibros o la suficiente existencia de títulos en formato braille, la única manera de leer era esa, que alguien lo hiciera en alto. Mientras Alberto pone voz a Kipling, Borges escucha en silencio. Sentado en un sillón, las manos en el bastón, los labios ligeramente entreabiertos, la mirada fija hacia arriba.

Alberto, sin embargo, no era el único que leía para Borges: el escritor pedía casi a cualquiera que le leyera, a estudiantes, periodistas que iban a entrevistarlo, a otros escritores, cualquier momento era bueno y había que aprovechar la ocasión de disfrutar de lo que más quería, la lectura. Me recuerda a esos aristócratas romanos que tenían a su disposición multitud de esclavos para leer. Me lo imagino en cada uno de sus encuentros cotidianos escuchando con atención a quien tenía enfrente. Podría ser el vendedor de ultramarinos, ¿cómo sería su voz leyendo *La isla del tesoro*?, el cartero que le llevaba un paquete a su domicilio, ¿qué tal sería si leyese el *Quijote*? o la enfermera que le revisaba la tensión, ¿cómo sería *El libro de la selva* con su voz? Cuando alguna voz le gustaba, entonces tenía que frecuentar con cualquier excusa a esa persona, ganarse su confianza hasta que un día pudiera hacerle la propuesta de que leyera para él en casa. Me lo imagino como una especie de asesino en serie que elige a sus presas y las va convenciendo hasta hacerlas caer en sus redes, pero, en este caso, con un final inocuo y agradable.

Los libros que Borges y Alberto más leyeron durante tardes como aquella primera que hemos descrito fueron los cuentos de Kipling, Chesterton y Stevenson, que al escritor le parecían casi perfectos. Y no solo se contentaba con que los leyeran, también le gustaba comentarlos. Quizá el joven Mangel de aquella época no fuera consciente de la oportunidad a la que estaba asistiendo: escuchar los comentarios de Borges sobre cada uno de esos escritores universales y sus temas. No sabemos si Borges comentaba sin más o esperaba que sus lectores también tuvieran la suficiente

capacidad intelectual para poder entablar conversación y aportar su propia visión, como aquel aristócrata del Renacimiento que al buscar un lector puso como condición que tuviera la formación necesaria para poder comentar las lecturas que juntos disfrutaran. En algunas ocasiones también iban juntos al cine, y Mangel le narraba lo que ocurría en la pantalla, una especie de lector de imágenes en movimiento, algo similar a los inicios del cine, cuando se leían e interpretaban las imágenes en las películas mudas.

En aquel piso no había una gran biblioteca como cabría suponerse del que había sido director de la Biblioteca Nacional. En una ocasión en que el escritor Mario Vargas Llosa lo visitó menciono, sorprendido, este hecho, a lo que Borges lo contestó que quizá era así como ostentaban en Perú, pero que allí eso no se hacía. Tampoco disponía en su casa de ejemplares de sus propios libros. Borges es famoso por decir «que otros se enorgullezcan por lo que han escrito, yo me enorgullezco por lo que he leído». Creo que estas dos muestras, una biblioteca modesta y reconocer que somos más lo que leemos que lo que escribimos, definía muy bien a Borges. Tenía pocos, pero, como diría Quevedo, doctos libros. A Borges le gustaba volver a los clásicos para aprender de los grandes escritores. Paraba la lectura del joven Alberto y le pedía que repitiera una frase o un párrafo varias veces hasta que captaba lo que quería: qué palabras se habían utilizado, qué formas verbales, qué adjetivos y todas esas cosas en las que se fijan los escritores y que tan necesarias son para escribir bien.

Ahora Borges se levanta y se acerca a su biblioteca. Quiere elegir él mismo el libro que desea escuchar. Pasa la yema de los dedos por cada uno de los lomos. Conoce esos libros muy bien, son parte de él, sabe con exactitud dónde se encuentra cada uno, su título, autor, editorial, si incluyen ilustraciones y hasta de qué color son. De cada uno de aquellos libros, al tocarlos, también podía decir de qué trataban sus historias, en qué lugar se desarrollaba, quiénes eran los protagonistas; parecería que podía leer los libros solo con tocarlos. Alguien que no supiera que estaba ciego acaso pensaría que era una persona que podía ver. Y en cierto sentido era así. Alberto, sentado en su silla espera en silencio a que termine de elegir la próxima lectura, asombrado de que se mueva a sus anchas por aquella biblioteca. No en vano, Umberto Eco quiso emular la figura de este

ciego que parece ver los libros y conoce su contenido a pesar de no poder ver a través del personaje del bibliotecario ciego de *El nombre de la rosa*. Borges toma entre sus manos el tomo de *El gaucho Martín Fierro* y lo abraza. Piensa que la felicidad está en los libros, que es un pequeño milagro que ocurre todos los días y está a nuestro alcance. De hecho, aquella tarde aún no lo sabía, pero los libros estuvieron junto a él hasta el final de su vida. Siempre tuvo a alguien que le leyó, incluso en sus últimos días, hasta que murió un 14 de junio de 1986 en Ginebra. Allí, en la cama de un hospital, la enfermera, como antes otras lo habían hecho para los soldados enfermos durante las dos guerras mundiales que asolaron el siglo XX, le leía todos los días. Como si su vida fuera una novela con una trama perfecta, el último libro que escuchó leer fue *Heinrich von Ofterdingen*, de Novalis, que narra el viaje de un joven junto a su madre a la patria de ella. Por el camino, el viaje interior que hará será más profundo, llegando a descubrir y construir su identidad como poeta. Este libro Borges lo leyó por primera vez durante su adolescencia precisamente allí, en Ginebra. El círculo se había cerrado.

Pero aún quedan muchos años para que esto ocurra. Aquella tarde Alberto ha continuado leyendo hasta la hora fijada. Borges ha comentado el talento que tenía Kipling y la ausencia de descripciones de la pampa que muestra Martín Fierro. Se pone de pie y le ofrece su mano a Alberto para llegar a la puerta. Oye que la madre y el gato continúan en la habitación de al lado. Cuando Alberto sale le dice: «Buenas noches. Hasta mañana, ¿no?», y sin esperar respuesta cierra lentamente la puerta.

EL PADRE QUE GRABABA CASETES A SU HIJO

«Yo maldigo río del tiempo, cinta segunda y última, faltan solamente seis páginas para terminar…». Así comienza esta grabación. Pero contemos la historia desde el principio.

Hace unos años, tuve la oportunidad de conocer en una mesa redonda sobre audiolibros a Manuel, una persona ciega de nacimiento que nos contó cómo había estudiado su carrera. Hace más de cincuenta años, cuando la tecnología no proporcionaba el

apoyo de hoy en día a las personas con discapacidad visual y cuando, si querías acceder a un texto, este tenía que estar en braille, ser ciego y estudiar en la universidad era toda una proeza. Como os podéis imaginar, el número de libros en braille era restringido, de hecho, podemos decir que Manuel vivía en el siglo XX, pero tenía el acceso al mismo número de títulos que en la Edad Media.

Durante la charla, Manuel nos habló sobre la evolución de la tecnología en las últimas décadas y cómo ahora las personas con discapacidad visual gozan de una mayor accesibilidad a la cultura y a la lectura, lo que ha supuesto una indudable mejora de su calidad de vida. Contó que la Organización Nacional de Ciegos (ONCE) empezó a grabar audiolibros en español en 1962. «Empezaron con los clásicos y, aunque había textos publicados en formato braille, poco a poco comenzamos a leer en sonido». Aquí hizo un inciso, y antes de continuar con la historia de la evolución tecnológica respecto al audio y cómo eso ha mejorado la vida de personas como él, entró en el tema más polémico del día: «¿Es lo mismo escuchar que leer?». Para él es muy natural decir «leer en sonido», tanto como decir «mañana nos vemos», aunque nadie de los que conversan pueda ver. Entonces se escucharon las primeras risas en la sala. Manuel cerró el polémico debate sobre la escucha y la lectura en los primeros dos minutos de su intervención, dando un ejemplo muy clarividente: «Escuchar es leer sin lugar a dudas, tal y como correr en la cinta del gimnasio es también correr». ¿Se puede dar respuesta a algo de una manera tan contundente y sencilla? ¿Puede haber una mejor metáfora? Cuando dos personas que les gusta correr se preguntan por sus marcas, y uno dice: «Me hago los quince kilómetros a la hora», el otro no responde: «Pero ¿corres por el parque o en la cinta del gimnasio? Porque si lo haces en la cinta del gimnasio es hacer trampa». Entonces me pregunto por qué esto sí que pasa entre algunos lectores de libros en papel. Por qué cuando en esta misma conversación se enteran de que tú has escuchado en formato audiolibro ese mismo texto que ellos han disfrutado en papel suelen decir, quitándole importancia, algo así como «bueno, eso no es leer». Creo que, además de desconocimiento del formato, porque la mayor parte que dice esto habitualmente no ha escuchado un audiolibro, subyace un sesgo psicológico de creer que son superiores intelectualmente, cosa que, por mi parte como

lectora, nunca he tenido que demostrar.

Para Manuel y otras personas con discapacidad visual, la escucha del texto convertido a audio no es una alternativa, es una necesidad. No hacerlo es privarse del placer de la lectura, o al menos, en una cantidad y frecuencia de lo que los muy lectores consideramos que es ser lector. Si el texto no está en braille, que puede ser algo habitual, no hay otra forma de acceder al conocimiento. Además, la producción es muy cara, se precisan unos diez libros en braille por cada libro que se quiera traducir. Además, este formato es pesado, lo que dificulta el traslado y la lectura.

Cuando Manuel contaba todo esto, volví a recordar los brazos firmes y fuertes de los esclavos de Plinio el Joven sosteniendo los pesados rollos de papiro, y pienso que, por mucho amor que tengamos a la cultura clásica, ir con estos rollos en el metro no sería buena idea, como tampoco lo sería viajar con todos los libros en braille necesarios para leer el *Quijote*, ocuparían una maleta. Además, no existen en este formato todos los títulos que la ingente producción editorial de hoy en día lanza al mercado. El 80 por ciento del presupuesto de la producción en braille que tiene la ONCE se destina a la transcripción de libros de texto dentro del ámbito educativo, que, por cierto, y debido a que cada comunidad autónoma tiene su propio plan de estudios, requiere un libro diferente. Así que queda poco presupuesto para los libros para el ocio y el entretenimiento.

Como decimos, la escucha es para Manuel algo muy natural, aunque reconoce que para escuchar y hacerlo sin distraerse hay que entrenar la atención de la escucha. Una vez solventado esto, llega un momento en que no importa cómo sea la voz que lee el libro, ya que las personas que están acostumbradas a escuchar, una vez que la voz llega a su cerebro se transforma en esa voz interior que todos tenemos cuando leemos en silencio. Están tan acostumbrados a escuchar que en la mayor parte de los casos son capaces de hacerlo a una velocidad mayor. Ahora en la sesión puso algún ejemplo a los que asistimos. Escuchamos un fragmento a una velocidad revolucionada, no entendimos nada, como los que estábamos allí teníamos ya una edad, bromeamos con que se parece al señor de los coches Micromachines, un anuncio de la televisión de los años ochenta que hablaba a toda velocidad. Manuel nos confesó que

cuando escucha un texto con el que no va a disfrutar de la prosa, las descripciones ni los diálogos, quizá un libro técnico o de no ficción, pero también novela, los escucha a una velocidad que una persona que no esté entrenada puede que no entienda nada. No echa de menos la voz humana, para él la voz sintética no supone ningún problema.

Manuel hizo un repaso por la historia de la tecnología y cómo esta ha ayudado a las personas ciegas. Un hito fue cuando llegó el libro electrónico y la ONCE comenzó a producir audiolibros con voz sintética, voz de robot en aquella época para entendernos. Esto supuso acceder a los mismos títulos de las novedades editoriales, mientras que con el anterior procedimiento de solicitar la grabación de dicho título, con voz humana, podía tardar varios meses. Además, los costes eran mucho menores, la disyuntiva estaba en preferir un solo título con voz humana o diez con voz sintética. A partir de 2006 comienza la biblioteca digital de la ONCE. Hasta entonces solo había sido posible a través del envío en el formato CD, pero la digitalización y puesta a disposición online de estos audios fue también otro avance. Pero sin lugar a dudas el mayor de todos los avances fue cuando Kindle sacó la funcionalidad de reproducir los libros electrónicos con voz sintética. Eso significó que, cuando un libro salía, no había que dejar un tiempo para enviar la petición a la ONCE y esperar a que se grabara, sino que se podía disfrutar del libro como cualquier persona vidente, en ese mismo momento. Al principio, cuando tuvo la posibilidad de adquirir tantos libros como quisiera, Manuel comenzó a comprar todos, no se lo podía creer, era el paraíso a su alcance. Claro, tuvo que parar, una cosa es preferir, como hacían esas mujeres del Siglo de Oro español, los libros a los vestidos, y otra endeudarte por ellos. Pero, en todo caso, a partir de ese momento pudo disfrutar del ansia del lector, de que el espacio de tiempo desde que sabemos que un libro existe y tenerlo a nuestra disposición sea muy corto, la impaciencia de un niño pequeño que quiere algo y lo quiere ya, eso a Manuel, se le había negado hasta entonces. Hoy en día le sigue ocurriendo lo mismo. Por ejemplo, él sabe que la ONCE graba las novelas de Luis Landero, pero no puede esperar a que lo hagan. Acaba de salir *Lluvia fina*, que dice que es una maravilla, y él ya se lo ha comprado y lo ha escuchado, o como le ocurre con Javier

Marías, no puede esperar.

Bueno, pues resulta que, cuando Manuel estudió su carrera de Filología, ni existían tantos audiolibros como ahora, ni herramientas que pasaran el texto a formato audio, aunque fuera con la voz del C-3PO de *La guerra de las galaxias*. Así que ¿cómo hizo para poder estudiar? Manuel nos contó, con el característico humor que le caracteriza y que ya observamos en la conferencia, que su padre para colmo «era oculista, y que le salieron dos hijos ciegos». Por tanto, era su padre el que le leía los libros en alto para solventar esta situación y que pudiera acceder a todos los textos que necesitaba. Comenzó a leerle cuando Manuel, a los quince años, se rompió una pierna y tuvo que estar dos meses en cama. El padre le leía para hacerle más llevadera esta situación, como hemos visto que leían a los soldados en los hospitales de guerra o a otros muchos enfermos. Ya sabemos que la lectura cura, y en estos momentos es cuando más lo podemos comprobar. En varias ocasiones el padre se dio cuenta de que Manuel se quedaba dormido en la cama, somos conscientes de lo que relaja un buen libro, y él debía de llevar leyendo más de media hora, así que se le ocurrió una idea. Grabaría esos libros para que él pudiera escucharlos cuando quisiera. Algo que fue muy útil cuando el hijo comenzó la universidad, ya que todos podemos imaginar que para sacar una carrera no es suficiente con una sola lectura, sino que hay que leer y repasar varias veces los libros. Su padre le grabó en cintas de casete todos esos libros, tanto los de texto propiamente dichos como novelas. Quitaba el precinto de una cinta de casete, la introducía en la cajetilla, pulsaba el botón del *Play* y de *Record* a la vez y se ponía a leer. Entonces, siempre comenzaba diciendo el nombre del libro que estaba leyendo y el orden que tenía esa cinta, si era la primera, o la cuarta, y cuánto faltaba para terminar. ¿Os parece que puede haber una manifestación de amor más bonita? Con estas cintas, Manuel podía escuchar una y otra vez, parar la grabación, rebobinar hacia atrás y volver a repetir algo para comprender o memorizar algún pasaje. Así pudo Manuel hacer la carrera de Filología, a pesar de contar con una barrera muy grande, la falta de visión. Al final resultó que al padre le gustaba leer en alto. De hecho, decía que si no grababa para él, pues no leía, así que era una

excusa para pasar tiempo leyendo: grabar las cintas a su hijo. Luego, ya que ambos leían las mismas novelas, también comentaban si les habían gustado o no. Manuel recordaba que «fue una época muy bonita, esto nos unió mucho». Una vez Manuel le pidió a la ONCE que le grabaran *En busca del tiempo perdido* de Proust. Es una obra muy larga, y se podía pedir a la ONCE que narradores profesionales grabaran algunos textos. «¡Bah! Eso te lo grabo yo», le dijo el padre. «Pero, mira, que esto son palabras mayores», le contestó Manuel. «Bueno, déjame el primero, y ya vemos». Finalmente se lo grabó en dos veranos. El único libro con el que su padre le dijo: «Oye, mírate esto, a ver si lo vas a seguir o no, porque si no lo sigues no te lo grabo» fue *Ulises* de James Joyce. Risas entre el público. Recuerda, por ejemplo, que *Guerra y paz* ocupaba sesenta y dos cintas, así que necesitaban muchas cintas.

El padre llegó a saber tanto de Filología que decía que si no fuera por el latín se podría haber presentado a la licenciatura y aprobar sin problema. Otra vez risas. Además, que también tenían un *reserva*. Se trataba de su tío, que era fiscal y no tenía hijos, así que tenía tiempo para esto. A él le mandaban grabar todo aquello a lo que el padre no le daba tiempo. «Bueno, y aquello que era más aburrido, como el *Manual elemental de gramática histórica del español* de Menéndez Pidal y cosas así». El padre de Manuel a veces también hacía comentarios durante las lecturas grabadas, sobre todo con el tema de la ortografía, algo difícil de fijar para una persona ciega, así que a veces le decía: «Vegetal con uve, o hambre con hache».

Pienso en todas estas personas que han dedicado su tiempo, su atención, su amor para que otros puedan aprender, formarse y, por supuesto, disfrutar de la lectura y me emociono. En este caso, además, cuando el padre de Manuel hace estas grabaciones tiene alrededor de ochenta años, sin lugar a dudas leer es un placer, pero también un esfuerzo cuando se hace en voz alta. No somos conscientes de la suerte que tenemos con poder acceder al mundo que nos brindan los libros hasta que nos ponemos en la situación de quien no puede disfrutarlo. Las personas con capacidad para hacerlo a través de diferentes formas, visual y auditiva, somos unos privilegiados porque podemos adaptar nuestras lecturas a cada momento o lugar: libro en papel, libro digital, audiolibro. ¿Por qué

entonces rechazar por sistema una de ellas? Manuel recuerda los títulos de los primeros libros que pudo escuchar en cada uno de los formatos que la tecnología puso a su alcance. Por ejemplo, *El guzmán de Alfarache* fue el primero que escuchó en el formato de cuatro pistas. Es algo tan importante para él como lector que esa experiencia quedó marcada en su memoria. También contó que utilizaba los libros leídos por su padre en la cama antes de dormir, relajado, y cómo se quedaba dormido mientras los escuchaba, y luego al día siguiente ya no sabía por dónde iba la historia.

Pasados unos años desde esta mesa redonda, vuelvo a contactar con Manuel. Quiero saber si conserva estas cintas y dónde las guarda. Me cuenta que no las tiene, entre otras cosas, porque muchas las regrabaron. Las compraban por miles y guardarlas hubiera supuesto mucho espacio. Además, muchas terminaron rompiéndose, ya que las escuchaba repetidas veces y tenía que ir hacia adelante y atrás, con lo que se dañaba el soporte en el que estaba grabado el sonido. A partir de 1984 surgen los casetes de cuatro pistas y media velocidad, que multiplicaban la capacidad de grabación de las cintas por cuatro: en una cinta de noventa minutos podían caber seis horas. Manuel y su padre utilizaban este aparato, que ya no existe. Otro motivo por el que no tiene las cintas: cuando el reproductor comenzó a fallar ya no fabricaban piezas de repuesto. Hoy Manuel solo guarda una de ellas. Se la envió a la ONCE para que, como un favor personal, se la pasaran a formato digital. La conserva en la nube y es el recuerdo que atesora de su padre. La cinta recoge el libro *Yo maldigo el río del tiempo*, de Per Petterson, una historia de la relación entre una madre y su hijo en la Dinamarca contemporánea y la incapacidad que a veces tenemos las personas para comunicarnos. Manuel me envía por wasap el comienzo de esta grabación: «Yo maldigo río del tiempo, cinta segunda y última, faltan solamente seis páginas para terminar…». Entre Manuel y su padre la comunicación fluía como un río, y ese audio es como ese libro que el hijo hereda del padre cuando muere y al volverlo a leer se para en los lugares donde el padre dejó una marca, un subrayado, un comentario a lápiz, y se produce la magia de comunicarnos con los que ya no están con nosotros, «hablar con los muertos», como diría Quevedo. Cuando Manuel vuelve a escuchar este audio, vive en cada parte de la historia la ternura, el

desasosiego, la incomprensión, el cariño…, las mismas sensaciones que su padre sintió cuando lo iba leyendo, y eso ha creado unos lazos que ni la muerte puede romper.

Me despido de Manuel. Me informa de que la semana siguiente saldrá la nueva novela de Antonio Muñoz Molina, *No te veré morir*, que en cuanto la publiquen piensa comprarla en formato electrónico y ponerse a escucharla a través de una voz sintética. Sonrío, no ha cambiado su ansia bulímica respecto a los libros. Las vivencias de Manuel, su padre y el recuerdo que de él guarda materializado en la cinta de casete me evocan el magnífico final de *El lector*, donde la grabación de las lecturas hechas en voz alta tiene una importancia crucial en la historia. Al fin y al cabo, la voz de los libros es inmaterial, se desvanece, vive el momento en el que está siendo dicha para ser poco a poco ahogada por el silencio. Gracias a los inventos que la humanidad ha creado hemos sido capaces de guardar la voz de los libros, dejarla congelada para disfrutar de ella cuándo y cómo queramos. De eso, hablaremos algo más adelante.

Lectores a domicilio

La lectura en voz alta a domicilio, tal y como hacía Alberto Mangel con Borges, pervive a día de hoy como una actividad anecdótica y difícil de encontrar fuera de instituciones como hospitales, cárceles, bibliotecas o residencias de mayores, sobre las que hablaremos más adelante. Contratar a alguien para que entre en tu casa, se siente junto a ti y comience a leer parece propio de otro tiempo y lugar.

En los últimos años me he topado con algún blog, como el de Teresa, en el que anuncia este tipo de servicios; he tratado de ponerme en contacto con ella, pero no lo he conseguido. Seguramente sea una información que lleva tiempo sin actualizarse, obsoleta, que haya dejado de prestar este servicio. Por la prensa he conocido el caso de Mariano Pérez Ruiz, un uruguayo con ascendientes españoles que vive en Barcelona y que antes de la pandemia regentaba una librería de compra y venta de libros usados en el Mercat de Sant Antoni. Obligado a cerrar su local, comenzó a anunciarse como lector a domicilio en un papel pegado a una farola de la calle. Cuenta que le contactan más periodistas que

clientes; está claro que su anuncio llama la atención y despierta la curiosidad.

Por último, llega a mí el caso de Ángeles, que en un portal de multiservicios se define como «Lectura a domicilio». Acompaña su anuncio con la imagen de una mujer sentada en medio de la naturaleza leyendo un libro bajo el evocador nombre de «La palabra prometida», y dice así: «Ofrezco mi voz para la lectura de todo tipo de textos. Novela, ensayo, poesía, filosofía, prensa. Voz cálida, buena oratoria». Entre fontaneros, venta de coches, echadoras de cartas o venta de juguetes, Ángeles ofrece su voz para que los libros lleguen a otras personas. Le escribo un correo electrónico, y enseguida fijamos una cita para charlar por teléfono. Me cuenta que se ofreció voluntaria para leer para los demás durante la pandemia. Lo hacía de manera muy habitual con su hija y también disfrutaba de la lectura con sus parejas sentimentales, por lo que pensó que podría proporcionar bienestar a otras personas a través de la lectura. Durante un tiempo leyó para tres personas mayores a través del teléfono. Eso les hacía sentir compañía, se relajaban, se quedaban tranquilas. Ángeles conocía el estado de ánimo de cada una de ellas por su voz y su respiración; casi no se producían conversaciones personales fuera del objetivo de la llamada, sino que la charla y lo que vivían juntos durante ese rato era en torno al texto que compartían. Después de esta experiencia, Ángeles pensó en anunciarse y de ahí surgió el anuncio a través del cual la conocí, pero no ha recibido hasta ahora llamadas por este motivo. Cree que es debido a que hoy en día somos una sociedad cada vez más individualista, nos da incluso miedo el contacto humano y nos estamos alejando más unos de otros. De todas formas, no pierde la ilusión y el interés, sigue buscando quien quiera compartir con ella la energía y la magia que se producen a través de la lectura en voz alta.

14
El cuento de antes de dormir

Leemos un cuento en clase

Kay Daniels es profesora de primaria de la escuela Emma E. Booker en Florida, Estados Unidos. Hoy dieciséis alumnos de segundo grado van a leer juntos algunos cuentos. Hace poco que ha comenzado el siglo XXI. La lectura en voz alta se ha ido sustituyendo por otras formas de entretenimiento, como el cine, la radio, la televisión, internet y los teléfonos móviles. Las sociedades avanzadas, como este colegio en el que ahora estamos, tienen índices muy altos de alfabetización, muchos libros a su alcance y la mayor parte de las personas leen en silencio. Pero hoy estos niños leerán en alto. Van a recibir una visita muy especial, por eso hay francotiradores apostados en el tejado y les han revisado las mochilas uno a uno antes de entrar. La profesora y sus alumnos no serán los únicos que recordarán esta mañana, el resto del mundo también lo hará.

El invitado tiene un gesto un tanto serio para estar a punto de leer unos cuentos a unos niños, pero se trata de alguien muy ocupado y con muchas responsabilidades, así que a nadie le parece extraño. Comienza hablándoles a los estudiantes de la importancia de la lectura. Después, Kay Daniels pide a los alumnos que vayan a la página 153 de sus libros para leer «Mi cabra mascota», un relato que tiene como objetivo practicar la pronunciación de las palabras terminadas en «e». Son las 9.05 y justo en ese momento, antes de que la profesora dé la indicación para que los niños comiencen a leer, una persona del equipo que acompaña al invitado se acerca a él y le susurra algo al oído. Aquel se queda con la mirada fija, algo perdida, se muerde el labio. Durante los siguientes dos minutos y medio, mientras los chiquillos leen en voz alta, él sujeta ese mismo libro entre sus manos y simula que sigue la lectura. Pero su mirada le delata, va de la página a los miembros de su equipo presentes en la sala, vuelve al libro y luego hacia los periodistas que están

cubriendo el evento, quienes han comenzado a mirar nerviosos sus móviles. Cuando finaliza el relato, el invitado mantiene un breve intercambio con los alumnos, los felicita por sus progresos en la lectura y abandona la sala para dirigirse hacia la biblioteca.

Es el 11 de septiembre de 2001, y esa mañana el presidente George W. Bush está de visita en una escuela para leer en voz alta junto a un grupo de niños y niñas. Antes de entrar al aula, ya le han comunicado que un avión ha impactado accidentalmente contra una de las torres del World Trade Center. A mitad de la lectura, el jefe de gabinete de la Casa Blanca, Andrew Card, le informa al oído del impacto de un segundo avión, ahora contra la otra torre, pero que no se trata de un accidente, sino que Estados Unidos se está enfrentando al mayor ataque terrorista de su historia. Media hora después de finalizar el encuentro, el presidente dirige un mensaje televisado al país y al mundo entero. Acabamos de traspasar la barrera del siglo XXI y la historia se repite: un mandatario tiene que disimular en público el miedo que siente ante el ataque de los otros, puede ser el fin de nuestra civilización, mientras alguien lee en voz alta. Ha cambiado el material del que están hechos los edificios y la ropa que llevamos, pero la voz de los libros sigue presente ante las vicisitudes de nuestro devenir: guerra, amor, soledad o miedo.

CUÉNTAME UN CUENTO

«Cuéntame un cuento, y verás que contento, me voy a la cama y tengo lindos sueños. Pues resulta que era un rey que tenía tres hijas…». Esta canción, popularizada por el grupo español Celtas Cortos, manifiesta el deseo de que nos cuenten un cuento antes de dormir para entrar en un mundo imaginario, una historia que haga de transición entre el mundo real y el del inconsciente, que es lo que ocurre cuando escuchamos un cuento.

La lectura de cuentos a mis hijas antes de dormir son momentos que pervivirán en mi memoria entre los mejores que hemos vivido juntas. Como ya he dicho, empecé a contarles cuentos cuando aún estaba embarazada de la primera y seguí haciéndolo como parte de la rutina diaria desde sus primeros días de vida. Todas las noches mi marido y yo leíamos cuentos con ellas, les mostrábamos las

ilustraciones del libro, poníamos voces diferentes para cada personaje, nos alegrábamos con ellas cuando de la tripa del lobo salían los siete cabritillos sanos y salvos y nos asustábamos cuando el lobo de los tres cerditos bajaba por la chimenea. Con pocos meses, antes incluso de que supieran hablar, ellas querían también imitarnos y leer como lo hacíamos nosotros, querían ser protagonistas de la magia de dar voz a los libros. Entonces tomaban cualquier libro, lo abrían, lo hojeaban y comenzaban a balbucear como si estuvieran leyendo. Debe de ser algo común porque vi un vídeo que se hizo viral en redes sociales: unos padres grabaron a su bebé mientras *leía* un libro y, tal y como lo hacían mis hijas, el niño chapurreaba sonidos sin sentido mientras pasaba las páginas. Seguramente dentro de su cabeza estaría contando una gran historia.

Los libros han sido uno de los regalos más frecuentes que he hecho a los recién nacidos. Entre biberones, pijamas y platos para comer, un libro destaca como regalo original y el rato que dediquen a leerlo será una experiencia única que recordarán toda su vida, tanto los recién nacidos como los padres. Por eso lo hago. Hace unos años, cuando trabajaba en la Red de Bibliotecas de Obra Social Caja Madrid, tuve la oportunidad de impulsar la iniciativa «Con un libro bajo el brazo»: a todos los recién nacidos del Hospital Clínico de Madrid se les regaló una caja con un cuento y un CD con canciones para dormir. La iniciativa pretendía que los padres comprendieran que, como todo lo que recibían del hospital, pañales, cremas para el culete o aceite para masajes, los libros también tendrían que formar parte de los cuidados durante esos primeros años de vida de sus hijos. Al igual que se recomendaba un baño por la noche y aplicarles crema en la delicada piel, las rutinas deberían incluir asimismo leer un cuento antes de dormir.

La ilustración *Bedtime Story*, de la estadounidense Jay Daly, refleja ese momento mágico que se produce con la lectura del cuento antes de dormir. Una joven madre, con delantal, sentada en una mecedora, descalza pero con unos confortables calcetines, lee un libro a su hija, que permanece recostada en la cama junto con todos sus muñecos de peluche, quienes también parecen escuchar atentos la historia. Los colores ocres de la pared y el suelo, la iluminación, el blanco crudo de las almohadas y del delantal de la

madre, la mullida y cálida manta de la cama, todo hace de la escena un lugar en el que queremos quedarnos. La escena muestra cómo la madre va a pasar una de las páginas y se detiene en el momento en el que ha levantado la vista del libro, y madre e hija se miran a los ojos. Ahí es cuando se produce la magia, ese momento de conexión entre dos personas que están compartiendo y disfrutando con una misma historia. He vivido muchas noches esta misma sensación. Pero aunque esta imagen u otras que podamos tener en la cabeza sean idílicas, no quiero dar solo esta visión.

He comenzado el día como si fuera una yincana. He llevado a mis hijas al cole a contrarreloj para después meterme en un atasco de camino a la oficina, bregar con mil problemas en el trabajo, cuando me llaman del cole porque una de ellas ha comenzado con algo de fiebre, y pienso que tendría que haber llamado al seguro porque la calefacción no funciona. Por la tarde sigo corriendo para llegar a las actividades extraescolares o a uno de los cumpleaños al que han invitado a una de mis hijas. Aprovecho ese rato para hacer la compra en cualquier súper. Volvemos a casa para hacer la cena, la comida del día siguiente, poner la lavadora, bañar a las niñas, convencerlas para que se coman el pescado, y cuando por fin parece que todo se acaba y que las vas a llevar a su habitación a dormir, resulta que además de todo eso hay que leerles un cuento, cuando lo que yo quiero es que se duerman lo antes posible y tener algo de tiempo para mí. Tengo la batería al mínimo, pero hago un esfuerzo y les leo un libro de aventuras. Entonces se vienen arriba, porque ellas tienen el triple de energía que yo y lo que desean es continuar despiertas escuchando un cuento tras otro y disfrutando de las historias que les estoy leyendo.

Esta situación me ha recordado muchas veces al cuento *¡A la cama, monstruito!*, de Mario Ramos: un niño esgrime todas las excusas posibles para que sus padres le dejen estar un ratito más despierto y solo está tranquilo el momento en el que el padre le lee un cuento. Eso nos pasaba a nosotros. Y luego nos ocurría que no había forma de poner fin a aquel rato de lectura. «Un capítulo más, mamá», decía mi hija pequeña. «Venga, sigue leyendo una página más, hasta ver qué pasa», suplicaba la mayor. Aquí comenzaba la negociación. «Bueno, estas dos páginas, y terminamos», decía yo. «Solo quedará una página para terminar el capítulo, ya lo

acabamos, ¿no?», trataba de convencerme la mayor, y así hacíamos mientras los párpados de la pequeña se cerraban.

La lectura, sea silenciosa o en voz alta, ha estado siempre relacionada con el sueño. Primero, porque cuando leemos entramos en una especie de ensoñación, conseguimos llegar a un estado que nos aleja de la realidad. Segundo, porque nos tranquiliza y predispone nuestro cuerpo, la respiración, la relajación de nuestros músculos, para pasar del estadio de vigilia al del sueño. Esto es lo que nos cuenta Cervantes que le ocurría a Dorotea en el *Quijote*, que cuando escuchaba leer en voz alta, conciliaba mejor el sueño. Habían tomado una novela para leerla «de modo que todos la oyesen», y Dorotea dice: «Harto reposo será para mí, entretener el tiempo oyendo algún cuento, pues aún no tengo el espíritu tan sosegado que me conceda dormir cuando fuera de razón». Esto nos pasa a los mayores y también a los niños, que con las historias nos calmamos y el sueño se apodera de nosotros. Cuando son bebés, más que la historia en sí, en realidad es la voz de los padres lo que les calma, que su respiración sea más pausada, les da seguridad y les relaja hasta que el sueño los vence. ¡Cuántas veces he descubierto que llevaba rato leyendo y que mis hijas ya se habían dormido! Con el tiempo me di cuenta de que, si la historia no era muy emocionante, también se producía ese estado en ellas y que tenía que dejar las historias con más acción y ritmo para otro momento. Quizá por eso algunos escritores, que también son padres y han experimentado esta misma situación, han escrito cuentos específicos como *El conejito que quiere dormirse*, que está pensado para que los niños se queden dormidos y que se convirtió en todo un superventas.

Leer juntos

Hay muchas maneras de leer juntos. La primera es que esto puede ocurrir aunque no tengamos ganas, estemos cansados o no nos apetezca. Ya os he contado que algunas veces he llegado agotada a este momento tan importante y que no todas las noches me ha apetecido leer con el mismo entusiasmo. Sin embargo, al igual que preparo la cena aunque esté cansada y no me apetezca, pero lo hago

porque es parte de mis responsabilidades como madre, al menos hasta que puedan valerse por sí mismas, he incluido la lectura como una de las tareas que llevo a cabo sin cuestionarme si estoy cansada o me apetece más o menos. He de confesar que en alguno de estos momentos de lecturas con mis hijas incluso he desconectado de la historia. He leído de manera automática sin saber lo que estaba diciendo mientras pensaba en mis cosas. Lo confieso, me ha ocurrido. Es posible estar leyendo una cosa y tener la cabeza en otra. Creo que mis hijas lo han notado alguna vez, pero opino que siempre será mejor eso que no hacerlo. En todo caso, la verdad es que la mayor parte de las veces he disfrutado de la lectura, incluso en aquellas ocasiones en que me daba pereza al principio, luego yo también me he metido en la historia y me lo he pasado fenomenal.

Muchos días he tenido poco tiempo para estar con ellas, para dedicarles toda mi atención, y ese ratito de estar juntas antes de dormir se ha convertido en un hábito que nos ha proporcionado esa ocasión que el día a día a veces nos niega. Además, la infancia cada vez dura menos, el tiempo vuela y sé que llegará un momento en el que mis hijas no quieran compartir este ratito conmigo, que lo vean raro o prefieran leer solas, excepto si tu madre es una chiflada de la lectura en voz alta y está escribiendo un libro sobre eso, y las ya adolescentes han asumido que somos una familia algo diferente al resto, siguen aceptándolo y, creo, disfrutándolo, y espero que mantengamos esta costumbre durante toda nuestra vida.

También me ha ocurrido lo contrario, que sean mis hijas a las que una noche parece que no les interesa la lectura. Lo recuerdo sobre todo con la pequeña. Metida en la cama y yo sentada a su lado leyendo un libro, ella toma cualquiera de las muñecas que están por su cama y le coloca el vestido, coge de la mesilla un cubo de Rubik y le da vueltas, o incluso comienza a hojear otro libro. Todo ello mientras leo. No me está escuchando, pienso. En alguna ocasión se lo he recriminado y le he pedido que dejara lo que tuviera entre manos y prestara atención a lo que yo estaba leyendo. «Sí te estoy escuchando», me decía. «¿Quieres que dejemos de leer o que leamos otro cuento?», preguntaba yo, a lo que me respondía: «No, de verdad que me gusta el cuento, solo que me apetece hacer esto mientras lo escucho». Entonces conocí la experiencia del autor teatral Juan Mayorga y cómo su padre les leía a él y a sus hermanos

mientras ellos estaban a otras cosas: «Uno de mis recuerdos infantiles más vivos es el de su voz [de su padre] extendiéndose por la casa desde el lugar en el que él estuviera leyendo. Mientras mi hermano Alfredo y yo jugábamos a las chapas, la voz de nuestro padre se nos colaba por los oídos transportando el libro que él tuviese entre manos. […] Lo cierto es que por medio de la voz de mi padre, sus hijos nos acercamos a libros que entonces apenas entendíamos, pero que sin duda se convirtieron en parte de nuestro paisaje interior. Recuerdo haber oído los debates en el hospital de *La montaña mágica*, recuerdo haber visto arder la mansión de Rebecca […]. A través de la voz de mi padre nuestras cabezas se llenaban de personajes, de imágenes, de ideas. Sin que dejásemos de jugar a las chapas». Después de conocer esta anécdota de Mayorga, comencé a pensar que quizá no tenía que decirle nada y dejar que siguiera con sus actividades, quizá era una forma de relajarse, estar con una muñeca u otro juguete mientras me escuchaba. Cada lector somos diferente.

Cuando mis hijas aprendieron a leer, les gustaba participar y alternar nuestra lectura con la suya propia, aunque ya no con ese balbuceo sin sentido que hacían de bebés. Quisieron leer desde que fueron capaces de reconocer las letras o palabras sueltas, pero tuvo que pasar tiempo hasta alcanzar un ritmo de lectura fluido para poder hacerlo, así que les propuse que cada una de nosotras leyéramos una página, aunque incluso eso era un reto muy grande para ellas y se terminaban cansando. Aun así lo intentábamos. Más tarde descubrí que en el mundo anglosajón existen libros que están diseñados para esto mismo, para leer padres e hijos juntos alternándose en voz alta sin que el nivel de lectura del pequeño sea un obstáculo. Se trata de la colección «We both read», algo así como «Los dos leemos»: mientras que en la página de la izquierda el texto es mucho más largo y con un vocabulario más elaborado, la de la derecha está pensada para que la lean los niños y está adaptada a su nivel, así que padres e hijos comparten la lectura incluso si estos últimos solo son capaces de leer palabras sueltas. La complejidad en el vocabulario y la extensión del texto va aumentando según la edad para la que vaya dirigido cada libro y de esta forma ellos pueden participar en la lectura.

Ejemplo de libro adaptado para leer juntos. © Ilustración extraída del libro *Too Many Cats* de Sindy McKay. Ilustrado por Meredith Johnson. Treasure Bay

Más adelante, conforme mis hijas fueron creciendo, mi marido y yo les explicábamos las palabras que no conocían y comentábamos las historias que leíamos juntos. Cuando ya sabían leer bien y lo hacían con fluidez, ese momento en el que la mayoría de los padres que conozco me dicen que ya les dejan de leer, nosotros lo seguimos haciendo, y por ello creo que mis hijas han tenido acceso a historias y también a experiencias por encima de lo esperado para su edad. Por ejemplo, recuerdo haber leído *El curioso incidente del perro a medianoche*, de Mark Haddon, cuyo protagonista es un niño de quince años con autismo que nos muestra el mundo desde su punto de vista, con mi hija mayor cuando esta tenía unos once años. Si se lo hubiera dado y dicho sin más: «Toma, léelo», un libro destinado a un público adulto, creo que no lo habría leído ni habría tenido la posibilidad de comentar conmigo las cosas que no entendía, sus dudas o las decisiones y emociones que en él se describen. Me parece que de esta manera fue mucho más enriquecedor. Lo mismo ocurrió cuando mi hija pequeña y mi marido leyeron *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson, pero no una de las muchas adaptaciones juveniles que existen, sino su versión original. Hay

una edad para dejarse llevar por las aventuras de piratas y si necesitan de nuestra ayuda para ello, ¿por qué no hacerlo igual que les ayudamos a vestirse o comer hasta que están totalmente preparados para hacerlo de forma independiente? Dejar de leer a los niños cuando aún no lo hacen con la fluidez necesaria puede, en mi opinión, hacerles desistir en la difícil actividad intelectual que implica la lectura.

El especialista en lectura José Antonio Millán siguió leyendo a sus hijos incluso cuando estos se hicieron mayores. Lo recuerda como momentos muy emotivos. Cuenta que cuando con trece y catorce años leyó con ellos *La metamorfosis* de Kafka se dio cuenta de sutilezas del texto que solo percibió cuando lo leyó en aquella ocasión en voz en alta, así que fue una forma de volver a descubrir con sus hijos las historias con las que antes disfrutó en soledad. Además relata una graciosa anécdota sobre lo que le ocurrió en una de aquellas lecturas: «Tuve una divertida experiencia con Álvaro Mutis, cuyos libros de Maqroll el Gaviero había leído hacía muchos años. Empecé con uno de ellos, que les fue cautivando poco a poco. La lectura había avanzado mucho cuando desemboqué en un pasaje francamente erótico. Por supuesto, no iba a saltármelo, de modo que opté por meter algún "Piiiiiiii" censor en determinados términos que me resultaba violento leerles».

Así que ya sabemos que, si no queremos que nos ocurra como a José Antonio, tendremos que preparar algo las lecturas que leeremos junto a nuestros hijos. Sí, ya sé lo que estáis pensando, que ya es suficiente esfuerzo leer por la noche, que estamos cansados, como para también buscar un hueco a lo largo del día para, como hacían los esclavos de Plinio el Joven en la antigua Roma, preparar el texto. No obstante, hay libros que ya hacen una recopilación de qué obras son adecuadas según la edad, la madurez del niño, el momento, o por cómo está escrita la propia obra y qué la hace más idónea para su escucha. No solo hay riesgos eróticos, como el que compartía Millán, sino que les contemos una historia de piratas luchando ferozmente por un suculento tesoro que los soliviante y hace que luego no seamos capaces de que concilien el sueño.

A mi hija pequeña se le cayó su primer diente cuando yo estaba en Estocolmo por trabajo. Sabemos que conciliar nuestra vida

profesional con la personal puede dar lugar a este tipo de situaciones, perdernos cosas importantes en el crecimiento de nuestros hijos. Hay cosas, como esta, que no podemos controlar y que simplemente tenemos que aceptar. Por eso mismo, trato de disfrutar con ellas el resto de las noches con estas lecturas compartidas. En mi caso, las ocasiones en las que he estado fuera de casa por trabajo, ha sido mi marido, quien también lee habitualmente con ellas, el que ha podido seguir con nuestra rutina familiar. Pero cuando la cercanía entre padres e hijos no es posible, la tecnología lo permite, como nos contaba Giani Rodari en su libro *Cuentos por teléfono*, que es la historia de un padre que tiene que viajar seis días a la semana recorriendo toda Italia para vender productos medicinales. Cuando el domingo partía para comenzar su semana, la hija le recuerda: «Ya sabes, papá: un cuento cada noche», porque ella no podía dormir si no era con un cuento y su madre ya le había contado todos los que sabía. Así que el señor Bianchi, que era así como se llamaba el padre, todos los días a las nueve de la noche telefoneaba a su hija desde la ciudad en la que estuviese y le contaba un cuento. Al tener que llamar por conferencia, como no había ni tarifas planas ni móviles en aquellos años, los cuentos tenían que ser cortitos, a no ser que aquel día el señor Bianchi hubiera hecho un buen negocio, y entonces el cuento se alargaba algo más. Y estos relatos eran tan encantadores que las telefonistas que estaban al otro lado (sí, al principio de la historia de las comunicaciones una persona llevaba a cabo la conexión telefónica y podía permanecer conectada en la conversación hasta que esta finalizara) se quedaban tan encandiladas con las historias que el padre contaba a su hija que descuidaban su trabajo. Con esta premisa Rodari nos ofrece una colección de cuentos cortos para disfrutar con nuestros hijos, sea cual sea nuestra situación.

Aunque lo que en realidad hacía el señor Bianchi no era leerle a su hija un cuento, o al menos, no lo explicita así, sino que se lo contaba, lo narraba, y es que hay diferencias entre ambas prácticas. Cuando alguien cuenta un cuento que conoce, pero no lo lee sino que lo refiere con sus propias palabras, se establece una relación en la que el narrador está contando algo a su manera a otra persona, con sus palabras, expresiones, alargando más las partes que más le gustan. En cambio, con la lectura en voz alta el libro es el

protagonista de esa experiencia, está entre las dos personas que comparten esa misma actividad, sirve de unión. Cuando contamos un cuento es uno el que cuenta y otro el que escucha, pero cuando lo leemos en voz alta quien nos cuenta la historia es el autor a través del libro, uno lo lee y el otro escucha, pero el que lee también está recibiendo esa historia, esto es, participa de esa actividad mágica. El que lee está prestando su voz al libro, pero todos, tanto el que lee como el que escucha, están recibiendo directamente la historia del narrador.

Como vemos, hay muchas formas y momentos de leer cuentos a los niños, casi tantas como padres y situaciones, pero hay una que todos hemos llevado a la práctica en algún momento: inventarnos las cosas. Ocurre cuando los niños son muy pequeños, están algo revoltosos y no hay forma de calmarlos, no tenemos libros a mano y no queremos recurrir a darles el móvil. Aquí los padres nos convertimos en una especie de Sherezade que, para sobrevivir, tiene que alentar el ingenio, imaginar historias que entretengan, que tranquilicen al niño un rato. Entonces empezamos a inventarnos cosas, hasta los padres con menos imaginación pueden hacerlo, utilizamos cualquier objeto, animal o persona a nuestro alrededor y montamos una historia sobre ello. Son cuentos inventados sobre la marcha. En algún caso nuestro relato termina pareciéndose mucho a alguno de los cuentos tradicionales, en otros casos no sabemos ni cómo terminar. Yo misma me he quedado muchas veces sorprendida de mi imaginación y la que pueden tener las madres cuando las he escuchado en los parques o por la calle, contando algo a sus hijos con la intención de que parasen de llorar o se calmen debido a una rabieta. Creo que, como otras habilidades, nuestras dotes de cuentacuentos están ahí, pero no las desarrollamos hasta que nos convertimos en madre o padre, son algo biológico, contar cuentos es una cuestión de supervivencia.

Muchos escritores recuerdan que la lectura de cuentos fue muy importante durante su infancia. Alguien les inculcó el amor por la literatura y los libros a través de la lectura en voz alta, siendo este un ejercicio muy interesante para captar la esencia de las historias, su musicalidad, para luego más tarde continuar leyendo por su cuenta y aplicar lo aprendido a su escritura. Nabokov, el autor de la célebre *Lolita*, cuenta cómo su padre, experto en Dickens, le leía

cuando era pequeño cada noche en voz alta. Entre otros libros, recuerda *Grandes esperanzas*. También le leía su institutriz francesa, y guardaría para siempre en su memoria cómo lo hacía: «Su fina voz corría y corría sin flaquear, sin la menor dificultad o vacilación». Aunque se lamenta de que *Madame Bovary* nunca llegó a ser objeto de esas lecturas a pesar de estar en la biblioteca de su casa, seguramente porque no consideraban la historia apropiada para un niño.

Luis García Montero recuerda cómo su padre tenía la costumbre de leerle en alto a sus hijos *Los mil mejores poemas de la lengua castellana*, sin lugar a dudas una buena base para luego convertirse en el poeta que ha llegado a ser. También el autor superventas Juan Gómez-Jurado da cuenta de estas lecturas. Su padre le leía en voz alta cuando era niño antes de dormir. Cada noche tomaba un libro de la estantería, lo abría y comenzaba a contarle las más increíbles historias que alentaban su imaginación. Más tarde, de adulto, descubrió que el libro que su padre le leía podía ser uno cualquiera, por ejemplo, un tomo de derecho o de finanzas, que tomaba al azar de la estantería. Esas historias que él pensaba que eran leídas en realidad eran inventadas y contadas noche a noche por el padre para agradar a su hijo. Después, él también leería a sus hijos, llegando a decir que en lugar de inducirles el sueño les producía el efecto contrario y no había manera de terminar esas sesiones. De igual manera, Irene Vallejo cuenta cómo su padre, siendo ella muy pequeña, le comenzó a contar la *Odisea* por las noches, de hecho, ella pensaba que esas historias, el episodio de las sirenas, el de Circe, el de Calipso…, su padre las inventaba solo para ella. Estos relatos dejaron una huella increíble en la joven Irene y ahí comenzó su interés por la mitología, de hecho afirma que es filóloga clásica por aquella noche en que su padre le narró la historia de Ulises. Así que cuidado con lo que leéis a vuestros hijos, ya que puede determinar ni más ni menos que su futuro laboral.

Por qué leer a los niños en voz alta

Considero que la lectura con mis hijas es algo tan agradable que no necesito más motivos para hacerlo siempre que puedo. Lo comencé

a hacer cuando aún no conocía los beneficios que tenía, solo por placer. Más tarde supe que, a pesar del cansancio, de los problemas, de desear tener algo de tiempo para mí, si al final del día leía a mis hijas al menos diez minutos, los beneficios serían mayores que el esfuerzo que me suponía. La ciencia ha descubierto qué es lo que ocurre cuando leemos juntos, y son numerosos los libros sobre lingüística, pedagogía, pediatría y psicología que lo atestiguan, así que aquí me dedicaré tan solo a enunciar algunos de ellos y los acompañaré con algunos ejemplos personales.

Leer juntos produce una mayor conexión entre las personas que leen y escuchan, esto es, se estrechan los lazos afectivos. Durante los años que llevamos leyendo en alto en familia, hemos ido creando una selección de nuestros cuentos favoritos, esos que son los que más nos han gustado y más hemos leído juntos, y que, además, siguen formando parte hoy en día de nuestro léxico familiar interno. Me explico. Uno de esos cuentos que repetimos una y otra vez fue *El Grúfalo*, una historia en forma de poesía donde se cuenta el paseo de un ratoncito por un bosque. El ratón se va encontrando con diferentes animales, que le advierten de la presencia de un monstruo llamado Grúfalo, que ellos ya han visto, así que se lo describen para que tenga cuidado si se topa con él. Nuestro ratoncito protagonista, gracias a esta ayuda y al uso de su inteligencia, saldrá muy bien parado cuando se encuentre con el grúfalo en el bosque. El texto es divertido, original y con dobles intenciones. Bueno, pues al ser un relato en forma de poesía, hay muchos párrafos que nos los conocemos de memoria y los aplicamos en nuestro día a día dentro de nuestras situaciones cotidianas, creando un ambiente divertido y distendido, provocando nuestra risa y complicidad, y el resto de los presentes no comprende nada. De esta manera hemos establecido, gracias a los cuentos compartidos, un código de entendimiento dentro de nuestro núcleo, que nos une y estrecha los lazos de nuestra familia.

Gracias a muchas de las lecturas hemos tenido la oportunidad de hablar de temas o situaciones que quizá no se hubieran dado en nuestro día a día. Hemos hablado del acoso escolar leyendo *Juul*, de la mentira con *La cosa que más duele del mundo*, de cómo viendo lo mismo cada uno podemos tener una forma de pensar diferente con *¡Pato! ¡Conejo!*, o hacerles comprender que en alguna ocasión

los padres necesitamos estar solos y descansar aunque sea solo con *Cinco minutos de paz*.

La lectura en voz alta también prepara a nuestros hijos para que dispongan de las adecuadas destrezas lingüísticas que les acompañarán en su trayectoria académica y en su vida tanto profesional como personal. La falta de vocabulario y una torpe comprensión lectora se relacionan con el fracaso escolar, y una de las mejores formas que existen para su adquisición es a través de la lectura en voz alta. Podríamos pensar que si el bebé está inmerso en un entorno donde se utilice de manera habitual su lengua materna, ya sea en la guardería o el colegio, las actividades extraescolares, el contacto con padres, hermanos y familiares, con otros niños en el parque, etcétera, no debería tener problemas. O que si está en contacto, por ejemplo, con la televisión, la radio, o si le ponemos un audiolibro o escucha con frecuencia conversaciones entre adultos, adquirirá estas destrezas lingüísticas y tendrá un amplio vocabulario. Resulta que no es tan sencillo. El lenguaje y la riqueza del vocabulario se adquieren cuando alguien nos habla directamente a nosotros, esto es, algo que ocurre con alguno de los ejemplos que hemos puesto, pero no con todos, y, además, ¿cómo solemos dirigirnos los adultos a los niños? Con un lenguaje sencillo e infantilizado. Igualmente, cuando un bebé escucha una conversación que no se dirige a él, sino que se está produciendo entre los adultos, desconecta. La mejor manera para propiciar la adquisición del lenguaje es hablarle a él personalmente, y una forma estupenda de hacerlo es contarle o leerle un cuento en voz alta. Un estudio ha demostrado, asimismo, que al leerles a los niños, estos adquieren un vocabulario que tal vez no salga en una conversación cotidiana, todos sabemos que hay palabras o expresiones que no utilizamos cuando nos dirigimos a un niño. A todo ello le tenemos que sumar que no solemos quedarnos solo en la mera lectura, sino que también comentamos lo que leemos. Por tanto, nuestros hijos no solo aprenderán muchas más palabras, también ideas, conceptos, sentimientos, toma de decisiones, ponerse en el lugar del otro y otras muchas cosas más. En cierta ocasión, paseando entre frondosos árboles, las personas que nos acompañaban se sorprendieron cuando mi hija pequeña comentó que estábamos en «un bosque cerrado». La expresión no parecía

propia de una niña de cuatro años. Pero lo que no sabían es que *El Grúfalo* comienza con estas palabras y que se repiten en alguna otra ocasión: «Un ratón salió de paseo por un bosque cerrado». Ese libro está recomendado para lectores de más de seis años, y evidentemente mi hija con cuatro no sabía leer, pero ya lo había escuchado muchas veces para entonces.

Es precisamente a la luz de los estudios que han demostrado la influencia de la lectura en voz alta en los resultados académicos que se está incorporando de nuevo esta práctica dentro de los sistemas educativos. El escritor y docente francés Daniel Pennac le da tanta importancia a la lectura en alto que le dedica un capítulo de su libro *Como una novela*, titulado «El derecho a leer en voz alta». Ahí cuenta la conversación que tiene con una alumna a la que pregunta de dónde viene su gusto por la lectura, que si le leían de pequeña o si había tenido buenos profesores en el colegio. Ella responde con un «no» a ambas cuestiones: su padre disponía de poco tiempo y en la escuela solo estaba permitida la lectura silenciosa y rápida con el fin de evaluar la comprensión. Entonces ¿de dónde viene esa afición? Ella contesta que cuando volvía a casa de la escuela acostaba a todas las muñecas en su cama y, como un acto de amor, les leía en voz alta. Ahí las historias eran reales y desinteresadas, sin necesidad de tener que hacer una sinopsis o resumen, y eran los propios autores los que cobraban vida y relataban esas fantásticas historias. Así se despertó su interés por la lectura, como un acto de amor hacia sus muñecas. De igual manera, he visto a mis hijas leer a sus muñecas, volver el libro hacia ellas y enseñarles los dibujos, porque cuando un lector disfruta con la lectura quiere transmitir ese entusiasmo a los demás, y en los momentos de la infancia, nuestros muñecos se encuentran entre nuestras posesiones más apreciadas y queridas.

Leer en voz alta tiene un impacto también en la memoria, la gente recuerda mejor los textos cuando se han leído de esta manera que si se ha hecho en silencio. Colin MacLeod, psicólogo de la Universidad de Waterloo, en Canadá, ha investigado la relación entre la lectura en voz alta y la memoria. Los resultados de sus estudios nos muestran que el beneficio se da en todos los rangos de edad, aunque mucho más en niños. Durante más de una década se llevaron a cabo diferentes experimentos que confirmaron lo que

más tarde se llamaría el «efecto de producción» y por el que las palabras leídas en voz alta se retienen más que las que solo son leídas en silencio. Una de las explicaciones es que cuando decimos las palabras en voz alta nuestra participación es mayor, es más activa, y de esta manera le estamos enviando mensajes a nuestro cerebro para que sepa que eso es importante, que lo recuerde. Es algo distinto, no habitual, destaca entre otras palabras y pensamientos que se desarrollan dentro de nuestro cerebro. ¿No recordáis cuando en nuestra etapa escolar decíamos la lección en alto porque así se recordaba mejor? ¿O que con escuchar al profesor en clase ya nos sabíamos la mitad de la lección? Esta es la explicación.

Dentro de esta misma línea de investigación se han desarrollado otros estudios, como el de la Universidad de Perugia, en Italia, donde un grupo de jóvenes leyó novelas en voz alta a personas mayores con demencia durante sesenta sesiones. Los que participaron en estas sesiones de escucha mostraron después una mayor destreza en las pruebas de memoria que aquellos que no habían participado, ya que escuchar activamente una historia es una forma más intensa y activa de adquirir y procesar esa información que hacerlo con la lectura silenciosa.

Podría seguir incluyendo multitud de estudios científicos que demuestran los beneficios de leer en voz alta, pero como digo, ya existen libros especializados en esto y ese no es el objeto de este libro. Por ello, terminaré con razones más hedonistas: los padres también podemos disfrutar con el cuento antes de dormir. Es, por supuesto, una manera de regalarnos tiempo para estar con nuestros hijos, pero también la ocasión de releer los cuentos que a nosotros nos gustaban de pequeños y que teníamos olvidados. Con mis hijas he releído toda la saga de Torres de Malory de Enid Blyton, los libros de la colección «Elige tu propia aventura», los cuentos de los hermanos Grimm, o *Las mil y unas noches*, por mencionar solo algunos títulos. Mi marido ha tenido la oportunidad de volver a sus cómics de Astérix y Obélix, todos los de la colección Superhumor, releer *La historia interminable* o *Tom Sawyer*. También hemos disfrutado descubierto nuevos libros dirigidos a este público que han salido en las últimas décadas. La literatura infantil actual es muy diferente a la de nuestra infancia, hoy en día se están

publicando libros de gran calidad y con los que disfrutar los lectores de todas las edades. Nos lo hemos pasado pipa con *¿A qué sabe la luna?, Elmer, Adivina cuánto te quiero, La pequeña oruga glotona* o *El monstruo de los colores*, por hablar de los más conocidos.

Conscientes de lo importante que es la lectura en voz alta y todo lo que aporta, en las últimas décadas han surgido iniciativas para promover y dar a conocer sus beneficios. La «Read Aloud Revival» es una iniciativa de Estados Unidos que anima a que padres e hijos lean juntos. Se proporcionan consejos, listados de los libros más adecuados para la lectura compartida y guías para ayudar a los padres a comentar los textos y sacar más partido de dicha experiencia. Incluso tienen un pódcast, celebran encuentros virtuales con autores y prestan otros servicios vinculados con la lectura y la educación. Otra iniciativa similar es la de las «Abuelas cuentacuentos» en Argentina: un grupo de abuelas leen cuentos a niños en escuelas, hospitales o comedores infantiles, con lo que fomentan la lectura, pero también surgen relaciones de amistad entre personas de diferentes generaciones. La asociación sin ánimo de lucro «Read Aloud 15 Minutes» anima a los padres a la lectura en voz alta con sus hijos desde el nacimiento. Aseguran que, con solo quince minutos al día, los pequeños adquirirán información, vocabulario, aprendizaje, diversión, empatía, humor y todas las cosas que transmite la lectura, de modo que estarán mucho más preparados para cuando lleguen a la escuela. ¿Solo quince minutos al día? Piénsalo bien, si sumamos todo el tiempo, esto supondría más de cuatrocientas cincuenta horas de escucha activa para cuando alcancen los cinco años de edad. Dicen que si quieres comerte un elefante de una vez es algo imposible, pero que, si lo fileteamos y cada día nos comemos un poquito, entonces sí que es posible. En España son varias las iniciativas e instituciones que, sabedoras de los efectos beneficiosos que la lectura en voz alta ejerce sobre los niños, alientan esta actividad. También desde las bibliotecas, donde se rompe el sagrado silencio que reina en estos espacios para efectuar encuentros de lectura en voz alta, sobre todo dirigidos a los más pequeños. Actividades como «La hora del cuento», «De viva voz» o «Leamos juntos» o títulos parecidos llenan los programas de fomento de la lectura de estos espacios haciendo que los libros que esperan en las estanterías recuperen, en ese

momento, su voz. Para finalizar, la propuesta de leer a nuestros hijos no solo viene del ámbito asociativo, también desde el médico, como impulsan las asociaciones de pediatras «Reach Out and Read» de Estados Unidos o «Nati per Leggere» en Italia. Porque leer es algo saludable, y eso lo veremos en el próximo capítulo.

Pero antes de finalizar, no quiero terminar sin mostrar que esto de leer un cuento antes de dormir no solo es para los niños, sino que puede ponerse en práctica entre adultos. Leer en voz alta a nuestra pareja es sin lugar a dudas una actividad placentera. Así nos lo cuenta la periodista Chloe Angyal, que leyó junto con su pareja *Orgullo y prejuicio*, de Jane Austen, un libro que él no había leído, pero que fue clave para ella y cuya historia quería compartir con él:

> Así que decidimos leerlo juntos, en voz alta. No siempre era en la cama. A veces leíamos tomando un café o sentados en un parque. Los capítulos de Austen son cortos y cada uno leía un capítulo antes de pasarle el libro al otro. Una vez que terminamos *Orgullo y prejuicio*, comenzamos a leer uno de sus libros favoritos que yo nunca había leído. Además de disfrutar de los libros, estaba el placer de escucharlos en la voz del hombre que amaba. Resulta una experiencia profundamente íntima. Tumbada en la cama, con los ojos cerrados y enamorándome cada vez más cuando él ponía voz a personajes con los que yo estaba familiarizada desde hace muchos años atrás.

Leer en voz alta juntos sirve para estrechar lazos afectivos, adquirir un mayor vocabulario, preservar la memoria, recordar los cuentos que nos hacen volver a nuestra infancia o simplemente porque es una actividad placentera para compartir nuestros libros e historias preferidos con quienes queremos. Pero, además, la lectura es saludable. Veámoslo a continuación.

15
LEER ES SALUD

LEER EN EL HOSPITAL

Sé que estoy mal si no puedo leer. Si me duele algo o me encuentro molesta pero puedo leer, no es nada grave. Cuando me siento tan mal que ni siquiera me apetece leer y quizá prefiera ver la televisión o escuchar la radio, significa que estoy enferma. Entonces lo mejor es que lean para ti.

En eso, precisamente, lleva trabajando Carmen Guzmán desde hace más de quince años en el Hospital Clínico en Madrid. Enfermera de profesión, comenzó como bibliotecaria en una pequeña habitación que, más que una biblioteca, podría considerarse un pequeño almacén con libros. Con los libros que prestaba a los pacientes y a los familiares que los acompañaban, y compartir un rato con ellos de lectura, descubrió que las horas de hospital se les hacían más llevaderas y que esta era otra forma de cuidar y curar a los enfermos. Desde entonces, ella y su equipo recorren cada día los pasillos y las plantas del complejo hospitalario, de habitación en habitación, con su «carrito de las letras» repartiendo libros. Hablan con los pacientes sobre sus títulos, autores y géneros preferidos, comentan novedades y clásicos, hacen resúmenes de las tramas y recomiendan la lectura más adecuada según los gustos. Estas visitas son una de las pocas ocasiones que tiene el convaleciente de hablar con el personal del hospital sin que la conversación gire en torno a su enfermedad. La persona que empuja el carro no lleva una bata blanca, así que en esas charlas encuentran un descanso de sus preocupaciones, una forma de olvidar lo que están viviendo, y se evaden a través de los libros y de lo que estos despiertan en ellos. Lo normal es que la estancia hospitalaria sea breve, quizá no llegue a una semana, así que adaptan sus propuestas de lectura con recomendaciones de novelas cortas o relatos. También ofrecen la posibilidad de que se lleven el

libro a su domicilio si, cuando reciben el alta hospitalaria, no lo han terminado y pueden devolverlo más tarde.

Esta actividad se enmarca dentro del programa «Salud y lectura» y se puso en marcha en el Hospital Clínico San Carlos de Madrid en 2004 con el impulso de la Fundación de Educación para la Salud (FUNDADEPS) y el apoyo del Ministerio de Cultura y Deporte. Después de muchas reivindicaciones e investigaciones que han demostrado el impacto que tiene la lectura en la salud en general y en el proceso de recuperación en particular, el servicio bibliotecario se presta desde una red de más de cincuenta y seis hospitales públicos de España. Ahora Carmen tiene muchos más compañeros que hacen lo mismo en los espacios que los hospitales han destinado para sus bibliotecas para pacientes. Los libros proceden en su mayor parte de donaciones de editoriales o de pacientes, que una vez recuperados y después de constatar lo beneficiosos que resultaron durante su estancia, regalan sus propios libros para que ayuden a otras personas.

La voz de los libros no solo llega a través del carrito y la atención que dan estos profesionales de las bibliotecas a las personas enfermas, sus familiares o acompañantes, y al personal del mismo centro. También leen cuentos a los niños ingresados en la planta de pediatría, leen poesía en la sala de espera para celebrar algún día especial e intentar que esos momentos de tedio en un hospital sean algo más llevaderos, y siempre están dispuestos a leer a quien por determinadas dolencias, o porque lo prefiere así, quieren que les lean. Igual que las personas voluntarias leían a pie de cama a los heridos durante las dos guerras mundiales, ahora estos bibliotecarios hacen lo mismo para aliviar la guerra individual que los pacientes libran con su propia enfermedad.

En la pandemia, por ejemplo, advirtieron la presión a la que estaban sometidos los profesionales de la salud y pensaron cómo podían colaborar con la lectura. Surgió entonces el proyecto «Entre Mentes», una formación sobre literatura en el ámbito terapéutico de la salud mental. Durante una hora y media, a través de una conexión online, una narradora leía para los sanitarios. Médicas, enfermeros, celadores reconocieron que hacía mucho tiempo que alguien no les leía en voz alta y que la posibilidad de conocer un texto y compartir sus pensamientos y sentimientos con los

compañeros generaba un espacio que les permitía olvidarse de las situaciones traumáticas que estaban viviendo, bajar sus niveles de ansiedad y recuperar la calma.

Pero Carmen y sus compañeros no están solos: la resistencia de la lectura en voz alta se ejerce desde otros lugares. Llega a mi conocimiento la existencia de varias iniciativas impulsadas por la asociación Entrelibros, en Granada, desde donde Juan y Andrea llevan casi quince años haciendo de la lectura en voz alta una forma de intervención social y cultural, una manera de cambiar el mundo mediante el encuentro con los libros. Realizan lecturas compartidas en cárceles y hospitales, colegios o residencias de personas mayores, labor por la que en 2019 fueron reconocidos con el Premio Nacional de Fomento de la Lectura. Además de las actividades lectoras, proporcionan formación a sus voluntarios, elaboran materiales con consejos para la lectura en voz alta y recopilan casos de estudio donde la lectura está presente con sus conclusiones. Ellos hablan de «conleer», leer con otros, compartir historias, emociones, afectos entre los que leen y escuchan, crear un acercamiento entre las personas a través de la voz de los libros.

Cuando los voluntarios de Entrelibros recorren la planta de oncología del hospital, ven que llega un momento en que algunos niños, conscientes de la situación, no quieren que entre nadie de fuera, ni siquiera payasos o magos, pero la lectura compartida siempre es bienvenida. Y es una visita que disfrutan tanto los niños como sus padres y acompañantes, también sus hermanos, y donde se dan conversaciones que nunca antes habían tenido. En muchos casos el final es traumático, cuesta reponerse de una pérdida para la que los profesionales sanitarios están preparados, pero no así para un voluntario que se acerca a estos entornos con un libro bajo el brazo. Una madre recuerda los momentos que pasó con una de las voluntarias que iba a leerle cuentos a su hijo, enfermo de cáncer. Ella le había leído cuentos en casa, pero, quizá porque no era consciente de la importancia y el efecto que las historias pueden tener en nosotros en momentos difíciles, no se le ocurrió hacerlo cuando creía que la mejoría de su hijo solo podía llegar desde el ámbito médico. Cuando Andrea comenzó a visitar y leer cuentos al pequeño, la madre vio con sus propios ojos cómo cambiaba su hijo, cómo dentro de la enfermedad y el dolor, cuando la voz de los

libros invadía aquel espacio, durante ese rato, había un tiempo para olvidarse de la situación que estaba viviendo y dejar entrar la felicidad en su vida. Su hijo, de ocho años, se sentía especialmente reconfortado con un libro llamado *Yo*, la historia de un oso que se mira a sí mismo y se reconoce como un ser luminoso, confiado, positivo. El niño se aferró a ese relato y a la voz de Andrea, a quien le pedía una y otra vez que lo leyera, para tener esperanza ante la enfermedad que padecía. El pequeño murió y la madre grabó en la lápida una de sus páginas favoritas del libro, la que dice: «En ocasiones, noto que soy algo muy especial». La madre mantiene en el recuerdo estos momentos que pasó junto a su hijo y las lecturas en voz alta que Andrea compartió con ellos, y afirma: «Yo no sabía que los cuentos tenían tanta vida».

En otras ocasiones ocurre que no presentamos ninguna dolencia que pueda ser curada por la medicina, pero necesitamos que alguien nos recete un libro, igual que se recetan unas pastillas o un tratamiento, porque los lectores sabemos que los libros, si no curan, al menos mitigan el dolor. Eso es lo que llevan unos años haciendo desde la Escuela de Escritores. Con la iniciativa «Te receto un libro», un grupo de escritores nos prescriben los libros que creen que pueden sanar nuestra alma. Puedes reservar una consulta con Rosa Montero o Ignacio Martínez de Pisón, entre otros, y contarles los síntomas que tienes o qué te gustaría leer, y ellos, como buenos «librólogos de guardia», te recetarán los libros más adecuados.

Leer para sentirse libre

Parece algo manido utilizar el tópico de que leer nos hace libres y que las personas recluidas en prisiones podrán tener su cuerpo encerrado, pero que con los libros su mente puede romper las rejas y volar. Cuando una persona está leyendo entre rejas, hablar de la literatura como evasión o liberación es una metáfora menos trivial.

Cada miércoles Ana y Andrea van a leer poesía a mujeres que se encuentran en una cárcel. No se trata de distraerlas o hacerles pasar el tiempo, incluso en las cárceles hay alternativas para esto. Cuando llegan se saludan con un abrazo, «hueles a la calle», dicen las internas, que se han pintado y arreglado algo más de lo habitual,

saben que tienen un encuentro muy especial. Parece mentira que hoy en día, bien avanzado el siglo XXI, muchas de ellas sean casi analfabetas. Gracias a esas voces que cada semana llegan del mundo exterior, han hallado un espacio para la esperanza. La poesía, las historias que leen, buscan el encuentro con el otro y con uno mismo y generar una conversación. Se han abierto a hablar de cosas que nunca antes habían compartido con nadie: de sus experiencias, sus familias, sus vivencias, sus sufrimientos y también sus deseos y sentimientos. Nadie ha establecido que lo que allí se trate no puede decirse fuera de ese círculo íntimo que han creado, pero todas son conscientes de que lo que ocurre allí dentro es especial, casi mágico, que no puede salir al exterior.

Y no es de extrañar: la voz de los libros provoca un ambiente confortable de confianza donde nos abrimos a los demás, contamos lo que tenemos dentro, miramos también dentro de los demás, y se produce una comunión especial. En todos los casos, además del hecho de que alguien lea en voz alta a otra persona, que hoy en día se podría suplir con un audiolibro, detrás de esta situación se encuentra la posibilidad de comunicarnos con otros a través de los libros, compartir momentos, la escucha cálida de la voz humana, casi sentir que las ondas de la otra persona en forma de palabras llegan hasta nosotros y nos envuelven. De esta manera, mujeres que han pasado por experiencias vitales muy duras sienten que son importantes para otras, que alguien les dedica tiempo, cariño, que las tienen en cuenta.

Por todo ello, como decíamos al principio, no se trata solo de entretener, con lo relevante que esto también puede ser. El tiempo que los voluntarios les dedican y la implicación que ellas tienen al leer y compartir la escucha con otros les permite olvidar un rato su realidad y que ese tiempo vivido entre libros sea de calidad dentro de sus rutinas carcelarias. Como dice una de las asistentes: «Esto me quita mucha cárcel», y no lo dice en el sentido real de reducción de la pena, porque no era así, sino por el inmenso bien que esos encuentros le proporcionan.

Los que somos lectores sabemos que la lectura es una herramienta de transformación social, los libros nos cambian, pasan por nosotros y cuando los terminamos sentimos que ya no somos los mismos. Somos, como decía Borges, los libros que leemos. Muchas

de estas personas que están en una cárcel quizá no han tenido el entorno social adecuado como para descubrir e interiorizar el hábito de la lectura y es al entrar en prisión cuando la descubren. Las instituciones penitenciarias también conocen el poder de la lectura, y por eso se crean bibliotecas en las cárceles y se propician clubes de lectura y otras actividades que fomentan la lectura.

Esto lo cuenta una de las moderadoras de un club de lectura en una cárcel de mujeres en Uruguay: «Por último, en el club tenemos un rato de lectura en voz alta: cada participante que lo desee lee una parte del texto. Esto puso de relieve la capacidad de los textos de afectarnos, de actuar sobre nuestros estados de ánimo y de producir una variedad de respuestas fisiológicas que movilizan el cuerpo en la expresión de sensaciones y emociones». Cuenta que con la lectura en voz alta de *Chicas lindas* de Selva Almada han reído juntas, cómo se han roto por dentro al escuchar *Cometierra* de Dolores Reyes, incluso algunas han sentido vergüenza ante las escenas de sexo de los cuentos «Amor fuera de lugar» de Ursula K. Leguin y «El punto de más» de Carmen María Machado, que pusieron color en sus mejillas y les hicieron temblar e impostar la voz. Al leer un texto en voz alta, juntas, en un mismo espacio, experimentaron la acción de la lectura sobre el cuerpo manifestada a través de sensaciones y emociones compartidas.

Por último, llega a mí otra experiencia relacionada con la lectura en cárceles, en este caso en forma de donación de libros con dedicatoria que promueve la asociación Teta&Teta, llamada «A las olvidadas». Aprovechan las visitas que hacen a las cárceles para llevar libros a las reclusas y leer en alto algunos textos o poemas.

El encuentro con otros para leer en alto es encontrarnos con alguien con quien hablar y conversar de libros, pero también de cualquier tema, antes y después de la lectura. Así se consigue una comunicación y sintonía que no hallamos en otros momentos de nuestra vida y se propicia una sociabilidad que es cada vez más difícil de descubrir en un mundo que tiende al individualismo.

Abrirse como un libro

Ahora que con el desarrollo del metaverso, la inteligencia artificial

y otras tecnologías nos estamos preguntando en qué difieren las máquinas y los humanos, sin lugar a dudas podríamos decir que una diferencia es la necesidad que tenemos nosotros, como seres sociales que somos, de comunicarnos, de abrirnos a los demás. Resulta paradójico que esas tecnologías, que precisamente tienen como objetivo favorecer la comunicación, sean las causantes de que cada vez haya más soledad y aislamiento, y que nos aboquemos a una sociedad más individualista.

Tener un espacio propio y una vida solitaria está muy bien, es algo que debemos proteger y defender ante los demás como un tiempo que nos dedicamos a nosotros mismos, pero el problema aparece cuando esto se convierte en algo habitual. Me refiero a la soledad no deseada y al aislamiento que hoy en día muchos mayores y jóvenes están sufriendo. Desde las bibliotecas existen iniciativas que tratan de que la voz de los libros acompañe a estas personas.

Cesc se sienta en un sillón verde que tiene en el salón. Al lado, una mesita con un teléfono fijo, un vaso de agua y un libro del que sobresale un marcapáginas. Como cada martes y jueves, a las cinco de la tarde llama al móvil de Mercè y, tras una breve conversación, prosigue la lectura que tienen a medias. Mercè tiene noventa y cinco años y desde hace algunos meses no puede salir sola de casa y un problema de visión le impide leer. Cesc es bibliotecario y «Lectures a cau
d'orella»,
lecturas al oído, es una iniciativa puesta en marcha por las bibliotecas de Barcelona para leer por teléfono a quien como Mercè tiene dificultades para trasladarse al centro o no puede leer para que continúen disfrutando de la voz de los libros. Para ambos es uno de los mejores momentos de la semana.

Con este tipo de actividades las personas mayores ganan en concentración mental al tener que seguir el hilo de la historia que les están leyendo, pero ese rato también les sirve para no pensar en otras preocupaciones, como problemas familiares o de salud, y para disfrutar de una sociabilidad que de otra manera no obtendrían. Este encuentro hace que estas personas mejoren su autoestima al ver que pueden seguir desarrollando actividades intelectuales que seguramente de otro modo no podrían hacer, y, por supuesto,

mejoran sus niveles de estrés y ansiedad, ya que es una práctica relajante y gratificante junto con otras personas.

No obstante, los beneficios son muchos más. Gracias a la voz de los libros nos comunicamos y nos abrimos unos a otros, comentamos qué sentimos y compartimos opiniones, creamos con el otro una vivencia de calidad, no es un estar por estar, sino un momento de verdadera relación. Es tanto lo que la lectura en voz alta puede hacer que, incluso en casos donde un trauma nos bloquea, expresar lo que nos ha ocurrido puede fluir en la conversación que se genera. Esto se muestra muy bien en la novela autobiográfica *Sé por qué canta el pájaro enjaulado*, de la cantante, escritora y poeta Maya Angelou, activista y referente de la comunidad afroamericana por la lucha de los derechos civiles. En este libro, publicado en 1969 y convertido ya en un clásico contemporáneo, Maya nos cuenta su infancia y juventud en varias ciudades estadounidenses. Debido a las violaciones a manos de la pareja de su madre, sufrió un profundo trauma que la llevó a permanecer cinco años en silencio, sin articular palabra. Entonces Maya entró en contacto con la señora Flowers, quien un día la invitó a su casa a tomar pastas de té y limonada. Abrió *Historia de dos ciudades*, de Charles Dickens, y comenzó a leerle en voz alta. Cuando terminó de leer le preguntó: «¿Te gusta?», y Maya, a la que la lectura le había parecido un prodigio, por primera vez desde hace años articuló su voz para decir: «Sí, mucho». «Una cosa más», le dijo la señora Flowers, «llévate este libro de poemas y apréndete de memoria uno para mí. Quiero que lo recites la próxima vez que vengas a visitarme». Así comenzó a reconciliarse con aquellas personas que sabía que eran buenas y la querían, a través de la voz de los libros.

Años después, algo similar a esta escena se reproducirá de nuevo en un colegio de Granada. Están leyendo el álbum *¿Cómo te sientes?* Y, de pronto, sin que nadie pregunte, una de las niñas, llamada curiosamente también Maya, comienza a contar su historia. Una historia de gritos, insultos, vejaciones, de cómo el padre golpeaba a su madre hasta que caía al suelo, la ayuda de la abuela, y ella en medio de semejante guerra. Aquello, que no había compartido con profesores ni psicólogos ni nadie, surgió en aquella inocente lectura en voz alta en mitad de una clase. Quizá nadie

antes le había preguntado cómo estaba, cómo se sentía, y si lo habían hecho, la forma habría sido fría, directa, pautada, como ese saludo protocolario de «¿Cómo estás?» que nos decimos unos a otros y se queda en el aire. Después de escuchar la voz de un libro que verdaderamente se interesaba por sus sentimientos, Maya, al igual que esa otra Maya que estuvo años sin hablar, se abrió como un libro. Ese es el poder de la literatura en voz alta.

16
El espectáculo de la lectura

Las lecturas en voz alta salvan una librería

Sylvia Beach llevaba varios años regentando una librería y biblioteca de préstamo en la calle Dupuytren número 8 en París. Esta librería, a la que puso por nombre Shakespeare and Company, sería recordada más tarde por haber sido lugar de encuentro y refugio durante las primeras décadas del siglo XX de los escritores estadounidenses que se trasladaron a la capital francesa a vivir. Un día cualquiera podrías encontrarte por allí con Ernest Hemingway o Francis Scott Fitzgerald. Pero además de librera, Sylvia también ha pasado a la historia de la literatura por ser la primera persona que creyó en una obra escrita por James Joyce, un texto que mostraba una forma muy diferente de hacer literatura y que no fue comprendida ni siquiera en una época en la que las vanguardias florecían. Pero Sylvia no solo se quedó ahí: tuvo la valentía de apoyarla económicamente para que el *Ulises* viera la luz cuando nadie lo quería publicar y era un libro prohibido en Estados Unidos.

Dos meses antes de la aparición de *Ulises* se fijó una lectura en voz alta en la librería, tal y como hemos visto que hacían los romanos para dar a conocer un nuevo libro, ante un grupo reducido de amigos. Esta primera lectura se celebró en la librería de la calle de
l'Odéon
que Adrienne Monnier, la pareja de Sylvia, tenía a unos metros de la suya. Así que el 7 de diciembre de 1921 estaba todo preparado para leer en voz alta ese libro cuya publicación no había sido posible en Estados Unidos, y quizá por ello en el programa de mano se incluyó el siguiente texto: «Advertimos al público que algunas de las páginas que se leerán son de una crudeza poco común y pueden legítimamente herir su sensibilidad». Entre ese grupo de amigos y conocidos que asistieron a la primera lectura del *Ulises* se

encontraba el poeta Paul Valéry, así como otros escritores de la ribera del Sena que frecuentaban la librería. El escritor francés Valery Larbaud, amigo de las libreras, que fueron quienes le presentaron a James Joyce, había colaborado en la traducción de alguno de los capítulos y desde el principio se mostró como un ferviente defensor de la obra, así que fue el encargado de hacer la lectura. «Cuando llegó a la librería y la vio tan repleta de gente que no cabía ni una persona más, empezó a ponerse nervioso y a sentir miedo de salir a escena. Adrienne tuvo que darle una copa de coñac para que recobrase el valor y se decidiese a salir y sentarse junto a la mesita…». A pesar de que Larbaud colaboraba de manera regular en las sesiones de lectura que se desarrollaban en la librería, en aquella ocasión, y seguramente debido a la expectación que un libro como este estaba provocando, se saltó un par de párrafos. Salvando esos primeros momentos, la lectura resultó un éxito y fue largamente aplaudida por los asistentes cuando finalizó. En ese momento Larbaud buscó a Joyce entre la multitud de caras que inundaban la librería hasta que dio con él, detrás de la cortina de la trastienda, y le hizo salir ruborizado al tiempo que le daba un par de besos en las mejillas.

Y es que el *Ulises* es un libro en el que la lectura en voz alta cobra especial importancia, sobre todo al final, durante las últimas cincuenta páginas, porque se trata de un texto compuesto por ocho únicas largas frases con las que uno de los personajes, Molly, da rienda suelta a su monólogo interior sin incluir ningún tipo de puntuación. Años más tarde, en 1955, Eve Arnold, la que fuera la primera mujer en pertenecer a la agencia Magnum, inmortalizó a Marilyn Monroe leyendo la obra de Joyce. Contaba la fotógrafa que, durante un reportaje a la actriz en la playa de Long Island, en un descanso le preguntó qué estaba leyendo, a lo que ella le contestó que el *Ulises*, que lo llevaba desde hacía tiempo en su coche y que lo leía siempre que tenía un rato. Así que la fotógrafa le propuso fotografiarla mientras leía. La imagen de la actriz con el libro se convirtió en icónica. Marilyn le contó que le encantaba cómo sonaba el *Ulises* y que se lo leía en voz alta a sí misma para encontrarle sentido. No estaba muy alejada Marilyn del que pudo ser el objetivo de Joyce al escribir estas últimas páginas de manera continua: hacer que el lector tuviera que decir en voz alta el texto

para comprenderlo, reproducir la voz del monólogo interior que surgió en la cabeza de Molly como única manera de acercarse a él. Así que, si alguno de vosotros ha sentido alguna vez la frustración de perderse con este libro, quizá lo estaba leyendo en silencio, y lo que hay que hacer es leerlo en voz alta para captar su esencia.

Pero volvamos a la librería Shakespeare and Company. Durante los siguientes años Sylvia siguió recibiendo a autores y lectores con los que hablaban de libros y literatura y con quienes hacían lecturas en voz alta. Pero después de llevar la librería abierta más de veinte años, el comienzo de la Segunda Guerra Mundial en 1939, la ausencia de ciudadanos estadounidenses, que habían vuelto a su país huyendo de la contienda, y la situación económica del momento con alquileres que triplicaron el precio, hacía que el proyecto fuera inviable desde el punto de vista económico. Sylvia comenzó a pensar en el cierre de la librería. Ante esta situación contempló varias opciones, como la propuesta de emitir acciones para que hubiera otros propietarios, cosa que rechazó desde un principio. Tras muchas vueltas encontró una fórmula: crearía una «Asociación de Amigos de la Librería». La idea consistía en lograr reunir a unos doscientos amigos de la librería para que cada uno de ellos pagara una cuota anual de doscientos francos. El número elegido fue ese sin posibilidad de aumentarse porque era el aforo que de manera muy ajustada cabía en la librería. De esta forma, se podrían salvar los siguientes dos años hasta que la situación económica cambiase o se buscara otra solución. La librería pudo seguir abierta. ¿Pero por qué alguien iba a pagar una cuota por mantener abierta una librería? ¿Qué recibían a cambio? Los amigos de la librería escucharían en primicia textos inéditos de los escritores amigos de Sylvia, quienes se habían comprometido a efectuar por turnos una lectura de sus trabajos inéditos.

Durante los siguientes meses Shakespeare and Company se convirtió en una sala donde se apretujaba la gente en pequeñas sillas para oír leer, por ejemplo, a André Gide, que escogió una obra de teatro, o Paul Valéry, que leyó alguno de sus versos más bellos, hasta Ernest Hemingway, que tenía como norma no leer en público, hizo una excepción y consintió en participar. Todo ello le granjeó una gran publicidad a la librería y aparecieron noticias de estos eventos en la prensa. Con esta iniciativa, el negocio comenzó a

remontar: la idea de salvar a la librería a través de la lectura en voz alta surtió su efecto. Me hubiera encantado sentarme en una de las pequeñas sillas de madera estratégicamente colocadas en la librería para escuchar a estos escritores y conocer en primicia sus obras acompañando la velada con aperitivos y copas. Sin lugar a dudas, un espectáculo de la lectura por el que merecería la pena pagar.

Sylvia Beach con James Joyce en su librería. © Album / Lebrecht Authors / Bridgeman Images

De esta manera la lectura en voz alta salvó la librería de Sylvia Beach. Muchas décadas después, en 2022, para conmemorar el centenario de la publicación de *Ulises*, los propietarios actuales de Shakespeare and Company organizaron una actividad muy especial. Durante varios meses la lectura en voz alta fue la protagonista, y escritores y amigos de la librería leyeron en público el *Ulises*. Ya no se encuentra en su ubicación original, sino que tan solo hay que dar un agradable paseo hasta el número 37 de la calle Bûcherie, pero mantiene el mismo espíritu de la original. La muestra es el pódcast llamado *Friend of Shakespeare and Company read Ulysses by James Joyce* y en el que han participado, entre otros, Margaret

Atwood, Jeannette Winterson, Stephen Fry, Douglas Stuart o Ali Smith.

Pero la importancia de la voz de los libros no se quedó ahí. Unos años después de esta presentación y debido a la relevancia de que la obra de Joyce fuera leída en voz alta, Sylvia quiso grabar al autor leyendo. En 1924 consiguió el permiso para utilizar un estudio de grabación y Joyce leyó un fragmento. El resultado final fueron treinta copias en vinilo que el autor repartió entre sus familiares y amigos. Beach, sin lugar a dudas, fue una adelantada a su tiempo en muchos aspectos, no solo por su apuesta por el *Ulises*, sino también por comprender que los libros tienen una voz, la importancia de la voz en alto, y que podía conservarla con la tecnología de su época.

Hoy en día, muchos años después, otros libreros siguen utilizando la voz de los libros para llegar a los lectores. Algunos de ellos lo hicieron obligados por la pandemia de 2020, cuando tuvieron que cerrar sus librerías y la única forma de comunicarse con sus lectores fue a través de internet y las redes sociales, como Xavier Vidal, librero de la barcelonesa Nogelliu, que nos cuenta lo que descubrió: «… a través de la palabra, dicha en voz alta, creo, y ahora lo digo en términos comerciales, se venden más libros, se venden muchos más libros. Si te leo un fragmento de un poema de Rimbaud o de la última novedad que haya sacado un *best seller* cualquiera. ¿Por qué?, porque hay música, y a la gente le gusta la música».

Pero no solo se lee en voz alta en las librerías, también en las bibliotecas, esos lugares donde en la Antigüedad resonaba la voz de los libros, pero que en la actualidad se han convertido en templos del silencio, se lee en voz alta. Lo hacen en las propias salas, cuando programan actividades, muchas dirigidas a niños, pero también las hay para adultos. Asisto a una de ellas, se trata de un taller de declamación de poesía. El profesor es un actor profesional que conoce muy bien el funcionamiento de la voz, cómo proyectarla, las pausas necesarias para generar la justa emoción que se quiere conseguir, e incluso, cómo manejar silencios más prolongados. Nos anima a cambiar el ritmo dentro de un mismo poema, rápido o lento, a dejar el final de las frases arriba o abajo, y ver qué es lo que ocurre, incluso a cambiar la intensidad de lo que leemos y cómo así el significado es otro. Nos dice que cuando alguien lee un poema de

Lorca en voz alta ya no es Lorca el que nos habla, sino quien está leyendo el texto de Lorca. Porque quien lee pone el alma en su voz, expresa una determinada intención, que es la que quiere compartir en ese momento y lugar con nosotros. El narrador tiene el poder de emocionar a través de su voz, llega al que escucha, le envuelve, puede controlar lo que siente, mantener o alargar un sentimiento o precipitar el siguiente. Y como lectora quiero aprender a leer en voz alta para conseguir todo eso, quiero ser un instrumento para que la voz de los libros llegue a los demás.

Leer juntos el *Quijote* y el *Ulises*

Ahora estoy en un lugar algo mayor que la pequeña librería que tuvo Sylvia Beach. La expectación se palpa en el aire. Hay cámaras de televisión, periodistas, escritores famosos, políticos y algún que otro jubilado. Como cada mes de abril la persona ganadora del Premio Cervantes, el más prestigioso en lengua española, se subirá a un estrado, activará el micrófono y comenzará a leer la famosa frase con la que comienza el *Quijote*: «En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme…». Desde el año 1996 y con motivo de la celebración del Día Internacional del Libro se produce en Madrid una lectura en voz alta de la obra cervantina. La lectura tiene lugar en el Círculo de Bellas Artes y tiene una duración aproximada de cuarenta horas. El evento público suele comenzar el día 21 de abril, sobre las seis de la tarde, para terminar el día 23. A continuación de la intervención del escritor o escritora galardonados con el Premio Cervantes, le siguen reconocidas personalidades de la vida pública, así como personas anónimas, usuarios de bibliotecas, integrantes de clubes de lectura, colegios y otras entidades educativas y culturales. Desde 2018 esta lectura se lleva a cabo también a través de conexiones telemáticas, lo que permite participar a otras personas o instituciones que no están presentes en la sala, y la lectura se retransmite a través de internet y se interpreta en lengua de signos. De modo que durante esas horas esta lectura llega a cualquier rincón del mundo.

Una actividad digna de ser considerada récord del mundo,

aunque lejos de la iniciativa que realmente lo tiene, el del mayor número de personas participando en un relevo de lectura. Lo logró la Fundación Educativa de la Biblioteca Marwadi en India, que el 22 de septiembre de 2015 consiguió reunir a tres mil setenta y una personas que se turnaron para leer *An Autobiography* y *The Story of my Experiments with Truth*, de M.
K. Gandhi.
Y el récord de lectura pública llevada a cabo por una sola persona la tiene un nigeriano, con ciento veintidós horas de lectura en voz alta con apenas dos descansos en esos más de cinco días. Sin necesidad de llegar a estos extremos, nosotros tenemos la suerte de escuchar cada 23 de abril la lectura continuada del *Quijote* y revivir las andanzas del manchego universal.

También tiene su día especial la lectura en voz alta del *Ulises*. La obra cuenta la vida del dublinés Leopold Bloom a lo largo de un 16 de junio desde las ocho de la mañana a la madrugada de ese día. La elección de ese día para el desarrollo de su historia se debió a una efeméride romántica, ya que fue el día en el que Joyce paseó por primera vez con la que más tarde sería su mujer. Años después Joyce, postrado en una cama de hospital tras una de sus muchas operaciones de vista, apuntó en su cuaderno: «Dieciséis de junio de 1924, veinte años después. ¿Alguien recordará esta fecha?». Y pasados más de cien años de su publicación podemos afirmar que sí, que mucha gente rememora esta fecha, no solo la poeta Sylvia Plath, que insistió en casarse ese día porque admiraba la obra del irlandés, sino que se conmemora cada año con la celebración en Dublín del Bloomsday, esto es, el día de Bloom, su protagonista.

Lectura del *Ulises* en Dublín durante el Bloomsday. © Rick Eglinton / Getty

Todo empezó un 16 de junio de 1954, cuando los escritores Patrick Kavanagh y Flann
O'Brien
visitaron algunos de los lugares emblemáticos que aparecen en el *Ulises*, como la Torre Martello o el *pub* Davy
Byrne's,
y leyeron fragmentos como homenaje. Desde entonces, los fans de esta obra se visten de etiqueta eduardiana para parecer recién salidos de las páginas del libro y recorren los rincones de Dublín en los que se sitúa la trama, y lo hacen tocados con sombreros de canotier de paja, que son la insignia de este festival. Incluso degustan los platos con los que se deleitan los personajes, como los famosos riñones de cerdo frito con té para desayunar o los sándwiches de queso gorgonzola para comer. Además hay conciertos y multitud de actividades para todos los públicos, entre las que se encuentran, como no podía ser de otra forma, la lectura en voz alta. Este tributo se fue extendiendo poco a poco más allá de Dublín y hoy en día podemos escuchar leer fragmentos de la popular y a la vez compleja obra desde otras partes del mundo. A diferencia del *Quijote*, el *Ulises* no se lee de principio a fin, sino

que, como la propia historia, la lectura es algo caótica, cada uno lee el trozo que estima oportuno, en el lugar y momento que cada cual considera.

Tampoco se lee de principio a fin el libro *Ensayo sobre la ceguera*, de José Saramago, en la representación de una obra de teatro peculiar. La escenografía es sobria, las luces tenues, casi a oscuras, donde se perciben dos camas y dos actores que llevan cada uno en sus manos una tablet. Leen fragmentos seleccionados de la novela y el espectador puede seguir el argumento aunque haga tiempo que ha leído el libro o incluso si no lo ha hecho. Durante la hora que aproximadamente dura la lectura casi no hay interpretación escénica, solo la lectura de la obra llena el escenario y se expande por todo el teatro.

Iniciativas como esta, aunque escasas, y muy vinculadas a eventos conmemorativos como este que hemos relatado se siguen haciendo hoy en día en diferentes partes del mundo. Alemania tiene un día nacional dedicado a la lectura en voz alta, el llamado Vorlese Tag. Se celebra anualmente en noviembre y ese día se invita a participar a personalidades reconocidas a leer en voz alta. También encontramos algo similar en el Reino Unido, donde varios periódicos desarrollan la iniciativa «The Reading Weekend»: una estancia de fin de semana libresco en una casa sin televisión ni internet, solo chimenea, sofá y libros para leer uno mismo, pero también para leer en voz alta junto con los otros agraciados. Así pues, a pesar de vivir en unos años donde predomina la lectura silenciosa, la misma en voz alta está teniendo un florecimiento como espectáculo que nos permite encontrarnos con otros y disfrutar en compañía de la lectura.

ROBERTO BENIGNI LEE A DANTE

Nos encontramos de nuevo en la calle, pero pasamos de Irlanda a una plaza de Roma en Italia, donde se han reunido más de ochenta mil personas. Esperan a que empiece el espectáculo. No se trata de un concierto, y mucho menos de un mitin político o una manifestación religiosa, allí se va a leer en voz alta la *Divina comedia* de Dante. Todos esperan a que el actor italiano Roberto

Benigni salga a leer. El actor, reconocido internacionalmente por su película *La vida es bella*, desde hace unos años se dedica a la recitación y explicación de la conocida obra de Dante a través de su espectáculo *Tutto Dante*, que representa en diversos escenarios, colegios e incluso la televisión, donde llegó a formar parte de la programación en directo de la noche de fin de año. Antes ya llenó la plaza de Santa Croce de Florencia: cinco mil personas escucharon recitar los versos de esta obra y, según prestigiosas publicaciones, «fue como escuchar una música sublime», indicando que «su entusiasmo es adictivo, incluso contagioso». Sin lugar a dudas, es clave para comprender y disfrutar un texto que este sea leído con una buena dicción, la entonación adecuada, que nos llegue el sentido de la obra a través de los sentimientos y la pasión que transmite la voz que lee en alto, y eso es lo que Benigni hace con la *Divina comedia*.

Existen otras iniciativas similares de lecturas en el mundo. En Estados Unidos cuentan desde 2010 con un programa de lecturas públicas llamada «The Global Read Aloud», que sería algo así como «La lectura global en voz alta», dirigidas principalmente a los niños. Esta actividad pretende conectar a las personas a través de un libro que se lee al mismo tiempo en diferentes ciudades y pueblos. Suele tener lugar en octubre y durante seis semanas en las escuelas se leen en voz alta los mismos libros elegidos.

En los colegios o bibliotecas públicas sigue perviviendo la lectura en voz alta sobre todo con cuentacuentos infantiles. Fuera de estas instituciones, en la isla de Lanzarote se celebran desde el año 2003 lecturas públicas en un local. Se trata del proyecto dirigido a adultos denominado «Literatura Viva». Se reúnen cada lunes por la tarde para leer en voz alta y escuchar leer. Otra iniciativa similar es la «Lectura en Veu Alta», que fomenta la lectura en catalán.

Hoy en día también podemos asistir a otras manifestaciones de creación literaria en voz alta y en comunidad, pero que no son como tales lecturas, aunque tienen también su interés y atraen a un determinado público. Me estoy refiriendo, por ejemplo, a las llamadas «Controversias» de los decimistas cubanos, que improvisan poemas en forma de décima, o a las «Peleas de gallos», que llenan salas de gente. También el «Maratón de cuentos» de Guadalajara,

que lleva desde 1992 con esta iniciativa y que se desarrolla el Día del Libro. Se trata de un fin de semana, durante cuarenta y seis horas, en las cuales se cuentan cuentos, pero la principal norma es que no se pueden leer. Quienes sí que leen sus poemas en público son los poetas, y como hacían Dickens o Dylan Thomas, llenan teatros de personas que quieren escuchar en directo, en su voz, sus poemas acompañados de música y luces que hacen que la literatura pueda ser vivida, sentida y compartida.

LEO A
Os
…

Volvamos a un entorno íntimo. Una mujer joven con pijama de satén negro entra en una pequeña sala del centro cultural Conde Duque, un antiguo edificio histórico de Madrid remodelado pero que mantiene la esencia de pertenecer a otro tiempo, lo moderno y lo clásico parecen fundirse en el espacio y el tiempo. En el centro han puesto una alfombra negra y cojines también oscuros, con varios libros esparcidos alrededor, en el borde, creando un círculo imaginario que me recuerda a los rituales satánicos, delimitando lo que está dentro y lo que permanece fuera, como queriendo establecer un límite entre la realidad y la ensoñación que crea la lectura. La joven entra en el círculo y se sienta en el suelo, al lado tiene una pequeña bandeja con patas sobre la que hay una copa de cristal con vino tinto y rodajas de pan. La escena es mística, sagrada, esotérica, como ella considera la lectura. Fuera del círculo algunas personas que han acudido a ver qué es aquello están sentadas y esperan en silencio.

No es la primera vez que la mujer lee en público. *Os leo a Marguerite Duras, Os leo a Elena Garro, Os leo a Annie Ernaux*… así se titulan muchos de los vídeos de Luna Miguel en YouTube. La producción es sencilla, pone su móvil a grabar, hace una pequeña introducción sobre la autora y por qué ha elegido esa lectura, toma su libro en las manos y comienza a leer en voz alta. Habitualmente está en su casa, puede ser al lado de una estantería con libros, en su pequeño balcón o incluso en su cama. Su voz se mezcla con el ruido

ambiente que haya en cada momento, lo que le da una sensación de realidad, de verdad, de estar ahí con ella escuchando cómo lee en un día cualquiera. La lectura puede durar unos minutos o llegar a la hora. Un poema, un fragmento, un relato o una novela corta. Pero en todos los casos, los vídeos acumulan miles de visualizaciones. En los comentarios los usuarios mencionan la calidez de su voz, cuánto les gustan sus lecturas y, también, cómo gracias a ella han descubierto obras o autoras que no conocían antes. Luna es escritora y editora, es una trabajadora de la lectura como le gusta denominarse, porque la literatura tiene un halo de clasismo del que ella trata de huir. En su ensayo *Leer mata* hace una especie de repaso de los diferentes lectores que existen y considera que el cuerpo no puede permanecer impune al efecto que la lectura tiene en nosotros, leer deja huella. Luna conecta con esos médicos del Siglo de Oro español que decían que leer en silencio era peligroso para la salud. Ella lo ha comprobado muchas veces. Como aquella vez en la que leyó el *Ulises* de James Joyce en tres días consecutivos sin descuidar el resto de sus ocupaciones diarias. El estado físico en el que acabó fue la manifestación empírica de que la lectura nos transforma. Ahondando en esta idea de cómo la literatura deja una huella física en nosotros los lectores, en nuestros cuerpos, realizó una *performance* llamada «La muerte de la lectora», en la que estuvo leyendo en público ininterrumpidamente durante cuarenta y ocho horas. Es donde ahora estamos, Luna Miguel es la joven con el pijama de satén negro.

Sin dormir ni comer, sin ir al baño, solo leer durante cuarenta y ocho horas seguidas. Luna toma el libro de *Jane Eyre* y comienza a leer en silencio. Pasan las horas, ella cambia de posición, se tumba, se pone de pie, le duelen los ojos y el cuello, su cuerpo cambia conforme la lectura pasa por ella. Algunos asistentes se marchan después de unas horas observando aquella escena, otros sacan sus propios libros y se ponen a leer en silencio participando de esta manera también en la *performance*. Ella lee, subraya, hojea libros, los amontona. Cuando pasa el primer día vemos que ya está cansada, sus ojeras lucen oscuras, el rojo de sus labios ha desaparecido, sus ojos se cierran. La gente entra y sale de la sala, permanece unos minutos, quizá algunas horas, pero durante largos ratos se queda sola. ¿Qué sentido tiene la lectura en soledad? Queda

poco para llegar al segundo día, y Luna se pone de pie. Lee en voz alta un poema de Valente que sabe de memoria desde que es una niña: «Cruzo un desierto y su secreta desolación sin nombre». Cuando termina deja el libro y abandona en silencio la sala. Se cambia de ropa y sale en dirección a la estación de Atocha, desde donde irá en tren hasta su casa. Podría haber tomado un taxi o alguien podría haberla acercado en coche después de llevar dos días despierta y sin parar de leer, pero ella concibe la lectura no como un privilegio, sino como parte cotidiana de su vida, y la suya es la de una trabajadora de los libros. Como esas trabajadoras de las fábricas cubanas, Luna moldea la lectura mientras trabaja; en lugar de torcer tabaco lo hace con las palabras, frases, párrafos, y después de una dura jornada descansa lo justo para volver de nuevo a la fábrica de la lectura.

17
EMBOTELLAR
LA VOZ DE LOS LIBROS

CYRANO DE BERGERAC IMAGINA LOS AUDIOLIBROS

Más de dos siglos antes de que Julio Verne publicara *De la Tierra a la Luna* y tres siglos antes de que el hombre pusiera un pie en nuestro satélite, hubo una persona que ya fantaseó con este viaje. Se trata de Cyrano de Bergerac, el famoso poeta, dramaturgo y pensador francés que ha quedado en nuestro imaginario por ser un romántico empedernido y tener una nariz fuera de lo normal. En 1657 publica un libro titulado *El otro mundo*, que se dividió en dos partes. En la primera se narra un viaje imaginario a la Luna y en la otra al Sol, y por ello se le considera como uno de los precursores de la ciencia ficción. Pero la llegada a la Luna no fue lo único que imaginó y que terminaría convirtiéndose en realidad. En una de estas historias, cuando el protagonista llega a la Luna, se nos cuenta que se encuentra un libro algo diferente al resto, para el que no es útil utilizar los ojos y, en cambio, se necesitan las orejas:

> Al abrir el estuche encontré no sé qué continente de metal muy parecido a nuestros relojes y llenos de no sé qué pequeños resortes y de máquinas imperceptibles. Era, en efecto, un libro; pero era un libro milagroso que no tenía ni hojas ni letras; era, en resumen, un libro para leer, en el cual eran inútiles los ojos; en cambio, se necesitaban las orejas. Así, pues, cuando alguien quería leerlo no tenía más que agitar esta máquina con gran cantidad de movimiento en todos sus pequeños nervios y luego hacer girar la saeta sobre el capítulo que quería escuchar, y en haciendo esto, como si saliesen de la boca de un hombre, o de la caja de un instrumento de música, salían de este estuche de libro todos los sonidos distintos y claros que sirven como expresión de lenguaje entre los grandes pensadores de la Luna…

Efectivamente, Cyrano de Bergerac no solo se adelanta al hecho de

que el hombre llegue a la Luna sino que anticipa también la invención del fonógrafo y de los audiolibros a través de esa máquina similar a una caja de música, que al mover la manivela hace como si saliera la voz, tal y como si alguien leyera. Aún quedaba muy lejos que la humanidad consiguiera estos dos retos, alcanzar la Luna y crear los audiolibros, pero como todo en la historia de la innovación, para poder inventar algo primero hay que imaginarlo, y Cyrano imaginó los audiolibros.

Resulta curioso que, como ávido lector, Cyrano idease, en un ejercicio de ciencia ficción, los audiolibros como una situación maravillosa e idílica. Nadie mejor que él supo apreciar el valor de la voz para persuadir y llegar al corazón.

Es joven, culto e ingenioso, en cambio no tenía un buen físico. Su gran y deforme nariz que por un lado era signo de distinción y lo hacía único, por otro le dejaba fuera de los estándares de belleza y en desventaja en cuanto a las labores de seducción. Su mito fue tal que su historia se llevó años después a la ficción. La obra teatral de Edmond Rostand nos habla de un militar valiente pero deformado debido a su nariz y enamorado de Roxanne, una bella joven con multitud de apuestos pretendientes. Uno de ellos tiene grandes espaldas, un sedoso pelo y un rostro atractivo, pero le falta ingenio, no sabe cómo conquistar a Roxanne, qué decirle, de qué hablarle. Cyrano ama en secreto a Roxanne, pero no puede expresarle su amor porque sabe que será rechazado, apartado, como lo ha sido siempre desde que tiene uso de razón, desde que era pequeño, fruto de las risas de otros niños, de las burlas también de los adultos; es algo que ya conoce de sobra y que no quiere volver a vivir. Las circunstancias darán la oportunidad a Cyrano de que pueda expresar su amor a Roxanne cuando el joven atractivo le pide ayuda, ya que sabe que él es una persona sensible, culta, que debido a su físico se ha refugiado en los libros y la poesía, y le pide que le diga cómo tiene que dirigirse a su amada. Cyrano accede y comienza a escribir cartas en nombre del apuesto joven. Las cartas dan su fruto y Roxanne consiente que Christian, el galán, acuda una noche a su balcón para hablar. Cuando piensa que entonces todo se descubrirá, Cyrano, como hombre de recursos, le dice que no se preocupe, que aprovecharán la oscuridad, él estará a su lado para susurrarle al oído las palabras que su amada quiere escuchar. Es

más, como el joven pretendiente no sabe declamar, será Cyrano quien hable en su nombre. Este juego permite a Cyrano dar salida a sus sentimientos más íntimos, expresar su amor a la mujer que ama, pero esto tiene una cara tenebrosa. En realidad ese objeto de deseo está cada vez más lejos de él y más cerca del joven inepto. Al cabo de un tiempo Roxanne ha quedado prendada de su pretendiente, y este no solo despierta sus instintos, sino que es capaz de transportarla a mundos imaginarios, hacerla sentir con las palabras cosas que nunca ha vivido, hasta el punto de que llega a afirmar que ama a Christian no tanto por su físico, sino por el hombre que hay detrás de él, ese hombre sensible con el que puede compartir un atractivo intelectual. El engaño ha llegado demasiado lejos, Christian no sabe cómo va a mantener el tipo en el hogar conyugal, en la intimidad de la alcoba. ¿Qué ocurrirá cuando su mujer descubra que él no es ese hombre tan ingenioso, romántico, tierno que creía que era? Christian y Cyrano deciden contar la verdad a Roxanne, pero con el fallecimiento del primero la confesión no llega y su secreto se va con él a la tumba. Roxanne se retira a un convento, y Cyrano, como amigo, la continúa visitando durante quince años, llueva o truene, nieve o haga calor, no cesa en su visita. Incluso un día, para cumplir con su compromiso, acude con una grave herida. Ese día Roxanne tiene entre sus manos la última carta de su difunto enamorado. La luz de la tarde ya ha caído y Cyrano trata de leerla en alto sabiendo que las palabras le recordarán a su amor y calmarán su pena. Pero la oscuridad ya es tal que no es posible ver bien el texto. Cuando Cyrano prosigue la lectura de la carta de memoria, unas palabras que habían salido de su ser más profundo, que había recordado una y otra vez y que había escrito y recitado varias veces poniéndolas en boca de Christian, es en ese momento, al escuchar aquellas palabras con esa voz, una voz que no era real porque de serlo vendría de ultratumba, la voz de su amante que había oído noche tras noche en la oscuridad de su balcón, de esa persona culta e ingeniosa de la que se enamoró gracias a la voz, cuando se da cuenta de la situación. Pero la herida que lleva Cyrano es mortal, la historia no podrá terminar bien y Roxanne verá por segunda vez cómo su amado se le escapa de entre sus manos.

La obra de Rostand, aunque inventa esta relación a tres y la

importancia que tuvo la voz del protagonista en el desenlace de la historia, se basa en la verdadera personalidad de Bergerac, así como en su falta de atractivo físico, que solventaba gracias al ingenio de sus palabras y al refugio que encontró en los libros. Libros leídos en alto con los que Cyrano seguramente fantaseó al inventar sus propias historias, como esa en la que existía un libro que era todo voz.

EDISON INVENTA EL FONÓGRAFO

El 19 de febrero de 1877 no iba a ser un día normal en el número 11 de Spruce Street, la sede de una revista científica en Nueva York. Sería recordado por los periodistas al ser los primeros en conocer un revolucionario artilugio, invento al que al principio no se le encontró mucha utilidad.

Thomas Edison entró en las oficinas de la *Scientific American*, dejó en una de las mesas un aparato que él mismo transportaba y pidió a los periodistas que se acercaran alrededor. Sin explicar qué es lo que les iba a enseñar ni cuál era su uso, comenzó a girar una manivela. A continuación, de la máquina salió un sonido que preguntaba por la salud de los presentes, después que si les gustaba el fonógrafo, para terminar diciéndoles que él se encontraba muy bien y despedirse con un cordial «buenas noches». Los periodistas congregados allí, acostumbrados a conocer los últimos inventos y descubrimientos científicos, se quedaron estupefactos ante lo que acababan de presenciar: la primera vez que una máquina había reproducido la voz humana. Edison tuvo que llevar a cabo esta escenificación porque la noticia de su invención no había sido recibida tal y como se merecía. Cuando lo anunció meses antes resultó que por sí misma era un hecho difícil de creer y ninguna revista se interesó por ella. Así que no tuvo más remedio que presentarse en una de las revistas científicas más prestigiosas de la época y, sin mediar palabra, dejar que la máquina hablase por sí misma y se pudiera conocer en directo y a través de una prueba empírica su nuevo artilugio.

Edison posando junto al fonógrafo. © Shawshots / Alamy Foto de *stock*

Para demostrar la utilidad del aparato, propuso grabar la novela *Nicholas Nickleby*, de Charles Dickens, algo que finalmente no resultó posible debido a la duración del texto, ya que la tecnología recién inventada solo podía registrar unos cuatro minutos. Así que se contentó con la grabación de una popular canción infantil, *Mary Had a Little Lamb*, que se convirtió en la primera grabación y reproducción de la voz humana de la historia. Otra de las limitaciones del fonógrafo era que no podía hacer copias en producción masiva, esto es, se podía grabar la voz, pero después no se podía copiar en otro archivo. Esto impedía su expansión y, por tanto, limitaba su uso comercial. Unos años más tarde Emilie Bernier inventó el gramófono, que sí permitía esta duplicidad, es

decir, de un mismo archivo podían hacerse cientos de copias. Eso sí, para que funcionara había que darle cuerda con una manivela de manera manual, pero fue el primer paso para disponer de varias versiones de una misma grabación.

Poco a poco se comenzó a comprender la importancia que este invento tendría en nuestra vida. La prensa de la época, para explicar lo que conseguía la nueva máquina, en concreto el *New York Times*, hablaba de que a partir de este momento era posible «embotellar» el sonido. Esta metáfora me pareció muy hermosa desde que la escuché por primera vez. Me recuerda a esos músicos callejeros que colocan una mesa, un mantel blanco y varias copas rellenas con diferentes cantidades de agua. Van pasando sus manos por el filo de las copas y se produce el sonido, crean música. Algo así pensaron que podrían llegar a ser estos aparatos, pero en lugar de utilizar copas, meter las letras, palabras, las comas, puntos y signos en unos botes que luego serían cuidadosamente cerrados y almacenados. Me recuerda a las conservas que siguen haciendo mis padres hoy en día: conserva de tomate natural, frito, de pisto, todos ellos productos que antes han sido criados de manera orgánica, directamente por sus manos, para luego recolectarlos y embotellarlos hasta que se cierra la tapa, y permanecerán en la despensa hasta que alguien los abra para disfrutar de ellos. Sería lo mismo con los libros, cuando quisiéramos abrirlos conservarían su olor, su sabor y su sonido. Aunque me temo que el artículo del *New York Times* no mira el invento desde mi misma perspectiva y rezuma cierta burla, puesto que, por ejemplo, se imaginan las librerías como tiendas de ultramarinos donde se almacenan botellas con los nombres de los autores y dicen que «podremos comprar Dickens y Thackeray por botella o por docenas», haciendo un claro símil con comprar otro tipo de productos no culturales.

Caricatura satírica acerca de cómo sería tener libros y música embotellados. Del *Almanack*
Punch's
de 1878, 14 de diciembre de 1877. © ilbusca / ISTOCK

Es curioso cómo desde los primeros momentos de esta invención, los medios de comunicación se preguntan qué sentido tendrá a partir de ahora publicar algo, escribirlo, si resulta que hay una forma mucho más sencilla, práctica y con menos esfuerzo de comunicarnos. Es más, se llegan a cuestionar para qué aprender a leer si existirá un aparato que lo hará por nosotros. De igual manera, comienzan a asustarse de lo que podría suponer también

tener discursos y «música enlatada», y a nivel más personal, el problema de que este aparato capte nuestra voz y no podamos desdecirnos. La verdad es que veían problemas en todos lados. Por este motivo, meses después el mismo Edison escribió un largo artículo en el que explicaba con detalle su invento y las aplicaciones que podría tener en el día a día, desde escribir cartas al dictado, a juguetes que hablan, pasando por los relojes y la lectura de libros. Entre las aplicaciones hay una que me ha llegado al corazón: guardar la voz de nuestros seres queridos.

Caigo en la cuenta de que grabar la voz de nuestros abuelos, padres, tíos, es una utilidad en la que no había pensado hasta ahora y que hoy, que tenemos esta posibilidad a nuestro alcance, no hacemos. El recuerdo de la voz de una persona que ya no está entre nosotros se va desvaneciendo con el tiempo. Tenemos fotos de nuestra familia y amigos, hacemos vídeos, ahí sí que se puede escuchar algo la voz, pero no es el objeto del vídeo. No guardamos la voz, y ahora que lo pienso es algo que estamos desaprovechando. Siempre recordamos la cara de una persona que ya no está entre nosotros. En cambio, nuestro recuerdo de su voz no es tan preciso, se va difuminando, se pierde y nos cuesta recordarla. Me gustaría escuchar la voz de mis abuelos, oírlos de nuevo cuando contaban cualquier historia, hubiera sido fácil, pero no lo hice. Estoy a tiempo de hacerlo con mis padres, incluso dejar grabado algo yo misma para que mis hijas me puedan escuchar cuando ya no esté.

Pero entonces pienso que no me gusta escuchar mi voz, a la mayor parte de la gente nos pasa esto cuando oímos nuestra voz grabada. No nos reconocemos. Esto es algo que tiene una explicación, y dice que la imagen que tenemos de nuestra propia voz está en realidad distorsionada debido a que cuando nos escuchamos el sonido nos llega por dos sitios, el externo y el interno, y cuando nos oímos en una grabación solo nos llega por uno, el externo.

Hoy en día, algunos de los audiolibros están leídos por sus propios autores. Como profesional que se dedica a este sector me he enfrentado en muchas ocasiones a estas situaciones en las que el autor quiere leer su propio texto y he tenido que gestionarlas adecuadamente. ¿Qué valor le da a un audiolibro que lo lea su propio autor? La verdad, muy poco. Y en cambio, las cosas en

contra son muchas: falta de tiempo del autor para destinarlo a esta labor y desconocimiento de la técnica adecuada de colocación de la voz y vocalización, entre las más importantes. Otra cosa es que el texto sea autobiográfico y que por eso sea importante que la lectura la haga el autor para que dote a las palabras hechas voz de una sensibilidad y un sentido especiales. Pero quitando esto, siempre será mejor un profesional que lea el audiolibro, tal y como lo hacían los esclavos en la Antigüedad, personas preparadas para esta labor, dando como resultado una lectura mejor que si la hiciera su autor. El caso de Dickens cuando iba de ciudad en ciudad leyendo sus libros, creo, era algo diferente y especial. Como hemos visto, había participado con anterioridad en obras de teatro y tenía cierta experiencia y talento teatral, y, tal y como reconocieron sus coetáneos que tuvieron la oportunidad de escucharlo en directo, su lectura e interpretación eran excelentes. Colaboré junto con el escritor Fernando Marías en la grabación de un audiolibro. Se trataba de historia autobiográfica que él mismo grabó. Ya había hecho lo mismo con *La isla del padre*, que también hablaba de su familia. A los pocos meses, murió. Hoy en día se me siguen poniendo los pelos de punta cada vez que lo escucho, y pienso qué bien que podamos seguir teniendo a Fernando enlatado para el futuro.

Pero hasta llegar a aquí, el miedo ante la posibilidad de grabar los libros estuvo muy presente en estos primeros años que siguieron a la invención del gramófono. Una noche de principios de la década de 1890, un grupo de hombres se dirigía paseando hacia su casa. Todos estaban consternados. Acababan de asistir a una conferencia impartida por el físico y matemático William Thomson en el Royal Institute de Londres. Lo que había asegurado en aquella charla es que el fin del mundo es matemáticamente seguro y que ocurrirá justo en diez millones de años debido al enfriamiento gradual del Sol. Ellos ya no estarán allí, ni siquiera sus más cercanas generaciones, pero es algo desolador pensar que nuestro mundo va a desaparecer. Así que de camino a casa pensaban cómo sería el futuro próximo, ese que seguro experimentaría muchos cambios y que ellos sí que vivirían. Entre ellos se encontraba el bibliófilo francés Octave Uzanne. Cuando le preguntaron cuál era su visión sobre el futuro de los libros, Uzanne dijo que las nuevas

innovaciones con el embotellamiento del audio provocarían el fin de los libros tal y como se habían conocido hasta aquel momento. Entre sus argumentos para hacer tal afirmación, estaban que la humanidad quiere cada vez más disfrutar de un ocio que no le fatigue, no le canse, y leer, aunque sea en silencio, es un esfuerzo. Recordemos cómo una de las principales razones de que se leyera en alto durante la Antigüedad era esa: leer cansaba y se prefería que otros lo hicieran para el disfrute. Ahora esto se ha sustituido por la invención del gramófono y el resto de las evoluciones tecnológicas, por lo que no hay ningún motivo por el que queramos seguir haciendo un esfuerzo en leer cuando es posible disfrutar de lo mismo a través de la escucha. Así que Uzanne predijo el fin de los libros, ya que «todos los materiales impresos pronto serán reemplazados por material sonoro. Los autores se convertirán en "narradores" o "cuentistas". Los periodistas se convertirán en locutores; las entrevistas y los discursos se grabarán en fonógrafos para ser reproducidos por el público más tarde». Uzanne creía que en los años venideros se podría disfrutar de la literatura en cualquier lugar y momento gracias al audio, en «los vagones públicos, las salas de espera, los camarotes de los barcos de vapor, los pasillos y las cámaras de los hoteles contendrán fonografías para uso de los viajeros».

Estas predicciones, bastante acertadas en cuanto a lo que el audiolibro puede hacer por nuestros tiempos muertos y el disfrute de la literatura, pero equivocadas en cuanto al fin de los libros, se incluyeron precisamente en el formato en el que él mismo dijo que iba a morir, un libro en papel. Se llamó *El fin de los libros* e incluyó una serie de ilustraciones sobre situaciones cotidianas y cómo él se imaginaba que la gente disfrutaría de los audiolibros.

Así que al igual que la imprenta tuvo sus detractores, como el veneciano Strata, también los primeros desarrollos que permitieron la grabación de la voz tuvieron a sus apocalípticos, que decían que la reproducción sonora de las historias sería el fin de los libros y de la lectura. Me llama la atención la cantidad de veces que se ha tratado de matar a los libros en papel, y me congratula saber que siempre han salido airosos e incluso más reforzados.

Avancemos unas décadas más hasta mediados del siglo XX. Barbara y Marianne son dos jóvenes que se han conocido en un curso de verano de griego clásico en la Universidad de Hunter, en Estados Unidos, una universidad que se creó solo para mujeres. Ambas se gradúan en Humanidades en 1950 y empiezan a trabajar. Marianne se emplea en una pequeña discográfica como traductora y escritora de la información que se incluía en las fundas de los vinilos, esos discos que se habían comenzado a comercializar con música. Barbara lo hace como editora asistente en la editorial Liveright Publishers, que por aquel entonces publicaba a todos los importantes autores de los años veinte. Hasta ahí todo seguía el esquema que se esperaba de ellas. Estamos en el Nueva York de 1952, y en esta época se consideraba que era bueno que las mujeres tuvieran empleos como secretarias o asistentes, porque les daba acceso a contactar con hombres bien posicionados y les permitiría conocer al que en el futuro sería su marido y por quien dejarían ese trabajo para cuidar de la casa y los hijos. Pero nuestras protagonistas tenían otros planes. Un día que quedan a almorzar, Barbara le comenta a Marianne que el poeta inglés Dylan Thomas está en la ciudad y esa noche leerá sus poemas en el teatro The Cherry Lane. Barbara y Marianne acuden al recital y cuando salen tienen una idea: unir el conocimiento y contactos que tiene Barbara en la editorial con los de Marianne en la discográfica, y crear una empresa de audiolibros.

Dylan es un galés de dieciséis años que ha abandonado los estudios para trabajar como periodista en el *South Wales Evening Post*. Cuando termina su jornada acude a algunas de las tabernas del pueblo donde escucha embelesado los relatos de los marineros que han vivido mil y una aventuras en sus travesías. Quizá ahí aprende que lo importante no es si estos hombres exageraban alguna de las anécdotas que contaban o si en realidad no habían sucedido, sino el valor que las historias tienen en sí y lo que nos hacen sentir. Termina dejando el periodismo para apartarse de la realidad y comenzar a crear sus propios mundos, principalmente a través de relatos cortos, guiones para la radio y, en lo que más destacó y por lo que es hoy en día recordado, con la poesía. Ese

joven se llamaba Dylan Thomas, y su vida y obra impactaron tanto en el músico Robert Allen Zimmerman que acabó por utilizar el nombre del escritor como parte de su nombre artístico, Bob Dylan.

Además de escribir de una manera muy lírica y musical, Dylan tenía una voz que cautivaba a la gente, y enseguida comprendió que él también podría emular a esos marineros que lograban captar durante toda una tarde hasta bien entrada la noche la atención de los parroquianos de la taberna utilizando sus mismos recursos narrativos. En aquellos tiempos la radio era muy popular y la manera de meterse en las casas de la gente. Comenzó a leer en voz alta los cuentos y poemas que él mismo escribía, pero también las obras de otros, como la clásica obra teatral *Doctor Fausto*, de Christopher Marlowe. Y no contento con esto, creó sus propias ficciones sonoras para la radio. Una de las más famosas, *Under Milk Wood*, describe la vida de una pequeña aldea al borde del mar donde el capitán Cat revive su época de marino. Debido a que fue escrito pensando en ser escuchado, el texto está compuesto únicamente por diálogo con algunas anotaciones sobre los efectos de sonido o el modo en el que debe leerse.

Las lecturas poéticas eran en estos momentos muy importantes y atraían a un amplio público, sobre todo en Estados Unidos. Así que en 1950, Dylan Thomas fue invitado por primera vez a asistir a una lectura en Nueva York. Obtuvo tal éxito que esta marcó el comienzo de cuatro giras que se produjeron en los siguientes tres años y hasta su fallecimiento. Así que imitó a Dickens en esto de la lectura en voz alta, descubriendo una nueva forma de ganarse la vida y de llegar a su público. En estas giras alternaba los poemas de Thomas Hardy y Yeats con creaciones propias ante audiencias entusiastas que llenaban teatros. Estuvo en lugares como el teatro literario Cherry Lane o el auditorio 92 NY, y pudo socializar y beber, esto último le reportaría asimismo mucha fama, en lugares como Minetta Tavern y alojarse en el mítico hotel Chelsea. Hoy en día hay rutas turísticas que nos permiten seguir los pasos del galés durante estas giras.

El 3 de noviembre de 1953, al terminar una de esas lecturas, acudió a beber al White Horse. Este *pub* fue el último que visitó en su vida, elevando el bar a lugar de culto. Al volver al hotel, dijo que había tomado dieciocho *whiskies* que le provocaron un coma y que

acabarían con su vida a los treinta y nueve años. Después de su fallecimiento, la BBC emitió su ficción sonora *Under Milk Wood* con actores galeses como Richard Burton. Años más tarde, en 1972, se realizó la versión cinematográfica de la obra que contó, además de con Burton, con Elizabeth Taylor y Peter
O'Toole.

En 2014, por la conmemoración del centenario de su nacimiento, la BBC emitió uno de sus guiones radiofónicos inéditos, *The beach of Falesa*, que nos transporta a una historia de intriga, asesinatos y misterio en los mares del Pacífico Sur y está basado en un cuento de finales del siglo XIX de Robert Louis Stevenson. Sin lugar a dudas, un bonito reconocimiento a esas primeras historias que oyó de boca de los marineros con los que compartió trago en su adolescencia en las tabernas de su Gales natal y que le impregnaron el gusto por las buenas historias.

La editorial Columbia Records ya había comenzado a comercializar discos con la lectura en voz alta de libros. Desde 1920 la tecnología permitía la grabación de textos más largos de lo que Edison consiguió con su fonógrafo. Es en ese momento cuando el Real Instituto Nacional para Ciegos de Estados Unidos comenzó a grabar lo que dieron en llamar los «*talkings* books», o libros parlantes, que podrían considerarse los orígenes de los audiolibros. El objetivo era posibilitar la lectura a los soldados que volvieron ciegos de la Primera Guerra Mundial o con problemas de visión. En 1931 la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos también apoyó esta iniciativa y creó lo que se dio a conocer como el «Book for the Adult Blind Project». En este momento lo máximo que se podían grabar y reproducir eran veinte minutos, así que los primeros textos elegidos para grabar fueron seleccionados por su longitud. Con todo, para escuchar un libro había que poner varios discos de vinilo. Estas grabaciones requerían para cada libro una media de diez discos que se ponían en un aparato especialmente diseñado para este soporte y que por lo general se colocaba en el salón o en las zonas compartidas de las casas. Pero no fue hasta 1935 cuando comenzó la comercialización de los primeros audiolibros dirigidos al público en general para disfrutar de la literatura de otra manera, sentados en el sofá de nuestro salón. Uno de los primeros títulos fue *El cuervo*, de Edgar Allan Poe, aunque también se grabaron

fragmentos de la Biblia, obras y sonetos de Shakespeare, la Declaración de Independencia y otros textos patrióticos. Para poder disfrutar de la lectura de estas novelas era necesario disponer de un gramófono: se estima que cerca de mil hogares contaban ya con un gramófono.

Pero volvamos a la idea que Barbara Cohen y Marianne Roney tenían de los audiolibros. Para empezar pensaron que «enlatar» la voz de los libros podría interesar no solo a las personas ciegas o que tuvieran alguna dificultad para leer, sino que era algo que, como había ocurrido a lo largo de toda la historia de la humanidad, podría interesar a cualquier persona. Además, ellas aportaron algo diferente, pensaron que fueran los propios autores quienes leyeran sus textos. Ambas habían crecido en los años treinta y cuarenta, y conocían de primera mano la importancia que la radio y las radionovelas habían tenido, cómo habían disfrutado de las lecturas de poemas y otros textos literarios, y se habían enamorado del protagonista de algunas historias románticas seriadas. La hija de Marianne cuenta que «era una época de escuchar. Está en sintonía con el sonido y el lenguaje y con una vida imaginativa que podía conjurarse a través del sonido». Pero esta idea supera lo que habían estado haciendo, es decir, trabajar con un horario de oficina establecido y llevar a cabo labores administrativas. Aquí estamos hablando de un proyecto empresarial novedoso, que requiere una inversión económica y para el que hay que organizar a mucha gente: conseguir un estudio de grabación, técnicos, transportar los vinilos y hacer publicidad para venderlos. Nadie a su alrededor pensó que eso sería factible. «No vais a poder hacerlo, vais a fracasar», les dijeron. De hecho, ni siquiera les alquilaron una oficina porque decían que eran mujeres y jóvenes, tan solo tenían veintidós años. Al final consiguieron la financiación de un conocido, Harry A. Cohan, que les ayudó a conseguir el crédito bancario de mil ochocientos dólares que necesitaban para fundar la empresa y quien les enseñó nociones básicas de contabilidad. Se estaba creando la editorial de audiolibros Caedmon, que sus fundadoras llamaron así en honor a un poema del siglo VII y considerado el primer poema en lengua inglesa, «Himno de Caedmon».

Pero aún quedaba camino por recorrer para comenzar a ver su sueño hecho realidad. Estaba el reto de tratar de convencer a los

autores, sobre todo a Dylan Thomas, que en aquellos momentos era poco menos que una estrella de *rock*. Tenía treinta y siete años y estaba en su tercera gira por Estados Unidos para hacer lecturas en voz alta de sus poemas. Marianne y Barbara le dejaron una nota en la recepción del hotel Chelsea, donde se alojaba, pidiéndole un encuentro y firmando con sus iniciales para que el hecho de que fueran dos mujeres no influyera en su decisión. Pero no tuvieron respuesta. Thomas pasaba las noches de bar en bar y no llegaba en muy buenas condiciones para recibir visitas, así que un día decidieron llamarle a las cinco de la mañana y tuvieron suerte, acababa de llegar, y le citaron para invitarle a almorzar. Thomas, que ya había trabajado en la radio, entendió enseguida el proyecto y aceptó participar. Pocos días después se encontraban en el estudio que habían alquilado en la Calle 57 con la Sexta Avenida para comenzar la grabación de las lecturas. Incluyeron cuatro de sus poemas por una cara del disco de vinilo y un quinto poema y el cuento «La Navidad para un niño de Gales» en la otra. Vendieron doscientas cincuenta mil copias.

Marianne y Barbara produjeron más de quinientos títulos grabados en formato audiolibro. Miro las fotografías que se hicieron sabiendo que aquel momento era digno de inmortalizar y veo a dos jóvenes con cara de niñas buenas, abrigos de paño, falda por debajo de la rodilla y zapatos cómodos. Empujan una carretilla de obra donde transportan grandes cajas con los discos de sus primeros audiolibros por las calles de Nueva York atestadas de coches, autobuses y transeúntes. Por si esto no fuera poco sostienen grandes carpetas en sus manos y un bolso, con una sonrisa a medio camino entre la ilusión y la pasión al ver los primeros pasos de su proyecto, pero a la vez con cierto temor e inseguridad al saber que están invirtiendo más de lo que tienen en algo nuevo y que alberga un riesgo. Como la propia Marianne dijo: «Fue una mezcla perfecta de audacia, estupidez, buena suerte, coincidencia y sincronización». La historia acabó bien, fueron dos pioneras de lo que hoy en día es el sector de la industria editorial con mayor crecimiento y potencial de desarrollo. El vinilo con los poemas y el cuento de Thomas Dylan consiguió en poco más de un año pagar las deudas y hacer de Caedmon una empresa rentable. A esta iniciativa siguieron otras similares con los mejores autores del momento y gracias a las cuales

hoy podemos escuchar los textos de Faulkner o Hemingway e incluso las voces de Albert Camus y Pablo Neruda leyendo en sus idiomas nativos, y a
J. R. R.
Tolkien con partes en élfico para *El Señor de los Anillos*. Grabaron audiolibros en otros idiomas, incluso obras del repertorio español: *La vida es sueño* de Calderón de la Barca o *Don Juan Tenorio* de José Zorrilla fueron dramatizadas por la compañía española de teatro universal, que se desplazó para ello a Nueva York. Ponían mucho interés en que cada una de las fases de producción del audiolibro resultara perfecta. No solo convencían al autor para que leyera sus textos, sino que acudían a la grabación, a modo de público al que dirigirse, y lo escuchaban para que el tono no fuera frío. También cuidaron mucho las imágenes de las fundas de los vinilos y, como curiosidad, Andy Warhol, por entonces un desconocido, diseñó la de un audiolibro de Tennessee Williams. A principios de los años setenta Caedmon Records fue vendida a Raytheon, que en la actualidad es propiedad de Harper Collins.

En estos momentos las compañías de radio empezaban a preocuparse por el éxito de la televisión entre las familias, que cada vez pasaban más tiempo ante este nuevo invento que se populariza rápidamente gracias a las compras a plazo. Marianne cuenta que el objetivo no era grabar de cualquier manera un texto para luego escucharlo, sino «intentar captar la voz que ese autor escuchaba en su cabeza. Cuando uno escribe se oye algo, y eso es lo que intentábamos captar, o estar cerca de eso […] El sentido de la poesía era el sonido. La gente ha olvidado eso. El alma de la poesía es el sonido».

Barbara Cohen y Marianne Roney transportan los primeros audiolibros. © Phillip Harrington / Alamy Foto de *stock*

Barbara y Marianne consideraban que al grabar la voz de los libros lo que estaban haciendo era darle otra dimensión a la obra; de hecho, el lema de la compañía fue: «Caedmon: una tercera dimensión para la página impresa». Buscando cómo dar vida a los libros, también registraron la voz de Sylvia Plath leyendo sus poemas, en concreto *El Coloso y otros poemas*. La autora estadounidense acostumbraba a leer en voz alta a los poetas que admiraba para de esta forma impregnarse del ritmo y la melodía de los versos. Nos lo cuenta en sus *Diarios*, cuando dice: «Mañana, lunes, tengo que organizarme: las comidas regulares, las compras y las coladas, escribir prosa y poesía por la mañana, estudiar francés y alemán por la tarde, leer en voz alta…». También: «Solo deseo tener paz, soledad, para leer sus versos en voz alta. Leer solo a los

grandes poetas, dejar que sus voces cobren vida en mi oído…».

Sylvia concibió el poema «Tres mujeres» precisamente para ser leído en alto. Trata de la maternidad y de cómo esta es vista por varias mujeres: la que siente que ser madre da sentido a su vida, la que sufre por no poder serlo y la que lo es a su pesar. A partir de este momento cambió la manera en la que afrontaba su escritura y, en 1962, un año antes de su muerte, leería el poemario en la BBC.

Me encanta esta idea de que los poetas y sus poesías cobran vida cuando las leemos en alto. Si lo hacemos en silencio parece que es algo inerte, que queda dentro de nosotros, pero una vez que lo verbalizamos ocurre algo mágico: aparecen ante nosotros como seres de carne y hueso. Esto mismo me han dicho muchos autores sobre los audiolibros de sus novelas. Cuando les he preguntado acerca de sus impresiones después de escuchar la grabación, uno de los comentarios más habituales ha sido: «me he emocionado» o «ha sido como si mi personaje tuviera vida». En la mayor parte de los casos hemos pedido al autor que colabore en la elección del *casting* para encontrar al narrador o narradora adecuado para esa lectura y para marcar las características que esa voz debe poseer, si aguda o grave, cómo ha de ser la interpretación, si emotiva o lacónica, o incluso el ritmo de lectura, si nervioso, atropellado o calmado. Cuando la historia se narra en primera persona esto es muy importante, porque a través de nuestra voz estamos transmitiendo mucha información sobre quiénes somos y nuestra personalidad. Por poner solo una muestra que ejemplifique esto que estoy diciendo: una lectura no puede hacerse con un tono tierno, meloso, pausado, cuando quien nos está hablando es un asesino en serie al que el narrador define como prepotente, narcisista y que habla atropellado.

El archivo de la palabra

Mientras escribo este libro leo lo escrito en voz alta muchas veces. Me canso. Leer en alto ya sabemos que cansa, que es un ejercicio físico. Pero tengo que hacerlo porque sé que solo al escuchar el texto es cuando descubro qué voz tendrá mi libro. En todos los talleres de escritura te dicen que tienes que «buscar tu voz»,

también se habla de la voz de tal o cual autor. La voz de un autor es única y le distingue del resto. Por ello precisamente se utiliza esa expresión, «la voz», porque, como nuestro timbre, es algo que nos hace únicos, nos identifica, incluso se han comenzado a desarrollar algunos experimentos al respecto, sin pruebas concluyentes aún, que teorizan sobre cómo puede influir la voz en nuestra concepción sobre la personalidad del otro. Podríamos decir que es algo similar al «estilo», cómo escribe tal o cual escritor; por ejemplo, sabríamos reconocer un fragmento escrito por Hemingway, Fitzgerald o García Márquez sin que nos digan quién es el autor.

Me gusta constatar que en esto de leer en alto los textos que una escribe no estoy sola. «Desde luego, cuando tengo la mala idea de escuchar estas cintas que, a veces grabo en mi casa para oír cómo suena lo que escribo, me doy cuenta de que mi pronunciación del español consternaría a cualquier foniatra». El que así habla y hace mofa de su voz es el escritor argentino Julio Cortázar, quien cuenta que en algunas ocasiones se grababa a sí mismo leyendo sus textos para conocer cómo suena y cuál es el ritmo. Este es uno de los consejos que se comparten con los aprendices de escritura en los talleres literarios: leer en voz alta nuestros propios textos para darles vida a través de la voz y poder trabajarlos hasta que suenen como nosotros queremos.

También Primo Levi nos cuenta que leía en alto los trabajos de otras escritoras a las que admiraba y comparaba ese sonido con el de su propia escritura para ver cuán lejos estaba y cómo podía acercarse al estilo deseado. «Leía en voz alta una página de Mercè Rodoreda, de su novela *La plaza del Diamante*. Después, también en voz alta, leía una página de mi manuscrito y entraba en conflicto y me servía del conflicto; y así Rodoreda me ayudó a elevar mi relato, tan distinto en tema y forma. Era su estética la que me obligaba a apretar. Lo mismo hice con la húngara Agota Kristof. Esa trilogía suya sobre la guerra me estremece. El gran cuaderno, ese libro del que alguna vez te hablé y te leí fragmentos».

Muchos son los escritores y escritoras que leen en alto para conocer la musicalidad de sus textos y así lo cuentan en sus diarios o biografías, pero terminaré con otro ejemplo. El caso de Gustave Flaubert y el proceso de escritura de *Madame Bovary*, que fue leyendo en voz alta mientras la escribía para conocer cómo sonaba.

El autor trabajó la melodía, sabedor de que la mayor parte de las personas la escucharían más que leerla en silencio, cosa que hoy en día, debido a que lo habitual es que se lea en silencio, no se aprecia ni disfruta.

En el capítulo «El derecho a leer en voz alta», uno de los capítulos del libro *Como una novela*, Daniel Pennac reivindica para el lector de finales del siglo XX, que ya se ha ido convirtiendo en lector silencioso, el derecho a leer en voz alta. Dice que cuando lee así a Dylan Thomas, Charles Dickens, Franz Kafka, Mary Shelley o Fiódor Dostoievski en realidad está escuchando sus voces, esos momentos en los que estos autores leyeron su obra a otros: Thomas con su voz de borracho, el Dickens mayor y cansado en su última gira y a punto de morir, o la joven Mary Shelley leyendo el germen de su *Frankenstein* ante lord Byron y Percy Shelley. Es una forma de que los textos, sus historias y sus protagonistas cobren vida, salgan de las letras, las líneas, los párrafos y las páginas para estar a nuestro lado, como si fueran de carne y hueso.

No solo los escritores leen en voz alta, es muy importante en otras actividades donde precisamente se puede escuchar mientras se hace otra cosa, como, por ejemplo, en la pintura. En 1965 Salvador Dalí recibió el encargo de pintar quinientas acuarelas inspiradas en *Las mil y unas noches* en un plazo de tres años a cambio de un millón de dólares. El pintor ya había ilustrado el *Quijote*, la *Odisea, Romeo y Julieta* e incluso la Biblia, pero para documentarse para ese trabajo se sirvió de la voluntad de su mujer Gala, quien le leía en voz alta el texto de Sherezade mientras él pintaba. También le gustaba que le leyera en idiomas que él no conocía, como las lecturas en alemán de la revista *Der Spiegel*, porque amaba escuchar la poesía y la melodía del tono de la voz de su esposa en este idioma. La suavidad de su voz le reconfortaba y amortiguaba sus arrebatos de ira. Dalí no lo conocía entonces, pero más tarde esto lo corroboraría la ciencia, que la lectura en voz alta le proporcionaba a su cerebro la calma y paz que necesitaba para hallar el estado mental adecuado que le permitiera al artista expresarse con su pintura. Esta práctica no debió de quedar circunscrita a este encargo ni ser algo anecdótico: al parecer Gala leía en alto de forma habitual. De hecho, uno de los sobrenombres con el que el pintor llamaba a su mujer era «campana de piel»,

porque, según él, su voz era como el sonido de una campana. Así lo cuenta el propio Dalí: «… [Gala] lee para mí en voz alta durante las largas sesiones de mi pintura, produciendo un murmullo como de campana de piel, gracias al cual aprendo todas las cosas que, sin ella, no llegaría a saber nunca».

Sabemos que Albert Einstein leía a su hermana Maja, dos años más joven que él, lecturas de Sófocles, y que Katherine Mansfield, como nos cuenta en su *Diario*, leía en voz alta a las chicas en la clase de costura y que era tan buena que las hacía llorar cuando leía a Dickens. Virginia Woolf también leía a su hermana mientras la otra pintaba, algo que esta recordaría toda su vida: Las tardes más felices las pasaban en una pequeña habitación vidriada que daba al jardín y brindaba un lugar de intimidad para las hermanas. Allí, mientras ella pintaba, Virginia leía en voz alta a los novelistas victorianos. En 1949, ocho años después de la muerte de Virginia, Vanesa confesaría recordando estos momentos: «Todavía hoy puedo escuchar mucho de George Eliot y Thackeray con su voz». Carrington, pintora amiga de Virginia Woolf, escribe una carta a su amado que acaba de morir: «Echo un vistazo a nuestros libros preferidos e intento leerlos, pero sin ti no me dan ningún placer. Me acuerdo solo de las noches en las que tú me los leías en voz alta, y entonces lloro. Me siento como si hubiéramos almacenado todo nuestro trigo en un granero para hacer pan y cerveza el resto de nuestras vidas, y el granero hubiese ardido hasta los cimientos, y nosotros contemplábamos las ruinas carbonizadas, de pie, una mañana de invierno. Pues en esta habitación estaba la cosecha de nuestra vida juntos. Toda nuestra felicidad estaba sobre ese fuego y con esos libros… Es imposible concebir que nunca más me sentaré contigo y escucharé tu risa. Que cada día del resto de mi vida tú no estarás». Días después ella se suicidó.

Pero la lectura en voz alta no solo sirve para escribir bien o amenizar los ratos en los que hacemos cualquier actividad no intelectual, sino para entender mejor algunos textos, para acercarnos más a la obra de algunos autores. Ya vimos cómo Cervantes escribía sabiendo que iba a ser escuchado más que leído, pero también Juan Goytisolo nos dice que, como nos cuenta Pennac, la mejor manera de acercarnos a la obra de algunos autores es esa, y que él, en un determinado momento, siguió esa práctica:

«Si lees a Joyce o a Céline te das cuenta de que la mejor lectura es la lectura en voz alta. Prácticamente, la mayor parte de las cosas que he hecho a partir de *Don Julián* han sido escritas para ser leídas en voz alta. Recuerdo que cuando publiqué *Makbara*, en lugar de firmar ejemplares en El Corte Inglés, propuse al editor hacer una gira por doce universidades españolas y leer fragmentos del texto en voz alta para que la gente viera que mi sistema de dos puntos no es en modo alguno arbitrario. El texto impone una música, un ritmo, una prosodia y esta lectura en voz alta es la lectura mejor. Obviamente, no pido que todos los lectores se paseen leyendo el libro en Xemaá-el-Fná en voz alta. Mi intención era que captaran el ritmo y la prosodia. Existe una relación entre lo que podemos considerar la literatura más creativa e innovadora del siglo XX con la tradición medieval. Para mí, es algo enriquecedor y de ahí mi interés por las tradiciones orales y la defensa de la tradición oral». Asimismo Pennac nos habla de Dostoievski que escribía en voz alta, y es que dictaba sus novelas a su mujer, Anna Grigorievna. De esta forma comprobaba cómo sonaba su texto, cómo sería escuchado por la mayor parte de sus lectores, y esto le permitía crear una historia con el ritmo que deseaba. Hoy en día, muchos escritores han vuelto a escribir pensando que van a ser escuchados en lugar de leídos. El auge de los audiolibros hace que nuevos lectores disfruten de sus historias de otra forma. Esto lo saben los escritores. Son conscientes, como lo eran Cervantes o Quevedo en su tiempo, de que serán más las personas que disfruten de sus novelas a través de la lectura en voz alta gracias a un audiolibro que aquellos que las lean en silencio.

El autor que quiera escribir para ser escuchado, además de, por supuesto, leer su texto en alto para comprobar, como hacía Cortázar, cómo suena, ha de tener una escritura clara y sencilla. El oyente no puede controlar el ritmo de la lectura, la comprensión, ni volver atrás cuando algo no se ha entendido bien, ya que interrumpe la ensoñación en la que estamos cuando escuchamos una historia. La linealidad y reiteración de los mensajes sin que resulten repetitivos son cualidades de la literatura oral que tienen que utilizarse en la escritura que se sepa que va a ser escuchada. El cuento de la pastora Torralba en el *Quijote* es un buen ejemplo: es una narración reiterativa con el objetivo de que nadie se pierda en

la historia. Por último, otra de las técnicas que utilizó Cervantes fue la escritura de capítulos cortos, breves, que hacían su escucha más fácil de seguir que capítulos largos y tediosos que pudieran suponer perder el hilo de la historia.

Escuchar las voces de estos autores que nos han dejado sus palabras escritas sería otra forma de inmortalidad más, y esto en algunos casos es posible gracias al «Archivo de la palabra». Con este nombre tan poético se preservan en la Biblioteca Nacional de España los documentos sonoros que existen desde la creación del fonógrafo a finales del siglo XIX. Habitualmente cuando pensamos en la Biblioteca Nacional lo hacemos refiriéndonos a los libros en papel que custodia, pero también es la garante de la palabra hablada, la encargada de conservar los archivos sonoros. En este lugar tienen guardados los documentos sonoros producidos desde 1890 hasta hoy y que se reciben a través de depósito legal, esto es, aquí existe una copia de todos los archivos sonoros que se producen en nuestro país. Se trata de una colección compuesta por unos seiscientos mil documentos sonoros, lo que la convierte en la fonoteca española más importante después de la de Radio Nacional de España.

Este archivo existe desde los años cincuenta del siglo pasado, cuando llegan a la biblioteca unos discos de pizarra con un contenido muy particular, la voz de representantes de la conocida generación del 98 como Clarín, Baroja o Valle-Inclán. Estos discos fueron grabados en los años treinta, a iniciativa de Ramón Menéndez Pidal, para preservar sus ideas y pensamiento en su propia voz. Se piensa que en la Guerra Civil la Junta de Incautación y Protección del Patrimonio los protegió y, una vez finalizada la contienda, en los años cincuenta se devolvieron para preservarse en la Biblioteca Nacional. Estas voces de escritores pero también de pensadores y cualquier otro archivo sonoro son documentos únicos. Están grabados en cilindros de cera, que son los discos que se reproducen en el fonógrafo inventado por Edison y que incluyen materias vivas que han de mantenerse a una temperatura y una humedad adecuadas. Algunos de estos documentos se han digitalizado y se pueden disfrutar en la web de la institución, así que podemos escuchar las voces de autores como Pío Baroja o Miguel de Unamuno en lo que se llama Biblioteca Digital Hispánica.

Otro proyecto que tiene también como objetivo difundir la poesía leída en voz alta es la Fonoteca Española de Poesía, una entidad cultural no lucrativa que desde 2014 está construyendo el Fondo Sonoro de Poesía Contemporánea en Lengua Española para promover su difusión.

La mutación de las historias

Cuentan que hace mucho tiempo había un enano que llegó a un reino muy lejano. En su carruaje llevaba un solo libro, grande, con las tapas de piel y los cantos dorados, y que decía que era mágico porque en él se encontraban contenidas todas las historias que hasta aquel momento se habían creado sobre la faz de la tierra y todas las que en el futuro se pudieran imaginar. Comenzó a leerlas por las plazas del pueblo congregando a su alrededor a grandes y pequeños que cada tarde, después de labrar la tierra, dar de comer a los animales o dejar preparada la cena, acudían para deleitarse con historia tras otra, historias que nunca se repetían. La existencia de este libro y el enano que lo leía llegó a oídos de la princesa del reino, quien enseguida lo mandó llamar para que leyera para ella. La princesa padecía melancolía y no encontraba interés ni entusiasmo en ninguno de los placeres que estaban a su alcance: ni los vestidos, ni la comida, ni siquiera la música o los bailarines lograban despertar su ilusión por vivir. Desde el momento en el que el enano llegó al palacio, abrió su pesado libro y empezó a leer para ella, ella comenzó a sentirse mejor. Como enseguida vio lo que aquel mágico libro provocaba en su bienestar, exigió que cerrasen las puertas de palacio con todos los cerrojos y prohibió que dejasen salir al enano para obligarlo a leer siempre para ella. Lo hacía día y noche, leía para la princesa desde que los primeros rayos de luz entraban por la ventana y unas doncellas peinaban los largos cabellos de la joven. Seguía haciéndolo mientras la princesa comía, cuando esta paseaba por sus jardines y hasta que se quedaba dormida, incluso si se despertaba a media noche, le mandaban llamar para que prosiguiera su lectura donde la había dejado hasta que los párpados principescos caían y la dama se abandonaba al sueño. El enano no podía descansar y comenzó a encontrarse muy

fatigado, le dolían los brazos por sostener el pesado libro, pero también los ojos al no apartar su vista de las letras y la garganta al no cesar de leer en alto. Entonces se atrevió a pedir un tiempo de descanso que le permitiera reponerse de tan exigente labor entre lectura y lectura, pero la princesa, egoísta y caprichosa, no se lo permitió, porque decía que el tiempo que no escuchaba historias era tiempo perdido en su vida. Pasaron los meses y las dolencias del enano fueron a peor, veía las letras con dificultad y tenía la garganta roja, dolorida e inflamada, hasta que un día se le paró el corazón y murió. La princesa lamentó mucho no poder seguir escuchando las siempre nuevas y sorprendentes historias que le leía el enano y volvió a tener melancolía, sintió como si la voz que salía del libro hubiera muerto, como si ese mundo mágico e inabarcable se hubiera esfumado. Pero tuvo una idea: mandó llamar al relojero del pueblo, que era uno de los pocos que sabían leer, y le pusieron delante el gran libro mágico del enano. Si sabía leer, todo sería tan sencillo como eso, el enano no era imprescindible, solo era la voz de aquel libro mágico, las historias estaban allí esperando a que alguien las leyera. El relojero tenía miedo, era la primera vez que estaba en palacio y había oído decir que la princesa era una joven mimada y caprichosa. Así que, nervioso, abrió la pesada tapa de piel del libro y después de carraspear para aclararse la voz pronunció el título en alto: *Manual técnico de los engranajes del reloj de la torre para que no atrase y dé la hora exacta*.

Al igual que ocurre en este cuento, cada vez que los lectores comenzamos a leer un libro deja de pertenecer al autor para ser algo nuestro. Nosotros le damos sentido, lo vinculamos con nuestras experiencias, pensamos cosas sobre los personajes y las situaciones, incluso en aquella en las que quizá el autor no había pensado. Un mismo libro leído por cada uno de nosotros es diferente, es más, el mismo libro leído por una misma persona en diferentes momentos de su vida es también distinto. ¿No os ha pasado que ese libro que leísteis en vuestra juventud cuando lo leéis años más tarde en la madurez ya no es tan bueno como recordáis? A mí me ha ocurrido, de hecho, tengo miedo de releer alguno de ellos por si esto vuelve a pasar, por si descubro que la prosa no es tan poética, que los personajes no son tan reales, que la historia ya no llega al corazón. También me ha ocurrido lo contrario, que una lectura que en su día

me había pasado inadvertida, al volver a ella años más tarde abría ante mí unos significados que no había sido capaz de captar en ese momento. En este grupo están *El gran Gatsby* y *El viejo y el mar*. Pues algo así también ocurre cuando leemos en voz alta. Igual que un texto traducido a otro idioma es una interpretación lo más fiel posible de quien traduce, que trata de respetar forma, estilo y tono del original, cuando alguien lee en voz alta estamos escuchando su interpretación del texto. Un mismo libro leído en alto por dos personas distintas da como resultado dos realidades distintas. Las diferencias no son tan drásticas como en el cuento de la princesa y el enano con el que hemos comenzado, pero puede servir de metáfora para expresar la particularidad que tiene la voz de los libros.

La voz de Bruce Willis

Sobre la transformación de las historias según la manera en las que sean leídas sabe mucho Ramón, actor de teatro, cine y doblador profesional. Va conduciendo su coche por Madrid con la ventanilla bajada y, en un determinado momento, duda sobre la dirección por la que tiene que ir. El coche de atrás, impaciente, le adelanta y algo agresivo se pone al lado suyo. La primavera es calurosa y también lleva la ventanilla bajada. Ramón le pide disculpas porque sabe que ha estado obstaculizando el tráfico, pero que no sabe muy bien por dónde tiene que ir. El otro conductor, que, además de impaciente, no es muy educado ni empático, le suelta: «Vete a tomar por culo, Bruce Willis». Sí, Ramón Langa ha doblado la voz de Bruce Willis en más de cuarenta películas, entre las que se encuentran La *Jungla de cristal* o *Pulp Fiction*, también es la voz de Kevin Costner. Cuenta que muchas veces cuando baja a comprar el pan, en la cola del cine o incluso cuando va por la calle hablando con algún amigo, hay quien le para porque dice haber reconocido su voz. Desde hace unos años Ramón también lee audiolibros e interpreta personajes en producciones sonoras.

Como actor, Ramón se enfrenta de diferente manera a un trabajo donde presta su voz a un actor en una película o en un anuncio publicitario que cuando lo hace para un libro. Cuando dobla un

actor lo hace de acuerdo con las indicaciones plasmadas en el guion. La entonación, la profundidad, la velocidad de los diálogos vienen definidos por las características del personaje al que está interpretando. En cambio, cuando lee un libro, es su propia interpretación del texto. Es la historia tal y como Ramón la ha interiorizado, la ha comprendido, la ha sentido, y así nos la va a transmitir con su lectura. Hasta que la voz de los libros llega a nosotros antes ha pasado por muchos lugares que determinan su resultado. Intervienen elementos físicos como pueden ser las características de la musculatura que participa en el habla, su calibración, la temperatura, el impulso que se le da al aire y desde dónde vienen ordenados desde el sistema nervioso. Todo ello combinado con la interpretación emocional personal que hacemos de los estímulos que recibimos del exterior gracias a nuestro sistema límbico. Todo esto pasa cuando alguien lee un libro.

Por todo ello, una misma lectura en voz alta llevada a cabo por dos personas son dos versiones que pueden transmitir distintas sensaciones porque, como en el cuento de la princesa a la que leían el mismo libro, el resultado puede ser muy diferente. Comparo esta circunstancia con las traducciones literarias: al igual que, cuando leemos un texto traducido, conocemos la historia original adaptada a nuestro idioma y pasada por el filtro del traductor, del mismo modo, la voz de quien lee un libro va acompañada por la interpretación que el lector hace de ese texto.

Hace unos meses el actor Bruce Willis anunció que padecía afasia, una enfermedad que provoca la pérdida progresiva de la capacidad de expresar o comprender el lenguaje hablado o escrito. Se produce debido a un daño en las áreas del cerebro que controlan el lenguaje, y a día de hoy no hay cura. Esto significa, entre otras muchas consecuencias, que poco a poco perderá su voz, que no volverá a hablar. En cambio, aunque muchas de las voces que hoy en día escuchamos a nuestro alrededor acaben silenciadas, siempre existirán otras personas, como Ramón, que seguirán dando voz a las historias.

Ahora hay algunas personas que piensan que escuchar un audiolibro no tiene el mismo mérito que leer, que quien lo hace es perezoso, no se ha esforzado, no ha sudado para conseguir descifrar las letras de las historias, por lo que su conocimiento y su disfrute no tienen el mismo valor que el de quien lo lee en silencio por sí mismo. Pero lo que la ciencia ha demostrado es que, tanto si esa voz de los libros nos llega porque alguien nos lee en voz alta como si proviene de la lectura en silencio, la parte del cerebro que se activa es la misma. Esto me recuerda a un ejemplo que hace tiempo escuché sobre la existencia de dos carreteras que conducen a un parque de atracciones. Una es una autopista, directa, con el firme en buen estado y que nos permite llegar a nuestro destino en poco tiempo. La otra es una carretera secundaria, con curvas y baches, que nos obliga a ir más lentos y tardamos más. Cómo llegamos al parque de atracciones es lo de menos, lo importante tendría que ser si nos hemos divertido.

La plataforma de audiolibros y libros electrónicos Storytel permite comenzar una novela y decidir si queremos leerla o escucharla según nosotros elijamos. He leído muchos libros así. Por ejemplo, comienzo leyendo el libro electrónico en mi tablet, al día siguiente, cuando quiero proseguir mi lectura, pienso que me vendría bien hacer algo de ejercicio y salir una hora a caminar. Así que llevo mi teléfono, selecciono la historia y una voz continúa leyendo para mí donde yo lo dejé. Cuando llego de mi paseo, enganchada a la historia, quiero continuar leyendo tumbada en el sofá, tomo la tablet y el libro se abre en el párrafo donde la voz dejó la lectura. Entonces prosigo mi lectura en silencio, en este caso la voz del libro es la voz interior que resuena en mi cabeza. Cuando termino la novela no recuerdo qué partes he leído y cuáles alguien ha leído por mí. En ambos momentos he estado divirtiéndome en el parque de atracciones sin importar por qué carretera he llegado. Es más, cuando pasa el tiempo, tampoco recuerdo qué libros he leído por mí misma, cuáles completamente en audiolibros y en cuáles he alternado la lectura con la escucha. Solo me acuerdo de la historia, de si me gustó o no, de si disfruté. Escucho la voz de los libros, da igual de la forma en la que llegan a mí.

Las personas que escuchaban a otros porque eran analfabetas y no tenían otra manera de disfrutar de la lectura dependían de que

alguien quisiera leer para ellos, que encontrara el momento, el tiempo, el lugar. Pensad por un instante que cada vez que te apetece leer y abres un libro, no pudieras hacerlo y tuvieras que esperar a que alguien te lo leyera. Eso es lo que les ocurría a estos lectores de oído. Así que aun antes de que la tecnología permitiera ni de lejos la grabación de las voces humanas, ya hubo lectores que fantasearon con que esto ocurriera, que la voz de los libros saliera directamente de ellos y llegara a nuestros oídos para nuestro deleite. Uno de ellos fue Cyrano de Bergerac, como ya sabéis.

18
LOS ROBOTS TAMBIÉN LEEN EN VOZ ALTA

UN ROBOT QUE DEVORA LIBROS

Tengo once años, los mismos que nuestro país en democracia, y en esa década ya ha aparecido de nuevo la sombra de la dictadura a través de un golpe de Estado. Fuera de España, ese año se ha producido una explosión en una central nuclear que nos dicen que está por Rusia, todos pronto aprenderemos su nombre al escucharlo en el telediario: Chernóbil; 1986 era un mundo donde sobrevolaba el miedo. Mientras tanto, los niños tratábamos de vivir ajenos a lo que ocurría lejos de nosotros: por la tarde volvíamos del cole, tomábamos un bocadillo de nocilla mientras veíamos *Barrio Sésamo*, hacíamos los deberes y después bajábamos a jugar a la calle. Los domingos eran especiales: por la mañana íbamos al cine, al matinal, que era más barato. Hacíamos una larga cola acompañados de nuestros padres y allí vi *Sandokán* y otras películas de aventuras. Pero ese año se estrenó la película *Cortocircuito*, la historia de un simpático robot que tenía en sus manos un libro y se ponía a leer. Número 5, que así es como se llamaba el robot, había sido creado con fines militares, pero su inventor, más preocupado por el desarrollo que podían tener las máquinas para hacer el bien, lo había dotado de una sensibilidad especial para el arte y, tras caerle un rayo encima, se le despertó una conciencia humana. Su velocidad de lectura era impresionante: leía un libro en segundos. ¿Quién de vosotros no ha pensado alguna vez en tener esta cualidad para disfrutar de todos los libros que por falta de tiempo en nuestra corta existencia no vamos a poder leer? Muchas veces me acuerdo de Manuel Espejo, al que su padre le grababa los libros en cintas de casete y en la capacidad que tiene de escuchar los libros muy deprisa, como el robot de *Cortocircuito*.

Ese mismo año, el padre de un compañero de clase había venido

un día para enseñarnos un aparato. Era una televisión que estaba conectada al teclado de una máquina de escribir, a su lado tenía un gran cajón negro donde estaba lo que el padre de mi compañero llamó «el cerebro del ordenador». Sería, decía, algo muy importante para el trabajo del futuro, ayudaría a hacer muchas tareas repetitivas y grandes cálculos que en aquel momento nos llevaban mucho tiempo. No sé si el padre de mi compañero imaginaba entonces que hoy en día cada uno de nosotros, con independencia de nuestra edad y condiciones sociales y culturales, llevaríamos, al menos, una de esas máquinas en nuestro bolsillo, conectadas todas ellas a una cosa que, entonces, aún no conocíamos, internet. Lo que sé es que Número 5 y todos sus descendientes, todos esos ordenadores que han ido surgiendo, no han parado de leer, han escuchado la voz de los libros y, después de muchas horas, ahora están preparados para leer en alto.

Fotograma de la película *Cortocircuito* de John Badham (1986).
© United Archives GmbH / Alamy Foto de *stock*

El año 1986 también fue muy importante para el astrofísico Stephen Hawkings, quien vivía postrado en una silla de ruedas y sin movilidad en todo su cuerpo como consecuencia de la esclerosis

lateral amiotrófica (ELA) que padecía. Esta enfermedad degenerativa terminó afectando a su voz y no podía hablar, tampoco podía mover ninguna parte de su cuerpo, ni siquiera los dedos para escribir o pulsar un teclado, así que tuvo que recurrir al código de unas tarjetas de colores que los que estaban a su alrededor le mostraban para comunicarse con el mundo exterior con un leve movimiento de ojos. Pero ese año Intel desarrolló un sistema informático que le permitió a Hawkings seleccionar o escribir un texto con la vista, y el ordenador reproducía en voz alta sus palabras. Había nacido la voz sintética y Stephen Hawkings volvía a tener voz. En casos como este es cuando podemos valorar lo que la tecnología puede hacer por la humanidad, por nuestra calidad de vida, lo que significa una tecnología desarrollada bajo una perspectiva ética.

Gracias al avance de esta tecnología, hoy es posible la grabación de muchos libros que por cuestiones económicas y de mercado no serían producidos como audiolibros para ser leídos por voces humanas debido al reducido público al que se dirigen, ampliando de esta manera la bibliodiversidad.

Las primeras voces sintéticas que utilizó Hawkings tenían un timbre metálico, lo que cualquiera de nosotros, incluso si has nacido mucho después de que se estrenara *Cortocircuito* o escucharas las voces de R2-D2 y
C-3PO
en *La guerra de las galaxias*, diríamos que son voces propias de robots. La tecnología fue evolucionando con los años y las voces sintéticas cada vez eran más humanas, pero Hawkings no quiso cambiar nunca ese tono de voz robótico con el que se identificaba y que era la voz que el resto del mundo conocía como suya; de hecho, la llegó a registrar como *copyright* para proteger su uso. Desde entonces, la inteligencia artificial basada en la tecnología TTS (*Text to Speech*, es decir, texto a voz) ha evolucionado y las voces sintéticas han alcanzado un grado de desarrollo tal que incluso resulta difícil diferenciarlas de la voz humana. Para crear la lectura con voz artificial similar a la humana basta con grabar fragmentos con voz humana que se almacenan en una base de datos para después ser unidos en diferentes posiciones dando lugar a palabras y frases. Se necesitan tan solo cinco minutos de cualquier texto para

que a partir de ahí una máquina pueda captar tus inflexiones de voz y ser capaz de reproducir cualquier otro texto. Es más, puede reproducir tu voz hablando en otros idiomas e incluso utilizando distintos acentos dentro de un mismo idioma. Ya lo sé, sé lo que estáis pensando, da un poco de miedo.

Mucho más miedo da cuando además te enteras de que las máquinas no solo pueden clonar las voces de las personas que están vivas, sino también de las muertas. Gracias a los registros fonográficos previos de la voz del dictador Francisco Franco, los creadores del pódcast *XRey* pudieron reproducir su voz pronunciando un discurso. Pero no es lo mismo la voz que cualquiera de nosotros utilizamos cuando hablamos con un amigo que cuando lo hacemos con una jefa o cuando damos una conferencia. En este caso, querían conseguir la voz del dictador leyendo un discurso, para lo que procesaron más de diez horas de discursos del caudillo que se conservaban grabados. Pudieron captar todas las características de su habla, fonética, entonación y cadencia, ya que lo que se iba a replicar también iba a ser un discurso, que existe escrito, pero del que no hay registro fonográfico. Sin lugar a dudas, son herramientas sonoras que hoy en día los periodistas documentales tienen a su disposición, pero también plantean muchas dudas sobre la utilización de estos recursos, por ejemplo, si se hace obligatorio indicar que dicha grabación no es real sino una simulación, y porque de aquí a la creación de *fake new* en las que no vamos a poder distinguir la realidad de la ficción hay un paso. Los creadores de la voz de Franco quisieron ir más allá y, en una mezcla de humor e investigación, hicieron que el dictador cantase la *Macarena* y contase un chiste como si fuera Chiquito de la Calzada.

Fotograma de la película *Her*. © ANNAPURNA PICTURES / Album

También da miedo que nos podamos enamorar de una voz. Alguna vez hemos oído a alguien decir que la voz de tal o cual locutor de radio le gusta, o que alguien se enamoró de su pareja por la voz. Pero lo que nos cuenta *Her*, la película de Spike Jonze de 2013, es la consternación de su protagonista en un mundo del futuro donde la tecnología ha avanzado hasta el punto de poder mantener de manera autónoma una conversación con nosotros, un personaje que se enamorará de su asistente de voz. No es la primera vez que nos planteamos esta cuestión. En 1817 el escritor
E. T. A.
Hoffmann publicó su cuento «El hombre de arena» basado en antiguas historias sajonas y celtas. En él nos relata la vida del joven Nathanaël que se enamora de Olimpia, una autómata. Para él, su relación es real, pero cuando descubre que ella no es real, no puede afrontar esa situación y acaba con su vida. Sin lugar a dudas, este hecho, enamorarse de alguien o algo irreal, estuvo muy presente en el imaginario del escritor inglés porque más tarde escribió su famoso «El cascanueces y el rey ratón», donde ocurre de nuevo algo parecido. Este temor viene de lejos, los miedos que despertaban antiguas leyendas está en nuestro inconsciente y llega hasta hoy en diversas manifestaciones artísticas, y mientras escribo este libro se está representando el *ballet* de esta misma historia. En *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, llevada al cine bajo el nombre de

Blade runner, el escritor Philip K. Dick nos transporta a un mundo donde los humanos conviven con androides que no se diferencian de ellos, es más, pueden ser mucho más inteligentes, el sistema es tan perfecto que incluso los androides no saben que lo son. Nuestro protagonista se enamorará de uno de ellos y, cuando lo descubre, se cuestiona cuál es realmente la esencia de un ser humano y si esa esencia la tiene un androide, ¿no será este incluso más humano que los otros?

Pienso en todas estas cuestiones que nos ha venido planteando la literatura de ciencia ficción desde hace muchos años, desde el *Frankenstein* de Mary Shelley, y si algo hace este tipo de literatura es reflexionar sobre nosotros como especie animal, cuál ha sido nuestra evolución y cuál será nuestro desarrollo futuro. Muchos pensadores ya hablan de lo que han dado en llamar transhumanismo, esto es, la evolución de nuestra especie debido a la tecnología hacia otra especie diferente, otro estadio superior donde cada vez seremos más máquinas y menos *sapiens*. Y esto no tiene que asustarnos. Reconozco que a veces siento que vuelvo a mediados de los años ochenta, donde en lugar de Chernóbil se habla de Ucrania y donde, en lo que parecía una ya más que consolidada democracia, aparece de nuevo la sombra de la censura y la privación de libertades. Veo el avance de la tecnología, el metaverso, el
Chat-GPT
y las voces artificiales que no soy capaz de diferenciar de las humanas. Entonces pienso en Número 5, en *Cortocircuito*, y tengo la esperanza de que, en un mundo donde la voz de los libros cada vez se escucha menos, las máquinas nos ayuden a expandir su voz para que las historias continúen estando con nosotros.

LAS DIFICULTADES LECTORAS DE LAS MÁQUINAS

La voz de los libros ha sobrevivido a diversos cambios tecnológicos y evolutivos, no es la primera vez que se enfrenta a una mutación: de los aedas, del papiro al pergamino pasando por el códice, hasta la sustitución de la letra manuscrita por la imprenta, los juglares, la

grabación en diversos mecanismos hasta llegar a la generación artificial de la voz a través de máquinas. La voz sigue ahí. Transmutada, enmascarada, «transhumanizada», en silencio o en voz alta, pero los libros continuarán teniendo su voz.

Hasta ahora las máquinas han aprendido a hablar a partir de los textos que han leído. Igual que la Criatura del *Frankenstein* de Mary Shelley aprendió a hablar escuchando a la madre de familia que leía por la noche un libro, las máquinas han aprendido por imitación. La inteligencia artificial lleva tiempo siendo entrenada, y para ello le han dado para leer libros, sí, las máquinas llevan años leyendo toda la producción literaria que ha creado el ser humano. Hay máquinas que han leído a Cervantes, a Dumas, a Balzac.

Tal y como en su día a la imprenta se la consideró una «prostituta» por reproducir sin amor y en cadena los libros, ahora algunos dicen que las voces creadas por las máquinas son algo parecido. La historia de los apocalípticos se repite. El caso es que las voces artificiales han alcanzado tal calidad que nuestro oído humano no es capaz de distinguir la diferencia. Hay empresas que se dedican a la grabación de audiolibros que de manera muy inteligente, como hicieron los copistas en su momento, también están apostando por la creación de voces a través de la inteligencia artificial. De esta manera, sea como sea el futuro, estarán bien posicionados.

Pero el texto escrito, esas palabras muertas según Sócrates, aunque no lo parezca a simple vista, no reflejan cómo hablamos, aunque el autor haya querido imitar lo máximo posible el habla popular, constituyen tan solo una forma de guardar en un frasco de cristal la esencia de lo dicho. Un ejemplo: cuando hablamos hacemos unas pausas diferentes a cuando escribimos ese mismo texto. Quizá no te habías fijado antes. Las pausas pueden representarse en un texto a través de una coma, un punto y coma y el punto final y aparte, y existe un listado de normas ortográficas sobre cómo utilizar estos signos en el lenguaje escrito. Por ejemplo, la coma puede aparecer cuando enunciamos una serie de sustantivos: «En la librería había libros de todo tipo: novela negra, romántica, de ciencia ficción, e incluso, de negocios», y estas pausas pueden coincidir con las que hacemos cuando hablamos enumerando algo. En cambio, cuando contamos algo en alto,

además de realizar pequeñas pausas de milisegundos que se corresponden con el lugar donde al escribir incluiríamos una coma, se producen otras pausas que no son recogidas a través de ningún signo de puntuación o marca. Pausas como las que llevamos a cabo para diferenciar distintas unidades o segmentos de palabras. Por ejemplo, en español, establecemos una pequeña pausa entre el sujeto y el predicado, es una forma de decirle al oyente, «te he dicho quién es el sujeto de mi mensaje, y ahora, tras esta pequeña pausa, te digo qué hace ese sujeto», esto es, con esa pausa tu cerebro estará preparado y atento porque a continuación vendrán el verbo y el resto de los complementos. Estas pausas no escritas, debido a que la disposición de los verbos en los diferentes idiomas es distinta, varían según las lenguas y son parte de lo que llamamos «sonoridad» o «ritmo de cada uno de los idiomas». Pero son pausas que no se reflejan en el lenguaje escrito, es más, son un error de puntuación, y colocar una coma entre en el sujeto y el predicado es uno de los más comunes.

¿Y qué le ocurre a la pobre máquina? Que ha aprendido que si ve el signo de una coma ahí tiene que hacer una pausa, y si no aparece este signo no tiene que hacerla, por lo que la lectura pierde la frescura, espontaneidad y naturalidad que percibimos en el lenguaje hablado. Parte del aprendizaje de la lectura en voz alta que llevan a cabo narradores profesionales como Ramón Langa es conocer este tipo de cuestiones, que las pausas habladas y escritas no coinciden en el cien por cien de los casos. Pero ya somos todos conscientes de que una cosa buena que tienen las máquinas es que son trabajadoras, persistentes y que pueden estar estudiando día y noche porque no se cansan. ¿Y cómo lo consiguen? Pues entrenando. Sí, tal y como nosotros vamos a un gimnasio y entrenamos haciendo ejercicios repetitivos para modelar nuestros músculos, las máquinas escuchan cómo los humanos leen los libros para aprender de nosotros. Debido a esto, en el desarrollo actual de la inteligencia artificial, los propietarios de archivos donde se han grabado audiolibros narrados por humanos, principalmente las editoriales, están limitando su uso por parte de otras compañías para que entrenen a la máquina, ya que ahí dentro se almacena un conocimiento que pueden explotar ellos directamente y no dejar que otros lleven la delantera.

Relacionado con esto llega a mí un pequeño cuento-chiste llamado «La carta asesina»:

> Hace tiempo en un pueblo se recibió una carta, acontecimiento extraño y poco frecuente. Enseguida fue entregada a su destinatario, quien empezó a leerla para sí, rodeado en círculo por sus paisanos. De pronto, el lector cayó al suelo, como fulminado por un rayo.
> —¡Está muerto! —dijo uno.
> ¿Qué horrible mensaje contendría la carta? Inmediatamente un pariente se acercó, recogió la carta del suelo y comenzó a mover los labios en la lectura. ¡Al cabo de pocos minutos caía también muerto al suelo! Igual suerte corrió un tercero que intentó el arriesgado experimento…
> —¡Un momento, un momento! —exclamó el alguacil—. Tenemos que aclarar este misterio: yo empezaré a leer la carta y en cuanto lleve un minuto tú —dijo señalando a su ayudante— me la quitas de las manos.
> En efecto: comenzó el alguacil la lectura, y su semblante se fue demudando a medida que avanzaba, hasta que le arrebataron el papel de las manos.
> —¿Qué pasaba?, ¿qué pasaba? —preguntaron todos.
> —Horrible, espantoso —jadeó el alguacil, y siguió con voz entrecortada—: ¡La carta no tenía puntos ni comas!

Esto es lo que nos pasaría si leyéramos libros como *Señas de identidad* de Juan Goytisolo, que está escrito de esta manera, sin comas ni puntos. Hubo una época en la que muchos escritores experimentaron con el lenguaje de esta forma, tratando de salir del encorsetamiento que en algún momento puede dar la letra escrita para hacer una narración más oral.

Y es que si en la historia de la lectura en voz alta hemos visto la importancia de separar las palabras y dejar un espacio en blanco entre ellas, no podemos obviar otra cuestión fundamental: el silencio. O mejor dicho, los silencios con su diferente duración. Para disfrutar con una lectura en voz alta es imprescindible gestionar adecuadamente estas pausas, los diferentes silencios que podemos hacer, y me estoy refiriendo a otras pausas más allá de las que marca la ortografía. El buen lector en voz alta es capaz de gestionar estas pausas para generar expectación, misterio, sorpresa y muchos otros sentimientos.

Hasta ahora las máquinas han logrado clonar las voces humanas, esto es, imitar la voz en diferentes idiomas y acentos, con sus dificultades a la hora de establecer las pausas o silencios, pero logran transmitir alegría, tristeza, risa o enfado. Pero lo que aún no son capaces de hacer es darles una intención o sentido personal y único a los estímulos que vienen del exterior, esto es, a la comprensión de la historia, y transmitirnos cómo su voz reacciona ante la alegría, la tristeza, la risa o el enfado de una manera espontánea.

QUÉ DICE LA CIENCIA SOBRE LEER Y ESCUCHAR

Gloria es una de las personas que participará en el experimento. Como estudiante de Ciencias de la Comunicación, al ver el anuncio en el que se decía que buscaban personas para colaborar en un proyecto sobre cómo influyen en nosotros las diferentes voces que escuchamos leyendo una historia, le pareció interesante. Por eso, y porque daban diez euros por participar, y porque los de su grupo pensaron que no estaría mal apuntarse y quedar luego todos para tomar unas cañas. Gloria ha entrado en la sala, y le piden que se siente en un cómodo sillón con reposacabezas frente a un monitor. Emma Rodero es la investigadora al cargo de este proyecto, es profesora de Neurocomunicación en la Universidad Pompeu Fabra donde dirige el Media Psychology Lab. Emma es una enamorada de la voz y la comunicación, y lleva mucho tiempo estudiándola y formando a estudiantes y profesionales en oratoria. Coloca a Gloria una especie de cinturón alrededor del cuerpo del que salen unos cables que le adhiere a la piel con una especie de pegatinas. En realidad son unos electrodos y sensores que registrarán su respiración, ritmo cardiaco, e incluso medirán la sudoración de su piel. También le dice que se ponga los auriculares, repose su cabeza en el sillón y esté tranquila mientras escucha. Una cámara situada en el monitor que está enfrente de ella, sobre la mesa, registrará los gestos de su cara. Ya tenemos todo listo para comenzar el experimento. Tal y como está ahora Gloria, recostada en el sillón, los pies en alto, los antebrazos apoyados, la cabeza en reposo algo elevada, los ojos cerrados, y toda ella llena de cables, me recuerda a

Trinity, la protagonista de la película *Matrix* que enchufada viajaba de la realidad a la ficción.

De los auriculares comienza a surgir una voz masculina, grave, parece que alguien le está susurrando al oído. No es la voz de una persona muy conocida para que no influya en los resultados, pero sí que se trata de un lector profesional. El texto tampoco se ha publicado antes, se le ha encargado a la escritora Emma Mussol especialmente para este experimento. Si se utilizase el texto de algún libro publicado, podemos correr el riesgo de que quien se somete al experimento lo haya leído previamente, y lo que queremos conocer es qué ocurre cuando la voz de los libros llega por primera vez a su cerebro. Emma Mussol ha escrito pequeños textos que tardarán en leerse unos siete minutos, y lo ha hecho según las indicaciones de Emma Rodero en cuanto a vocabulario, expresiones y emociones que tienen que mostrar. Mientras escucha, aunque desde fuera parece que Gloria está inmóvil, muchas cosas están pasando. Emma la observa con atención. Sus ojos miran a Gloria y después al monitor desde donde puede seguir las reacciones que está teniendo en su interior, allí todo es transparente. Puede saber cuándo Gloria siente tristeza, enfado, felicidad, sorpresa, miedo o disgusto, cómo varía su respiración, la sudoración de la piel y el ritmo cardiaco. Cada día se sienta a observar cómo la gente escucha una voz que lee un libro y capta esos momentos. Emma es una especie de André Kertész del siglo XXI. Pero en lugar de fotografías, saca unos informes con muchos gráficos, con números, líneas que ascienden, descienden, a veces permanecen planas, datos algo incomprensibles para nosotros, pero ella lo sabe interpretar.

«Este fragmento le está llegando al corazón», dice Emma, «está disfrutando porque recuerda algún momento agradable de su vida personal, mira, los sensores de la felicidad están subiendo. La voz del libro se ha conectado con ella. Los parámetros de la tristeza están comenzando a subir, no mucho, pero hay algo de tristeza dentro de esa alegría, está teniendo una sensación agridulce, quizá de nostalgia de un pasado mejor». Esta situación me recuerda a las emociones que sintió Octavia cuando en una biblioteca escuchó leer la *Ilíada* y la escena en la que su hijo estaba implicado terminó con ella desmayada en el suelo. Hoy en día, gracias a experimentos

como los que está desarrollando Emma, está demostrado científicamente que la escucha genera emociones más intensas que la lectura silenciosa, hasta el punto de que la creación de imágenes mentales y lo que vivimos gracias a las historias que escuchamos es tal que el grado de transportación e inmersión de la vivencia pueden provocar en nosotros sensaciones que supongan la aceleración de nuestro ritmo cardiaco.

Emma seguirá durante un rato cambiando los textos y las voces que Gloria escucha: de hombre a mujer, de grave a aguda, de una a dos voces o más, del silencio de una narración a efectos sonoros o música. Emma quiere conocer qué diferencia hay cuando escuchamos a alguien leer un libro, sin música, sin efectos, solo con su voz, y qué ocurre dentro de nosotros cuando esto se dramatiza y se le incluye una ambientación. También quiere saber qué sensaciones nos provoca que nos lea una máquina, ¿cuál será el resultado? ¿Y si resulta que la voz de una máquina, como ocurría con los androides de la obra de Philip K. Dick, nos despierta sentimientos más intensos y profundos que la voz humana?

Una vez que han terminado, Emma quita a Gloria los electrodos y auriculares, y le pide que cumplimente un pequeño cuestionario con preguntas como si le ha divertido, qué imágenes visuales ha tenido, qué ha sentido y, en general, cuál ha sido su experiencia. También preguntas sobre la información que ha retenido de estas historias para comprobar el grado de comprensión. La investigadora quiere tener la respuesta a cuestiones como si escuchar es lo mismo que leer, o si memorizamos y comprendemos mejor cuando leemos que cuando escuchamos, largos debates entre profesionales han encontrado aquí la respuesta en tan solo unos minutos. Después de muchas otras pruebas como esta, Emma tendrá todos los datos para analizarlos junto a su equipo. De aquí saldrán informes científicos que se publicarán en revistas y se mostrarán y difundirán en congresos.

Estos informes dirán que, cuando escuchamos un libro, nuestra conexión emocional es mucho mayor, podemos decir que sentimos con más profundidad: el amor, el dolor, el miedo, la soledad, todos esos sentimientos se magnifican cuando escuchamos una historia. Si además esta historia va a acompañada de una ambientación sonora y musical, el realismo y las vivencias son aún mayores. En cambio,

si estamos ante un texto complejo, la comprensión será mucho mayor si lo leemos que si lo escuchamos. Parece algo lógico, cuando leemos tenemos nosotros el control sobre el ritmo de la narración, podemos ir deprisa, despacio, parar a reflexionar o volver al párrafo anterior. Aunque si esta prueba la hiciera nuestro amigo Manuel Espejo, los resultados serían diferentes, ya que él tiene muy desarrollado el sentido de la escucha y las zonas cerebrales y sus conexiones mucho más que vosotros, que yo o que Gloria. Pero si el texto no presenta mucha dificultad o la dificultad es media, entre leer y escuchar tampoco se han encontrado diferencias significativas en la comprensión de la información. Pero para que estos informes se publiquen y difundan aún hay mucho trabajo de campo que hacer.

Emma despide a Gloria y le entrega los diez euros agradeciendo su participación. Gloria mira su teléfono móvil, ya tiene varios mensajes de sus amigos que la están esperando en el bar. «Oye, si necesitas que me quede algo de tiempo más escuchando, no me importa, no tengo nada que hacer y me he quedado con la intriga de conocer cómo termina la historia». Emma sonríe y le da una tarjeta con un código de descarga de una plataforma de audiolibros para que pueda escuchar gratis durante un mes. Sabe que la voz de los libros le ha llegado al corazón y que ya nada volverá a ser igual.

Cómo será la voz de los libros en el futuro

«Algún día este audiolibro lo escuchará una persona sin cuerpo. Y lo más probable es que esta predicción se haga realidad antes de que termine el siglo XXI, quizá incluso antes de 2040». Escucho el comienzo de un audiolibro narrado por una inteligencia artificial, aunque lo que dice tal vez sea mucho más inquietante que el hecho de quien lo narre. ¿Cómo serán los lectores del futuro? Dentro de este futuro distópico me tranquiliza que aunque no tengamos cuerpo sigamos escuchando historias.

En la actualidad, ya existen sensores que son capaces de escuchar los susurros electromagnéticos que producen la actividad de grupos de memoria. Si ya es posible que una mente esté conectada a un ordenador, que en el futuro estará mucho más

evolucionado que nuestros ordenadores actuales, y dichos aparatos son capaces de crear mundos virtuales, los límites físicos de nuestra vida han terminado. El futuro lector podrá recibir información directamente entregada a la mente, sin necesidad de que medien la voz, la vista, el tacto ni el oído. El mundo de las ideas generará mundos reales, aunque no físicos, que podremos habitar, realidades construidas que convivirán con el mundo físico. ¿Se silenciará entonces la voz de los libros?

Para que vivamos en estos mundos virtuales, no necesitamos una nueva ciencia ni que nadie descubra ni invente nada, con nuestras actuales herramientas podemos desarrollarlo, tan solo necesitamos actualizaciones y desarrollos. Las herramientas físicas que la humanidad ha creado, desde el sílex hasta el móvil, han transformado nuestro entorno. Las tecnologías culturales de las que disponemos, las historias, los mitos y los rituales, esto es, algo no físico como es nuestra imaginación, se han utilizado para explorar nuevos mundos y ampliar el que ya conocemos. Los humanos siempre hemos imaginado otros futuros posibles que sean mejor que el presente. Capacidad de imaginar y creer en esos futuros. Representaciones artísticas del más allá creadas desde las cuevas prehistóricas, que es una forma de visualizar el futuro, esto es, trascender los límites de la biología. Se trata de los mundos virtuales y el metaverso, así como de otras tecnologías que se llaman posthumanas. Los seres humanos crean otras realidades para huir de la realidad, para imaginar otros mundos mejores, pero ¿qué es sino leer? En un determinado momento no diferenciaremos la realidad virtual de la física, pero eso no significa que no será algo real, será nuestra nueva realidad. ¿Cómo será el lector del siglo XXII? Este lector posthumano pertenecerá a otra especie, como ya han existido otras anteriores al *Homo sapiens*, pero seguirá siendo humano porque, bajo mi punto de vista, lo que nos diferencia de otros animales no es la creatividad, aspecto imitado hoy en día por la inteligencia artificial, sino la necesidad de contar y escuchar historias. Desde los aborígenes australianos que se reunían alrededor del fuego, pasando por la invención de la escritura y la lectura en voz alta o el enlatado de las voces en los audiolibros, hay una cosa que sigue y seguirá entre nosotros, la voz de los libros.

EPÍLOGO

¿POR QUÉ SEGUIR LEYENDO EN VOZ ALTA EN EL SIGLO XXI?

Hoy tengo previsto pasar la mañana del sábado limpiando la estantería del salón donde está mi pequeña biblioteca. Voy a pasar un trapo para quitar el polvo. Después de unas rápidas pasadas, no puedo evitar deslizar el dedo por los libros, toco sus lomos, siento una sensación de tranquilidad al hacerlo. De pronto, oigo un murmullo confuso. Miles de voces se interponen unas a otras queriendo sobresalir. Voces de piratas que se juntan en una taberna y cuentan aventuras que nunca creerías o madres que hacen soñar a sus hijos con mundos lejanos mientras cosen el dobladillo de unos pantalones. Niñas que ríen, hombres que lloran y mujeres que sueñan…, todo eso y más cuentan las voces que se pisan unas a otras provocando un tumulto difícil de comprender. Si mi dedo va rápido la confusión de voces aún es mayor, así que me tomo tiempo y los recorro acariciándolos, dejando que la yema disfrute de su tacto suave. En ese instante, las voces comienzan a ser más nítidas y entendibles según paso de un libro a otro, hasta que finalmente me detengo en uno de ellos y el murmullo cesa. Ha sido el elegido. Lo abro, y entonces los otros, sabedores de que no es su momento, permanecen callados y esperan pacientes. Una voz clara y alta surge en el silencio. Miro a mi alrededor para buscar de dónde viene, pero no logro saberlo, ¿solo la oigo yo? Los libros tienen voz. Voy a buscar a mis hijas a sus habitaciones. Se están levantando, haciendo la cama, ordenando su habitación. «Escuchad esto», digo: «“Tom echó una mirada por encima del hombro y vio que el individuo salía del Green Cage y se dirigía hacia donde él estaba. Tom apretó el paso. No había ninguna duda de que el hombre le estaba siguiendo”. ¿No os parece que este principio te atrapa y ya no puedes dejar la lectura? Es *El talento de Mr. Ripley* de Patricia Highsmith». «Podríamos comenzar a leerlo esta noche», sugiere la mayor. «Pero antes tenemos que terminar *El diario de Ana Frank*»,

recuerda la pequeña. «Bueno, estaré un rato con cada una», decido para organizar las lecturas mientras cierro el libro y lo dejo de nuevo en la estantería.

Cuando los libros están cerrados duermen, pero sus ecos siguen resonando en mi cabeza. Es la descripción de un paisaje seco y quebrado, un diálogo ingenioso entre dos chicas adolescentes que se acaban de conocer o un pensamiento que ha captado mi atención y que ahora se repite una y otra vez en el silencio de mi cabeza. Pienso en los libros que esperan en las estanterías de todo el mundo, quizá alguno haciendo de soporte sobre la pantalla de un ordenador en muchas oficinas, otros cumpliendo una función decorativa, pero todos aguardan pacientes a que llegue su momento. Han estado esperando a lo largo de siglos y saben que no deben tener prisa. Esperan pacientes a que alguien los abra y comiencen a tener vida. Que alguien les dé una voz. Es una voz que resuena en nuestra cabeza, que a veces solo oímos nosotros, pero otras compartimos con los que nos rodean, una voz que es capaz de aislarnos del mundo, de aparcar nuestras preocupaciones, de anular nuestras dudas y miedos, de insuflar nuestros deseos y sueños. Es una voz que nos reconforta. Sin ser conscientes, nuestra presión sanguínea comienza a ser más pausada, y la respiración, lenta y rítmica. Entramos en un estado de levedad que podría ser considerado algo místico y mágico. Los músculos se relajan, los párpados pesan y entramos en un ensueño. Como cuando dormimos, cuando no sabemos diferenciar si ese sueño es real o no aunque lo vivimos como si lo fuera, lo mismo ocurre cuando escuchamos la voz que surge de los libros, para nosotros es muy real, es estar viviendo.

Abrir un libro y leerlo en voz alta también es resucitar a los muertos. Escritores que ya no están con nosotros se hacen presentes junto con sus personajes durante un instante gracias a la unión de su obra y nuestra voz. Abro *El gran Gatsby* y comienzo su lectura en voz alta. Como si se tratara de un holograma aparece en mi habitación Scott Fitzgerald transmutado en Nick Carraway, ese vecino de Jay Gatsby que es quien nos habla desde el libro, y me cuenta la historia de un joven apuesto y rico que tiene de todo, excepto lo que más necesita, amor. Una voz que deja de ser mía en el mismo momento en el que inhalo aire, llega a mis pulmones, el

diafragma los mueve con fuerza y hace que el tórax se expanda. Aire que sale de vuelta por mi garganta y llega al paladar, donde las palabras son formadas e impulsadas hacia fuera por mi lengua, que como si se tratase de un baile coordinado gira acompasada con los músculos interiores de las mejillas. Una lengua que necesita a veces del paladar o los dientes para apoyarse o presionar; otras, ha de mantener las distancias con el fin de pronunciar adecuadamente cada letra; un baile que cambia según el idioma que se hable, el tono que le demos, la fuerza o la mesura, la velocidad utilizada. La lengua se extiende, se enrolla, se eleva, se aplana, juega húmeda, y así va escribiendo las palabras cuya caligrafía cambia según el tono, el color, la fuerza, la intensidad del texto. Todo ello mientras de manera suave y coordinada abrimos los labios. Mi voz ya no es mía, es la de Scott Fitzgerald, que a su vez es la de Nick y que durante el tiempo en el que leo en voz alta cobran vida y desafían a la muerte. Es gracias a esos sonidos, que se adaptan a las diferentes voces de los diálogos, a la entonación de una pregunta o una exclamación, con un ritmo que determinan las comas, los puntos o un ambiente en suspenso después de los tres puntos. Dar voz a los libros es hacer vivir a los personajes, hacerlos corpóreos, que disfruten de una forma definida gracias a mi entonación y ritmo.

La voz de los libros lleva expandiendo sus ondas desde el origen de la humanidad. Suena desde antes de la invención de los propios libros, antes de que las historias se escribieran en piedras, rollos de papiros o pieles. Hicieron las delicias de reyes, emperadores y faraones, resonaron en teatros o explanadas en las que se congregaban multitudes, o en baños públicos, patios o salones donde se disfrutaba entre íntimos amigos. También su voz se oyó en lo que fueron las primeras bibliotecas y librerías. Por eso nuestros antepasados, aunque la mayoría no supiera leer, escucharon la voz de los libros. La voz de los libros se oyó durante mucho tiempo en los monasterios, en las calles y plazas de nuestro Siglo de Oro, en los descansos de agricultores y pastores. Fue el entretenimiento de reyes y príncipes, y también lo que permitió expandir las ideas revolucionarias que terminaron con algunos de ellos. Los libros prestaron su voz para entretener a mucha gente ya fuera en la intimidad de su salón familiar o en los abarrotados teatros donde acudían a escuchar leer. Después llegó a las fábricas, a los cortijos, a

los campos, y sirvió de consuelo en las guerras, así como en los peores momentos que ha vivido la humanidad, cuando fue alivio y salvación para muchos de nosotros durante la pandemia.

La historia de la humanidad ha transcurrido acompañada por la voz de los libros, pero también nuestra historia particular e individual. Todos hemos escuchado la voz que tienen los libros incluso antes de saber leer. Era la voz de nuestros padres, abuelos o algún maestro. Se sentaban en una silla o en el borde de nuestra cama, abrían un libro y les prestaban por unos minutos su voz. A veces sonaba cansada, otras veces preocupada o distraída, pero no se notaba porque casi siempre se escuchaba alegre, cantarina, incluso simulando distintas voces para cada uno de los personajes. Con el tiempo fuimos nosotros los que pusimos voz a los libros para otros. Primero en la escuela, cuando nos decían que compartiéramos la lectura con el resto, después cuando fuimos padres o tíos y cedimos nuestra voz para que los libros hablasen a los más pequeños. Algunos hemos leído a la gente que queremos cuando han sido mayores, también lo hemos hecho con desconocidos, en un acto íntimo o multitudinario. También disfrutamos cuando otros leen para nosotros, ahora, incluso ya lo hacen los robots. Sí, las máquinas quieren ser humanas y saben que una forma de conseguirlo es hacer aquello que nos diferencia del resto de los animales, y una de esas actividades es leer y dar voz a los libros.

He dedicado muchas palabras en este libro para hablar de la lectura, los lectores y la forma en la que estos han leído a lo largo de los siglos, pero no hemos hablado del silencio. El silencio que, excepto por alguna interrupción o comentario de la obra, mantiene el que escucha, y me atrevo a decir que el silencio prima durante la lectura, aunque una vez acabada dé paso a la conversación. Por educación, por expectación, por estar en una ensoñación, por concentración, el que escucha permanece en silencio. Dicen que por algo tenemos dos ojos y dos orejas y solo una boca: para ver y escuchar más y hablar menos. En nuestro mundo actual donde ocurre casi todo lo contrario, donde proliferan los blogs, comentarios en redes sociales, pódcast, hablamos con las máquinas para encender la televisión o con nuestro móvil para que nos haga una búsqueda, somos una sociedad que habla más que escucha. El

hábito de escuchar es una práctica que nos hace dejar nuestro ego aparcado a un lado, dejar de mirarnos el ombligo, pensar en el otro, lo que nos está diciendo, lo que nos cuenta, lo que nos está leyendo. Para ser mejores personas quizá tendríamos que escuchar más y hablar menos, acaso practicar la escucha activa, depositar nuestra confianza en el otro, en que lo que nos está leyendo tiene un valor, un sentido, que no es una pérdida de tiempo. El que escucha es paciente, sabe que no es su turno, mantiene una quietud, y todo eso también lo proporciona la lectura en voz alta.

Se ha recurrido a la lectura en voz alta por diversos motivos, pero hoy en día no hace falta. Ya no están las letras todas juntas, ni tenemos que cargar con pesados rollos de papiro o pergamino, se puede decir que casi la totalidad de la población sabe leer, y el acceso a los libros es posible gracias a los sistemas públicos bibliotecarios, y la cuestión económica tampoco parece una razón, al menos en los países desarrollados. Además, existen los audiolibros y las voces creadas artificialmente a partir de la clonación de voces humanas que leen un libro imitando la entonación y el sentimiento que puede darle un ser humano. Entonces ¿para qué leer en voz alta? Si hoy en día se están creando voces artificiales que no podremos diferenciar de las humanas, ¿cuál va a ser la diferencia entre una y otra? Si ya existen este tipo de grabaciones, ¿qué sentido tiene seguir leyendo a los niños el cuento de antes de dormir si lo puede hacer una máquina, incluso con una vocalización, entonación y unas dotes artísticas mejores que las nuestras?

Hemos olvidado la lectura en voz alta. Hemos pasado de leer en voz alta y para otros a hacerlo en silencio y solo para nosotros, del grupo al individuo, del afuera al adentro, y todo ello termina produciendo un desapego en nuestra familia, en nuestra sociedad. Estamos inmersos en una sociedad tecnológica donde nos hablamos por mensajes de texto, nos relacionamos en redes sociales, tenemos reuniones por videoconferencia e incluso en los eventos físicos hacemos preguntas al ponente a través de una aplicación. Hemos normalizado que para realizar cualquier actividad tiene que mediar la tecnología, olvidando por el camino que podemos seguir disfrutando de las cosas que se han hecho siempre sin ella. Pensamos que ahora, como todo el mundo sabe leer, no es necesario

hacerlo para otros y que leer es un acto solitario y en silencio. Hemos olvidado que existe la posibilidad de leer en voz alta y con otros, y que se trata de una actividad saludable, gratificante y divertida.

Además, en nuestras sociedades disponemos de poco tiempo. Para leer se necesita tiempo, y la lectura en general se ha visto beneficiada cuando lo hemos tenido, como cuando se redujo la jornada laboral a ocho horas y se estableció el descanso del fin de semana, y subieron los índices de lectura, y más recientemente cuando estuvimos encerrados en casa debido a la pandemia. Si tenemos tiempo, leemos más. También se pueden utilizar los audiolibros, escucharlos mientras se hace otra cosa, y aunque es algo que practico mucho mientras paseo o hago algunas labores domésticas o manualidades, como todo, llevado al extremo me parece fomentar demasiado la productividad, la necesidad que nos han inculcado de aprovechar el tiempo hasta límites enfermizos. Para leer, para uno mismo y para otros, hay que tener tiempo, tranquilidad, sin interrupciones, y todo ello nos ha sido robado por distractores como los dispositivos electrónicos, como el móvil, que consultamos de media unas cien veces al día. Esa misma tecnología que nos permite acceder a un libro que está en la biblioteca de Nueva York a golpe de clic también nos distrae y nos quita tiempo para poder leer ese mismo libro que hemos conseguido. Así que además de tiempo se necesita la decisión personal sobre cómo utilizarlo. ¿No podemos parar ni media hora al día para leer o escuchar leer? Por ello, decidir que vamos a leer en alto juntos una pequeña historia de veinte minutos es tomar las riendas de tu tiempo, de tu vida, decidir cómo quieres disfrutar de tu ocio. Leer en voz alta requiere decisión, tiempo, esfuerzo, dedicación, paciencia, concentración…, vaya, justo lo que hoy en día no tenemos. Como contraprestación, la lectura compartida en voz alta ofrece calidez, conexión, calma, placer…, vaya, justo lo que en la actualidad estamos buscando.

Pero esto no ha sido así siempre ni lo sigue siendo en todos los lugares del mundo. El premio Nobel J. M. Coetzee dice: «En Sudáfrica se lee en voz alta porque hacerlo en silencio es similar a comer solo». Preguntarnos hoy por qué seguir leyendo en voz alta y con otros cuando se puede hacer en silencio y por uno mismo sería

algo similar a preguntarnos por qué seguimos cocinando cuando existe la comida precocinada o incluso por qué tomar alimentos cuando podríamos sustituirlos por unas píldoras con los nutrientes necesarios. Lo hacemos porque es una actividad placentera, disfrutamos con ella y la ciencia ha demostrado sus ventajas. Compartir una lectura en voz alta con otra persona es una experiencia insustituible. Se puede interrumpir, opinar, objetar, reír, sentir algo junto a otra persona que está en el mismo lugar y momento que nosotros y con la que se establecen lazos afectivos. La voz es el instrumento de comunicación más importante del ser humano. Estamos preparados por naturaleza para hablar, y lo hacemos por imitación. Escuchar a alguien contándonos una historia es la forma más antigua de disfrutar de la literatura y la más natural, la que no precisa de elementos exteriores, ni una radio, una televisión, una sala de cine, un móvil o internet para que se produzca. Escuchar una voz nos hace sentir que no estamos solos, sino que estamos unidos en conexión emocional a los otros. Leer en voz alta y escuchar lo que otros leen nos conecta con nuestro yo más primigenio, ese que aún estaba esperando a nacer en el útero de nuestras madres. La voz nos une a los otros con los que estamos compartiendo ese instante y a los que a lo largo de la historia lo han hecho antes de nosotros.

La lectura en voz alta compartida es un hábito para potenciar, una actividad saludable para encontrarnos mejor tanto a nivel físico como mental. Somos seres eminentemente sociales y narrativos. Nos gusta estar juntos y contarnos cosas. Ya sea en la barra de un bar, en un grupo de apoyo, incluso en una iglesia o en una sala de reuniones. Los creadores de las redes sociales ya se dieron cuenta hace tiempo, por eso nos dieron gratis un espacio donde estar juntos, aunque fuera de forma virtual y que pudiéramos contar historias; después nos comenzaron a vender cosas y ahora nos roban nuestros datos. Narrarnos a nosotros mismos y reconocernos en las narraciones de los demás, sea algo real o ficticio, es lo que nos diferencia de otros animales. Hacerlo en conexión con los demás es un acto de rebeldía y libertad de elección que está en nuestras manos practicar.

Promover la lectura en voz alta puede parecer un alegato algo insustancial, insignificante, poco práctico, incluso algo *raruno*.

Parecemos miembros de una resistencia que se oculta tras las sombras del sistema. Pero si fuéramos conscientes de todo lo que la lectura compartida en voz alta puede aportarnos, la recetarían, tal y como los médicos hacían hace muchos años, como algo saludable. Para empezar es un tiempo que permanecemos apartados de la hiperactividad que nos genera la tecnología, es un instante en el que decidimos estar desconectados de las máquinas y en conexión con otras personas a través de la literatura. Cuando elegimos leer en alto somos dueños de nuestro tiempo y optamos por un ocio saludable no dirigido por algoritmos que deciden por nosotros. Optamos por que el mundo se pare, dejamos las prisas a un lado, la ansiedad de las redes sociales, la infoxicación, y nos regalamos un momento de tranquilidad y disfrute junto a otras personas con nuestros mismos intereses.

La lectura en voz alta es un acto rebelde. Un acto que nos desconecta de la máquina que gira sin parar, que nos transporta a nuevos mundos y nos permite acceder a ideas desde una posición sosegada y con el control en nuestras manos. Nos da la posibilidad estar en conexión con otras personas a las que dedicamos nuestro tiempo y atención y que comparten con nosotros los sentimientos que la lectura les suscita. La lectura en voz alta une a la gente, así que podemos decir que leer en voz alta y compartir la lectura con los hijos, familia, amigos o ante un grupo de desconocidos que se congrega para disfrutar de esa misma experiencia es a la vez un acto de rebeldía y de sabiduría. De rebeldía como crítica a la sociedad individualista que prefiere mantener a todos sus miembros aislados unos de otros, aunque tengan la sensación de estar conectados a través de unas pantallas negras con las se ejerce el control del poder y que están programadas para que pasemos cada vez más tiempo en ellas y menos con las personas. De sabiduría, por los beneficios que conlleva esta práctica, para la socialización, el establecimiento de vínculos personales y la salud física y mental. Leer en voz alta con otros es una forma de cuidarte y mostrar tu cariño y amor a los demás. Y encima es muy divertido y placentero, ¡pruébalo!

ANEXO

LA LECTURA EN VOZ ALTA EN LA LITERATURA Y EL CINE

A lo largo de este recorrido histórico sobre la lectura os he mostrado libros que fueron creados en cada una de las épocas históricas por las que hemos viajado y de los que se han valido los expertos, junto con otras evidencias, para ilustrar cómo se ha leído a lo largo de la historia. En las páginas que siguen voy a hablar de otros libros o películas que, si bien no pueden utilizarse como evidencias sobre cómo se ha leído, ya que se concibieron años después de la época que retratan, muestran la lectura en voz alta de manera precisa y fiel. Algunos de los títulos que comentaremos son muy conocidos, aunque es posible que un pasaje o una escena donde se lee en voz alta se os haya pasado desapercibido hasta ahora. Sobra decir que soy consciente de que no están todos. Los que menciono aquí apenas son una pequeña muestra de todos los que he encontrado durante estos años que le he dedicado a este libro.

Seguro que, después de haber llegado hasta aquí, tu idea de la lectura y cómo se ha practicado desde tiempos inmemoriales ya ha cambiado. Quizá a partir de ahora te ocurra como a mí, y que cada vez que estés leyendo, viendo una película o un cuadro, y aparecen personas leyendo junto a otras, te acuerdes de este libro y comprendas mejor qué es lo que muestran y si esa escena puede ser o no verídica dependiendo de la época histórica en la que se desarrolle. En algunos casos, la lectura en voz alta ocupa toda una escena, en otras, simplemente es un comentario de pasada, al igual que se nos dice que el personaje utiliza tal complemento, o la habitación está decorada con tales muebles.

HISTORIAS DE LA ANTIGÜEDAD

Las obras de ficción que nos hablan de la Antigüedad suelen

recrearse en el esplendor de Roma, Egipto o Grecia a través de sus espectáculos de gladiadores, suntuosos ágapes con bailarines o faraónicos palacios, pero pocas veces nos cuentan, quizá por ser menos vistoso y poco interesante desde un punto de vista narrativo, cómo se leía. Uno de los principales retos de quien escribe es no caer en anacronismos. Así que, en un libro o una película ambientados en Grecia, por ejemplo, ver a uno de los personajes leyendo un libro en silencio y en solitario sería casi lo mismo que si tuviera un móvil en la mano. Pero un buen guionista o escritor de novela histórica tiene que documentarse sobre los elementos y costumbres de una época, y eso es lo que hace Edward Bulwer-Lytton cuando en 1834 publica *Los últimos días de Pompeya*. Este libro relata cómo era la vida en las jornadas previas a la erupción del Vesubio que asoló la ciudad. En estos últimos días conocemos a Glauco, un joven y adinerado aristócrata, que le cuenta a su amigo Clodio que él prefiere los placeres sencillos que le ofrece Pompeya antes que los estirados comportamientos de los ciudadanos de Roma, quienes, preocupados por imitar en todo a los griegos, practican la lectura en voz alta a todas horas, llegando a considerarlo un poco excesivo e incluso enfermizo:

> Cuando van a cazar hacen que sus esclavos les lleven obras de Platón, y si pierden la vista del jabalí toman sus libros y su papiro para no perder el tiempo ni aun entonces. Mientras las bailarinas triscan ante sus ojos desplegando cuánto hay de más seductor en el baile persa, algún liberto les lee un capítulo de los *Oficios* de Cicerón. […] El otro día mismo hice una visita a Plinio. Estaba sentado en su pabellón de verano, donde escribía mientras un infeliz esclavo tocaba la flauta. […] Su sobrino leía la descripción de la peste en Thucydides, y con la cabeza llevaba maquinalmente el compás, en tanto que recorrían sus ojos los repugnantes pormenores de aquella historia horrible. Para aquel evaporado joven era muy sencillo oír una canción de amor y leer al mismo tiempo la descripción de una peste.

También el director de cine Stanley Kubrick es conocido por el cuidado que ponía en todas sus producciones, tomando el control de cada una de las fases del proyecto desde el guion, la música, los escenarios o incluso el doblaje a otros idiomas. Para ello, llevaba a

cabo un exhaustivo trabajo de documentación que se ve reflejado en sus películas, en las que no dejaba nada al azar. En *Espartaco*, de 1960, Stanley Kubrick cuenta la vida de un esclavo romano que consigue la libertad y crea un ejército para liberar a otros de la esclavitud. Antonino, interpretado por Tony Curtis, es un poeta que se ha unido a Espartaco y ameniza las noches de los insurgentes recitando versos de memoria. Pero más allá de la literatura oral, muy presente en esa época como hemos visto, otra escena refleja de forma muy realista en qué condiciones se producía la lectura. Una vez que Espartaco ha creado su ejército de esclavos liberados, estos se dirigen hacia el sur de Italia, donde contactan con el dueño de una flota de barcos para poder huir por el mar. Al llegar, este personaje entrega a Espartaco un documento donde se indican las condiciones propuestas para cederle los barcos y llegar a un acuerdo.

Espartaco, que no sabe leer, le entrega a Antonino, que lo acompaña en todas sus reuniones y toma de decisiones estratégicas en esa guerra, el rollo de papiro y le pide que lo lea en voz alta. En caso de una mala documentación histórica, sería Espartaco quien lo leyera.

Pero si hay una referencia cultural que, he comprobado, nos ha ayudado a muchos a conformarnos una idea sobre cómo se leía en la Edad Media es *El nombre de la rosa*, el libro de Umberto Eco. Quizá por la fiel adaptación al cine que hizo Jean-Jacques Annaud, cuando compartía con amigos y conocidos que estaba escribiendo este libro sobre la lectura en voz alta, casi todos pensaban en la misma escena.

La novela de Eco, escrita en 1980, nos muestra cómo era el día a día en un monasterio de la Edad Media, y entre otras cosas, cómo amenizaban las comidas en el monasterio: «Grandes antorchas iluminaban el refectorio. Los monjes ocupaban una fila de mesas, dominada por la del Abad, que estaba dispuesta perpendicularmente sobre un amplio estrado. En el lado opuesto había un púlpito, donde ya estaba instalado el monje que haría la lectura durante la cena». En este fragmento vemos cómo durante la cena los monjes guardan silencio mientras uno de ellos lee en voz alta, conforme a la regla de san Benito. Eco fue un prestigioso semiólogo, filósofo y escritor que en sus novelas ponía un especial

cuidado a la hora de documentar cada una de las escenas y entornos que creaba, tal y como hemos visto en este ejemplo.

MUJERES Y LECTURA

Leer en alto mientras se hace otra cosa aparece en numerosas escenas de libros y películas. Lo podemos ver en el musical *Siete novias para siete hermanos*, estrenado en 1954, pero ambientada en el estado de Oregón en 1850. Un granjero que vive aislado con sus seis hermanos en la montaña acude a la población más cercana para buscar esposa. El flechazo con una joven cocinera es instantáneo, y ese mismo día se casa con ella, partiendo ambos hacia su casa en la montaña. Milly tan solo llevará con ella unas semillas y dos libros, la Biblia y *Vidas paralelas*, de Plutarco. En este último, Milly leerá el capítulo dedicado al rapto de las sabinas: los romanos, faltos de mujeres, recurrieron a secuestrar a las jóvenes de un pueblo vecino. Los seis hermanos, que no se caracterizan por sus refinados modales ni por asistir a eventos sociales, se toman este mito al pie de la palabra y bajan al pueblo a hacer lo mismo, esto es, secuestrar a aquellas muchachas de las que se han enamorado. Una vez en la montaña, incomunicados a causa de la nevada caída en el desfiladero, Milly les hace ver que las mujeres no son como el ganado y que no pueden andar tomando lo que quieran sin contar con su consentimiento. Así, como castigo a su comportamiento, los hermanos se trasladan al establo con los animales y dejan la casa principal para las mujeres. Sin poder salir por la nieve que no deja de caer, las chicas pasan largos días aburridas. Gracias a la lectura en voz alta, y pese a disponer de solo dos libros, llenarán ese vacío que sienten, por un lado por el aislamiento, y por otro, porque se han enamorado de los hermanos y no pueden estar con ellos. Para solventar los largos días del invierno, Milly les lee en alto a las muchachas mientras estas hacen labores domésticas.

La misma situación se repite más adelante. Llevan dos meses encerradas en casa por la ventisca de nieve, y una de las muchachas está leyendo en silencio y otra le pide que lo haga en alto para las demás:

—Alice, ¿por qué no lees el libro en voz alta?
—Oh… no —dice el resto—, ya lo leímos como tres veces.
—Venga, léenos lo de las sabinas, anda, Alice, sé buena.

En otra película clásica también vemos a un grupo de mujeres cosiendo y otra les lee en voz alta. Sí, es una secuencia que quizá no tengas en la memoria con la misma intensidad que la de la protagonista con el puñado de tierra prometiendo que no volverá a pasar hambre, pero en *Lo que el viento se llevó* se lee en voz alta. Tras el ataque que sufrió Scarlett
O'Hara
cuando volvía a su casa sola al anochecer, los hombres de la familia y los amigos han salido a castigar a los culpables. Entretanto, como si fuera una tarde más, las mujeres están reunidas en el salón esperando el desenlace de la situación, y para calmar los nervios por un lado, y seguir con sus rutinas nocturnas para no levantar sospechas por otro, todas cosen, menos Melanie, que lee para las demás el libro *David Copperfield* de Charles Dickens. La relación entre lectura, costura y mujeres ha sido muy estrecha a lo largo de la historia, como hemos visto, quizá una de las pocas ocasiones en las que podían disfrutar de la literatura sin que estuviera mal visto, ya que no se trataba de un momento de ocio, sino que se aprovechaba para las labores domésticas.

Fotograma de la película *Lo que el viento se llevó*. © Bettmann / Colaborador

Leer a enfermos

En capítulos anteriores hemos visto la importancia de la voz de los libros para las personas enfermas o los heridos de guerra. Con la lectura en alto estos largos periodos sin nada que hacer son más llevaderos. En el libro *La biblioteca de París*, de Janet Skeslien Charles, nos cuentan que, durante la ocupación nazi de Francia en la Segunda Guerra Mundial, una bibliotecaria acude a un hospital para leer a los heridos en el frente, y sabemos que realmente esto fue así:

> —¿Le importaría leerme en voz alta, mademoiselle?
> —¿Tiene preferencia por algún autor?
> —Sí, Zane Grey. Me gustan las historias de vaqueros.
> Cogí el ejemplar manoseado de *Nevada* de la estantería del rincón, me senté junto a su cama y empecé. Cuando terminé el primer capítulo, le pregunté:

—¿Qué le parece?
Me sonrió.
—Me parece que habría podido leerlo yo solo. Tengo la pierna destrozada, pero el cerebro intacto. Aun así, tiene usted una voz tan bonita, y es usted tan guapa…
—¡Menudo gamberro!

En *La ladrona de libros*, ambientada también durante la Segunda Guerra Mundial, se nos cuenta la historia de una niña, Liesel. Sus padres ocultan en el sótano de la casa a un hombre judío. Ella baja con frecuencia para hacerle compañía y leerle en voz alta para entretener esos días de confinamiento y falta de libertad. La lectura se convierte en otra forma de cuidar y proteger al perseguido, no solo dándole techo y comida, sino haciéndole compañía y disfrutando juntos de un rato que permita evadirse de la realidad. También se refugiará en la lectura en voz alta el enfermo protagonista de *El paciente inglés*. Una enfermera encuentra a un desconocido con la cara desfigurada debido a graves quemaduras y que pasa los días librando su propia batalla contra el dolor. La relación entre ambos se establecerá a través de los libros que la enfermera toma de la biblioteca de la villa deshabitada en la que se esconden de la guerra. Para pasar las horas y aliviar los dolores del paciente inglés, la enfermera lee en voz alta. Además, como única pertenencia lleva consigo *Historias*, de Heródoto. Los libros y la lectura constituyen la única forma que tienen ambos personajes de evadirse de un horrible mundo en guerra y de sus consecuencias, no solo la enfermedad, el dolor y la muerte, sino también la pérdida por parte de ambos de los amores de su vida. Vemos que en muchas de estas historias, los protagonistas no disponen de muchos libros, solo uno o dos. Estamos hablando de épocas y situaciones donde no es fácil acceder a los libros, pero es una muestra de cómo nos aferramos a los que tenemos a nuestro alcance, aunque sean pocos, para sobrellevar la realidad.

También Ernestina Laburnum se dedicará en *El secuestro de la bibliotecaria* a leer a personas enfermas, pero en este caso estamos ante una enternecedora historia infantil que nos hace ver la importancia que tienen los libros no solo para curar, sino también para cambiar y transformar a las personas. Ernestina es una joven y bella bibliotecaria de un pequeño pueblo que ha salido a dar un

paseo por el bosque. Unos bandidos que la siguen deciden raptarla para pedir un rescate al ayuntamiento, ya que todo el mundo sabe que una biblioteca no puede funcionar sin la bibliotecaria. Al poco rato, los bandidos se descubren erupciones por todo el cuerpo, ¡han pillado el sarampión!, así que dejan que la señorita Laburnum vaya a la biblioteca a por un libro sobre medicina para que les ayude a cómo curarse. Así que tendrán que permanecer en cuarentena y ella los cuidará, paralizando de momento el secuestro. Cuando la bibliotecaria vuelve no solo trae el libro de medicina, sino que ha aprovechado para llevar con ella una selección de libros para leer a los bandidos, ya que todo el mundo sabe que cuando uno está enfermo y tiene que permanecer confinado el tiempo pasa lento y es muy aburrido. Así que la señorita Laburnum se sentará y leerá a los bandidos libros como *Alí Babá y los cuarenta ladrones* o *Robín de los bosques*, pasando así el rato de una muy buena manera. Los bandidos, podría decirse, eran analfabetos y nunca habían tenido la oportunidad de disfrutar de la literatura, ni tampoco de conocer la selección de libros que ha hecho la bibliotecaria especialmente para ellos, pensando en sus gustos e intereses. Así arranca una estrecha amistad entre los bandidos y la bibliotecaria que se prolongará en el tiempo, porque ya sabemos que los libros unen personas y mucho más cuando se comparten con la lectura en voz alta.

Leer a los niños cuando pasan una temporada en la cama porque están enfermos quizá ha sido una de las situaciones donde la lectura en voz alta se ha mostrado más en la ficción. La encontramos en *¡Qué bello era mi valle!*, el filme de John Ford de 1941. La película nos describe la apacible rutina de una familia de mineros en la tranquila Irlanda a través de los recuerdos del joven protagonista, Huw Morgan. Pero los tiempos cambian y debido a un exceso de mano de obra, los mineros verán mermados sus salarios y comenzarán una huelga, y ya nada será como antes. La nostalgia de un mundo que ya no volverá y unas experiencias vitales que se recuerdan con cariño y melancolía, como cuando Huw tuvo que guardar cama convaleciente tras un accidente en un arroyo helado. El pastor del pueblo lee al chico *La isla del tesoro* sentado al lado de su cama y volverá a revivir los sentimientos que tuvo cuando descubrió esta historia, de hecho dice: «Casi desearía estar tumbado en tu lugar con tal de leer este libro por primera vez».

Para finalizar con otra escena de lecturas a niños que se recuperan en la cama de una enfermedad, hablaré de *La princesa prometida*. En este caso es el abuelo quien le leerá en alto para llenar con una fantástica historia ese tiempo de convalecencia. Por supuesto, el nieto, un niño de los años ochenta, se muestra reacio y preferiría pasar ese tiempo jugando con sus videojuegos. Pero el abuelo le promete que con ese libro vivirá la mayor aventura de su vida, ya que habrá persecuciones, secuestros, peleas, pero también valor, honor, amistad y amor. El autor de este libro, el guionista y escritor William Goldman, recuerda cómo eso fue lo que le ocurrió a él cuando en una situación similar su padre le contó esa misma historia, que es la que ahora él nos va a narrar. De hecho, cuenta que se trata de uno de sus libros favoritos a pesar de no haberlo leído nunca: «Este es el libro que más me gusta de todo el mundo, aunque nunca lo he leído». Sí, tu libro preferido puede ser uno que tú no hayas leído.

> Cada noche mi padre me leía un capítulo tras otro, luchando siempre para que las palabras sonaran correctamente, para atrapar el sentido. Y yo yacía allí tumbado, con los ojos entrecerrados, mientras mi cuerpo recorría lentamente el largo camino que le devolvería las fuerzas. Como ya he dicho, la convalecencia duró aproximadamente un mes, y en ese tiempo, mi padre me leyó dos veces *La princesa prometida*. Aunque podía leer yo solo, este libro era suyo. Jamás se me habría ocurrido abrirlo. Quería la voz de mi padre, sus sonidos. Más tarde, incluso muchos años más tarde, en ocasiones solía decir: «¿Qué tal si me lees el duelo que Íñigo y el hombre de negro sostienen en el acantilado?». Y mi padre solía gruñir y mascullar, se iba a buscar el libro, se humedecía el pulgar con la lengua, y pasaba las páginas hasta que empezaba la fantástica batalla.

En la película se cambia la figura del padre por la del abuelo, que día tras día, después de la lectura en voz alta, hará que su nieto, al principio escéptico ante la diversión que un libro le podía proporcionar, se ilusione y espere con ansiedad la llegada de su abuelo para reemprender la lectura y viajar a un mundo diferente lleno de aventuras.

LEER EN FAMILIA

La lectura en familia ha sido una de las mejores maneras de disfrutar juntos. Aunque en este caso no se trata de ficción, nos lo muestra Ana Frank en su *Diario* cuando nos cuenta «Papá nos leyó unas líneas del libro de Dickens y yo estaba en la gloria…». También vemos que la lectura era algo habitual en la familia de Gregor Samsa, cuando en *La metamorfosis* Frank Kafka nos cuenta por medio del narrador: «Por lo que veía Gregor a través de la rendija de la puerta, en el cuarto de estar estaba encendido el gas, pero mientras que, como era habitual a esas horas del día, el padre, y también de vez en cuando la hermana, solía leerle a la madre el periódico vespertino, no se oía ahora ruido alguno. A lo mejor esa costumbre de leer en voz alta, de la que la hermana tanto le hablaba y escribía, se había perdido en los últimos tiempos».

Pero sin lugar a dudas una novela donde se muestra la importancia que la lectura tiene dentro de la familia es en *Matar a un ruiseñor*. Son varias las ocasiones en las que a lo largo de la novela se lee a otros, como cuando los protagonistas acuden cada semana a leer a una señora enferma del pueblo, pero quizá las más entrañables son las ocasiones en las que Atticus Finch, el padre, lee a sus hijos Scout y Jem, consiguiendo de esta forma tener la oportunidad de comentar con ellos importantes cuestiones que les servirán a lo largo de toda su vida.

También encontramos casos en los que se lee entre hermanos, como nos cuenta Fernando Aranburu en el capítulo 8 de *Patria*: «Arantxa, siendo Gorka pequeño y ella apenas una niña de nueve o diez años, gustaba de leer en voz alta a su hermano, los dos sentados en el suelo, o él en la cama y ella a su lado, cuentos tradicionales; también historias de la Biblia en un libro con ilustraciones adaptado al entendimiento infantil. Por los días en que el niño se recuperaba del atropello de la furgoneta, Arantxa tomó la costumbre de ir a la biblioteca municipal en busca de lectura para él. Gorka ya leía entonces por su cuenta, bisbiseando las palabras, y empezaba a tener gustos definidos: Julio Verne, Salgari, pronto las novelas bélicas de Sven Hassel, así como otras de espías y detectives, todas ellas en ediciones económicas de bolsillo».

El cuento antes de dormir es una de las manifestaciones de la

lectura en voz alta que perviven en la actualidad y que también se describen en escenas de la vida cotidiana en libros, pinturas y películas. En 1925 el escritor Arthur Schnitzler narra en *Relato soñado* una escena familiar ambientada en su propia época. Unos padres escuchan a su hija leer un cuento antes de dormir:

> Veinticuatro esclavos negros remaban en la espléndida galera que llevaba al príncipe Amgiad al palacio del califa. Pero el príncipe, envuelto en su manto de púrpura, yacía solo en la cubierta bajo un cielo nocturno azul oscuro, tachonado de estrellas, y su mirada…
> Hasta ese punto había leído la pequeña en voz alta, pero casi de repente se le cerraron los ojos. Sus padres se miraron sonriéndose y Fridolin se inclinó sobre ella, besó sus rubios cabellos y cerró el libro que había quedado sobre la mesa todavía sin recoger. La niña levantó la mirada como si hubiera sido descubierta.
> —Son las nueve —dijo el padre—, es hora de irse a la cama.

La literatura infantil ha tratado, asimismo, el caso de padres que no leen cuentos a sus hijos y por qué. En *My Mom Read Can't*, un libro de 1986, se cuenta la historia de una niña que recibe un libro en la escuela para llevárselo a casa para leer con su madre. La niña está emocionada con conocer la historia y nada más llegar le pide que se lo lea, pero aquella le dice que después de cenar. Tras la cena, y ante la nueva petición de la niña, la madre responde que es muy tarde y que hay que irse a dormir. Así día a día, la madre, que por otro lado está muy ocupada, va poniendo excusas para no leer con ella. Un día la niña lleva una carta de la escuela, que la madre tampoco responde, hasta que pasado un tiempo y ante la llegada de nuevas cartas, la madre acude a ver a la profesora para confesarle que no puede leer porque se le rompieron las gafas. En los siguientes días continúa el día a día de la vida de madre e hija, van al médico, toman un autobús, y comenzamos a detectar algo extraño. Mientras tanto, el resto de los compañeros de la protagonista ya han ido leyendo en casa con sus padres varios libros. De pronto, un día descubrimos que la madre no sabe leer. Cuando era pequeña sus padres, también analfabetos, emigraron y no pudo ir a la escuela. Su hija, que pensaba que solo con crecer ya

se aprendía a leer, lo habla con su profesora y buscan un instructor que enseñe a su madre. Ahora, madre e hija aprenderán las letras y compartirán juntas en voz alta muchas historias cada noche antes de dormir.

La voz de otra niña es la que utiliza el escritor Manuel Rivas para leer en alto en *La niña lectora*. El cuento nos traslada a principios del siglo XX. Unas trabajadoras de la fábrica de tabacos de A Coruña, al conocer gracias a la novela *La tribuna* de Pardo Bazán, de la que hemos hablado, la posibilidad de que alguien les lea en alto durante el tiempo de trabajo, incluyen esta reivindicación laboral en sus huelgas. Finalmente, cuando lo consiguen, será la niña del título, que a diferencia del resto de las mujeres ha aprendido a leer y escribir, quien leerá para las cigarreras.

En otro libro juvenil, *Corazón de tinta*, de Cornelia Funke, la lectura en voz alta es protagonista de la trama, ya que cuando los protagonistas leen en voz alta un libro traen a la realidad a los personajes que aparecen en él, los materializan. ¿Y no es eso lo que hemos visto que consigue la lectura cuando se produce en alto? Bueno, quizá en el caso de *Corazón de tinta* de una manera más literal.

LEER CON LOS AMIGOS

Durante mucho tiempo la lectura en voz alta estuvo dentro de las escuelas y fue práctica habitual en la mayor parte de los planes de estudio, y eso se muestra también en la ficción. En la película *El club de los poetas muertos*, un profesor poco convencional transmite a sus alumnos la pasión por la vida y la literatura a través de la lectura en sus clases. Poco a poco se establecerá una relación muy especial entre él y los estudiantes, y el profesor, que también había sido alumno de la escuela, les contará que tenía un club secreto con sus compañeros donde celebraban sesiones nocturnas clandestinas para leer poesía juntos. Los chicos tratarán de revivir esas sesiones dando continuidad a la lectura de poetas que, como el nombre de la película indica, están muertos, pero cuyas obras les han sobrevivido y se hacen presentes gracias a la declamación de

sus poemas. Será un profesor que influirá como ningún otro en sus vidas, transformándolas gracias a sus extraños y diferentes métodos de enseñanza, entre los que, como vemos, se encuentra la lectura en público para transmitir el amor por la literatura.

Fotograma de la película *El club de los poetas muertos*. © TOUCHSTONE PICTURES / Album

El profesor de *El club de los poetas muertos* me recuerda al que Daniel Pennac retrata en su libro *Como una novela*. Este llega todos los días a clase y, ante un auditorio de adolescentes poco interesados en las letras, saca un libro y comienza a leer para sus alumnos. Clase tras clase va logrando captar su atención hasta insuflarles el amor por la literatura y los libros. Pennac reivindica así la lectura en voz alta dentro del sistema educativo, que ya estaba presente hace varias generaciones, pero que con el devenir de la modernidad se fue quedando fuera de los planes de estudio.

Además de que el profesor lea en clase, también puede motivar a los alumnos a mejorar su vocalización, tono, volumen o entonación, así como compartir con todos el sentido del mensaje que nos transmite la lectura. Así se lo pide una profesora a la protagonista de la película de Elia Kazan *Esplendor en la hierba*, Deanie, interpretada por Natalie Wood, que ha conocido su primer amor

con Bud, en la piel de Warren Beatty. La historia retrata la vida de estos jóvenes en un pueblo del interior de Estados Unidos. Se encuentran en plena efervescencia adolescente con todo un mundo de posibilidades ante sí, pero se ven coartados por una sociedad anclada en las tradiciones, la religión y la moral. Producto de esta situación, un Bud desorientado ante su futuro profesional y en su papel de lo que se espera de un hombre dentro de una relación, decide romper con Deanie, lo que la lleva a conocer el desamor y la nostalgia por tiempos no muy lejanos pero donde la felicidad florecía. El fragmento que la profesora hace leer a Deanie delante de toda la clase, en el que se establece un paralelismo entre lo que dice y lo que ella ha vivido, pertenece a William Wordsworth, poeta romántico inglés que compuso en 1807 la «Oda a la inmortalidad». El poema habla de los momentos de felicidad que vivimos cuando somos jóvenes, del rápido y fugaz paso del tiempo, y de la alteración de esas circunstancias que en su día nos hicieron felices, pero que hoy en día ya son agua pasada. La joven lee el poema en alto a duras penas, con dificultad, ya que se ve reflejada, y sus compañeros son conocedores de la situación que está viviendo: Bud la ha abandonado y ella ya no volverá a vivir esa felicidad, quizá en el futuro le aguarden otras, ahora no es capaz ni de pensar en eso, pero lo que sí sabe es que no volverá a vivir ese mismo amor. Esta situación es mucho más estresante porque entre los que escuchan con mucha atención la lectura se encuentra la compañera que ahora ocupa su lugar en el corazón de Bud. La profesora le pide a Deanie que interprete lo que el poeta ha querido plasmar en las estrofas que acaba de leer. La chica, después de la lectura, con los sentimientos a flor de piel al haber verbalizado mediante esos versos lo que le está ocurriendo, no puede soportar más la situación y abandona la clase presa de un ataque de nervios. La lectura en voz alta de ese poema en el que se siente tan reconocida despierta en ella unos sentimientos que estaban ocultos, pero que al compartirlos afloran y crean una situación que, en este caso, desembocará en una crisis nerviosa que finalmente solo puede resolver con ayuda profesional.

Otro ejemplo de lectura entre jóvenes lo encontramos en la novela *Rebeldes*, de Susan E. Hinton, adaptada al cine por Francis Ford Coppola. Dos jóvenes que viven en un barrio marginal se ven

envueltos en la muerte de otro tras una pelea y huyen para no ser capturados por la policía. Pasan varios días escondidos en una vieja casona abandonada en el campo y tan solo acuden al pueblo a comprar víveres y un libro, *Lo que el viento se llevó*, que uno leerá al otro para evadirse y pasar mejor esa circunstancia en la que se han visto implicados.

Para finalizar, la lectura entre amigos también aparece en Harry Potter. Hacia el final de la saga, en *Harry Potter y las reliquias de la muerte*, Hermione lee el cuento de *Babbitty Rabbitty* a Harry y Ron, y de esta manera obtendrán información relevante en la conclusión de la historia:

> —Yo tengo un ejemplar, señor Lovegood —dijo Hermione, y sacó los *Cuentos de Beedle el Bardo* del bolsillo de cuentas.
> —¿Es el original? —preguntó Xenophilius, asombrado, y, al ver que Hermione asentía, sugirió—: Bueno, pues ¿por qué no nos lees esa historia en voz alta? Así nos aseguramos de que todos la entendemos.
> —De acuerdo —aceptó Hermione, nerviosa. Abrió el libro y Harry vio que el símbolo que estaban investigando aparecía al principio de la página. Hermione tosió un poco y comenzó a leer.

La lectura en voz alta y su relación con el aprendizaje en un entorno escolar parece algo lógico y así se ha mostrado en la literatura y el cine, pero no solo entre jóvenes. En *Frankenstein*, por ejemplo, la Criatura aprende a hablar porque escucha leer a los habitantes de la casa en la que permanece escondido. También en *El discurso del rey*, película basada en hechos reales, vemos cómo el tartamudo rey inglés Jorge VI, obligado a dar un importante mensaje a la población a través de la radio, verá mejorada su dicción con la práctica de la lectura en voz alta.

LECTORES A DOMICILIO

Leer a una persona ciega, como el joven Alberto Mangel hizo con Jorge Luis Borges, también ha sido utilizado por la literatura para crear historias en las que los personajes interactúen al compartir

lecturas. En uno de los relatos de Raymond Carver, «Catedral», se muestra a una mujer que entra en contacto con una persona ciega a través de un anuncio de periódico:

> Vio un anuncio en el periódico: «Se necesita lectora para ciego», y un número de teléfono. Telefoneó, se presentó y la contrataron enseguida. Le leía toda clase de cosas: expedientes, informes, esas cosas.

También es una mujer la que decide buscar una ocupación como lectora en el libro *La lectora*. En este caso es la historia de una mujer que pone un anuncio en un periódico ofreciendo sus servicios como lectora. Enseguida comienza a tener los primeros clientes, que irán desde un joven discapacitado a una rica aristócrata, pasando por un ejecutivo y una niña pequeña. Casada y sin hijos, a pesar de tener estudios universitarios no desarrolla ninguna actividad laboral retribuida, aunque la cuestión económica no es lo que la lleva a la búsqueda de clientes a quienes leer. Cuando comienza las lecturas, poco a poco se da cuenta de que, por un lado, esto le sirve para sentirse útil hacia los demás, pero también para ganar confianza. Afirma: «Y estoy bastante contenta de que me tomen en serio». Aunque parece una actividad sencilla, leer en alto para otros nos sitúa en un lugar especial, hacia los demás y hacia nosotros mismos. Pero también vemos cómo la protagonista, Marie-Constance, tiene muchas dudas, por ejemplo, si la elección de los textos es la más adecuada. Nada más empezar, en uno de los primeros encuentros, al leer los textos de Maupassant a un joven discapacitado en silla de ruedas, Eric, a quien su madre tiene sobreprotegido, le provoca una crisis que acaba con el joven hospitalizado. Comprende desde pronto que la forma en que los textos llegan a los demás gracias a la vida que ella les da con su voz tienen un mayor impacto en quien los escucha que si los leyeran en silencio, por lo que se siente responsable de esta situación y dice: «Lo importante no es la forma en que están escritas, sino la manera en que salen de mi boca y mi cuerpo». La protagonista también detecta que no se trata solo de la literatura, sino que el impacto lo produce la magia de la lectura en voz alta: «Eric está muy atento. Escucha con una especie de pasión contenida. Yo misma, curiosamente arrebatada por mi propia voz, tengo la impresión, mientras leo, de que este poema es como un

extraordinario mecanismo». Más adelante, ella se refiere a sí misma como lectora-enfermera porque sabe que su voz está cuidando de Eric, y lo expresa así: «Vamos hasta el final del poema. Digo vamos porque aunque yo soy la que lee, siento que los dos compartimos algo». Siente que mientras lee, no es solo una herramienta, sino que está acompañando en ese viaje a la persona que está escuchando.

Pero no todos los libros que lee le gustan de igual manera, y eso se termina notando. Cuando Marie-Constance lee a la mujer aristócrata a quien prefiere escuchar los libros de Marx y Lenin, esta nota que la lectora se aburre con ellos. Lo sabe porque sus palabras le parecen lejanas, que no tienen el mismo sentido para la lectora que lo que suponen para ella. Con esta clienta, la lectora se siente una más de las criadas de la aristócrata, igual a la que le trae el té cada tarde o a la que abre la puerta cuando alguien llama, de hecho, ella misma se denomina en este caso «lectora a sueldo».

Marie-Constance no actúa de la misma manera con cada una de las personas a las que lee, incluso se viste de diferente forma cuando acude a sus citas. Más adelante, por ejemplo, un cliente, que es un alto ejecutivo, tiene como objetivo ampliar su cultura como una habilidad social más con la que respaldar su estrategia empresarial. Quiere estar a la altura de su posición social y poder mantener una conversación culta en las cenas de negocios, así que lo que busca es que la lectora le hable, le enseñe y le lea los libros y autores que están en boca de todos. En este caso es un uso instrumental, interesado podríamos decir, de la lectura.

La literatura nos ha mostrado más ejemplos de lectores a domicilio, también con voz de hombre, como el protagonista de la obra de teatro de José Sanchis Sinisterra *El lector por horas*. Estamos dentro de un amplio salón de una casa que podríamos llamar acomodada por la calidad y elegancia de los muebles, las alfombras, los techos altos, pero también por las recias estanterías repletas de libros. Ismael se encuentra de pie en medio de este salón y lee en alto un párrafo de *Justine*, la primera de las cuatro obras que componen *El cuarteto de Alejandría*. Celso, el padre de Lorena, escucha atento sentado en su sillón orejero. Está buscando un lector por horas para su hija ciega. Después de un rato le interrumpe y le dice que está muy bien, que eso es justo lo que tenía en mente. No solo le gusta la voz de Ismael, su timbre, el tono, el ritmo que

utiliza, eso es importante, por supuesto, pero él se refiere a otra cosa más difícil. Se refiere a que Ismael logra que la palabra escrita se convierta en hablada sin añadir demasiada intención, demasiado sentido, que no imponga su personal punto de vista en la lectura e interpretación. Celso es el empleador, pagará a Ismael por las horas que acuda a esa habitación para leer a su hija Lorena, así que define muy bien el servicio que quiere que se preste. Ha encontrado lo que buscaba, alguien que sea solo una herramienta, que convierta las letras en sonidos, pero que no aporte su personalidad. Es más, no quiere saber nada de la vida personal del joven que está optando a conseguir ese trabajo de lector por horas, y se lo deja claro en esa primera entrevista: no le contrata a él como persona, sino a su capacidad de dar voz a los libros. Una de las normas será no contar nada sobre uno mismo, se quiere una relación muy práctica e instrumental, casi como si se tratase de una máquina o de un criado para conseguir su fin: dotar a los libros de esa voz a la que la receptora, Lorena, no puede acceder al estar ciega.

Celso está buscando un lector por horas, y esto último, «por horas», denota que hay una relación mercantil muy marcada. A lo largo de la obra veremos cómo Ismael cumple con su labor acudiendo puntual a la hora establecida, y una y otra vez preguntará si ya es hora de finalizar la lectura. La presencia de unas normas establecidas, como no hablar de cuestiones personales, sino solo leer el texto, o ajustarse al tiempo definido para prestar el servicio, indica una relación contractual muy estricta que arrebata al acto de leer para otros esa interconexión mágica especial de la lectura en alto. Pero Ismael necesita el dinero y comprende que se trata de un trabajo, así que comenzará a acudir a esa casa puntual para leer a Lorena.

Vemos a Ismael sentado al lado del gran ventanal leyendo *El gatopardo* mientras Lorena, sentada en el sillón orejero, escucha la historia, y nosotros también oímos la misma voz sentados en el patio de butacas. A lo largo de la representación veremos cómo se produce una comunicación muy especial entre Ismael y Lorena a través de las lecturas en voz alta de los libros. A pesar de que Ismael se ciñe a la lectura de los textos sin añadir ningún comentario de su cosecha, ni durante las lecturas ni siquiera antes o después de las mismas, y de que lee de una manera neutra y sin poner énfasis en la

lectura que pudiera denotar intencionalidad en la misma, la conexión entre ambos es inevitable. Porque solo con la elección de los textos y lo que los libros nos dicen se puede mantener una conversación cuando dos personas los comparten, y se hace extensible, en este caso, a muchas personas, todas las que están en el teatro en el que nos encontramos.

El escritor mexicano Fabio Morabito nos ofrece en su novela *Lector a domicilio* otra visión lectora, en este caso por obligación. Aquí se cuenta cómo Eduardo, el protagonista de la historia, ha cometido un delito menor y se ve condenado a un año de trabajo comunitario: ha de leer novelas a domicilio a personas mayores, enfermas o dependientes. Tendrá que visitar a personas muy diferentes. Una atractiva joven paralítica, a dos hermanos siniestros, pasando por una familia de sordos que le leen los labios y hasta un matrimonio que busca en las lecturas adquirir un cierto nivel cultural para desenvolverse socialmente. Eduardo lee por obligación, sin propósito, sin involucrarse con el texto, sin comprender bien lo que lee. De hecho, esto lo detectan los escuchantes y se lo echan en cara, porque el acto de leer debe tener una implicación, un sentido con la historia y no solo la reproducción sonora de las palabras, eso se nota. A lo largo de la novela asistimos a diferentes formas que tienen los oyentes de acercarse a la literatura y a los libros, y somos testigos asimismo de la evolución en relación con esta práctica del propio protagonista.

También en el libro de relatos de Ana María Moix *Las virtudes peligrosas* se nos muestra la lectura en voz alta. En el cuento que da título al libro, que gira en torno a la relación de dos mujeres, Alice lee a una mujer de avanzada edad. En el último de los relatos, «Los muertos», que nos lleva a una fiesta a la que acuden personas del ámbito cultural y en la que recuerdan con nostalgia cómo uno de los amigos ya fallecidos les leía en voz alta: «Miguel ha encontrado el libro. ¿Se lo dará a Mónica, como hace casi veinte años a ella, pidiéndole que lea *Los muertos* de Joyce esta misma noche? No te molestaré más. Es lo último que te pido».

Para terminar con este tipo de personajes, los lectores que leen para otros, mencionaré uno de los cuentos cortos de Stephen King, «El teléfono del señor Harrigan». En este cuento King nos trae la historia de un chico joven algo solitario que es contratado por un

millonario para que acuda tres veces por semana a leerle en voz alta y gracias a lo cual acabarán cultivando una entrañable amistad.

LEER A LA PERSONA AMADA

Hemos visto que en la ficción se ha representado la lectura en voz alta cuando un personaje era analfabeto, como en *Espartaco*, para amenizar las comidas, como en *El nombre de la rosa*, para hacer las tareas domésticas más llevaderas, como en *Lo que el viento se llevó*, o leer a niños, como en *La princesa prometida*. Para terminar, vamos a hacerlo con aquellas obras que muestran la lectura como un acto más de amor. En *El amor en los tiempos del cólera*, Gabriel García Márquez sitúa su historia en la Colombia de los años treinta del siglo XX. Florentino Ariza se dedica a escribir cartas de amor en la plaza del pueblo para otros jóvenes como él que son analfabetos y no pueden comunicar lo que sienten hacia sus amadas. Es evidente que si tiene que escribir también tendrá que leer las respuestas. Esta labor de escritor y lector que hemos visto desde la Antigüedad tuvo un papel muy importante en las relaciones amorosas.

En el cuento *Primer amor* de Emilia Pardo Bazán un chico de trece años que está experimentando su despertar amoroso imagina cómo serían esos encuentros con su amada. Sueña que está sentado a sus pies en un cojín y ella le acaricia el pelo mientras él le lee:

> Yo le leía en un gran misal, o tocaba el laúd, y ella se dignaba sonreírse agradeciéndome el placer que le causaban mis canciones y lecturas.

La lectura en voz alta para compartir historias entre amantes no solo la encontramos en parejas que se acaban de conocer o están en la fase de enamoramiento, también puede ser una práctica habitual en las consolidadas. Así nos lo muestra Benito Pérez Galdós en sus *Episodios nacionales* con doña Manuela, uno de los personajes, que lee a su marido en voz alta antes de dormir hasta que le entra el sueño. La lectura dentro del matrimonio aparece igualmente en *Seda*, de Alessandro Baricco, cuando el comerciante de huevos para gusanos de seda nos cuenta lo feliz que era escuchando la voz de su

mujer cuando le leía:

> Por la tarde permanecía largo rato, bajo el pórtico de su casa, sentado junto a su esposa Hélène. Ella leía un libro en voz alta y eso le hacía feliz porque pensaba que no había otra voz tan bella como aquella en el mundo.

En muchas otras novelas se menciona esta práctica, como de pasada, el narrador parece no prestarle importancia debido a que no es algo excepcional ni importante para la trama. En *Suite francesa*, se nos muestra cómo los alemanes invadieron Francia durante la Segunda Guerra Mundial y llegaron a ocupar y convivir en las casas junto con los propietarios. Será a raíz de esa convivencia que surja el amor entre Lucile y un oficial alemán. Cuando la suegra de Lucile la descubre leyendo en voz alta al oficial, tal y como ella hacía con su marido antes de que él se marchara a la guerra, comprendemos qué está ocurriendo entre ambos:

> Encontraría a Gaston en su sillón junto a la ventana y a su mujer a su lado, leyendo para él. Ese era su deber, su papel: retenerlo, distraerlo. Cuando Gaston estaba convaleciente de la tifoidea, Lucile le leía los periódicos. Su voz era dulce y agradable al oído, y ella misma la escuchaba a veces con placer. Una voz suave y ronca… Pero ¿no la estaba oyendo? […] Se irguió, avanzó unos pasos, entró en la sala y, sentado en un sillón arrimado a la ventana, con el brazo herido apoyado en el asiento, la pipa en la boca y los pies en el taburete en que Gaston se sentaba de pequeño, vio al invasor, al enemigo, al alemán con su uniforme verde, y a Lucile junto a él, leyendo un libro en voz alta. Hubo un momento de súbito silencio. Ambos se levantaron. Lucile dejó escapar el libro, que cayó al suelo.[…]

Como último ejemplo, en *La campana de cristal*, de Sylvia Plath, ambientada en los años cincuenta del siglo XX, la narradora nos dice que, después de cenar, le leyó a su novio de entonces, como una forma de pasar tiempo juntos: «Entonces nos tumbamos en la cama uno al lado del otro, y mientras Buddy tomaba sorbos de vino le leí en voz alta “En un lugar al que nunca he viajado” y otros poemas de un libro que me había llevado».

Para finalizar este recorrido por la ficción, haremos referencia a una de las novelas donde la lectura en voz alta tiene una presencia muy importante en el propio transcurrir de la trama de la historia. En *El lector*, de Bernhard Schlink, se nos cuenta la historia de un joven en el Tercer Reich alemán que en plena pubertad conoce a una mujer mayor que él, Hanna, con la que mantendrá una relación sexual y sentimental. En uno de esos encuentros comienzan a hablar de los estudios del joven y de las lecturas obligatorias de la escuela, y la mujer le dice:

> —¡Léemelo!
> —Léelo tú misma, te lo traeré.
> —Tienes una voz muy bonita, chiquillo. Me apetece más escucharte que leer yo sola.
> —Uf…, no sé.
> Pero al día siguiente, cuando fui a besarla, retiró la cara.
> —Primero tienes que leerme algo.

Y así adoptarán la costumbre de que el joven le lea en voz alta antes de cada encuentro sexual:

> Mantuvimos nuestro ritual de lectura, ducha, amor y reposo. Le leí *Guerra y paz*, con todas las digresiones de Tolstói sobre la historia, los grandes hombres, Rusia, el amor y el matrimonio; debieron de ser entre cuarenta y cincuenta horas. Y, como siempre, Hanna siguió atentamente el desarrollo de la narración.

Para Hanna, esos momentos cuando el joven le lee son especiales y cuando este se detiene se pone impaciente: «"¡Sigue leyendo, chiquillo!", dijo apretándose contra mí».

Estas lecturas serán clave en su relación y en el desarrollo de la historia. Años después vuelven a encontrarse y él le pregunta: «¿Lees mucho?», y ella responde: «Me gusta más que me lean». La historia finaliza con la original manera que tiene el joven de hacerle llegar sus lecturas como una nueva forma de amor y consideración hacia aquel amor de juventud.

Por último, en el mundo distópico del *1984* de George Orwell vemos cómo el protagonista, Winston Smith, que se rebela ante el control del gobierno totalitario, lee en voz alta el libro prohibido

por el régimen cuando está junto a su amante, Julia.

> —Tenemos que leerlo —dijo—. Y tú también. Todos los miembros de la Hermandad deben leerlo.
> —Léelo tú —dijo Julia con los ojos cerrados—. Léelo en voz alta. Así es mejor. Y me puedes explicar los puntos difíciles.
> El viejo reloj marcaba las seis, o sea, las dieciocho. Disponían de tres o cuatro horas más. Winston se puso el libro abierto sobre las rodillas en ángulo y empezó a leer[…].
> —Julia, ¿estás despierta? —dijo Winston.
> —Sí, amor mío, te escucho. Sigue. Es maravilloso.
> Winston continuó leyendo[…].

Esta lectura se convierte en un acto subversivo y la lectura en alto es una forma de no olvidar nuestra individualidad humana, la libertad de pensamiento y la posibilidad de compartir esto en sociedad, algo que espero haya podido transmitirte a través de este libro.

BIBLIOGRAFÍA

LIBROS DE REFERENCIA Y CONSULTA

Austen, Jane. *Las cartas de Chawton*: Edición de Kathryn Sutherland. Editorial Alba. 2019. 978890656020

Austen-Leigh, James Edward. *Recuerdos de Jane Austen*. Editorial Alba. 2012. 9788484287117.

Barbier, Frédéric. *Historia del libro*. Alianza Editorial. 2015. 9788491040491.

Beach, Sylvia. *Shakespeare and company*. Trama editorial. 2023. 9788418941689.

Benigni, Roberto. *Mi Dante. Prólogo de Umberto Eco*. Confluencias. 2012. 9788493834562.

Brinnin, John Malcolm. *Yo conocí a Dylan Thomas: Diario íntimo*. Compañía General Fabril Editora. 1959.

Bollmann, Stefan. *Mujeres y libros. Una pasión con consecuencias*. Seix Barral. 2015. 9788432224829.

Bonfil, Robert; Cavallo Guglielmo y Chartier, Roger, *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Taurus 1997. 978430600280.

Bover, José M. *Las epístolas de San Pablo*. Editorial Balmes, 1959.

Byre, Paula. *The Real Jane Austen. A life in small things*. HarperPress. 2013. 9780007479764.

Campbell, Don. *El efecto Mozart para niños*. Urano. 2007. 9788479534820.

Carcopino, Jerome. *La vida cotidiana en Roma en el apogeo del Imperio*. Temas de Hoy. 2001. 9788484601326.

Casson, Lionel. *Las bibliotecas del mundo antiguo*. Bellaterra. 2003. 9788472902114.

Cátedra, Pedro M. y Rojo, Anastasio. *Bibliotecas y lecturas de mujeres. Siglo XVI*. Instituto de Historia del Libro y la Lectura. 2004. 9798493350400.

Chartier, Roger. *El pequeño Chartier ilustrado: Breve diccionario del libro, la lectura y la cultura escrita*. Ediciones Universidad Austral de Chile. 2022. 9789563901702.

Chartier, Roger. *Libros, lecturas y lectores en la edad moderna*. Alianza Editorial. 1993. 9788420627557.

Chartier, Roger. *Escuchar a los muertos con los ojos. Lección inaugural en el Collège de France*. Editorial Katz Conocimiento. 2008. 978849685932.

Chikiar Bauer, Irene. *Virginia Woolf: La vida por escrito*. Taurus. 2015. 9788430617135.

Civallero, Edgardo. *De tablillas y papiros. Ensayos sobre la lectura y la escritura en la Antigüedad*. 2013. Distribuido como pre-print bajo licencia Creative Commons.

Claiborne, Robert. *The Birth of Writing*. Time-Life Books. 1974. 9780809412822.

Cox Gurdon, Meghan. *La magia de leer en voz alta. Los beneficios intelectuales y emocionales de la narrativa oral en niños y adultos*. Urano. 2020. 9788416720910.

Craveri, Benedetta. *Madame du Deffand y su mundo*. Siruela. 1992. 978847844830.

Cyrano de Bergerac, Savinien de. *Viaje a la luna, Historia cómica de los Estados e Imperios del Sol*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. 1999. BVMC: 232292.

De Beer, Gavin. *Rousseau*. Salvat Editores. 1984. 9788434581450.

De Portugal, Francisco. *Arte de la galantería*. Centro Inter-Universitário de História da Espiritualidade. 2012. 9789729967054.

Faus Sevilla, Pilar. *La lectura pública en España y el plan de bibliotecas de María Moliner*. Colección documentos ANABAD. Madrid 2000. 9788450592828.

Frenk Alatorre, Margit. *Entre la voz y el silencio. La lectura en tiempos de Cervantes*. Fondo de Cultura Económica. 2005. 9681675886.

Frenk Alatorre, Margit. *Oralidad, escritura, lectura*. Edición del IV Centenario de Don Quijote de la Mancha. Real Academia Española. Asociación de Academias de la Lengua Española. 2004. 9788420467283.

García Lorca, Federico. *Medio pan y un libro*. Kalandraka Editora. 2020. 9788413430003.

Gibson, Ian. *Cuatro poetas en guerra*. Editorial Planeta, 2007. 9788408070900.

Gilmour, David. *The Long Recessional: The Imperial Life of Rudyard Kipling*. 2003. 9780374528966.

Gortari, H. d., y Zermeño, G. (Eds.) *Historiografía francesa: Corrientes temáticas y metodológicas recientes*. Centro de estudios mexicanos y centroamericanos. 2000. 978821828056.

Gwendolyn Tose'-Rigell, *The 9/11 Principal*. Xlibris US. 2019. 9781796056143.

Heródoto. *Historias*. Libros
V-IX.
Akal Clásica. 1994. 9788446002840.

Iglesias Zoido, Juan Carlos. *Historia del libro en Grecia y Roma. Soportes y formatos*. 2010. Universidad de Extremadura. 9788477239222.

Johnson, Claudia L. *Austen cults and cultures*. Cambridge University Press. 1997. 978052198678.

Johnson, Edgar. *Charles Dickens, hi tragedy and triumph*. Simon and Schuster. 1957.

Kershner, R. B. *Joyce and Popular Culture*. University Press of Florida. 1996. 9780813013961.

Kertész, André. *On reading*. Errata Naturae editores. 2016. 978841629137.

Lauryssens, Stan. *Dali & I: The Surreal Story*. Thomas Dunne Books.

9780312379933.

Le Faye, Deirdre. *Jane Austen: A Family Record*. Cambridge University Press. 2003. 9780521534178.

Liébana Collado, Alfredo. *La educación en España en el primer tercio del siglo XX: la situación del analfabetismo y la escolarización*. Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca. 2009. M 52808-2009.

Lowry, Martin. *Polemic against Printing*. Birmingham. 1986. 9780948764028.

Levi, F. *Primo Levi. Su legado humanista*. Editorial Universidad de Guadalajara. 2019. 9786075474298.

Maeztu, Ramiro de, *Artículos desconocidos*. Castalia, 1977. 9788470392566.

Mangel, Alberto. *Historia de la Lectura*. Alianza Editorial. 2009. 9788420672618.

Mangel, Alberto. *Con Borges*. Alianza Editorial. 2004. 9788420643410.

Mansfield, Katherine. Diario. Lumen. 2023. 9788426424174.

Marco Valerio, Marcial. *Epigramas*. Institución «Fernando el Católico». 2004. 978478207538.

Martín-Estudillo, Luis. *Goya o el misterio de la lectura*. Cátedra. 2023. 9788437645483.

McCurry, Steve. *On reading*. Phaidon. 2016. 9780714871295.

Miguel, Luna. *Leer mata*. La caja books. 2022. 9788417496616.

Millán, José Antonio. *Perdón imposible: guía para una puntuación más rica y consciente*. Del Nuevo Extremo. 2005. 9871068689.

Moliner, María. *Instrucciones para el servicio de pequeñas bibliotecas*. Ministerio de Cultura y Deporte. 2021. 9789200154331.

Molino, Sergio. *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*. Turner. 2016. 9788416354146.

Nabokov, Vladimir. *Curso de literatura europea*. Debolsillo. 2020. 9788466353144.

Narula, Herman. *La sociedad virtual: El metaverso y las nuevas*

fronteras de la experiencia humana. Deusto. 2023. 9788423435616.

Nunn, Patrick. *The Edge of Memory: Ancient Stories, Oral Tradition and the Post-Glacial World*. Bloomsbury. 2018. 9781472943262.

Ovidio. *Cartas de heroínas*. Biblioteca Clásica Gredos, RBA. 2016. 9788424932268.

Pérez Cortés, Sergio. *La travesía de la escritura. De la cultura oral a la cultura escrita*. Taurus. 2006. 970770425X.

Plath, Sylvia. *Diarios completos*. Editorial Alba. 9788490652336.

Platón. *El banquete; Fedón; Fedro*. Colección Historia del Pensamiento. Orbis. 9788475303949.

Platón. *Obras completas*, edición de Patricio de Azcárate, tomo 3, Madrid 1871.

Plinio el Joven. *Epistolario (Libros I-X)*. Editorial Cátedra. 2008. 9788437624242.

Patrick D. Nunn, «Australian Aboriginal Memories of Coastal Drowning» en *The Edge of Memory: Ancient Stories, Oral Tradition and the Post-glacial World*. Bloomsbury, 2018. 9781472943286.

Pennac, Daniel. *Como una novela*. Anagrama. 2006. 9788433913678.

Ratto, Adrián. *Rousseau. El hombre es bueno por naturaleza pero la sociedad lo corrompe*. Editorial RBA. 9788447384013.

Reyes, Alfonso. *La experiencia literaria*. Fondo de Cultura Económica. 1997. 9786071656186.

Roger Fisher, Steven. *A history of reading*. Reaktion Books. 2003. 978186189160.

Rojas Garcidueñas, José. *Presencias de Don Quijote en las artes de México*. Universidad Nacional Autónoma de México. 1968. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Roux, George. *Mesopotamia. Historia política, económica y cultural*. Editorial Akal. 1964. 9788476001745.

San Agustín. *Confesiones*. Ediciones Escurialenses. 1987. 9788486161169.

Saenger, Paul. *Space between words. The origins of silent reading*. Stanford University Press. 1997. 9780804740166.

Schlicke, Paul. *Oxford Companion to Dickens Reader's*. Oxford University Press. 1999. 9780198662532.

Scolari, Carlos A. *La guerra de las plataformas. Del papiro al metaverso*. Nuevos cuadernos Anagrama. 2022. 9788433916686.

Serrano Delgado, José Miguel. *Textos para la historia antigua de Egipto*. Cátedra. 1993. 9788437642024.

Shari Benstock. «Sylvia Beach y Adrienne Monnier: rue de l'Odéon», *Mujeres de la "Rive Gauche". París 1900-1940*. Lumen. 1993. 9788426412157.

Tinajero, Araceli. *El lector de tabaquería: historia de una tradición cubana*. Editorial Verbum. 2013. 9788479623920.

Trimiño Valásquez, Celina de Jesús. *Aportaciones del feminismo liberal al desarrollo de los derechos políticos de las mujeres*. Instituto de Derechos Humanos Bartolomé de las Casas. Universidad Carlos III de Madrid. 2010. Tesis doctoral. e-Archivo, Repositorio Institucional de la Universidad Carlos III.

Universidad de Navarra. Sagrada Biblia. Ediciones Universidad de Navarra. 2016. 9788431355630.

Vallejo, Irene. *El infinito en un junto*. Siruela. 2019. 9788417860868.

Varrón, Marco Terencio. *Rerum rusticarum*. Consejería de Agricultura y Pesca, Servicio de Publicaciones y Divulgación, 2010. 9788484742838.

Vega Martínez, Juana María de la. *Espoz y mina, condesa de memorias*. Tebas. 9788472730281.

Vicéns, Juan. *España viva. El pueblo a la conquista de la cultura. Las bibliotecas populares en la Segunda República*. Ediciones VOSA y Asociación Educación y Bibliotecas. 2002. 9788482180434.

William, Abigail. *The social life of books: Reading together in the Eighteenth-Century home*. Yale University Press. 2017. 9780300240252.

Woolley, Hannah. *The Companion: A Guide to the female Gentlewoman's*. Prospect Books. 1675. 9780907325994.

Zweig, Stefan. *María Antonieta*. Acantilado. 2012. 9788415277491.

PUBLICACIONES ESPECIALIZADAS Y ESTUDIOS CIENTÍFICOS

Arias de Saavedra Alías, Inmaculada. Lectura y bibliotecas de mujeres en la España del siglo XVIII. Una aproximación. Cuadernos de Ilustración y Romanticismo. Revista del Grupo de Estudios del siglo XVIII Núm. 23, pp. 57-82.

Balogh, Josef (1927). IV. «"Voces Paginarum". Philologus: Zeitschrift für Antike Literatur». *Ihre Rezeption* 82 (1-4). 1927. ISSN: 0031-7985.

Batini F, Toti G, Bartolucci M. «Neuropsychological benefits of a narrative cognitive *training* program for people *living* with dementia: A pilot study». *Dement Neuropsychol.* 2016 Apr-Jun; 10(2):127-133. doi: 10.1590/S1980-5764-2016DN1002008. PMID: 29213443; PMCID: PMC5642403.

Blanco Domingo, L. (2017) «Libros como trincheras. El Servicio de Lecturas del Soldado de la Biblioteca de la Universidad de Zaragoza durante la Guerra Civil (1936-1939)». Revista General de Información y Documentación 27 (2), 433-470.

Botrel, Jean-François. «Teoría y práctica de la lectura en el siglo XIX: el arte de leer». *Bulletin hispanique*. 1998.

Botrel, Jean-François. «Mirar, escuchar, leer el cartel de feria: un espectáculo para el pueblo» en *Revista de Folklore*. N.º 490. 2022.

Cook Miller, Pamela. «Jane Austen and the Power of the Spoken Word». Journal of the Jane Austen Society of North America – *Persuasions*, n.º 7, 1985. ISSN 0821-0314.

Chartier, Roger. «Las Revoluciones de la lectura: siglos XV-XX». *Revista de Humanidades*: Tecnológico de Monterrey, n.º 7, 1999, pp. 91-110. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, Monterrey, México. ISSN 1405-4167.

Chartier, Roger. «Del códice a la pantalla: trayectorias de lo escrito». *Revista Quimera*, n.º 150, pp. 43-49. 1996. ISSN 0211-3325.

Edison, T. A. (1878). «The Phonograph and Its Future». *The North American Review, 126* (262), pp. 527-536. http://www.jstor.org/stable/25110210

Ferguson, Susan L. «Dickens's Public Readings and the Victorian Author». *SEL* 41,4. 2001. ISSN 0039-3657.

Fredrick Trautmann. «Philadelphia Bowled Clean over: Public Readings by Charles Dickens». *The Pennsylvania Magazine of History and Biography*, vol. 98, n.º 4 (octubre de 1974, pp. 456-468). University of Pennsylvania Press: https://www.jstor.org/stable/20090900

Frenk Alatorre, Margit. «Los espacios de la voz». Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. 2006. BVMC: 232053.

Frenk Alatorre, Margit. «Lectores y oidores. La difusión oral de la literatura en el Siglo de Oro». Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. 2006. BVMC: 232055.

Frenk Alatorre, Margit. «La ortografía elocuente (Testimonios de lectura oral en el Siglo de Oro»). Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. 2016. BVMC: 737746.

Gallardo, Carmen. «Lectores y lecturas en la Antigua Roma». *Estudios Clásicos*. Tomo 44, n.º 121, 2002, pp. 43-62. ISSN 0014-1453.

Gerchunoff, Alberto. «Retorno a Don Quijote». Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. 2004. BVMC: 223596.

González Quesada, Alfonso. «Soldados lectores: la movilización del libro durante la Gran Guerra». *Zer*, vol. 16, n.º 30. ISSN: 1137-1102.

Greg J. Stephen, Lauren J. Silbert y Uri Hasson. «*Speaker*-Listener Neural Coupling Underlies Successful Communication», *PNAS* 107, n.º 32, 10 de agosto de 2010: 14425-14430.

Hemelrijk, E. A. (2004). «Matrona Docta. Educated women in the Roman elite from Cornelia to Julia Domna». *Routledge Classical Monographs*, Londres, p. 24.

Iffland, James. «Don Quijote dentro de la "Galaxia Gutenberg" (Reflexiones sobre Cervantes y la cultura tipográfica)». Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: Barcelona, 21-26 de agosto de 1989. Tomo I-II. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. 2016. BVMC: 740839.

Kent, Charles. «Charles Dickens as a reader». J. B. Lippincott & Co. London. 1872.

Lisa Jardine, «Studied for Action' Revisited». Ann Blair and Anja-Silvia Goeing, eds., For the Sake of Learning: Essays in Honor of Anthony Grafton, vol. 2 (Leiden: Brill, 2016), 999-1017.

Lily Litvak. «Cultura obrera en Cuba. La lectura colectiva en los talleres de tabaquería». *Revista Educación y Biblioteca*, 143. 2004.

MacLeod, C. M., y Bodner, G. E. (2017). «The production effect in memory». *Current Directions in Psychological Science, 26*, 390-395.

Noah D. Forrin, Colin M. MacLeod. «This time personal: the memory benefit of *hearing* oneself it's ». *Memory*, 2017; 1 DOI: 10.1080/09658211.2017.1383434.

Martínez Rús, Ana. «La lectura pública durante la Segunda República». *Revista Ayer*, 58/2005 (2):
179-203.
ISSN:
1137-2227.

Martínez, F. G. (2015). «Salonières: Mujeres que crearon sociedad en los salones ilustrados y románticos de los siglos XVIII y XIX». 213.

Martínez Martín, Jesús Antonio. «La lectura en la España contemporánea: lectores, discursos y prácticas de lectura». *Ayer*.
ISSN-e
2255-5838.

Mata, Juan y Villarrubia, Andrea. «Los espacios de la voz». *Revista Lazarillo*, n.º 47. ISSN:
1576-9666.
Depósito Legal: M-39542-2000. Junio de 2023.

Menchaca, Erika Alejandra. «Conferencia Magistral con Roger Chartier: *Las Revoluciones de la lectura: siglos XV-XX». Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey*, núm. 7, 1999, pp. 91-110. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey. Monterrey, México. ISSN:
1405-4167.

Palacios Cruz, Víctor H. «¿Saturno devorado por sus hijos? Sobre si las máquinas amenazan a los libros». *Educare et Comunicare*, vol. 2. Agosto-diciembre de
2014-I,
p. 75.

Pérez Cortés, Sergio. «Leer, oír, cantar. El lector en la antigüedad». *Alteridades*, vol. 10, n.º 20, julio-diciembre de 2000, pp. 117-127 Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa Distrito Federal, México.

Pérez Cortés, Sergio. «Separación entre palabras». *Revista Casa del Tiempo*. Cultura UAM. Diciembre de 1999.

Pritchard, V. E., Heron-Delaney, M., Malone, S. A., & MacLeod, C. M. (2020). «The production effect improves memory in 7 to 10-year-old children». *Developmental Psychology*, 91,

901-913.

Rivera, Zoia; Roig Albet, Ivett, Kim Men Fong Delgado, Osmay. «La lectura en las tabaquerías en Cuba». *Revista Cubana de Información en Ciencias de la Salud*. Vol. 15, n.º 6, 2007. ISSN 1024-9435.

Rivero Muñiz, José. «La Lectura en las Tabaquerías». Monografía Histórica. Separata de la revista de la biblioteca nacional. Tomo II. N.º4. La Habana, 1951.

Roberta Golinkoff, Dilara Deniz, Dilara, Melanie Soderstrom y Kathy Hirsh-Pasek, «(*Baby*) Talk to Me: The Social Context of Infant-Directed *Speech* and Its Effects on Early Language Acquisition», *Current Directions in Psychological Science*. 2015, 24. 339-344. 10.1177/0963721415595345.

Rodero, E., y Lucas, I. (2023). «Synthetic versus human voices in audiobooks: The human emotional intimacy effect». *New Media & Society, 25* (7), 1746-1764. https://doi.org/10.1177/14614448211024142

Salas y Quiroga, Jacinto de. «Viajes de D. Jacinto de Salas y Quiroga». Tomo 1. Isla de Cuba. 1840. Biblioteca Digital Hispánica.

Sánchez Salas, Daniel. «La figura del explicador en los inicios del cine español». Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Stern, Julia; Schild, Christoph; Jones, Ben; DeBruine, Lisa; Hahn, Amanda; Puts, David; Zettler, Ingo; Kordsmeyer, Tobias; Feinberg, David; Zamfir, Dan; Penke, Lars, y Arslan, Ruben. (2021). «Do Voices Carry Valid Information about a *Speaker*'s Personality?». *Journal of Research in Personality*. 92. 104092. 10.1016/j. jrp. 2021.104092.

Tommaso Mattioli, Angelo Farina, Enrico Armelloni, Philippe Hameau, Margarita Díaz-Andreu. «Echoing landscapes: Echolocation and the placement of *rock* art in the Central Mediterranean». *Journal of Archaeological Science*. Vol. 83, pp. 12-25. 2017. ISSN 0305-4403. https://doi.org/10.1016/j. jas. 2017.04.008

Trimiño Valásquez, Celina de Jesús. Tesis doctoral «Aportaciones del feminismo liberal al desarrollo de los derechos políticos de las mujeres». Instituto de derechos humanos Bartolomé de las Casas. Universidad Carlos III de Madrid. Getafe, abril de 2010.

Usunáriz, J. M. «Cambios en la sociedad española del Siglo de Oro: el Quijote como testigo». Príncipe *De Viana*, n.º 236. 2005. ISSN: 799-811.

ARTÍCULOS DE PERIÓDICOS Y REVISTAS DE INFORMACIÓN GENERAL

Brown, Mark. «Dylan Thomas script of South Pacific mystery gets first ever production». *The Guardian*. Enero de 2014.

Cantero, Jaime García. «La inteligencia artificial resucita la voz de Franco». *El País*. Junio de 2020.

Carnés, Luisa. «Lectoras voluntarias». *Revista Estampa*. Agosto de 1936.

Chloe Angyal. «In Praise of the Lost, Intimate Art of Reading Aloud». *The Atlantic*. Octubre de 2012.

Duarte, Deborah. «Leer y conversar en el club de lectura de la Cárcel de Mujeres». *La diaria*. Septiembre de 2022.

EFE. «*La divina comedia* en la voz de Roberto Benigni, un canto de esperanza ante la pandemia». *El Universo*. Marzo de 2021.

Fanjul, Sergio C. «La poeta Luna Miguel lee en público durante 48 horas consecutivas… y sobrevive». *El País*. Abril de 2023.

Galán, Rafael. «Noticias del gran mundo: ¿Está inspirado el personaje de Tom Hanks en una persona real?». *Esquire*. 2021.

Houston, Keith. «The mysterious ancient origins of the book». BBC. Agosto de 2016.

López, Alfonso. «Un invento revolucionario en la edad media: las gafas». *Historia* National Geographic. 2023.

Mariño, Henrique. «La niña que leía novelas de Dickens a las cigarreras libertarias de A Coruña». *Público*. Diciembre de 2021.

Millán, José Antonio. «Compartir la lectura». *Revista de prensa*. Abril de 2007.

Mediavilla, Daniel. «El gusto por la cocina facilitó la aparición del cerebro humano». *El País*. Junio de 2015.

Montero, Manuel. «Historia de las gafas». *Muy Interesante*. Marzo de 2021.

Uzanne, Octave. «The End of Books». *Magazine Scribner's*, vol. 16. Julio-diciembre de 1894.

Palomar S., Aitana. «Bloomsday, el día en que se celebra el *Ulises* de James Joyce». Revista *Historia* National Geographic. Junio de 2023.

Pareja, Pol. «Lecturas literarias por teléfono para luchar contra la soledad: "Es el mejor momento de mi semana"». *Eldiario.es*. Julio de 2023.

Rubery, Matthew. «Audiobooks before audiobooks». *Los Angeles Review of Books*. Agosto de 2013

Ruiz Rico, Manuel. «Las creadoras del audiolibro». *Muy Interesante*. N.º 502. Abril de 2023.

Salamon, Jeff. «True western». *Texas Monthly*. Octubre de 2026.

San Francisco. «Mark Twain in Washington». *San Francisco Alta California*. Febrero de 1868.

Sánchez Mateos, Alejandra. «Por qué odiamos nuestra voz cuando la escuchamos». *La Vanguardia*. 2016.

Silas, Daniel. «La fascinante historia de los hombres que desenterraron Asiria». BBC News Mundo. Abril de 2015.

Temple, Emily. «Listen to the first ever *recording* of James Joyce *reading* from *Ulysses*». Literary Hub. Febrero de 2021.

The New York Time. «The phonograph». *The New York Time*. Noviembre de 1877.

The Spectator. «Fatal. Fires. Death of Lord and Lady Walsingitail». *The Spectator*. Abril de 1831.

Thu-Huong Ha. «The *beginning* of silent *reading* changed Westerners' interior life». *Quartz*. Noviembre de 2017.

Ventura, Dalia. «La fascinante historia de la *Epopeya de Gilgamesh*, la obra que contó el Diluvio Universal antes que la Biblia». BBC News Mundo. Junio de 2020.

Villalba, Enrique. «Leer en voz alta. Algunas notas sobre la lectura colectiva en voz alta en el Siglo de Oro». *Medium*. Abril de 2015.

Williams, Alex. «Marianne Mantell, who helped pave the way for audiobooks, dies at 93». *The New York Times*. Febrero de 2023.

PÁGINAS WEB Y OTROS RECURSOS DIGITALES

A las olvidadas: https://alasolvidadas.org/

Abuelas cuentacuento: https://www.fundamgiardinelli.org/abuelascuentacuentos/abuelas.html

Asociación Entrelibros: https://www.asociacionentrelibros. es/

Asociación Read Aloud 15 minutes: https://readaloud.org/

Biblioteca de Silos: http://www.bibliotecadesilos.es/

Charles Dickens Museum: https://dickensmuseum.com

Fonoteca de Poesía Contemporánea: https://fonotecapoesia.com/

Fundación Gala-Salvador Dalí: https://www.salvador-dali.org/es/dali/bio-gala/

Fundación Goya en Aragón: https://fundaciongoyaenaragon.es

Guinness World Records: https://www.guinnessworldrecords.es

Jane Austen's house: https://janeaustens.house/

Lectura en Veu Alta: https://www.lecturaenveualta. cat/

Librería Nollegiu: https://www.nollegiu.com/es/quienes-somos

Literatura Viva Lanzarote: https://www.facebook.com/literaturavivalanzarote

Maratón de Cuentacuentos: https://www.maratondeloscuentos.org/

Museo del Prado: https://www.museodelprado.es

Nati per Leggere: https://www.natiperleggere.it

Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver: https://patronatocondeoliver.cartagena.es/index.asp

Phonoghaphia: https://phonoart.com

Reach out and read: https://reachoutandread.org

Read Aloud America: http://www.readaloudamerica.org/index.htm

Read Aloud Revival: https://readaloudrevival.com/

Red de bibliotecas para hospitales: https://www.bibliotecasparapacientes.org/

Te receto un libro: https://www.terecetounlibro.org/

The Charles Dickens Page: https://www.charlesdickenspage.com/index.html

The Global Read Aloud: https://theglobalreadaloud.com

The Jane Austen Centre: https://janeausten.co.uk/

Universidad de Navarra: https://www.bibliadenavarra.com/

Vorlesetag: https://www.stiftunglesen.de/mitmachen/bundesweiter-vorlesetag

Conferencia «Escucho con mis ojos: bosquejo histórico de la transmisión oral de textos». Millán, José Antonio. 23 de mayo de 2019. Web Edad de Plata: http://www.edaddeplata.org/archivo/libros_audiolibros.html

Declaración «De la voz a las letras», acceso al recurso digital online: https://www.laslibreriasrecomiendan.com/wp-content/uploads/2016/10/De-la-voz-a-las-letras-1.pdf

Documental *Si tu voz viene a mí*: https://www.asociacionentrelibros.es/2022/06/si-tu-voz-viene-a-mi/.

Documental *Biblioteca en guerra*. Biblioteca Nacional. Depósito legal: SS-104/06.

Pódcast *La biblioteca de Julio*, capítulo 1. Fundación Juan March. Acceso al recurso digital online: https://canal.march.es/es/podcast/biblioteca-julio

Pódcast *Club de Lectura con Irene Vallejo*. El pódcast de Ámbito

Cultural.

Vídeo *Sylvia Plath Reading Her Poetry* Part 1. Caedmon 1544 side 1. Acceso al recurso digital online (YouTube): https://www.youtube.com/watch?v=zOv9_ksYwAg

OBRAS LITERARIAS Y PELÍCULAS

Obras literarias:

Alcott, Louisa May. *Mujercitas*. RBA. 9788427217935.

Aristófanes. *Las nubes; Las ranas; Pluto*. Cátedra. 9788437613673.

Angelou, Maya. *Yo sé por qué canta el pájaro enjaulado*. Libros del Asteroide. 9788416213665.

Austen, Jane. *Mansfield Park*. Alba Clásica. 9788490650295.

Austen, Jane. *Orgullo y prejuicio*. Edición de George Saintsbury. 1894.

Baricco, Alessandro. *Seda*. Anagrama. 9788433960771.

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. *Gilgamesh o La angustia por la muerte: poema babilonio*. BVMC: 924446.

Browne, Anthony. ¿Cómo te sientes? Editorial Kalandraka. 9788492608089.

Cacho Blecua, Juan Manuel. *Los cuatro libros de Amadís de Gaula*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. BVMC: 278287.

Carl-Johan Forssén, Ehrlin. *El conejito que quiere dormirse. Un nuevo método para ayudar a los niños a dormir*. Beascoa. 9788448866679.

Carver, Raymond. *Catedral*. Anagrama. 9788433920577.

Cicerón. *El orador*. Alianza Editorial. 9788420676982.

Cervantes, Miguel de. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Alfaguara. 9788420467283.

Chejov, Anton. *Los campesinos*. 1897. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Dickens, Charles. *El pequeño Dombey y otras adaptaciones de novela para leer en público*. Alba Editorial. 9788490657034.

Dickens, Charles. *David Copperfield*. Alianza Editorial. 9788413620329.

Donaldson, Julia y Scheffler, Axel. *El Grúfalo*. Editorial Macmillan Infantil y Juvenil. 9788479422349.

Dumas, Alexandre. *Los tres mosqueteros*. Penguin Clásicos 2016. 9788491052401.

Eco, Umberto. *El nombre de la rosa*. Unidad Editorial. 9788493264536.

Eurípides. *Alcestis; Medea; Hipólito*. Alianza Editorial. 9788420698670.

García Lorca, Federico. *Poeta en Nueva York*. Austral Editorial. 9788467036084.

Goldwin, William. *La princesa prometida*. Ático de los Libros. 9788416222636.

James, Henry. *Otra vuelta de tuerca*. Siruela. 9788498415889.

Jean, Raymond. *La lectora*. Espasa Calpe S. A. 9788423923452.

King, Stephen. *La sangre manda*. Plaza & Janes. 9788401024757.

Kiplin, Rudyard. *The Janeites*. 1924.

Krouse Rosenthal, Amy. ¡Pato! ¡Conejo! Editorial SM. 9788467533910.

Haddon, Mark. *El curioso incidente del perro a medianoche*. Salamandra. 9788478889105.

Highsmith, Patricia. *El talento de Mr. Ripley*. Anagrama. 9788433961068.

Lytton, Edward Bulwer. *Los últimos días de Pompeya*. Biblok Book Export. 9788494223242.

Liván, Paco y Olmos, Roger. *La cosa que más duele del mundo*. OQO Editora. 9788493449962.

Némirovsky, Irène. *Suite francesa*. Editorial Salamandra. 9788419456168.

Mahy, Margaret y Blake, Quentin. *El secuestro de la bibliotecaria*. Santillana. 978-84-9122-089-

3.

Maeyer, Gregie de y Vanmechelen, Koen. *Juul*. Editorial Lóguez. 9788485334906.

Mayorga Ruano, Juan. *Teatro (1984-2014)*. La uña rota. 9788495291301.

Moix, Ana María. *Las virtudes peligrosas*. Lumen. 9788426413285.

Medina y Navarro. *Obras completas de Platón, Teetetes o de la ciencia (Tomo 3)*. Madrid, 1871.

Mejía, Pedro. *Silua de varia leccion…* Biblioteca Miguel de Cervantes. BVMC: 686882.

Morábito, Fabio. *Lector a domicilio*. Sexto Piso. 9786078619047.

Murphy, Jill. *Cinco minutos de paz*. Editorial Kalandraka. 9788484642404.

Onadaatje, Michael. *El paciente inglés*. Debolsillo. 9788466337700.

Pardo Bazán, Emilia. *La Tribuna*. Biblioteca Miguel de Cervantes.

Plath, Sylvia. *La campana de cristal*. Random House. 9788439736349.

Petterson, Per. *Yo maldigo el río del tiempo*. Literatura Random House. 9788439723103.

Petronio Árbitro, Cayo. Petroni Arbitri E. R. *Satiricon*. Biblioteca Miguel de Cervantes. BVMC: 760680.

Pepys, Samuel. *The Diary of Samuel Pepys: With an Introduction and Notes*. Forgotten Books. 9780365211440.

Quevedo, Francisco de. *El buscón*. Alianza Editorial. 9788491049920.

Quevedo, Francisco de. *La hora de todos y la Fortuna con seso*. Castalia. 9788497402835.

Quevedo, Francisco de. *Parnaso español (Sonetos)*. BVMC: 221389.

Ramos, Mario. ¡A la cama, monstruito! Editorial Corimbo. 2001. 9788484701880.

Rodari, Gianni. *Cuentos por teléfono*. Editorial Juventud. 9788426146632.

Rojas, Fernando de. *Tragicomedia de Calixto y Melibea*. Edición de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Rostand, Edmond. *Cyrano de Bergerac*. Alianza Editorial. 978-84-9104-313-3.

Rousseau, Jean Jacques. *Las confesiones*. Alianza Editorial. 9788420648699.

Rowling, JK. *Harry Potter y las Reliquias de la Muerte*. Salamandra. 9781781102701.

Schnitzler, Arthur. *Relato soñado*. Alianza editorial. 9788413625744.

Shelley, Mary. *Frankenstein*. Editorial Nórdica. 9788415717607.

Stevenson, Robert Louis. *La isla del tesoro*. Alianza Editorial. 9788420651385.

Sanchis Sinisterra, José. *El lector por horas*. Austral. 9788467037906.

Schofield & Sims y Kasia Reay. *The Pet Goat. My Letters and Sounds Phase Three Phonics Reader, Red Book Band: Reception, Ages 4-5*. Schofield & Sims Ltd. 978-0721717142.

Schlink, Bernhard. *El lector*. Anagrama. 9788433966667.

Stanek, Muriel. *My Mom Read Can't*. General Publishing Limited. 0807553433.

Vega, Lope de. *El guante de doña Blanca*. Reproducción digital facsímil del impreso original conservado en la Biblioteca Nacional de España. Sig. T/25542.

Vélez de Guevara, Luis. *El diablo cojuelo*. Cátedra. 9788437604824.

Waechter, Philip. *Yo*. Ediciones Lóguez. 9788489804876.

Películas:

Badham, John. *Cortocircuito*. 1986. TriStar Pictures.

Donen, Stanley. *Siete novias para siete hermanos*. Metro-Goldwyn-

Mayer.

Jonze, Spike. *Her*. 2013. Annapurna Pictures.

Sjöström, Victor. *Tösen från Stormyrtorpet*. 1917.

Wachowski, Lana y Wachowski Lilly. *Matrix*. 1999. Village Roadshow Pictures, Silver Pictures.

Otros recursos:

Ánfora con el número de registro 1843,1103.34. Museo Británico.

Escultura *El escriba sentado*. Museo del Louvre.

Canción *Cuéntame un cuento*, interpretada por Celtas Cortos. Letra © BMG Rights Management, Universal Music Publishing Group, Warner Chappell Music, Inc.

Vídeo TikTok: https://www.tiktok.com/@goodnewscorrespondent/video/7225053211348978987

Performance La muerte de la lectora. 25 de abril de 2023. Centro Cultural Conde Duque. Equipo artístico: Dirección y cuerpo: Luna Miguel; Curaduría: Alicia Valdés; Escenografía: Paola de Diego.

Lectura *Ensayo sobre la ceguera*. 2023. Actores, Víctor Clavijo y Eva Martín. Dirección Juliana Reyés. Opsis Producciones.

Radionovela *Lucecita* (1967).

AGRADECIMIENTOS

Contaba el escritor inglés Anthony Trollope que su criado le despertaba cada día a las cinco y media de la mañana llevando un café a la cama. Gracias a eso, él era capaz de levantarse, ponerse a escribir y dejar hecho gran parte de su trabajo literario antes de vestirse para desayunar. Durante el tiempo que dicho criado tuvo esta tarea, no se retrasó ni falló ni un solo día, gracias a lo cual, el escritor se sentía muy agradecido e incluso reconocía que parte del éxito que obtuvo a lo largo de su vida literaria era, entre otras, por esta contribución. Así que tengo que recordar todos los cafés que Vicente, mi marido, me preparó en especial durante el verano del 2022 cuando saltaba de la cama antes de que saliera el sol para aprovechar las primeras horas del día.

A mi amiga Patricia Ibáñez, con la que también he tenido la oportunidad de coincidir en varios trabajos, por las primeras revisiones, pero sobre todo por el apoyo, el ánimo, el consejo y el saber escuchar cuando he tenido muchas dudas e inseguridades. Es la persona con la que más he hablado de este libro en estos últimos años.

Camila Enrich, *scout* literaria, fue también una de las primeras que leyó el primer manuscrito y me supo orientar en los siguientes pasos para hacer este libro realidad.

A Pau Centellas, porque en cuanto le conté la idea y le hice llegar el primer borrador enseguida se manifestó interesado por el proyecto, creyó en él y accedió a representarme como agente.

A Antonio Martínez Asensio, por su entusiasmo cuando le comenté el libro en el que estaba trabajando y por ofrecer su generosidad para abrirme algunas puertas.

A Javier Celaya, por creer en mí siempre mucho más de lo que yo misma lo hago y darme la oportunidad de descubrir el fantástico mundo de los audiolibros, nunca le estaré lo suficientemente agradecida por ello.

En algunos trabajos artísticos, y estoy pensando principalmente en el cine, tanto al principio y en especial en los créditos finales, se

incluye la participación de todas las personas que han tenido algo que ver con el resultado de esa creación, incluyendo cuestiones que en principio podrían estar algo alejadas de la creatividad, pero tan importantes para que todo fluya bien como el *catering* o la limpieza. En cambio, en el mundo editorial históricamente hemos sido muy escuetos con el reconocimiento a todos aquellos que trabajan para que un libro pase de una idea a algo palpable que llegue al lector. Me gustaría hacer desde aquí una mención a todas las personas que hay detrás de proyectos como este y agradecer el trabajo del equipo de Penguin Random House: mis editores, David Trías y Mónica Adán, Elsa, Manuel, Laura, Paca, Idoia y a otros muchos que han colaborado en la revisión, corrección, documentación, maquetación, imprenta y distribución hasta las librerías. Ellos saben que han participado y pueden sentirse también parte del resultado final.

A Fernando Vicente por crear una ilustración que representa tan bien el espíritu de este libro y que será la primera puerta de entrada para muchas de las personas que lo vean expuesto en las librerías.

A todas las personas que me han dedicado su tiempo para contarme algunas de las experiencias sobre la lectura que han formado parte de estas páginas, Manuel Espejo, Carmen Guzmán, Ramón Langa, Emma Rodero, Juan Mata y Andrea Villarrubia.

A las primeras librerías que han mostrado interés en este libro incluso antes de que se publicara y a las que lo van a recomendar a sus lectores, ellas son las ramificaciones por las que fluye la cultura.

Al trabajo de todos los bibliotecarios y documentalistas que han catalogado, indexado, y escaneado los documentos a los que he accedido para poder escribir esta obra y que sin ellos no hubiera sido posible.

Por último, agradecer a los lectores que han elegido este libro, porque sin conocernos sé que tenemos mucho en común, me siento como parte de una tribu secreta en la que compartimos el amor hacia los libros y las buenas historias. Este libro existe gracias a vosotros.

Madrid, enero 2022 - marzo 2024

Maribel Riaza es experta en innovación cultural. Comenzó su carrera participando en proyectos tecnológicos relacionados con recursos humanos. Después pasó a dirigir durante siete años la mayor red privada de bibliotecas, perteneciente a la Obra Social de Caja Madrid, fue directora de relaciones institucionales de la editorial Everest y colaboró como *free lance* con la consultora Dosdoce.com. En los últimos años ha participado de manera activa en la creación del mercado del audiolibro en español gracias a su desempeño profesional dentro de Storytel. Siempre vinculada a proyectos culturales, ha tratado de innovar para hacer llegar los libros y la literatura a más gente a través de la tecnología.

Es miembro de la orden literaria Francisco de Quevedo y participa con asiduidad en congresos y jornadas relativas al libro y la lectura. Ha escrito varios artículos en revistas y blogs del sector y ha publicado la novela *Polvo* y el ensayo *Innovación en bibliotecas*.

[1] Traducción de la autora. < <